

La Jauría

Por

Émile Zola

***Free*editorial** 

Capítulo 1

A la vuelta, entre la aglomeración de carruajes que regresaban por la orilla del lago, la calesa tuvo que marchar al paso. En cierto momento el atasco fue tal que incluso debió detenerse.

El sol se ponía en un cielo de octubre, de un gris claro, estriado en el horizonte por menudas nubes. Un último rayo, que caía de los macizos lejanos de la cascada, enfilaba la calzada, bañando con una luz rojiza y pálida la larga sucesión de carruajes inmovilizados. Los resplandores de oro, los reflejos vivos que lanzaban las ruedas parecían haberse fijado a lo largo de las molduras de un amarillo pajizo de la calesa, cuyos paneles azul fuerte reflejaban trozos del paisaje circundante. Y, en lo alto, de plano en la claridad rojiza que los iluminaba por detrás, y que hacía relucir los botones de cobre de sus capotes semidoblados, que caían del pescante, el cochero y el lacayo, con sus libreas azul oscuro, sus calzones crema y sus chalecos de rayas negras y amarillas, estaban erguidos, graves y pacientes, como sirvientes de una gran casa a quienes un atasco de carruajes no consigue enojar. Sus sombreros, adornados con una escarapela negra, tenían una gran dignidad. Sólo los caballos, un soberbio tronco de bayos, resoplaban con impaciencia.

—Vaya —dijo Maxime—, Laure de Aurigny, allá, en ese cupé... Fíjate, Renée.

Renée se incorporó levemente, guiñó los ojos, con el exquisito mohín que la obligaba a adoptar la debilidad de su vista.

—La creía huida —dijo—. Se ha cambiado el color del pelo, ¿verdad?

—Sí —prosiguió Maxime riendo—, su nuevo amante detesta el rojo.

Renée, inclinada hacia delante, con la mano apoyada en la portezuela baja de la calesa, miraba, despierta del triste sueño que desde hacía una hora la tenía en silencio, tendida en el fondo del carruaje como en una tumbona de convaleciente. Llevaba, sobre un traje de seda malva, con sobrefalda y túnica, guarnecido con anchos volantes plisados, un corto gabán de paño blanco, con vueltas de terciopelo malva, que le daba un aire muy audaz. Sus extraños cabellos de un leonado pálido, un color que recordaba el de la mantequilla fina, estaban apenas ocultos bajo un diminuto sombrero adornado con un manojo de rosas de Bengala. Seguía guiñando los ojos, con su aspecto de muchacho impertinente, su frente pura cruzada por una gran arruga, su boca con el labio superior que sobresalía, como el de un niño enfurruñado. Después, como veía mal, cogió sus quevedos, unos quevedos de hombre, con montura de concha, y sosteniéndolos en la mano, sin colocárselos en la nariz, examinó

a la gruesa Laure de Aurigny a sus anchas, con un aire completamente tranquilo.

Los carruajes seguían sin avanzar. En medio de las manchas lisas, de un tono oscuro, que formaban la larga fila de cupés, muy numerosos en el Bosque esa tarde de otoño, brillaban la esquina de un espejo, el bocado de un caballo, el asa plateada de un farol, los galones de un lacayo muy tieso en su pescante. Aquí y allá, en un landó descubierto, resplandecía un trozo de tela, un trozo de atavío femenino, seda o terciopelo. Poco a poco había caído un gran silencio sobre todo aquel alboroto apagado, inmovilizado. Se oían, desde el fondo de los carruajes, las conversaciones de los peatones. Había intercambios de miradas mudas, de portezuela a portezuela; y nadie charlaba ya, en aquella espera interrumpida sólo por los crujidos de los arneses y el impaciente golpeteo de los cascos de un caballo. A lo lejos, morían las confusas voces del Bosque.

Pese a lo avanzado de la temporada, todo París estaba allí: la duquesa de Sternich, en carretela; la señora De Lauwerens, en victoria correctísimamente enganchada; la baronesa de Meinhold, en un encantador cab tirado por un bayo oscuro; la condesa Vanska, con sus poneys píos; la señora Daste, y sus famosos stappers negros; la señora de Guende y la señorita Teissière, en cupé; la pequeña Sylvia, en un landó azul fuerte. Y también don Carlos, de luto, con sus lacayos antiguos y solemnes; el bajá Selim, con su fez y sin su gobernador; la duquesa de Rozan, en calesín, con sus lacayos empolvados de blanco; el conde de Chibray, en dogcart, míster Simpson, en berlina del más hermoso aspecto; toda la colonia americana. Y por último dos académicos, en simón.

Los primeros carruajes se pusieron en marcha y, poco a poco, toda la fila pronto empezó a rodar suavemente. Fue como un despertar. Mil claridades danzantes se encendieron, rápidos destellos se cruzaron en las ruedas, de los arneses sacudidos por los caballos brotaron chispas. Sobre el suelo, sobre los árboles, corrían anchos reflejos de espejo. El chisporroteo de los arneses y las ruedas, el resplandor de los paneles barnizados, en los cuales ardía la brasa roja del sol poniente, las notas vivas que lanzaban las brillantes libreas encaramadas en pleno cielo y los ricos atavíos que desbordaban las portezuelas, se encontraron así arrastrados en un fragor sordo, continuo, ritmado por el trote de los troncos. Y el desfile prosiguió, con los mismos ruidos, con los mismos resplandores, sin cesar y de un solo impulso, como si los primeros carruajes hubiesen tirado de todos los demás a la zaga.

Renée había cedido a la ligera sacudida de la calesa al reanudar la marcha, y, dejando caer los quevedos, de nuevo se había reclinado a medias sobre los cojines. Atrajo frioleramente hacia sí una esquina de la piel de oso que llenaba el interior del carruaje como un manto de nieve sedosa. Sus manos enguantadas se perdieron en la suavidad del largo pelo rizado. Empezaba a

soplar un cierzo. La tibia tarde de octubre que, al darle al Bosque un rebrote de primavera, había llevado a la alta sociedad a salir en coche descubierto, amenazaba con rematarse en un atardecer de aguda frescura.

Por un momento, la joven siguió aovillada, recobrando el calor de su rincón, abandonándose al balanceo voluptuoso de todas aquellas ruedas que giraban delante de ella. Después, alzando la cabeza hacia Maxime, cuyas miradas desnudaban tranquilamente a las mujeres que se exhibían en los cupés y los landós vecinos:

— ¿De veras encuentras bonita —preguntó— a esa Laure de Aurigny? ¡Hacíais unos elogios, el otro día, cuando se anunció la venta de sus diamantes!... A propósito, ¿no has visto el collar y el tembleque que tu padre me compró en esa venta?

—Hace bien las cosas, desde luego —dijo Maxime sin responder, con una risa maligna—. Encuentra el modo de pagar las deudas de Laure y de regalar diamantes a su esposa.

La joven se encogió levemente de hombros.

— ¡Sinvergüenza! —murmuró sonriendo.

Pero el joven se había inclinado, siguiendo con los ojos a una dama cuyo traje verde le interesaba. Renée había reposado la cabeza, los ojos semicerrados, mirando perezosamente a los dos lados de la avenida, sin ver. A la derecha, se deslizaban despacito planteles y árboles jóvenes de hojas enrojadas, de ramas menudas; a veces, por la vía reservada a los jinetes, pasaban caballeros de esbelto talle, cuyas monturas, en su galope, levantaban nubecitas de fina arena. A la izquierda, debajo de las estrechas franjas de césped en descenso, cortadas por parterres y macizos, el lago dormía, con una limpieza de cristal, sin una espuma, como tallado netamente en las orillas por la laya de los jardineros; y, al otro lado de este espejo claro, las dos islas, entre las que el puente que las une trazaba una barra gris, alzaban sus amables acantilados, alineaban sobre el cielo pálido las líneas teatrales de sus abetos, de sus árboles de follaje perenne cuyas frondas negras reflejaban las aguas, como flecos de cortinas sabiamente plegados al borde del horizonte. Aquel rincón de la naturaleza, aquel decorado que parecía recién pintado, se bañaba en una sombra ligera, en un vapor azulado que acababa de dar a la lontananza un encanto exquisito, un aire de adorable falsedad. En la otra ribera, el Chalet de las Islas, como barnizado la víspera, tenía el lustre de un juguete nuevo; y las cintas de arena amarilla, las estrechas avenidas del jardín, que serpentean entre el césped y giran en torno al lago, bordeadas por ramas de fundición que imitan rústicas maderas, contrastaban más extrañamente, en esa hora última, con el verde tierno del agua y de la hierba.

Acostumbrada a los reposados encantos de estas perspectivas, Renée, embargada de nuevo por el hastío, había bajado completamente los párpados, sin mirar más que sus dedos ahusados y finos, que enrollaban los largos pelos de la piel de oso. Pero se produjo una sacudida en el trote regular de la fila de carruajes. Y alzando la cabeza, saludó a dos jóvenes recostadas una junto a otra, con amorosa languidez, en una carretela que abandonaba con gran estruendo la orilla del lago para alejarse por una avenida lateral. La marquesa de Espanet, cuyo esposo, entonces ayudante de campo del emperador, acababa de adherirse ruidosamente, entre el escándalo de la antigua nobleza reticente, era una de las más ilustres mundanas del Segundo Imperio; la otra, la señora Haffner, se había casado con un famoso industrial de Colmar, veinte veces millonario, y a quien el Imperio estaba convirtiendo en un político. Renée, que había conocido en el internado a las dos inseparables, como se las denominaba finamente, las llamaba por su nombre de pila: Adeline y Suzanne. Y cuando, tras haberles sonreído, iba a ovillarse de nuevo, una risa de Maxime la obligó a volverse.

—No, de veras, estoy triste, no te rías, es serio —decía, viendo al joven que la contemplaba divertido, burlándose de su actitud absorta.

Maxime adoptó un tono de voz chusco:

— ¡Tenemos grandes pesares, estamos celosas!

Ella pareció muy sorprendida.

— ¿Yo? —dijo—. Celosa ¿por qué? —Luego agregó, con su mueca de desdén, como acordándose—: Ah, sí, ¡esa gorda de Laurel! No pienso para nada en eso, mira. Si Aristide, como todos queréis darme a entender, ha pagado las deudas de esa chica y le ha evitado así un viaje al extranjero, es que le gusta el dinero menos de lo que yo creía. Eso le devolverá el favor de las damas... Pobrecito, yo le dejo bien libre. —Sonreía, decía «pobrecito» en un tono lleno de amistosa indiferencia. Y, súbitamente, tristísima de nuevo, paseando a su alrededor esa mirada desesperada de las mujeres que no saben a qué diversión entregarse, murmuró—: ¡Oh! ya quisiera... Pero no, no estoy celosa, nada celosa. —Se detuvo, vacilante—. Ya ves, me aburro —dijo por fin con voz brusca.

Entonces enmudeció, con los labios apretados. La fila de carruajes seguía pasando a lo largo del lago, con un trote regular, con un ruido especial de catarata lejana. Ahora, a la izquierda, entre el agua y la calzada, se alzaban bosquecillos de árboles verdes, de troncos delgados y rectos, que formaban curiosos haces de columnitas. A la derecha, habían cesado los planteles, los árboles jóvenes; el Bosque se había abierto en anchos céspedes, en inmensas alfombras de hierba, salpicadas aquí y allá por un grupo de grandes árboles; los lienzos verdes se sucedían, con leves ondulaciones, hasta la puerta de La

Muette, cuya verja baja se distinguía a lo lejos, semejante a un trozo de encaje negro extendido a ras del suelo; y, en las pendientes, en los parajes donde las ondulaciones se ahondaban, la hierba era completamente azul. Renée miraba, con los ojos fijos, como si este ensanchamiento del horizonte, estas praderas mullidas, bañadas por el aire de la tarde, le hubieran hecho sentir más vivamente el vacío de su ser.

Al cabo de un silencio, repitió, con acento de sorda cólera:

— ¡Oh!, me aburro, me aburro mortalmente.

— ¿Sabes que no resultas muy divertida? —dijo tranquilamente Maxime—. Estás con tus nervios, claro.

La joven se volvió a echar hacia el fondo del carruaje.

—Sí, estoy con mis nervios —respondió secamente. Después se puso maternal—. Me estoy haciendo vieja, mi querido muchacho; pronto tendré treinta años. Es terrible. No le saco gusto a nada... A los veinte años, tú no puedes saber...

— ¿Es que me has traído para confesarte? —interrumpió el joven—. Sería endemoniadamente largo.

Ella acogió esta impertinencia con una débil sonrisa, como un desplante de niño mimado a quien todo se le consiente.

—No sé cómo te quejas —continuó Maxime—; gastas más de cien mil francos al año en ropa, vives en un palacete espléndido, tienes caballos soberbios, tus caprichos son ley, y los periódicos hablan de cada uno de tus nuevos vestidos como de un acontecimiento de suma importancia; las mujeres te envidian, los hombres darían diez años de su vida por besarte la punta de los dedos... ¿No es cierto?

Ella hizo, con la cabeza, una señal afirmativa, sin responder. Con los ojos bajos, se había puesto otra vez a rizar los pelos de la piel de oso.

—Vamos, no seas modesta —prosiguió Maxime—; confiesa francamente que eres uno de los pilares del Segundo Imperio. Entre nosotros, podemos decirnos estas cosas. En todas partes, en las Tullerías, entre los ministros, entre los simples millonarios, abajo y arriba, reinas como soberana. No hay placer que no hayas disfrutado a fondo y, si me atreviera, si el respeto que te debo no me retuviese, diría... —Se detuvo unos segundos, riendo; luego remató impertinente su frase—. Diría que has mordido todas las manzanas.

Ella no pestañeó.

— ¡Y te aburres! —prosiguió el joven con una vivacidad cómica—. ¡Pues es un crimen!... ¿Qué quieres? ¿Con qué sueñas?

Ella se encogió de hombros, para decir que no lo sabía. Aunque agachara la cabeza, Maxime la vio entonces tan seria, tan sombría, que enmudeció. Miró la fila de carruajes que, al llegar al extremo del lago, se ensanchaba, llenaba la amplia encrucijada. Los coches, menos apretados, giraban con una gracia soberbia; el trote más rápido de los troncos sonaba con fuerza sobre la tierra dura.

La calesa, al dar un gran rodeo para meterse en la fila, hizo una oscilación que impregnó a Maxime de vaga voluptuosidad. Entonces, cediendo a las ganas de abrumar a Renée:

—Vaya —dijo—, ¡merecerías ir en simón! ¡Te estaría bien empleado!... ¡Eh! mira esa gente que vuelve a París, esa gente que está a tus pies. Te saludan como a una reina, y poco falta para que tu buen amigo, el señor De Mussy, te envíe besos.

En efecto, un jinete saludaba a Renée. Maxime había hablado en un tono hipócritamente burlón. Pero Renée apenas se volvió, se encogió de hombros. Esta vez el joven hizo un gesto desesperado.

—En serio —dijo—, ¿hemos llegado tan lejos?... Pero, Dios mío, lo tienes todo, ¿qué más quieres?

Renée levantó la cabeza. Había en sus ojos una cálida claridad, un ardiente deseo de curiosidad insatisfecha.

—Quiero otra cosa —respondió a media voz.

—Pero, puesto que lo tienes todo —prosiguió Maxime riendo—, otra cosa no es nada... Otra cosa, ¿qué?

— ¿Qué? —repitió ella...

Y no continuó. Se había vuelto del todo, contemplaba el extraño cuadro que se borraba a sus espaldas. Casi se había hecho de noche; un lento crepúsculo caía como una ceniza fina. El lago, visto de frente, a la luz pálida que se arrastraba aún sobre el agua, se redondeaba, como una inmensa lámina de estaño; en las dos orillas, los bosques de árboles verdes, cuyos troncos delgados y rectos parecen salir del lienzo durmiente, adoptaban, a esa hora, una apariencia de columnatas violáceas, dibujando con su arquitectura regular las estudiadas curvas de las riberas; detrás, al fondo, ascendían macizos, grandes follajes confusos, anchas manchas negras cerraban el horizonte. Había allá, tras esas manchas, un resplandor de brasa, una puesta de sol semiapagada que no incendiaba sino un extremo de la inmensidad gris. Por encima de aquel lago inmóvil, de aquella vegetación baja, de aquella perspectiva tan singularmente chata, el hueco del cielo se abría, infinito, más profundo y más ancho. El gran trozo de cielo sobre aquel rincón de naturaleza producía un

estremecimiento, una tristeza vaga; y se desprendía de aquellas alturas palidecientes tal melancolía de otoño, una noche tan dulce y tan afligida, que el Bosque, envuelto poco a poco en un sudario de sombras, perdía sus gracias mundanas, agrandado, lleno por entero del poderoso encanto de los bosques. El trote de los carruajes, cuyos colores vivos apagaban las tinieblas, se alzaba, semejante a lejanas voces de hojas y aguas corrientes. Todo iba muriéndose. En el desdibujamiento universal, en el centro del lago, la vela latina de la gran barca de paseo se destacaba, neta y vigorosa, sobre el resplandor de brasa del ocaso. Y no se veía sino esa vela, ese triángulo de tela amarilla, desmesuradamente ampliado.

Renée, en su saciedad, experimentó una singular sensación de deseos inconfesables al ver aquel paisaje que ya no reconocía, aquella naturaleza tan artísticamente mundana a la que la gran oscuridad estremecida convertía en un bosque sagrado, uno de esos claros ideales en el fondo de los cuales los antiguos dioses ocultaban sus amores gigantescos, sus adulterios y sus incestos divinos. Y a medida que la calesa se alejaba, le parecía que el crepúsculo arrastraba detrás de ella, en sus velas trémulas, la tierra del sueño, la alcoba vergonzosa y sobrehumana donde hubiera saciado al fin su corazón enfermo, su carne cansada.

Cuando el lago y los bosquecillos, desvanecidos en las sombras, no fueron, a ras del cielo, sino una barra negra, la joven se volvió bruscamente y, con una voz en la que había lágrimas de despecho, reanudó su frase interrumpida:

— ¿Qué?... Otra cosa, ¡caray! Quiero otra cosa. ¿Te crees que lo sé? Si lo supiera... Pero, ya ves, estoy harta de bailes, harta de cenas, harta de fiestas como ésta. Es siempre lo mismo. Es mortal... Los hombres son unos pelmazos, ¡oh, sí!, unos pelmazos...

Maxime se echó a reír. Bajo los modales aristocráticos de la mujer de mundo se traslucían ardores. Ya no parpadeaba; la arruga de su frente se ahondaba duramente; su labio de niño enfurruñado sobresalía, cálido, en pos de esos goces que deseaba sin poder darles un nombre. Renée vio la risa de su compañero, pero estaba demasiado agitada para callarse; semiacostada, dejándose llevar por el balanceo del coche, continuó con frasecitas secas:

—No cabe duda, sí, sois unos pelmazos... No lo digo por ti, Maxime; eres demasiado joven... ¡Pero si yo te contara cuánto me pesó Aristide al principio! ¡Y los otros, también!, los que me han amado... Somos buenos amigos, tú lo sabes, contigo no me cohíbo; pues bien, de veras, hay días en que estoy tan cansada de vivir mi vida de mujer rica, adorada, saludada, que quisiera ser una Laure de Aurigny, una de esas damas que viven como un hombre soltero. —Y como Maxime riera más alto, insistió—: Sí, una Laure de Aurigny. Debe de ser menos soso, menos siempre lo mismo. —Calló unos instantes, como para

imaginarse la vida que llevaría, si fuera Laure. Luego, en tono desalentado—: Después de todo —prosiguió— esas damas deben de tener sus problemas, también ellas. Nada es divertido, decididamente. Es como para morirse... Ya lo decía yo, haría falta otra cosa; ya entiendes, no adivino qué; pero otra cosa, alguna cosa que no le ocurriera a nadie, que no se encontrara todos los días, que fuera un goce raro, desconocido.

Su voz se había hecho más lenta. Pronunció estas últimas palabras buscando, abandonándose a una honda ensoñación. La calesa subía entonces por la alameda que lleva a la salida del Bosque. La sombra crecía; las matas corrían, a los dos lados, como muros grisáceos; las sillas de hierro, pintadas de amarillo, donde se exhibe, las tardes de buen tiempo, la burguesía endomingada, se deslizaban a lo largo de las aceras, todas vacías, con la melancolía negra de esos muebles de jardín sorprendidos por el invierno; y el fragor, el ruido sordo y cadencioso de los carruajes que regresaban, pasaba como un triste lamento por la alameda desierta.

Sin duda Maxime se dio cuenta de que resultaba de mal tono opinar que la vida era bella. Aunque aún fuera lo bastante joven para entregarse a un impulso de dichosa admiración, tenía un egoísmo demasiado grande, una indiferencia demasiado chancera, sentía ya demasiado cansancio real para no declararse descorazonado, hastiado, acabado. De ordinario, solía enorgullecerse de esta confesión.

Se recostó como Renée, adoptó una voz doliente.

— ¡Vaya! tienes razón —dijo—; es agobiante. Mira, ¡no me divierto mucho más que tú! También he soñado a menudo con otra cosa... Nada tan idiota como viajar. Ganar dinero, prefiero despilfarrarlo, aunque no siempre sea tan divertido como uno imagina al principio. Amar, ser amado, en seguida está uno hasta la coronilla, ¿verdad? ¡Ah, sí, hasta la coronilla!... —Como la joven no respondía, él continuó, para sorprenderla con una grave impiedad—: A mí me gustaría ser amado por una monja. ¿Eh? ¡Quizá fuera curioso!... ¿Nunca has tenido el sueño, tú, de amar a un hombre en el que no podrías pensar sin cometer un crimen?

Pero ella permanecía sombría, y Maxime, viendo que seguía callada, creyó que no lo escuchaba. Con la nuca apoyada contra el borde acolchado de la calesa, parecía dormir con los ojos abiertos. Pensaba, inerte, entregada a los sueños que la tenían tan abatida, y, a veces, ligeros latidos nerviosos agitaban sus labios. Estaba blandamente invadida por la sombra del crepúsculo; todo cuanto esa sombra contenía de indecisa tristeza, de discreta voluptuosidad, de esperanza inconfesada, la impregnaba, la bañaba en una especie de atmósfera lánguida y morbosa. Sin duda, mientras miraba fijamente la espalda curva del lacayo sentado en el pescante, pensaba en las alegrías de la víspera, en las

fiestas que encontraba tan sosas, de las que ya no quería saber nada; veía su vida pasada, la satisfacción inmediata de sus apetitos, el hastío del lujo, la monotonía aplastante de las mismas ternuras y las mismas traiciones. Luego, como una esperanza, se alzaba en ella, con estremecimientos de deseo, la idea de esa «otra cosa» que su espíritu en tensión no podía hallar. Y en eso su ensoñación se extraviaba. Hacía esfuerzos, pero siempre la palabra buscada se zafaba en el anochecer, se perdía entre el fragor continuo de los carruajes. El balanceo flexible de la calesa era una vacilación más que le impedía formular su deseo. Y una tentación inmensa ascendía de ese vacío, de esos arbustos que la sombra adormecía en los dos bordes de la alameda, de ese ruido de ruedas y de esa oscilación muelle que la llenaba de un entumecimiento delicioso. Mil pequeños soplos pasaban por su carne: ensueños inconclusos, voluptuosidades innominables, confusos deseos, todo cuanto un retorno del Bosque, a la hora en que el cielo palidece, puede infundir de exquisito y monstruoso en el corazón cansado de una mujer. Tenía las dos manos hundidas en la piel de oso, sentía mucho calor con el gabán de paño blanco, con vueltas de terciopelo malva. Al alargar un pie, para relajarse en su bienestar, rozó con el tobillo la pierna tibia de Maxime, quien ni siquiera reparó en ese contacto. Una sacudida la sacó de su dormir. Alzó la cabeza, mirando extrañamente con sus ojos grises al joven arrellanado con toda elegancia.

En ese momento, la calesa salió del Bosque. La avenida de la Emperatriz se extendía muy recta en el crepúsculo, con las dos líneas verdes de sus barreras de madera pintada, que iban a juntarse en el horizonte. En la contracalle reservada a los jinetes, un caballo blanco, a lo lejos, ponía una mancha clara que horadaba la sombra gris. Había, al otro lado, a lo largo de la calzada, aquí y allá, paseantes rezagados, grupos de puntos negros, que se dirigían lentamente hacia París. Y, arriba del todo, al final de la cola hormigueante y confusa de carruajes, el Arco de Triunfo, colocado al sesgo, blanqueaba sobre un vasto lienzo de cielo de color hollín.

Mientras la calesa subía con trote más vivo, Maxime, encantado por el aspecto inglés del paisaje, miraba, a los dos lados de la avenida, los palacetes, de arquitectura caprichosa, cuyos céspedes descendían hasta las contracalles; René, en su ensoñación, se divertía viendo, en el borde del horizonte, encenderse una a una las farolas de gas de la plaza de l'Étoile, y a medida que esos resplandores vivos manchaban el ocaso con llamitas amarillas, creía oír llamadas secretas, le parecía que el París resplandeciente de las noches de invierno se iluminaba para ella, le preparaba el goce desconocido que soñaba con satisfacer.

La calesa cogió la avenida de la Reina Hortensia, y fue a detenerse al final de la calle Monceau, a unos pasos del bulevar Malesherbes, delante de un gran palacete situado entre un patio y un jardín. Las dos verjas cargadas de adornos

dorados, que daban al patio, estaban flanqueadas cada una por un par de faroles, en forma de urna, igualmente cubiertos de dorados, y en los cuales ardían anchas llamas de gas. Entre las dos verjas, el portero ocupaba un elegante pabellón, que recordaba vagamente un templete griego.

Quando el carruaje iba a entrar en el patio, Maxime saltó ágilmente al suelo.

—Ya sabes —le dijo Renée, reteniéndolo por una mano—, nos sentamos a la mesa a las siete y media. Tienes más de una hora para ir a vestirte. No te hagas esperar. —Y añadió con una sonrisa—: Estarán los Mareuil... Tu padre desea que te muestres muy galante con Louise.

Maxime se encogió de hombros.

— ¡Menuda pejuguera! —murmuró con voz desabrida—. Me parece bien casarme, pero hacerle la corte es demasiado idiota... ¡Ah!, serías muy amable, Renée, si me libras de Louise esta noche. —Adoptó su aire gracioso, la mueca y el acento que imitaba de Lassouche cada vez que iba a soltar una de sus bromas habituales—: ¿Quieres, mi querida madrastra?

Renée le sacudió la mano como a un amigo. Y en tono rápido, con una audacia nerviosa de chanza:

— ¡Eh! De no haberme casado con tu padre, creo que me harías la corte.

Al joven debió de parecerle comiquísima esta idea, pues ya había doblado la esquina del bulevar Malesherbes y seguía riéndose.

La calesa entró y fue a detenerse ante la escalinata.

Esta escalinata, de peldaños anchos y bajos, estaba resguardada por una vasta marquesina de cristales, bordeada por un festón de flecos y borlas de oro. Las dos plantas del palacete se elevaban sobre las antecocinas, de las que se divisaban, casi a ras del suelo, los tragaluces cuadrados provistos de cristales esmerilados. En lo alto de la escalinata, la puerta del vestíbulo avanzaba, flanqueada por delgadas columnas adosadas al muro, formando así una especie de saledizo taladrado en cada piso por un vano redondeado, y que subía hasta el tejado, donde lo remataba una delta. A cada lado, las plantas tenían cinco ventanas, alineadas regularmente en la fachada, rodeadas por un simple marco de piedra. El tejado, abuhardillado, estaba cortado a escuadra, con anchos paneles casi rectos.

Pero, del lado del jardín, la fachada era mucho más suntuosa. Una regia escalinata conducía a una estrecha terraza que ocupaba la planta baja cuan larga era; la barandilla de esa terraza, del estilo de las del parque Monceau estaba aún más recargada de oro que la marquesina y los faroles del patio. Después el palacete era de más altura: tenía en las esquinas dos pabellones,

una especie de torres semiembutidas en el cuerpo del edificio, que formaban en el interior habitaciones redondas. En el medio, otra torrecita, más hundida, se abultaba ligeramente. Las ventanas, altas y estrechas en los pabellones, más espaciadas y casi cuadradas en las partes planas de la fachada, tenían, en la planta baja, balaustradas de piedra, y barandillas de hierro forjado y dorado en los pisos superiores. Era un despliegue, una profusión, un aplastamiento de riquezas. El palacete desaparecía bajo las esculturas. Alrededor de las ventanas, a lo largo de las cornisas, corrían volutas de ramas y flores; había balcones semejantes a cestas frondosas, sostenidos por mujeronas desnudas, con las caderas ladeadas, las puntas de los senos hacia adelante; y además, aquí y allá, había pegados escudos de fantasía, racimos, rosas, todas las eflorescencias posibles de la piedra y del mármol. A medida que ascendía la vista, el hotel florecía más y más. Alrededor del tejado, reinaba una balaustrada sobre la cual estaban colocadas, de trecho en trecho, urnas donde ardían llamas de piedra. Y allá, entre los ojos de buey de las buhardillas, que se abrían en un revoltijo increíble de frutas y follajes, se desplegaban las piezas capitales de esta decoración asombrosa, los frontones de los pabellones, en medio de los cuales reaparecían las mujeronas desnudas, jugando con manzanas, adoptando posturas, entre puñados de juncos. El tejado, recargado con estos adornos, coronado todavía por galerías de plomo recortado, por dos pararrayos y por cuatro enormes chimeneas simétricas, esculpidas como el resto, parecía el remate de este fuego de artificio arquitectónico.

A la derecha se encontraba un vasto invernadero, soldado al propio costado del palacete, que comunicaba con la planta baja por las puertas acristaladas de un salón. El jardín, que una reja baja, enmascarada por un seto, separaba del parque Monceau, tenía un declive bastante fuerte. Demasiado pequeño para la vivienda, tan estrecho que una franja de césped y unos cuantos macizos de árboles verdes lo llenaban, era simplemente como una loma, como un pedestal de verdor sobre el cual se plantaba orgullosamente el palacete con traje de gala. Visto desde el parque, por encima de aquel césped cuidado, de aquellos arbustos cuyo follaje charolado relucía, este gran edificio, nuevo aún y muy blanco, tenía la cara lívida, la importancia rica y necia de una advenediza, con su pesado sombrero de pizarra, sus barandillas doradas, su desbordamiento de esculturas. Era una imitación en pequeño del nuevo Louvre, una de las muestras más características del estilo Napoleón III, ese bastardo opulento de todos los estilos. Las tardes de verano, cuando el sol oblicuo iluminaba el oro de las barandillas sobre la fachada clara, los paseantes del parque se detenían, miraban las cortinas de seda roja colgadas en las ventanas de la planta baja; y, a través de cristales tan amplios y tan transparentes que parecían, como los escaparates de los grandes almacenes modernos, puestos allí para exhibir hacia el exterior el fasto de dentro, esas familias de pequeños burgueses vislumbraban esquinas de muebles, trozos de telas, fragmentos de

resplandeciente riqueza, cuya visión los dejaba clavados de admiración y de envidia en medio de las avenidas.

Pero a esas horas la sombra caía de los árboles, la fachada dormía. Al otro lado, en el patio, el lacayo había ayudado respetuosamente a Renée a bajar del carruaje. Las caballerizas, a listas de ladrillos rojos, abrían, a la derecha, sus anchas puertas de roble bruñido, al fondo de una cochera acristalada. A la izquierda, como para hacer juego, había, pegado al muro de la casa vecina, un nicho muy adornado, en el cual un chorro de agua corría perpetuamente de una concha que dos Amores sostenían con los brazos extendidos. La joven permaneció un instante al pie de la escalinata, dando ligeros golpecitos a su falda, que no quería bajar. El patio, que acababan de cruzar los ruidos del tronco, recobró su soledad, su silencio aristocrático, interrumpido por la eterna canción del agua. Y todavía solas, en la masa negra del palacete, donde la primera de las grandes cenas del otoño iba pronto a encender las arañas, llameaban las ventanas bajas, como un ascua, arrojando sobre el adoquinado del patio, regular y neto como un tablero de ajedrez, vivos resplandores de incendio.

Cuando Renée empujaba la puerta del vestíbulo, se encontró frente al ayuda de cámara de su marido, que bajaba a la antecocina, llevando un hervidor de plata. Era un soberbio ejemplar, todo vestido de negro, alto, fuerte, de cara blanca, con las correctas patillas de un diplomático inglés, el aire reservado y digno de un magistrado.

—Baptiste —preguntó la joven—, ¿ha regresado mi marido?

—Sí, señora, se está vistiendo —respondió el sirviente con una inclinación de cabeza que le habría envidiado un príncipe que saludase a la muchedumbre.

Renée subió lentamente la escalera, quitándose los guantes. El vestíbulo era de un lujo enorme. Al entrar, se experimentaba una leve sensación de ahogo. Las espesas alfombras que cubrían el suelo y que subían por los peldaños, los anchos cortinajes de terciopelo rojo que tapaban las paredes y las puertas, recargaban la atmósfera con un silencio, con un aroma tibio de capilla. De lo alto colgaban reposteros, y el techo, muy elevado, estaba adornado con rosetones salientes, colocados sobre un enrejado de varillas de oro. La escalera, cuya doble balaustrada de mármol blanco tenía un pasamanos de terciopelo rojo, se abría en dos ramales, ligeramente torcidos, y entre los cuales se encontraba, al fondo, la puerta del gran salón. En el primer rellano, un inmenso espejo ocupaba toda la pared. Debajo, al pie de los ramales de la escalera, sobre pedestales de mármol, dos mujeres de bronce dorado, desnudas hasta la cintura, llevaban grandes lámparas de cinco mecheros, cuya viva claridad se suavizaba mediante globos de cristal esmerilado. Y a ambos lados, se alineaban admirables tiestos de mayólica, en los cuales florecían plantas

exóticas.

Renée subía, y, a cada peldaño, crecía en el espejo; se preguntaba, con esa duda de las actrices más aplaudidas, si sería realmente deliciosa, como le decían.

Después, cuando entró en sus habitaciones, que estaban en la primera planta y cuyas ventanas daban al parque Monceau, llamó a Céleste, su doncella, y le dijo que la vistiera para la cena. Esto duró sus buenos cinco cuartos de hora. Cuando estuvo colocada la última horquilla, como hacía mucho calor en la habitación, abrió una ventana, se acodó, se abstrajo. A sus espaldas, Céleste se movía discretamente, ordenando uno a uno los objetos de tocador.

Abajo, en el parque, corría un mar de sombras. Las masas de color de tinta de las altas frondas, sacudidas por brucas ráfagas, tenían un amplio balanceo de flujo y reflujo, con ese ruido de hojas secas que recuerda el romper de las olas en una playa de guijarros. Solamente, rayando a veces aquel remolino de tinieblas, los dos ojos amarillos de un carruaje aparecían y desaparecían entre los macizos, a lo largo del paseo principal que va desde la avenida de la Reina Hortensia al bulevar Malesherbes. Renée, frente a aquellas melancolías del otoño, sintió que todas sus tristezas ascendían de nuevo a su corazón. Volvió a verse niña en la casa de su padre, en el palacete silencioso de L'Île-Saint-Louis, donde desde hacía dos siglos los Béraud Du Châtel encerraban su negra seriedad de magistrados. Luego pensó en la varita mágica de su matrimonio, en aquel viudo que se había vendido para casarse con ella, y que había trocado su apellido de Rougon por ese apellido Saccard cuyas dos secas sílabas habían sonado en sus oídos, las primeras veces, con la brutalidad de dos raquetas al recoger el oro; él la cogía, él la lanzaba a esta vida sin tregua, donde su pobre cabeza se trastornaba un poco más cada día. Entonces se puso a pensar, con alegría pueril, en las buenas partidas de volante que había jugado antaño con Christine, su hermana menor. Y, una mañana cualquiera, despertaría del sueño de goce que tenía desde hacía diez años, loca, ensuciada por una de las especulaciones de su marido, en la cual se ahogaría él mismo. Fue como un presentimiento rápido. Los árboles se lamentaban en voz más alta. Renée, turbada por estos pensamientos de vergüenza y de castigo, cedió a los instintos de la antigua y honrada burguesía que dormían en su interior; prometió a la noche negra enmendarse, no gastar tanto en ropa, buscar algún juego inocente que la distrajera, como en los días felices del internado, cuando las alumnas cantaban: No iremos más al bosque, girando suavemente bajo los plátanos. En ese momento, Céleste, que había bajado, entró y murmuró al oído de su ama:

—El señor ruega a la señora que baje. Hay ya varias personas en el salón.

Renée se estremeció. No había notado el aire vivo que helaba sus hombros.

Al pasar ante su espejo, se detuvo, se miró con un movimiento maquinal. Tuvo una sonrisa involuntaria, y bajó.

En efecto, casi todos los convidados habían llegado. Estaban abajo su hermana Christine, una jovencita de veinte años, muy sencillamente vestida de muselina blanca; su tía Elisabeth, la viuda del notario Aubertot, de raso negro, una viejecita de sesenta años, de una amabilidad exquisita; la hermana de su marido, Sidonie Rougon, mujer flaca, zalamera, de edad incierta, con un rostro de cera blanda, y a quien un vestido de un color apagado borraba todavía más; además los Mareuil, el padre, el señor De Mareuil, que acababa de quitarse el luto por su mujer, un hombre alto y guapo, vacío, serio, de un asombroso parecido con Baptiste, el ayuda de cámara, y la hija, la pobre Louise, como la llamaban, una chiquilla de diecisiete años, canija, ligeramente jorobada, que llevaba con gracia enfermiza un vestido de fular blanco con lunares rojos; además, todo un grupo de hombres serios, gente muy condecorada, funcionarios de cabezas pálidas y mudas, y, algo más lejos, otro grupo, jóvenes con pinta de viciosos, con los chalecos ampliamente abiertos, rodeando a cinco o seis señoras de gran elegancia, entre las cuales reinaban las inseparables, la marquesita de Espanet, de amarillo, y la rubia la señora Haffner, de violeta. El señor De Mussy, el jinete a cuyo saludo Renée no había contestado, estaba allí igualmente, con el semblante inquieto de un amante que siente llegar su despedida. Y en medio de las largas colas desplegadas sobre la alfombra, dos contratistas, dos albañiles enriquecidos, Mignon y Charrier, con quienes Saccard tenía que rematar un negocio al día siguiente, paseaban pesadamente sus fuertes botas, las manos a la espalda, reventando en sus fraques.

Aristide Saccard, de pie junto a la puerta, mientras peroraba ante el grupo de los hombres graves, con su gangueo y su locuacidad de meridional, encontraba el modo de saludar a las personas que llegaban. Les estrechaba la mano, les dirigía frases amables. Bajito, con cara de guarduña, se doblaba como una marioneta; y, de toda su persona menuda, astuta, negruzca, lo que mejor se veía era la mancha roja de la cinta de la Legión de Honor, que llevaba anchísima.

Cuando Renée entró, se produjo un murmullo de admiración. Estaba realmente divina. Sobre una primera falda de tul, guarnecida, atrás, por una oleada de volantes, llevaba una túnica de raso verde tierno, bordeada por un ancho encaje de Inglaterra, recogida y sujeta por grandes manojos de violetas; un solo volante guarnecía el frente de la falda, donde ramitos de violetas, unidos por guirnaldas de hiedra, fijaban un ligero drapeado de muselina. El encanto de la cabeza y del corpiño era adorable, rematando esas faldas de una amplitud regia y de una riqueza un poco recargada. Escotada hasta la punta de los senos, los brazos al aire con manojos de violetas sobre los hombros, la

joven parecía salir completamente desnuda de su funda de tul y de raso, semejante a una de esas ninfas cuyo torso se desprende de los robles sagrados; y su pecho blanco, su cuerpo ágil estaba ya tan dichoso con su semilibertad, que la mirada esperaba siempre ver el corpiño y las faldas deslizarse, como el traje de una bañista, loca con su carne. Su peinado alto, sus finos cabellos amarillos recogidos en forma de casco, y entre los cuales corría una rama de hiedra, retenida por un lazo de violetas, aumentaban aún más su desnudez, al descubrir su nuca que unos abuelos, semejantes a hilos de oro, amparaban ligeramente. Llevaba, al cuello, un collar de colgantes, de unas aguas admirables, y, sobre la frente, un tembleque hecho de hebras de plata, consteladas de diamantes. Permaneció así unos segundos en el umbral, de pie con su magnífico vestido, con los hombros tornasolados por la claridad cálida. Como había bajado de prisa, jadeaba un poco. Sus ojos, que la negrura del parque Monceau había llenado de sombras, parpadeaban ante la brusca oleada de luz, le daban ese aire vacilante de los miopes, que en ella era un atractivo.

Al divisarla, la marquesita se levantó vivamente, corrió hacia ella, le cogió las dos manos; y, examinándola de pies a cabeza, murmuraba con voz aflautada: — ¡Ah! ¡Qué hermosura, qué hermosura...!

Mientras tanto hubo un gran revuelo, todos los convidados acudieron a saludar a la hermosa señora Saccard, como llamaban a Renée en sociedad. Ella dio la mano a casi todos los hombres. Después besó a Christine, pidiéndole noticias de su padre, quien no venía jamás al palacete del parque Monceau. Y siguió en pie, sonriente, saludando aún con la cabeza, los brazos blandamente curvados, ante el corro de damas que miraban curiosas el collar y el tembleque.

La rubia señora Haffner no pudo resistir la tentación; se acercó, miró largamente las joyas, y dijo con voz envidiosa:

— ¿Son el collar y el tembleque, verdad?

Renée hizo un ademán afirmativo. Entonces todas las mujeres se deshicieron en elogios; las joyas eran preciosas, divinas; luego acabaron hablando, con una admiración llena de envidia, de la venta de Laure de Aurigny, en la que Saccard las había comprado para su esposa; se quejaron de que aquellas mujerzuelas se llevaban las cosas más bonitas, pronto no habría ya diamantes para las mujeres honradas. Y, en sus quejas, se traslucía el deseo de sentir sobre su piel desnuda una de esas joyas que todo París había visto sobre los hombros de una ilustre impura, y que les contarían acaso al oído los escándalos de las alcobas donde se detenían con tanta complacencia sus sueños de grandes damas. Conocían los elevados precios, citaron un soberbio chal de cachemira, blondas magníficas. El tembleque había costado quince mil francos, el collar cincuenta mil francos. La señora de Espanet estaba

entusiasmada con estas cifras. Llamó a Saccard, le gritó:

— ¡Venga a que lo feliciten! ¡Ahí tienen a un buen marido!

Aristide Saccard se acercó, se inclinó, se hizo el modesto. Pero su rostro gesticulante delataba una viva satisfacción. Y miraba con el rabillo del ojo a los dos contratistas, los dos albañiles enriquecidos, plantados a unos pasos, y oía cómo sonaban las cifras de quince mil y de cincuenta mil francos con visible respeto.

En ese momento, Maxime, que acababa de entrar, adorablemente entallado por su frac, se apoyó con familiaridad en el hombro de su padre y le habló en voz baja, como a un amigo de su edad, señalándole con la mirada a los albañiles. Saccard esbozó la sonrisa discreta de un actor aplaudido.

Llegaron todavía algunos convidados. Había al menos unas treinta personas en el salón. Las conversaciones se reanudaron, durante los momentos de silencio se oían, tras las paredes, leves rumores de vajilla y de cubertería. Por fin Baptiste abrió una puerta de dos hojas y, majestuosamente dijo la frase sacramental:

—La señora está servida.

Entonces, lentamente, comenzó el desfile. Saccard dio el brazo a la marquesita; Renée cogió el de un anciano caballero, un senador, el barón de Gouraud, ante quien todo el mundo se rebajaba con gran humildad; en cuanto a Maxime, se vio obligado a ofrecer su brazo a Louise de Mareuil; detrás venía el resto de los convidados, en procesión, y, al final de todos, los dos contratistas, con las manos caídas.

El comedor era una vasta pieza cuadrada, cuyos revestimientos de peral ennegrecido y barnizado alcanzaban la altura de un hombre, adornados con delgados filetes de oro. Los cuatro grandes paneles los habían previsto seguramente para recibir pinturas de bodegones, pero habían quedado vacíos, pues sin duda el propietario del palacete retrocedió ante un gasto puramente artístico. Se limitaron a tapizarlos con terciopelo verde oscuro. El mobiliario, las cortinas y los portiers de la misma tela, daban a la estancia un carácter sobrio y grave, calculado para concentrar en la mesa todos los esplendores de la luz.

Y en ese momento, en efecto, en medio de la ancha alfombra persa, de tintas oscuras, que ahogaba el ruido de los pasos, bajo la cruda claridad de la araña, la mesa, rodeada de sillas con respaldos negros, con filetes de oro, que la enmarcaban con una línea oscura, era como un altar, como una capilla ardiente, donde, sobre la blancura deslumbrante del mantel, ardían las llamas claras de los cristales y de las piezas de la cubertería. Por encima de los respaldos tallados, en una sombra flotante, se distinguían apenas los

revestimientos de las paredes, un gran aparador bajo, terciopelos que arrastraban. Forzosamente los ojos volvían a la mesa, se llenaban con aquel deslumbramiento. Un admirable centro de plata mate, cuyas cinceladuras relucían, ocupaba el medio; era una banda de faunos que raptaban a unas ninfas; y, por encima del grupo, saliendo de un ancho cuerno, un enorme ramo de flores naturales caía en racimos. En los dos extremos, unos jarrones contenían igualmente ramos de flores; dos candelabros, emparejados con el grupo del centro, hechos cada uno con un sátiro corriendo, que llevaba en uno de sus brazos una mujer desmayada, y sujetaba con el otro un hachón de diez velas, sumaban el brillo de sus bujías al resplandor de la araña central. Entre estas piezas principales, los calentaplatos, grandes y pequeños, se alineaban simétricamente, cargados con el primer servicio, flanqueados por conchas que contenían entremeses, separados por cestas de porcelana, jarrones de cristal, platos llanos, fruteros repletos, que contenían la parte de los postres que estaba ya en la mesa. A lo largo del cordón de los platos, el ejército de los vasos, las jarras de agua y vinos, los pequeños saleros, todo el cristal del servicio era fino y ligero como muselina, sin una cinceladura, y tan transparente que no daba la menor sombra. Y el centro de mesa, las grandes piezas parecían fuentes de fuego; a lo largo del bruñido flanco de los calentaplatos corrían destellos; los tenedores, las cucharas, los cuchillos de mango de nácar, formaban rayas de llamas; arco iris encendían los vasos; y, en medio de esta lluvia de chispas, en esta masa incandescente, las jarras de vino manchaban de escarlata el mantel calentado al rojo blanco.

Al entrar, los convidados, que sonreían a las damas que llevaban del brazo, mostraron una expresión de discreta beatitud. Las flores llenaban de frescor el aire tibio. Rondaban olores ligeros, mezclados con el perfume de las rosas. Y lo que dominaba era el aroma áspero de los cangrejos de río y el olor agrídulce de los limones.

Después, cuando todos hubieron encontrado su nombre, escrito en el reverso de la tarjeta del menú, se oyó un ruido de sillas, un gran frufrú de faldas de seda. Los hombros desnudos, constelados de diamantes, flanqueados por fraques que hacían resaltar su palidez, sumaron sus blancuras lechosas al resplandor de la mesa. Comenzó el servicio, entre sonrisitas intercambiadas por los vecinos, en un silencio a medias que sólo interrumpía aún el tintineo sordo de las cucharas. Baptiste desempeñaba las funciones de jefe de comedor con sus actitudes graves de diplomático; tenía a sus órdenes, amén de los dos lacayos, cuatro ayudantes a quienes contrataba solamente para las grandes cenas. A cada plato, que se llevaba, y que iba a trinchar, al fondo de la estancia, en una mesa auxiliar, tres de los sirvientes daban lentamente la vuelta a la mesa, con una bandeja en la mano, ofreciendo los manjares por su nombre, a media voz. Los otros servían los vinos, vigilaban el pan y las jarras. Los entremeses y los entrantes se marcharon y se pasearon lentamente así, sin

que la risa cristalina de las damas se hiciera más aguda.

Los convidados eran demasiado numerosos para que la conversación pudiera fácilmente resultar general. Sin embargo, en el segundo servicio, cuando los asados y las ensaladas hubieron ocupado el lugar de los entremeses y los entrantes, y los grandes vinos de Borgoña, el pommard, el chambertin, sucedieron al léoville y al château-lafite, el ruido de las voces creció, las carcajadas hicieron tintinear los ligeros cristales. Renée, en el centro de la mesa, tenía a su derecha al barón de Gouraud, a su izquierda al señor Toutin-Laroche, ex fabricante de velas, a la sazón concejal, director del Crédito Vitícola, miembro del consejo de vigilancia de la Sociedad General de los Puertos de Marruecos, hombre flaco y eminente, a quien Saccard, sentado en frente, entre la señora de Espanet y la señora Haffner, llamaba, con voz halagadora, bien «Mi querido colega», bien «Nuestro gran administrador». A continuación venían los políticos: señor Hupel de la Noue, un prefecto que pasaba ocho meses del año en París; tres diputados, entre los cuales el señor Haffner exhibía su ancha cara alsaciana; después el señor De Saffré, un joven encantador, secretario de un ministro; el señor Michelin, jefe del servicio de vías y obras; y otros empleados superiores. El señor De Mareuil, candidato perpetuo a una diputación, se pavoneaba frente al prefecto, a quien echaba miradas afectuosas. En cuanto a señor De Espanet, jamás acompañaba a su mujer en sociedad. Las señoras de la familia estaban colocadas entre los más notables de estos personajes. Sin embargo Saccard se había reservado a su hermana Sidonie, a quien había sentado más lejos, entre los dos contratistas, el señor Charrier a la derecha, el señor Mignon a la izquierda, como en un puesto de confianza donde se trataba de vencer. La señora Michelin, la mujer del jefe de servicio, una linda morena, torneadita, se encontraba al lado del señor De Saffré, con quien charlaba vivazmente en voz baja. Después, en los dos extremos de la mesa, estaba la juventud, auditores del Consejo de Estado, hijos de padres poderosos, pequeños millonarios en agraz, el señor De Mussy, que lanzaba a Renée miradas desesperadas, Maxime, con Louise de Mareuil a su derecha, y a quien su vecina parecía estar conquistando. Poco a poco, se habían echado a reír muy alto. Fue de allí de donde partieron las primeras explosiones de alegría.

Mientras tanto, el señor Hupel de la Norte preguntó hábilmente:

— ¿Tendremos el placer de ver a Su Excelencia esta noche?

—No creo —respondió Saccard con un aire importante que ocultaba una secreta contrariedad—. ¡Mi hermano está tan ocupado!... Nos ha enviado a su secretario, el señor De Saffré, para presentarnos sus excusas.

El joven secretario, a quien la señora Michelin acaparaba decididamente, alzó la cabeza al oír pronunciar su nombre, y exclamó al buen tuntún,

creyendo que se habían dirigido a él:

—Sí, sí, se celebra una reunión de ministros a las nueve, en el Ministerio de Justicia.

Durante ese tiempo, el señor Toutin-Laroche, a quien habían interrumpido, continuaba gravemente, como si estuviera perorando en el silencio atento del Concejo:

—Los resultados son soberbios. Este empréstito de la Villa perdurará como una de las mejores operaciones financieras de la época. ¡Ah!, señores...

Pero aquí su voz se vio de nuevo cubierta por unas carcajadas que estallaron bruscamente en uno de los extremos de la mesa. Se oía, en medio de aquella ráfaga de alegría, la voz de Maxime, que remataba una anécdota:

—Esperen, que aún no he acabado. La pobre amazona fue recogida por un peón caminero. Dicen que le da una brillante educación para casarse con él más adelante. Ella no quiere que un hombre que no sea su marido pueda presumir de haber visto cierta señal negra situada por encima de su rodilla.

Las carcajadas se reanudaron con más fuerza; Louise reía francamente, más alto que los hombres. Y suavemente, entre esas risas, como sordo, un lacayo metía en ese momento, entre cada convidado, su cabeza grave y pálida, ofreciendo filetitos de pato salvaje, en voz baja.

Aristide Saccard se enojó por la poca atención que se le prestaba al señor Toutin-Laroche. Prosiguió, para demostrar que él lo había escuchado:

—El empréstito de la Villa...

Pero el señor Toutin-Laroche no era hombre que perdiera el hilo de una idea:

— ¡Ah!, señores —continuó cuando las risas se hubieron calmado—, el día de ayer ha sido un gran consuelo para nosotros, para nuestra administración, blanco de tantos ataques. Se acusa al Concejo de llevar a la Villa a la ruina, y, ya lo ven, en cuanto la Villa lanza un empréstito, todo el mundo nos aporta su dinero, incluso los que chillan.

—Han hecho ustedes milagros —dijo Saccard—. París se ha convertido en la capital del mundo.

—Sí, es realmente prodigioso —interrumpió el señor Hupel de la Noue—. Imagínense que yo, que soy un viejo parisiense, ya no reconozco mi París. Ayer, me he perdido yendo del ayuntamiento al Luxemburgo. ¡Es prodigioso, prodigioso! —Hubo un silencio. Todos los hombres serios escuchaban ahora.

—La transformación de París —continuó el señor Toutin-Laroche— será la gloria del reinado. El pueblo es ingrato: debería besar los pies del

emperador. Yo lo decía esta mañana en el Concejo, donde se hablaba del gran éxito del empréstito: «Señores, dejemos hablar a esos protestones de la oposición: cambiar de arriba abajo París, es fertilizarlo».

Saccard sonrió cerrando los ojos, como para saborear mejor la finura de la frase. Se inclinó por detrás de la espalda de la señora De Espanet, y le dijo al señor Hupel de la Noue, lo bastante alto para que lo oyeran:

—Tiene un ingenio admirable.

Mientras tanto, desde que se hablaba de las obras de París, el señor Charrier alargaba el cuello, como para mezclarse en la conversación. Su asociado Mignon se ocupaba sólo de Sidonie, que le daba mucho que hacer. Saccard, desde el comienzo de la cena, vigilaba con el rabillo del ojo a los contratistas.

—La administración —dijo—, ¡ha encontrado tantas adhesiones! Todo el mundo quiere contribuir a la gran obra. Sin las ricas compañías que han acudido en su ayuda, la Villa jamás habría podido actuar tan bien ni tan de prisa. —Se volvió y, con una especie de brutalidad halagadora—: Los señores Mignon y Charrier saben algo de esto, ellos que han tenido su parte en el trabajo, y que tendrán su parte de gloria.

Los albañiles enriquecidos recibieron beatíficamente esta frase en pleno pecho. Mignon, a quien Sidonie decía melindrosa: «¡Ah, caballero, usted me halaga! No, el rosa sería demasiado joven para mí...», la dejó en el medio de su frase para responder a Saccard:

—Es usted demasiado amable; hemos hecho nuestros negocios.

Pero Charrier era más pulido. Acabó su vaso de pommard y encontró la manera de hacer una frase:

—Las obras de París —dijo— han hecho vivir al obrero.

—Y diga también —prosiguió el señor Toutin-Laroche— que han dado un magnífico impulso a los asuntos financieros e industriales.

—Y no olviden el lado artístico; las nuevas vías son majestuosas —agregó el señor Hupel de la Noue, que se preciaba de tener gusto.

—Sí, sí, es un hermoso trabajo —murmuró el señor De Mareuil, por decir algo.

—Y en cuanto a los gastos —declaró gravemente el diputado Haffner, que sólo abría la boca en las grandes ocasiones—, nuestros hijos los pagarán, y nada más justo.

Y como, al decir esto, miraba al señor De Saffré, con quien la linda señora Michelin parecía de morros desde hacía un instante, el joven secretario repitió,

para aparentar estar al corriente de lo que se decía:

—Nada más justo, en efecto.

Todo el mundo había dicho su frase, en el grupo que los hombres serios formaban en el centro de la mesa. El señor Michelin, el jefe de servicio, sonreía, asentía con la cabeza; era, de ordinario, su manera de participar en una conversación; tenía sonrisas para saludar, para responder, para aprobar, para dar las gracias, para despedirse, toda una linda colección de sonrisas que lo dispensaban casi siempre de servirse de la palabra, lo cual juzgaba sin duda más cortés y más favorable para su ascenso.

Otro personaje había estado igualmente mudo, el barón de Gouraud, que masticaba lentamente como un buey de pesados párpados. Hasta entonces había parecido absorbido por el espectáculo de su plato. Renée, muy solícita con él, sólo obtenía ligeros gruñidos de satisfacción. Así que se quedaron sorprendidos al verlo alzar la cabeza y oírlo decir, secándose los labios grasientos:

—Yo, que soy casero, cuando hago reparar y decorar un piso, aumento el alquiler.

La frase del señor Haffner: «Nuestros hijos pagarán» había conseguido despertar al senador. Todo el mundo batió discretamente palmas, y el señor De Saffré exclamó:

— ¡Ah!, precioso, precioso, mandaré mañana esa frase a los periódicos.

—Tienen ustedes toda la razón, caballeros, vivimos en una buena época — dijo el señor Mignon, como para concluir, entre las sonrisas y las admiraciones que la frase del barón suscitaba—. Conozco a más de uno que ha redondeado bonitamente su fortuna. Ya ven, cuando se gana dinero, todo es hermoso.

Estas últimas palabras helaron a los hombres serios. La conversación se cortó en seco, y cada cual pareció evitar mirar a su vecino. La frase del albañil alcanzaba a aquellos señores, brusca como un elogio torpe. Michelin, que justamente contemplaba a Saccard con aire amable, dejó de sonreír, muy asustado por haber tenido pinta por un instante de aplicar las palabras del contratista al dueño de la casa. Este último lanzó una ojeada a Sidonie, que acaparó de nuevo a Mignon, diciendo: «Entonces, ¿le gusta el rosa, caballero? ...». Después Saccard dirigió un largo cumplido a la señora De Espanet; su semblante negruzco, de garduña, tocaba casi los hombros lechosos de la joven, que se echaba hacia atrás entre risitas.

Estaban en los postres. Los lacayos andaban con pasos más vivos en torno a la mesa. Se produjo una pausa, mientras el mantel acababa de cargarse de frutas y dulces. En uno de los extremos, del lado de Maxime, las risas se

volvían más claras; se oía la voz agridulce de Louise decir: «Les aseguro que Sylvia llevaba un traje de raso azul en su papel de Dindonnette»; y otra voz infantil añadía: «Sí, pero el traje estaba adornado con encajes blancos». Ascendía un aire cálido. Los rostros, más rosados, estaban como ablandados por una beatitud interior. Dos lacayos dieron la vuelta a la mesa, sirviendo alicante y tokay.

Desde el comienzo de la cena, Renée parecía distraída. Cumplía sus deberes de anfitriona con una sonrisa maquinal. A cada explosión de alegría que llegaba del extremo de la mesa, donde Maxime y Louise, uno al lado del otro, bromeaban como buenos amigos, lanzaba hacia ese lado una mirada brillante. Se aburría. Los hombres serios la fastidiaban. La señora De Espanet y la señora Haffner le lanzaban miradas desesperadas.

—Y las próximas elecciones, ¿cómo se anuncian? —preguntó bruscamente Saccard al señor Hupel de la Noue.

—Pues muy bien —respondió éste sonriente—; sólo que aún no tengo los candidatos designados para mi departamento. El Ministerio vacila, al parecer.

El señor De Mareuil, quien, de una ojeada, había agradecido a Saccard que hubiera sacado este tema, parecía en ascuas. Enrojeció ligeramente, saludó cohibido, cuando el prefecto, dirigiéndose a él, continuó:

—Me han hablado mucho de usted en la región, caballero. Sus grandes propiedades le granjean allá numerosos amigos, y su adhesión al emperador es bien conocida. Tiene usted todas las posibilidades.

—Papá, ¿verdad que la pequeña Sylvia vendía cigarrillos en Marsella, en 1849? —gritó en ese momento Maxime desde el extremo de la mesa Y como Aristide Saccard fingía no oír, el joven prosiguió con un tono más bajo—: Mi padre la conoció muy especialmente.

Hubo algunas risas ahogadas. Entre tanto, mientras el señor De Mareuil seguía saludando, el señor Haffner había proseguido con voz sentenciosa:

—La adhesión al emperador es la única virtud, el único patriotismo, en estos tiempos de democracia interesada. Quienquiera que ame al emperador ama a Francia. Veríamos con sincera alegría cómo el caballero se convierte en colega nuestro.

—El caballero triunfará —dijo a su vez el señor Toutin-Laroche—. Las grandes fortunas deben agruparse en torno al trono.

Renée no aguantó más. Frente a ella, la marquesa ahogaba un bostezo. Y como Saccard iba a tomar de nuevo la palabra:

—Por favor, amigo mío, tengan un poco de piedad de nosotras —le dijo su mujer, con una graciosa sonrisa—, dejen su desagradable política.

Entonces el señor Hupel de la Noue, galante como un prefecto, protestó y dijo que las damas tenían razón. E inició el relato de una historia escabrosa que había ocurrido en su capital. La marquesa, la señora Haffner y las otras señoras se rieron mucho con ciertos detalles. El prefecto contaba de una forma muy picante, con medias palabras, reticencias, inflexiones de voz, que imprimían un sentido muy obsceno a los términos más inocentes. Después se habló del primer martes de la duquesa, de una broma que habían gastado la víspera, de la muerte de un poeta y de las últimas carreras de otoño. El señor Toutin-Laroche, amable a ratos, comparó a las mujeres con rosas, y el señor De Mareuil, en medio de la turbación en que lo habían sumido sus esperanzas electorales, encontró expresiones profundas sobre la nueva forma de los sombreros. Renée seguía distraída.

Mientras tanto, los convidados ya no comían. Sobre la mesa parecía haber soplado un viento cálido, empañando los vasos, desmigajando el pan, ennegreciendo las mondas de fruta en los platos, rompiendo la hermosa simetría del servicio. Las flores se ajaban, en los grandes cuernos de plata cincelada. Y los convidados se abstraían por un instante, ante los restos de los postres, beatíficos, sin ánimos para levantarse. Un brazo sobre la mesa, medio inclinados, tenían la mirada viva, la vaga postración de esa embriaguez mesurada y decente de las personas de mundo, que se emborrachan a poquitos. Las risas habían cesado, las palabras escaseaban. Habían comido y bebido mucho, lo cual volvía aún más seria a la pandilla de hombres condecorados. Las señoras, en el aire pesado de la sala, sentían trasudores que les subían a la frente y la nuca. Esperaban que se pasara al salón, serias, un poco pálidas, como si su cabeza diera ligeras vueltas. La señora De Espanet estaba muy rosada, mientras que los hombros de la señora Haffner habían adquirido blancura de cera. Mientras tanto, el señor Hupel de la Noue examinaba el mango de un cuchillo; el señor Toutin-Laroche lanzaba todavía jirones de frases al señor Haffner, que éste acogía con cabeceos; el señor De Mareuil soñaba mirando al señor Michelin, que le sonreía astutamente. En cuanto a la linda señora Michelin, no hablaba hacía tiempo; muy colorada, dejaba colgar bajo el mantel una mano que el señor De Saffré debía de tener en la suya, pues se apoyaba torpemente en el borde de la mesa, las cejas tensas, con la mueca de un hombre que resuelve un problema de álgebra. Sidonie había vencido, también: los señores Mignon y Charrier, acodados ambos y vueltos hacia ella, parecían encantados de recibir sus confidencias; confesaba que adoraba los productos lácteos y que tenía miedo de los aparecidos. Y el propio Aristide Saccard, los ojos entornados, sumido en esa beatitud de un anfitrión que tiene conciencia de haber embriagado honradamente a sus convidados, no pensaba en abandonar la mesa; contemplaba, con respetuoso afecto, al barón de Gouraud, entorpecido, digiriendo, alargando sobre el mantel blanco su mano derecha, una mano de viejo sensual, corta, gruesa, manchada de placas

violetas y cubierta de pelos rojos.

Renée apuró maquinalmente las pocas gotas de tokay que quedaban en el fondo de su copa. Un fuego ascendía a su cara; los pelillos pálidos de su frente y de su nuca, rebeldes, se escapaban, como mojados por un soplo húmedo. Tenía los labios y la nariz nerviosamente afilados, el rostro mudo de un niño que ha bebido vino puro. Si ante las sombras del parque Monceau se le habían ocurrido buenos pensamientos burgueses, esos pensamientos se ahogaban, en ese momento, en la excitación de los manjares, de los vinos, de las luces, de ese ambiente turbador por el cual pasaban hálitos y gozos cálidos. Ya no intercambiaba tranquilas sonrisas con su hermana Christine y su tía Elisabeth, modestas ambas, discretas, que hablaban apenas. Con una mirada dura había hecho bajar los ojos al pobre señor De Mussy. En su aparente distracción, aunque ahora evitara volverse, apoyada en el respaldo de su silla, donde el raso de su corpiño crujía suavemente, se le escapaba un imperceptible temblor de hombros a cada nueva carcajada que le llegaba de la esquina donde Maxime y Louise bromeaban, siempre igual de alto, en el ruido agonizante de las conversaciones.

Y detrás de ella, en el límite de la sombra, dominando con su alta estatura la mesa en desorden y los convidados desfallecidos, Baptiste se mantenía en pie, la carne blanca, el semblante grave, con la actitud desdeñosa de un lacayo que ha atiborrado a sus amos. Sólo él, en la atmósfera cargada de embriaguez, bajo las claridades crudas de la araña que iban amarilleando, seguía correcto, con su cadena de plata al cuello, los ojos fríos, donde la visión de los hombros de las mujeres no encendía una llama, su aire de eunuco sirviendo a parisienses de la decadencia y conservando la dignidad.

Por fin Renée se levantó, con un movimiento nervioso. Todos la imitaron. Pasaron al salón, donde estaba servido el café.

El gran salón del palacete era una vasta pieza alargada, una especie de galería, que iba de un pabellón al otro y ocupaba toda la fachada del lado del jardín. Una ancha puerta acristalada se abría sobre la escalinata. Esta galería resplandecía de oro. El techo, ligeramente cimbrado, tenía volutas caprichosas que rodeaban grandes medallones dorados, relucientes como escudos. Rosetones, guirnaldas resplandecientes bordeaban la bóveda; filetes semejantes a chorros de metal fundido recorrían las paredes, enmarcando los paneles, tapizados de seda roja; trenzas de rosas, con ramos abiertos en lo alto, caían a lo largo de los espejos. Sobre el entarimado, una alfombra de Aubusson desplegab sus flores de púrpura. Los muebles de damasco de seda rojo, los portiers y las cortinas de la misma tela, el enorme reloj de rocalla de la chimenea, los jarrones de China colocados sobre las consolas, las patas de dos largas mesas adornadas con mosaicos de Florencia, hasta las jardineras dispuestas en los vanos de las ventanas rezumaban oro, goteaban oro. En las

cuatro esquinas se alzaban cuatro grandes lámparas colocadas sobre pedestales de mármol rojo, a los que las sujetaban cadenas de bronce dorado, que caían con gracias simétricas. Y, desde el techo, bajaban tres arañas de almendras de cristal, rutilantes de gotas de luz azules y rosas: su claridad ardiente envolvía en llamas todo el oro del salón.

Los hombres se retiraron pronto al salón de fumar. El señor De Mussy vino a coger familiarmente del brazo a Maxime, a quien había conocido en el colegio, aunque contara seis años más que él. Lo arrastró a la terraza, y en cuanto hubieron encendido un cigarro, se quejó amargamente de Renée.

—Pero ¿qué le pasa, dígame? La he visto ayer, estaba adorable. Y hoy me trata como si todo hubiera acabado entre nosotros. ¿Qué crimen he podido cometer? Sería usted muy amable, mi querido Maxime, si la interrogara, si le dijera cuánto me hace sufrir.

— ¡Ah! ¡Lo que es eso, no! —respondió Maxime riendo—. Renée está con sus nervios, no me interesa recibir el chaparrón. Arrégleselas, resuelva sus asuntos usted mismo. —Y agregó, tras haber exhalado lentamente el humo de su habano—: ¡Lindo papel pretende que desempeñe!

Pero el señor De Mussy habló de su viva amistad, declaró al joven que sólo esperaba una ocasión para probarle su afecto. ¡Era muy desgraciado, amaba tanto a Renée!

— ¡Bueno, entendido! —dijo por fin Maxime—. Le diré unas palabritas; pero ya sabe usted, no prometo nada; me va a mandar a paseo, seguro.

Entraron en el salón de fumar, se tumbaron en anchas dormilonas. Allí, durante una buena media hora, el señor De Mussy contó sus penas a Maxime; le dijo por décima vez cómo se había enamorado de su madrastra, cómo ella había accedido a distinguirlo; y Maxime, esperando a terminar su puro, le daba consejos, le explicaba a Renée, le indicaba de qué manera debía conducirse para dominarla.

Saccard había venido a sentarse a unos pasos de los jóvenes, y el señor De Mussy guardó silencio, mientras Maxime concluía diciendo:

—Yo, en su lugar, obraría muy insolentemente. A ella le gusta.

El salón de fumar ocupaba, en el extremo del gran salón, una de las estancias redondas formadas por las torrecillas. Era de un estilo muy rico y muy sobrio. Tapizado con una imitación de cordobán, tenía cortinas y portiers argelinos y, como alfombra, una moqueta con dibujos persas. El mobiliario, recubierto de piel de zapa de color madera, se componía de pufs, de sillones y de un diván circular que ocupaba en parte la curva de la pieza. La pequeña araña del techo, los adornos del velador, el juego de la chimenea, eran de

bronce florentino verde pálido.

Sólo se habían quedado con las señoras algunos jóvenes y ancianos de caras blancas y blandas, a quienes el tabaco horrorizaba. En el salón de fumar se reía, se bromeaba muy libremente. El señor Hupel de la Noue entretuvo mucho a los caballeros contándoles de nuevo la historia que había narrado durante la cena, pero completándola con detalles totalmente crudos. Era su especialidad; siempre tenía dos versiones de una anécdota, una para las damas, otra para los hombres. Después, cuando Aristide Saccard entró, lo rodearon y felicitaron; y como fingía no entender, el señor De Saffré le dijo, con una frase muy aplaudida, que había hecho merecimientos por su patria al impedir que la hermosa Laure de Aurigny se pasara a los ingleses.

—No, de veras, caballeros, se equivocan —balbucía Saccard con falsa modestia.

—Vamos, ¡no lo niegues! —le gritó jocosamente Maxime—. A tu edad, está muy bien.

El joven, que acababa de tirar su puro, regresó al gran salón. Había llegado mucha gente. La galería estaba llena de fraques, de pie, charlando a media voz, y de faldas, desplegadas ampliamente a lo largo de los confidentes. Los lacayos empezaron a pasar bandejas de plata, cargadas de helados y de vasos de ponche.

Maxime, que deseaba hablar con Renée, cruzó el gran salón en toda su longitud, sabiendo perfectamente dónde encontraría el cenáculo de aquellas damas. Había, en el otro extremo de la estancia, haciendo juego con el salón de fumar, una habitación redonda en la que habían hecho una adorable salita. Esta sala, con sus colgaduras, sus cortinas y sus portiers de raso botón de oro, tenía un encanto voluptuoso, de un sabor original y exquisito. La claridad de la araña, delicadísimamente rebuscada, cantaban una sinfonía en amarillo menor, en medio de todas aquellas telas del color del sol. Era como un desbordamiento de rayos dulcificados, una puesta de astro durmiéndose sobre una alfombra de trigos maduros. En el suelo, la luz moría sobre una alfombra de Aubusson sembrada de hojas secas. Un piano de ébano taraceado en marfil, dos mueblecitos cuyos espejos dejaban ver un mundo de bibelots, una mesa Luis XVI, una consola jardinera coronada por un enorme ramo de flores, bastaban para amueblar la pieza. Los confidentes, los sillones, los pufs, estaban tapizados de raso botón de oro bordado con vistosos tulipanes. Y había también asientos bajos, asientos volantes, todas las variedades elegantes y raras del taburete. No se veían las maderas de esos muebles; el raso, el acolchado lo cubrían todo. Los respaldos se curvaban con mullidas redondeces de cabezales. Eran como lechos discretos donde se podía dormir y amar entre algodones, en medio de la sensual sinfonía en amarillo menor.

A Renée le gustaba esta salita, una de cuyas puertas acristaladas se abría hacia el magnífico invernadero soldado al costado del palacete. Durante el día, pasaba allí sus horas de ociosidad. Las colgaduras amarillas, en lugar de apagar su cabellera pálida, la doraban con extrañas llamas; su cabeza se destacaba en medio de un resplandor de aurora, toda rosa y blanca, como la de una Diana rubia que despertase en la luz de la mañana; y por eso, sin duda, le gustaba esta pieza que ponía de relieve su belleza.

En ese momento, estaba allí con sus íntimas. Su hermana y su tía acababan de marcharse. Sólo quedaban, en el cenáculo, unas cuantas cabecitas locas. Medio reclinada en el fondo de un confidente, Renée escuchaba los secretos de su amiga Adeline, que le hablaba al oído, con mohines de gata y bruscas risas. Suzanne Haffner estaba muy solicitada; se las tenía tiesas con un grupo de jóvenes que se apelotonaban a su alrededor, sin que ella perdiera su languidez de alemana, su descaro provocador, desnudo y frío como sus hombros. En un rincón, Sidonie adoctrinaba en voz baja a una joven señora de pestañas de virgen. Más lejos, Louise, de pie, charlaba con un chico alto y tímido, que se ruborizaba; mientras que el barón de Gouraud, en plena claridad, dormitaba en su sillón, desplegando sus carnes fofas, su anchura de elefante pálido, entre la gracia frágil y la sedosa delicadeza de las damas. Y en la estancia, sobre las faldas de raso de pliegues duros y charolados como porcelana, sobre los hombros de una blancura lechosa que se constelaba con diamantes, caía en un polvillo de oro una luz de fábula. Una voz delgadita, una risa parecida a un arrullo, sonaban, con limpideces de cristal. Hacía mucho calor. Los abanicos se movían lentamente, como alas, lanzando a cada soplo, en el aire lánguido, los perfumes almizclados de los corpiños.

Cuando Maxime apareció en el umbral de la puerta, Renée, que escuchaba a la marquesa con oídos distraídos, se alzó vivamente, fingió tener que cumplir con su papel de anfitriona. Pasó al gran salón, adonde el joven la siguió. Allí, dio unos pasos, sonriente, estrechando manos; luego, atrayendo a Maxime aparte:

— ¡Eh! —dijo a media voz, con aire irónico—, la pejiquera es grata, ya no es tan idiota hacerle la corte.

—No entiendo —respondió el joven, que iba a defender la causa del señor De Mussy.

—Pues me parece que hice bien al no librarle de Louise. Vais a toda prisa, los dos. —Y añadió, con una especie de despecho—: Era indecente, en la mesa.

Maxime se echó a reír.

— ¡Ah, sí!, nos hemos contado historias. Desconocía yo a esa chiquilla. Es

muy graciosa. Tiene pinta de chico. —Y, como Renée continuaba poniendo la mueca irritada de una mojugata, el joven, que no le conocía tales indignaciones, prosiguió con sonriente familiaridad—: ¿Es que te crees, mamá, que le pellizqué las rodillas por debajo de la mesa? ¡Qué diablos, uno sabe conducirse con su prometida!... Tengo una cosa más seria que decirte. Escúchame... ¿Me escuchas, verdad?... —Bajó afín más la voz—: Eso es... El señor De Mussy es muy desgraciado, acaba de decírmelo. Como comprenderás, no es mi papel reconciliaros, si ha habido una pelea. Pero, ya sabes, lo conocí en el colegio, y como tenía una pinta realmente desesperada, le prometí que te diría unas palabritas... —Se detuvo. Renée lo miraba con aire indefinible—. ¿No respondes?... —continuó él—. Es igual, yo he dado mi recado. Arreglaos como queráis... Pero, de veras, te encuentro cruel. Ese pobre chico me ha dado pena. En tu lugar, yo le enviaría al menos una notita amable.

Entonces Renée, que no había cesado de mirar a Maxime con sus ojos fijos, donde ardía una llama viva, respondió:

—Dile al señor De Mussy que me fastidia.

Y reanudó su lenta marcha entre los grupos, sonriendo, saludando, dando apretones de mano. Maxime se quedó plantado, con pinta sorprendida; luego soltó una risa silenciosa.

Poco deseoso de llevarle el recado al señor De Mussy, dio una vuelta por el gran salón. La velada tendía a su fin, maravillosa y trivial como todas las veladas. Era casi medianoche, la gente se iba poco a poco. No queriendo ir a acostarse con una impresión de aburrimiento, decidió buscar a Louise. Pasaba ante la puerta de salida cuando vio, en el vestíbulo, a la linda señora Michelin, a quien su marido envolvía delicadamente en una salida de baile azul y rosa:

—Ha estado encantador, encantador —decía la joven—. Durante toda la cena hemos charlado sobre ti. Hablaré con el ministro; sólo que no es de su competencia... —Y como, al lado de ellos, un lacayo arropaba al barón de Gouraud en un gran abrigo de pieles—: ¡Es ese tío gordo el que llevará el asunto! —añadió al oído de su marido, mientras éste le anudaba bajo la barbilla el cordón de la capucha—. Hace lo que quiere en el Ministerio. Mañana, en casa de los Mareuil, habrá que intentar...

El señor Michelin sonreía. Condujo a su mujer con precaución, como si hubiera llevado en brazos un objeto frágil y valioso. Maxime, tras haberse asegurado con un vistazo de que Louise no estaba en el vestíbulo, se fue derecho a la salita. En efecto, se encontraba aún allí, casi sola, esperando a su padre, que seguramente había pasado la velada en el salón de fumar, con los políticos. Las damas, la marquesa, la señora Haffner, se habían marchado. Sólo quedaba Sidonie, contándoles cuánto le gustaban a los animales a algunas

esposas de funcionarios.

— ¡Ah!, ahí viene mi maridito —exclamó Louise—. Siéntese aquí y dígame en qué sillón ha podido dormirse mi padre. Se habrá creído ya en la Cámara.

Maxime le respondió en el mismo tono, y los jóvenes volvieron a soltar sus carcajadas de la cena. Sentado a sus pies, en un asiento muy bajo, él acabó por cogerle las manos, para jugar con ella, como con un amigo. Y en verdad, con su traje de fular blanco con lunares rojos, de cuerpo cerrado, el pecho plano, la cabecita fea y taimada de pilluelo, parecía un chico disfrazado de niña. Pero a veces sus brazos delgaduchos, su talle torcido, tenían actitudes de abandono, y por el fondo de sus ojos llenos aún de puerilidad pasaban ardores, sin que se ruborizara en lo más mínimo ante los ojos de Maxime. Y venga a reír los dos, creyéndose solos, sin advertir siquiera a Renée, de pie en medio del invernadero, semioculta, que los miraba desde lejos.

Desde hacía un instante, la visión de Maxime y de Louise, cuando ella cruzaba un sendero, había detenido bruscamente a la joven detrás de un arbusto. En torno a ella, el cálido invernadero, semejante a una nave de iglesia, y en el que delgadas columnillas de hierro ascendían de golpe para sostener la vidriera cimbrada, desplegaba sus vegetaciones carnosas, sus lienzos de hojas poderosas, sus tallos desbordantes de verdor.

En el centro, en un estanque oval, a ras de suelo, vivía, con la vida misteriosa y glauca de las plantas de agua, toda la flora acuática de los países de sol. Unos ciclantos, irguiendo sus penachos verdes, rodeaban, con un cinturón monumental, el surtidor, que se asemejaba al capitel truncado de alguna columna ciclópea. Después, en los dos extremos, grandes monstera alzaban sus extrañas ramas por encima del estanque, sus maderas secas, desnudas, retorcidas como serpientes enfermas, y dejaban caer raíces aéreas, semejantes a redes de pescador colgadas en pleno aire. Cerca del borde, un pandano de Java dilatava su ramo de hojas verduzcas, estriadas de blanco, delgadas como espadas, espinosas y dentadas como puñales malayos. Y a flor de agua, en la tibieza del lienzo durmiente suavemente caldeado, las ninfeas abrían sus estrellas rosa, mientras que los eurialos arrastraban sus hojas redondas, sus hojas leprosas, nadando planos como dorsos de sapos monstruosos cubiertos de pústulas.

Como césped, una ancha franja de selaginela rodeaba el estanque. Este helecho enano formaba una espesa alfombra de musgo, de un verde tierno. Y al otro lado del gran sendero circular, cuatro enormes macizos llegaban con vigoroso impulso hasta la cimbra: las palmeras, levemente inclinadas en su gracia, dilataban sus abanicos, desplegaban sus copas redondeadas: sus palmas colgaban como remos cansados de su eterno viaje por el azul del aire; los

grandes bambúes de la India ascendían rectos, endebles y duros, soltando desde lo alto su lluvia ligera de hojas; un ravenala, el árbol del viajero, alzaba su ramo de inmensas pantallas chinas; y, en un rincón, un plátano, cargado con sus frutos, alargaba hacia todas partes sus largas hojas horizontales, donde dos amantes podrían acostarse a sus anchas apretándose uno contra otro. En los ángulos, había euforbios de Abisinia, esos cirios espinosos, contrahechos, llenos de jorobas vergonzosas, que rezuman veneno. Y bajo los árboles, para cubrir el suelo, helechos bajos, los adiantos, los pteris, ponían sus encajes delicados, sus finas cortaduras. Las alsófilas, de especie más alta, despleaban sus filas de ramos simétricos, sexangulares, tan regulares que hubiérase dicho grandes piezas de loza destinadas a contener los frutos de algún poste gigantesco. Además, una bordura de begonias y caladios rodeaba los macizos; las begonias, de hojas retorcidas, manchadas soberbiamente de verde y de rojo; los caladios cuyas hojas en punta de lanza, blancas con nervaduras verdes, se parecen a anchas alas de mariposa; plantas extravagantes cuyo follaje vive extrañamente, con un brillo sombrío en el cual palidecen flores malsanas.

Detrás de los macizos, otro sendero, más estrecho, daba la vuelta al invernadero. Allí, sobre gradas, tapando a medias los tubos de calefacción, florecían las marantas, suaves al tacto como terciopelo, las gloxíneas, de campanas violetas, las dracenas, semejantes a láminas de vieja laca barnizada.

Pero uno de los encantos de este jardín de invierno era, en las cuatro esquinas, antros de verdor, glorietas profundas, recubiertas por espesas cortinas de bejucos. Trozos de selva virgen habían edificado, en esos lugares, sus muros de hojas, sus espesuras impenetrables de tallos, de ágiles vástagos, enganchándose a las ramas, salvando el vacío con atrevido vuelo, cayendo de la bóveda como borlas de ricas colgaduras. Un pie de vainilla, cuyas vainas maduras exhalaban un aroma penetrante, corría sobre la redondez de un pórtico guarnecido de musgo; las cocas de Levante tapizaban las columnillas con sus hojas redondas; las bohínias, de racimos rojos, los quiscualis, cuyas flores colgaban como collares de abalorios, escapaban, se hundían, se anudaban, como delgadas culebras, jugando y alargándose sin fin en la oscuridad del verdor.

Y bajo los arcos, entre los macizos, aquí y allá, cadenitas de hierro sostenían cestas, en las cuales se desplegaban orquídeas, las plantas extravagantes de pleno cielo, que extienden por todas partes sus retoños rechonchos, nudosos y alabeados con miembros lisiados. Estaban los zuecos de Venus, cuya flor se parece a una pantufla maravillosa, guarnecida en el tacón por alas de libélula; las aeridas, tan tiernamente perfumadas; las stanhopeas, de flores pálidas, atigradas, que desprenden de lejos, como gargantas amargas de convalecientes, un aliento acre y fuerte.

Pero lo que, desde todas las revueltas de los senderos, llamaba la atención, era un gran hibisco de la China, cuyo inmenso tapiz de verdor y de flores cubría todo el costado del palacete, al que el invernadero estaba soldado. Las anchas flores purpúreas de esta malva gigantesca, sin cesar renacientes, sólo viven unas cuantas horas. Semejaban bocas sensuales de mujer que se abrían, los labios rojos, blancos y húmedos, de alguna Mesalina gigante, magullados por los besos, y que renacían siempre con su sonrisa ávida y sangrienta.

Renée, cerca del estanque, tiritaba en medio de aquellas espléndidas floraciones. Detrás de ella, una gran esfinge de mármol negro, agazapada sobre un bloque de granito, la cabeza vuelta hacia el acuario, tenía una sonrisa de gato discreto y cruel; y era como el ídolo sombrío, de muslos relucientes, de aquella tierra de fuego. En ese momento, unos globos de cristal esmerilado iluminaban los follajes con rayos lechosos. Unas estatuas, cabezas de mujer con el cuello echado hacia atrás, henchido de risas, blanqueaban al fondo de los macizos, con manchas de sombra que retorcían sus locas risas. En el agua densa y durmiente del estanque, jugaban extraños reflejos, iluminando formas vagas, masas glaucas, semejantes a esbozos de monstruos. Sobre las hojas lisas del ravanala, sobre los abanicos barnizados de las latanias, una oleada de resplandores blancos corría; mientras que, del encaje de los helechos, caían en lluvia fina gotas de claridad. En lo alto brillaban reflejos de cristal, entre las copas oscuras de las altas palmeras. Y detrás, todo alrededor, se agolpaba la negrura; las glorietas, con sus colgaduras de bejucos, se ahogaban en las tinieblas, cual nidos de reptiles dormidos.

Y bajo la luz viva, Renée pensaba, mirando desde lejos a Louise y Maxime. Ya no era la ensoñación flotante, la gris tentación del crepúsculo, en las frescas avenidas del Bosque. Sus pensamientos ya no estaban acunados y adormecidos por el trote de sus caballos, a lo largo del césped mundano, de los bosquecillos donde las familias burguesas cenan el domingo. Ahora un deseo neto, agudo, la llenaba.

Un amor inmenso, una necesidad de voluptuosidad, flotaba en esta nave cerrada, donde hervía la savia ardiente de los trópicos. La joven estaba dominada por esas bodas potentes de la tierra, que engendraban a su alrededor esos verdos negros, esos tallos colosales; y las capas ásperas de este mar de fuego, de este desbordamiento de selva, este montón de vegetación, ardiendo con las entrañas que las nutrían, le lanzaban efluvios turbadores, cargados de embriaguez. A sus pies, el estanque, la masa de agua caliente, espesada por los jugos de las raíces flotantes, humeaba, ponía sobre sus hombros un manto de vapores pesados, un vaho que le calentaba la piel, como el tacto de una mano sudorosa de voluptuosidad. Sobre su cabeza, sentía el surtidor de las palmeras, los altos follajes que sacudían su aroma. Y más que el ahogo cálido del aire, más que la claridad viva, más que las flores anchas, deslumbrantes, semejantes

a rostros risueños o gesticulantes entre las hojas, eran sobre todo los olores los que la destrozaban. Un perfume indefinible, fuerte, excitante, se arrastraba, compuesto de mil perfumes: sudores humanos, alientos de mujeres, olores de cabelleras; y hálitos dulces y sosos hasta el desmayo estaban entrecortados por hálitos pestilentes, rudos, cargados de venenos. Pero, en esta música extraña de los olores, la frase melódica que retornaba siempre, dominante, sofocando las ternuras de la vainilla y las acuidades de las orquídeas, era ese olor humano, penetrante, sensual, ese olor a amor, que escapa por las mañanas del dormitorio cerrado de dos recién casados.

Renée, lentamente, se había adosado al pedestal de granito. Con su traje de raso verde, el pecho y la cabeza sonrojados, mojados por las gotas claras de sus diamantes, parecía una gran flor, rosa y verde, una de las ninfeas del estanque, desfallecida por el calor. En esta hora de visión clara, todas sus buenas resoluciones se desvanecían para siempre, la embriaguez de la cena se le subía a la cabeza, imperiosa, victoriosa, redoblada por las llamas del invernadero. Ya no pensaba en las frescuras de la noche que la habían calmado, en las sombras susurrantes del parque, cuyas voces le habían aconsejado una dichosa paz. Sus sentidos de mujer ardiente, sus caprichos de mujer hastiada despertaban. Y por encima de ella, la gran esfinge de mármol negro reía con una risa misteriosa, como si hubiera leído el deseo por fin formulado que galvanizaba aquel corazón muerto, el deseo tanto tiempo huidizo, «la otra cosa» vanamente buscada por Renée, en el balanceo de su calesa, en la ceniza fina del anochecer, y que acababa bruscamente de revelarle bajo la claridad cruda, en medio de aquel jardín de fuego, la visión de Louise y de Maxime, riendo y jugando, con las manos unidas.

En ese momento, un ruido de voces salió de una glorieta vecina, a la cual Aristide Saccard había llevado a los señores Mignon y Charrier.

—No, de veras, señor Saccard —decía el vozarrón de Charrier—, no podemos comprarle eso a más de doscientos francos el metro.

Y la voz agria de Saccard clamaba:

—Pero, en mi parte, me pagaron ustedes el metro de terreno a doscientos cincuenta francos.

—Bueno, escuche, pondremos doscientos veinticinco francos.

Y las voces continuaron, brutales, sonando extrañamente bajo las palmas colgantes de los macizos. Pero atravesaron como un vano ruido el sueño de Renée, ante la cual se erguía, con la llamada del vértigo, un goce desconocido, cálido de crimen, más áspero que todos los que había apurado ya, el último que le quedaba aún por beber. Ya no estaba cansada.

El arbusto tras el que se ocultaba a medias era una planta maldita, una

tanguinia de Madagascar, de anchas hojas de boj, de tallos blanquecinos, cuyas menores nervaduras destilan una leche envenenada. Y en cierto momento, como Louise y Maxime reían más alto, en el reflejo amarillo, en la puesta de sol de la salita, Renée, perdida la cabeza, la boca seca e irritada, cogió entre sus labios una ramita de la tanguinia que le llegaba a la altura de los dientes, y mordió una de las hojas amargas.

Capítulo 2

Aristide Rougon se abatió sobre París, después del 2 de diciembre, con ese olfato de las aves de presa que huelen de lejos los campos de batalla. Llegaba de Plassans, una subprefectura del sur, donde su padre acababa de pescar en el río revuelto de los acontecimientos una recaudación particular largamente codiciada. Él, todavía joven, tras haberse comprometido como un necio, sin gloria ni provecho, hubo de considerarse dichoso de salir sano y salvo de la trifulca. Acudía, furioso por haber errado el camino, maldiciendo las ciudades de provincias, hablando de París con apetitos de lobo, jurando «que no volvería a ser tan idiota»; y la sonrisa aguda con la que acompañaba estas palabras adquiría una terrible significación en sus labios delgados.

Llegó en los primeros días de 1852. Llevaba consigo a su mujer, Angèle, una personita rubia y sosa, a quien instaló en un reducido alojamiento de la calle Saint-Jacques, como un mueble molesto del que le corría prisa desembarazarse. La joven no había querido separarse de su hija, la pequeña Clotilde, una niña de cuatro años, que el padre hubiera dejado de buen grado a cargo de su familia. Pero sólo se había resignado al deseo de Angèle a condición de olvidar en el colegio de Plassans a su hijo Maxime, un galopín de once años, por quien había prometido velar su abuela. Aristide quería tener las manos libres; una mujer y una niña le parecían ya un peso aplastante para un hombre decidido a salvar todos los fosos, aun a costa de romperse el espinazo o de rodar por el fango.

La misma tarde de su llegada, mientras Angèle deshacía los baúles, experimentó la ávida necesidad de recorrer París, de pisar con sus zapatones de provinciano aquel ardiente empedrado, de donde pensaba hacer brotar millones. Fue una verdadera toma de posesión. Caminó por caminar, yendo a lo largo de las aceras, como en país conquistado. Tenía una visión muy clara de la batalla que venía a entablar, y no le repugnaba compararse con un hábil ladrón de gonzúa que, con astucia o con violencia, va a coger su parte de la riqueza común que tan aviesamente le han negado hasta entonces. Si hubiera sentido la necesidad de una excusa, habría invocado sus deseos ahogados

durante diez años, su miserable vida de provincia, sus culpas, sobre todo, de las que hacía responsable a la sociedad entera. Pero en ese momento, con aquella emoción del jugador que pone al fin sus manos enardecidas sobre el tapete verde, era todo alegría, una alegría muy suya, en la que había satisfacciones de envidioso y esperanzas de bribón impune. El aire de París le embriagaba, creía oír, en el fragor de los carruajes, las voces de Macbeth, que le gritaban: «¡Tú serás rico!». Más de dos horas estuvo andando de calle en calle, saboreando las voluptuosidades de un hombre que se pasea con su vicio. No había vuelto a París desde el feliz año que había pasado allí de estudiante. La noche caía; su sueño crecía entre las luces vivas que los cafés y las tiendas proyectaban sobre las aceras; se perdió.

Cuando alzó los ojos, se encontraba hacia el medio del faubourg Saint-Honoré. Uno de sus hermanos, Eugéne Rougon, vivía en una calle cercana, la calle de Penthièvre. Aristide, al venir a París, había contado con Eugéne que, tras haber sido uno de los agentes más activos del golpe de Estado, era en esos momentos una potencia oculta, un abogadillo en el cual nacía un gran político. Pero, por una superstición de jugador, no quiso ir a llamar esa noche a la puerta de su hermano. Regresó lentamente a la calle Saint Jacques, pensando en Eugéne con una envidia sorda, mirando sus pobres ropas todavía cubiertas del polvo del viaje, y tratando de consolarse reanudando su sueño de riquezas. Ese mismo sueño se había vuelto amargo. Tras haber salido por una necesidad de expansión, lleno de alegría por la actividad comercial de París, volvió a casa irritado por la felicidad que le parecía correr por las calles, más feroz al imaginarse las encarnizadas luchas, en las cuales disfrutaría batiéndose y engañando a aquel gentío con el que se había codeado en las aceras. Nunca había sentido apetitos tan dilatados, ardores tan inmediatos de disfrute.

Al día siguiente, con las primeras luces, estaba en casa de su hermano. Eugéne vivía en dos grandes estancias frías, apenas amuebladas, que dejaron a Aristide helado. Esperaba encontrar a su hermano refocilándose en pleno lujo. Este último trabajaba ante una mesita negra. Se contentó con decirle, con su voz lenta, con una sonrisa:

— ¡Ah! ¿Eres tú? Te esperaba.

Aristide fue muy agrio. Acusó a Eugéne de haberlo dejado vegetar, de ni siquiera haberle dado la limosna de un buen consejo, mientras él se atascaba en provincias. Jamás se perdonaría haber seguido siendo republicano hasta el 2 de diciembre; era su herida en carne viva, su eterna confusión. Eugéne había vuelto a coger tranquilamente su pluma. Cuando él hubo terminado:

— ¡Bah! —dijo—, todas las faltas se reparan. Estás lleno de futuro.

Pronunció estas palabras con una voz tan clara, con una mirada tan penetrante, que Aristide bajó la cabeza, sintiendo que su hermano penetraba

hasta lo más profundo de su ser. Éste continuó con una brutalidad amistosa:

—Vienes a que te coloque, ¿no? Ya he pensado en ti, pero aún no he encontrado nada. Comprenderás que no puedo meterte en cualquier sitio. Necesitas un empleo donde hagas tus negocios sin peligro para ti ni para mí... No protestes, estamos solos, podemos decirnos ciertas cosas...

Aristide tomó el partido de reírse.

— ¡Oh!, sé que eres inteligente —prosiguió Eugéne—, y que no cometerás ya una necedad improductiva... En cuanto se presente una buena ocasión, te colocaré. Y si de aquí a entonces necesitaras una moneda de veinte francos, ven a pedírmela.

Charlaron un instante de la insurrección del sur, en la cual su padre había ganado su recaudación particular. Eugéne se vestía mientras charlaba. En la calle, en el momento de dejarlo, retuvo a su hermano todavía un instante, le dijo en voz más baja:

—Te agradecería que no callejearas y esperaras tranquilamente en tu casa el empleo que te prometo... Me resultaría desagradable ver a mi hermano haciendo antesala.

Aristide sentía respeto por Eugéne, que le parecía un tipo fuera de serie. No le perdonó su desconfianza, ni su franqueza un poco ruda; pero fue a encerrarse dócilmente en la calle Sana-Jacques. Había venido con quinientos francos que le había prestado el padre de su mujer. Pagados los gastos de viaje, estiró un mes los 300 francos que le quedaban. Angèle era una gran comilona; se creyó, además, en el deber de remozar su traje de gala con una guarnición de cintas malvas. Aquel mes de espera le pareció interminable a Aristide. Ardía de impaciencia. Cuando se asomaba a la ventana, y sentía bajo él el laboreo gigante de París, le entraban unas ganas locas de lanzarse de un salto al gran horno, para amasar el oro con sus manos febriles, como blanda cera. Aspiraba esos soplos aún vagos que ascendían de la gran ciudad, esos soplos del Imperio naciente, en los que se arrastraban ya olores de alcobas y de chanchullos financieros, calores de goces. Los ligeros aromas que le llegaban le decían que estaba en la buena pista, que la presa corría delante de él, que la gran caza imperial, la caza de aventuras, de mujeres, de millones, comenzaba por fin. Las aletas de la nariz le latían, su instinto de animal hambriento captaba maravillosamente al paso los menores indicios de la jauría desencadenada que iba a tener como escenario la ciudad.

Dos veces fue a casa de su hermano, para activar sus gestiones. Eugéne lo acogió con brusquedad, repitiéndole que no lo olvidaba, pero que había que esperar. Recibió por fin una carta que le rogaba que pasara por la calle Penthievre. Fue allá, con el corazón brincándole en el pecho, como a una cita

de amor. Encontró a Eugéne ante su eterna mesita negra, en la estancia helada que le servía de despacho. En cuanto lo vio, el abogado le tendió un papel, diciéndole:

—Ten, ayer recibí lo tuyo. Se te ha nombrado inspector adjunto de vías públicas en el ayuntamiento. Tendrás 2.400 francos de sueldo.

Aristide había permanecido de pie. Palideció y no cogió el papel, creyendo que su hermano se burlaba de él. Había esperado al menos un puesto de 6.000 francos. Eugéne, adivinando lo que pasaba por su cabeza, giró su silla y, cruzándose de brazos:

— ¿Serás bobo? —preguntó con cierta cólera—. Tienes sueños de fulana, ¿verdad? Querrías vivir en un buen piso, tener criados, comer bien, dormir entre sedas, satisfacerte en brazos de cualquier recién llegada, en un gabinete amueblado en dos horas... Tú y tus semejantes, si os dejáramos actuar, vaciaríais las arcas antes incluso de que estuvieran llenas. ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Ten un poco de paciencia! Ya ves cómo vivo, conque tómate al menos el trabajo de agacharte a recoger una fortuna.

Hablaba con profundo desprecio de las impacencias de escolar de su hermano. Se notaban, en sus frases rudas, ambiciones más elevadas, deseos de poder puro; aquel ingenuo apetito de dinero debía de parecerle burgués y pueril. Continuó con voz más suave, con una astuta sonrisa:

—Cierto que tus disposiciones son excelentes, y no tengo la menor intención de contrariarlas. Los hombres como tú son valiosísimos. Contamos con elegir nuestros mejores amigos entre los más famélicos. Vete, puedes estar tranquilo, tendremos mesa puesta y las hambres mayores se verán satisfechas. Sigue siendo todavía el método más cómodo para reinar... Pero, por favor, espera a que pongan el mantel y, hazme caso, tómate el trabajo de ir a buscar tú mismo tu cubierto en la antecocina.

Aristide seguía sombrío. Las amables comparaciones de su hermano no desfruncían su ceño. Entonces Eugéne cedió de nuevo a la cólera:

— ¡Vaya! —exclamó—. Insisto en mi primera opinión: eres un bobo... ¡Eh! ¿Qué esperabas entonces, qué creías que iba a hacer con tu ilustre persona? Ni siquiera tuviste valor para acabar Derecho, te enterraste durante diez años en un miserable puesto de empleado de subprefectura, me llegas con una detestable reputación de republicano a quien sólo el golpe de Estado ha podido convertir... ¿Crees que tienes madera de ministro, con semejantes notas?... ¡Oh!, ya lo sé, tienes a tu favor tus feroces ganas de llegar por todos los medios posibles. Es una gran virtud, de acuerdo, y en consideración a ella te he metido en el ayuntamiento. —Y levantándose, puso el nombramiento en manos de Aristide—. Ten —continuó—, me lo agradecerás un día. Soy yo

quien ha escogido el puesto, sé lo que puedes sacar de él... Sólo tendrás que mirar y escuchar. Si eres inteligente, comprenderás y actuarás... Y ahora retén bien lo que me queda por decirte. Entramos en una época en la cual son posibles todas las fortunas. Gana mucho dinero, te lo permito; sólo que nada de tonterías, nada de escándalos demasiado ruidosos, o te elimino.

Esta amenaza surtió el efecto que sus promesas no habían podido lograr. Toda la fiebre de Aristide se inflamó con la idea de aquella fortuna de la que su hermano le hablaba. Le pareció que lo soltaban por fin en la refriega, autorizándolo a degollar a la gente, pero legalmente, sin hacerla gritar demasiado. Eugéne le dio 200 francos para llegar a fin de mes. Luego se quedó pensativo.

—Pienso cambiar de apellido —dijo por fin—, tú deberías hacer otro tanto... Nos estorbaríamos menos.

—Como quieras —respondió tranquilamente Aristide.

—No tendrás que ocuparte de nada, me encargo de las formalidades. ¿Quieres llamarte Sicardot, con el apellido de tu mujer?

Aristide alzó los ojos al techo, repitiendo, escuchando la música de las sílabas:

—Sicardot... Aristide Sicardot... No, a fe mía; es obtuso y suena a quiebra.

—Busca otra cosa, entonces dijo Eugéne.

—Preferiría Sicard a secas —prosiguió el otro tras un silencio—; Aristide Sicard... no está mal... ¿verdad? Quizá un poco demasiado alegre... —Soñó todavía un momento, y, con aire triunfante—: Ya está, lo encontré —gritó—. Saccard, ¡Aristide Saccard!... con dos, ces... ¿Eh? Hay dinero en ese nombre; se diría que se cuentan monedas de cinco francos.

Eugéne gastaba bromas despiadadas. Despidió a su hermano; diciéndole con una sonrisa:

—Sí, un nombre como para ir a presidio o ganar millones.

Unos días después, Aristide Saccard estaba en el ayuntamiento. Se enteró de que su hermano había tenido que emplear toda su influencia para que lo admitieran sin los exámenes al uso.

Entonces comenzó, para la pareja, la vida monótona de los pequeños empleados. Aristide y su mujer reanudaron sus hábitos de Plassans. Sólo que despertaban de un sueño de súbita fortuna, y su vida mezquina les pesaba más, desde que la miraban como un período de prueba cuya duración no podían fijar. Ser pobre en París, es ser doblemente pobre. Angèle aceptaba la miseria

con su desidia de mujer clorótica; se pasaba los días en la cocina, o bien tumbada en el suelo, jugando con su hija, y sólo se lamentaba con la última moneda de un franco. Pero Aristide temblaba de rabia con aquella pobreza, con aquella existencia estrecha, en la que daba vueltas como un animal enjaulado. Fue para él un tiempo de sufrimientos indecibles: su orgullo sangraba, sus ardores insatisfechos lo azotaban furiosamente. Su hermano consiguió que le enviaran al Cuerpo legislativo por el distrito de Plassans, y él sufrió todavía más. Percibía demasiado la superioridad de Eugène para estar neciamente celoso; lo acusaba de no hacer por él lo que hubiera podido hacer. En varias ocasiones, la necesidad lo obligó a llamar a su puerta para pedirle prestado algún dinero. Eugène prestó el dinero, pero reprochándole con dureza carecer de valor y de voluntad. A partir de entonces, Aristide se curtió aún más. Juró que no pediría un céntimo a nadie, y mantuvo su palabra. Los ocho últimos días del mes, Angèle comía pan duro, suspirando. Este aprendizaje remató la terrible educación de Saccard. Sus labios se adelgazaron más; ya no cometió la tontería de soñar con sus millones en voz alta; su flaca persona se volvió muda, no expresó sino una sola voluntad, una idea fija acariciada a todas horas. Cuando corría desde la calle Saint Jacques al ayuntamiento, sus tacones gastados sonaban agriamente en las aceras, y se abotonaba dentro de su levita raída como en un asilo de odio, mientras su hocico de garduña olfateaba el aire de las calles. Angulosa semblanza de la miseria celosa que se ve vagabundear por el empedrado de París, paseando su plan de fortuna y el sueño de saciarlo.

Hacia comienzos de 1853, Aristide fue nombrado inspector de vías públicas. Ganaba 4.100 francos. Este aumento llegaba a tiempo; Angèle se desmejoraba; la pequeña Clotilde estaba muy pálida. Conservó su reducido alojamiento de dos piezas, el comedor amueblado en nogal, y el dormitorio de caoba, y siguió llevando una existencia rígida, evitando las deudas, sin querer meter las manos en el dinero de los otros hasta que pudiera hundirlas hasta los codos. Engañó así a sus instintos, desdeñoso de los pocos cuartos de más que le llegaban, y permaneció al acecho. Angèle se sintió completamente feliz. Se compró algunos trapitos, utilizó el espetón todos los días. No entendía nada de las cóleras mudas de su marido, de su pinta sombría de hombre que persigue la solución de algún temible problema.

Aristide seguía los consejos de Eugène: escuchaba y miraba. Cuando fue a agradecerle a su hermano el ascenso, éste comprendió la revolución que se había operado en él; lo felicitó por lo que denominó su buen comportamiento. El empleado, a quien la envidia endurecía en su interior, se había vuelto maleable e insinuante. En unos meses se convirtió en un prodigioso comediante. Toda su labia meridional había despertado, y llevaba su arte tan lejos que sus compañeros del ayuntamiento lo consideraban un buen chico, a quien su cercano parentesco con un diputado designaba de antemano para

cualquier buen empleo. Ese parentesco le atraía igualmente la benevolencia de sus jefes. Vivía así con una especie de autoridad superior a su empleo, que le permitía abrir ciertas puertas y meter la nariz en ciertas carpetas, sin que sus indiscreciones pareciesen culpables. Se le vio, durante dos años, merodear por todos los pasillos, abstraerse en todas las salas, levantarse veinte veces al día para ir a charlar con un compañero, llevar una orden, hacer un viaje a través de los despachos, eternos paseos que hacían decir a sus colegas: «¡Este diablo de provenzal! No puede estarse quieto, tiene azogue en las piernas». Sus íntimos lo tenían por perezoso, y el digno hombre reía, cuando lo acusaban de no pretender sino robarle unos minutos a la administración. Jamás cometió la falta de escuchar por las cerraduras; pero tenía una forma rotunda de abrir las puertas, de atravesar las estancias, con un papel en la mano, con aire absorto, con un paso tan lento y regular, que no se perdía palabra de las conversaciones. Fue una táctica genial; acabaron por no interrumpirse, al paso de aquel activo empleado, que se deslizaba por la sombra de los despachos y parecía tan preocupado por sus tareas. Tuvo también otro método; era de una amabilidad extremada, se ofrecía para ayudar a sus compañeros cuando éstos andaban retrasados con su trabajo, y estudiaba entonces los registros, los documentos que pasaban ante sus ojos, con reconcentrado afecto. Pero una de sus debilidades fue entablar amistad con los ordenanzas. Llegaba hasta a darles apretones de mano. Durante horas, les tiraba de la lengua, de pasada, con risitas ahogadas, contándoles chistes, provocando sus confidencias. Aquella buena gente lo adoraba, decía de él: «¡Es un tipo nada orgulloso!». En cuanto había un escándalo, él era el primero en estar informado. Así fue como, al cabo de dos años, el ayuntamiento no tuvo misterios para él. Conocía al personal hasta el último mico, y el papeleo hasta las facturas de las lavanderas.

En ese momento París ofrecía, para un hombre como Aristide Saccard, el más interesante de los espectáculos. Acababa de ser proclamado el Imperio, con ese famoso viaje durante el cual el príncipe presidente había conseguido caldear el entusiasmo de ciertos departamentos bonapartistas. En la tribuna y en los periódicos se había hecho el silencio. La sociedad, salvada una vez más, se felicitaba, descansaba, dormía a pierna suelta, ahora que un gobierno fuerte la protegía y hasta le quitaba la preocupación de pensar y de arreglar sus asuntos. La gran inquietud de la sociedad consistía en saber con qué diversiones mataría el tiempo. Según la feliz expresión de Eugéne Rougon, París se sentaba a la mesa y soñaba chocarrera con el postre. La política espantaba, como una droga peligrosa. Los ánimos hastiados se volvían hacia los negocios y los placeres. Los que poseían algo desenterraban su dinero y los que no lo poseían buscaban por los rincones los tesoros olvidados. Había, en el fondo del barullo, un estremecimiento sordo, un ruido naciente de monedas de cinco francos, risas claras de mujeres, tintineos aún débiles de vajillas y de besos. En el gran silencio del orden, en la chata paz del nuevo reinado, se

extendían toda clase de rumores amables, de promesas doradas y voluptuosas. Parecía estar pasando por delante de una de esas casitas con cortinas que cuidadosamente corridas sólo dejan ver sombras femeninas, y donde se oye sonar el oro sobre el mármol de las chimeneas. El Imperio iba a hacer de París el lugar de perdición de Europa. Aquel puñado de aventureros que acababan de robar un trono necesitaban un reinado de aventuras, de negocios turbios, de conciencias vendidas, de mujeres compradas, de borrachera furiosa y universal. Y, en la ciudad donde la sangre de diciembre estaba recién lavada, crecía, tímida aún, esa locura por el goce que iba a arrojar a la patria al manicomio de las naciones podridas y deshonoradas.

Aristide Saccard, desde los primeros días, sentía llegar esta oleada ascendente de la especulación, cuya espuma iba a cubrir París entero. Siguió sus progresos con profunda atención. Se hallaba de pleno bajo la cálida lluvia de escudos que caía a chorros sobre los tejados de la ciudad. En sus carreras continuas a través del ayuntamiento, había sorprendido el vasto proyecto de la transformación de París, el plan de esas demoliciones, de esas vías nuevas y de esos barrios improvisados, de ese agio formidable a cuenta de la venta de terrenos e inmuebles, que encendían, en las cuatro esquinas de la ciudad, la batalla de los intereses y el resplandor del lujo a ultranza. Desde entonces, su actividad tuvo una meta. Fue en esa época cuando se convirtió en un hombre campechano. Engordó incluso un poco, dejó de correr por las calles como un gato flaco en busca de una presa. En su despacho, era más charlatán, más cortés que nunca. Su hermano, a quien iba a hacer visitas en cierto sentido oficiales, lo felicitaba por poner tan dichosamente en práctica sus consejos. A comienzos de 1854, Saccard le confió que tenía varios negocios a la vista, pero que necesitaría anticipos bastante importantes.

—Habría que buscarlos —dijo Eugéne.

—Tienes razón, los buscaré —respondió sin el menor mal humor, sin parecer percatarse de que su hermano se negaba a proporcionarle los primeros fondos.

El pensamiento de esos primeros fondos lo consumía ahora. Su plan estaba trazado; lo maduraba cada día. Pero los primeros miles de francos seguían siendo imposibles de encontrar. Su voluntad se tensó aún más; ya sólo miró a la gente de una manera nerviosa y profunda, como si buscara un prestamista en el primer transeúnte. En la vivienda, Angèle seguía llevando su vida discreta y feliz. Él acechaba una oportunidad, y sus risas campechanas se hacían más agudas a medida que esa oportunidad tardaba en presentarse.

Aristide tenía una hermana en París. Sidonie Rougon se había casado con un pasante de abogado de Plassans que había venido a intentar con ella, en la calle Saint-Honoré, el comercio de los frutos del sur. Cuando su hermano la

encontró, el marido había desaparecido, y habían consumido el dinero del almacén hacía tiempo. Habitaba en la calle del faubourg Poissonnière, en un pequeño entresuelo, compuesto por tres habitaciones. Tenía alquilada también la tienda del bajo, situada debajo de su piso, una tienda estrecha y misteriosa, en la cual aseguraba tener un comercio de encajes; había, efectivamente, en el escaparate, trozos de guipur y de valenciennes, colgados de varillas doradas; pero el interior parecía una antesala, de relucientes revestimientos de madera, sin la menor apariencia de mercancías. La puerta y el escaparate estaban provistas de ligeras cortinas que, poniendo el comercio al abrigo de las miradas de la calle, acababan de darle el aire discreto y velado de una sala de espera, que se abría hacia algún templo desconocido. Era raro ver entrar una clienta en casa de Sidonie; incluso con mucha frecuencia estaba quitado el pomo de la puerta. En el barrio, ella repetía que iba en persona a ofrecer sus encajes a las señoras ricas. Sólo la instalación del piso, decía, le había hecho alquilar la tienda y el entresuelo que se comunicaban por una escalera oculta en el muro. En efecto, la vendedora de encajes estaba siempre fuera; se la veía entrar y salir diez veces al día, con aire presuroso. Por lo demás, no se limitaba al comercio de encajes, utilizaba su entresuelo, lo llenaba con cualquier saldo sacado quién sabe de dónde. Había vendido objetos de caucho: impermeables, chanclos, tirantes, etc.; después se vio allí sucesivamente un nuevo aceite crecepele, aparatos ortopédicos, una cafetera automática, invento patentado, cuya explotación le dio muchos quebraderos de cabeza. Cuando su hermano fue a verla, vendía pianos, su entresuelo estaba atestado de esos instrumentos; había hasta en el dormitorio, una habitación coquetamente decorada, y que se daba de patadas con el revoltillo comercial de las otras dos habitaciones. Llevaba sus dos negocios con perfecto método; los clientes que iban por las mercancías del entresuelo entraban y salían por una puerta cochera que la casa tenía en la calle Papillon; había que estar en el secreto de la escalerita para conocer el tráfico en parte doble de la vendedora de encajes. En el entresuelo, se llamaba señora Touche, con el apellido de su marido, mientras que sólo había puesto su nombre de pila en la puerta de la tienda, lo cual hacía que la llamasen generalmente señora Sidonie.

Sidonie contaba treinta y cinco años; pero se vestía con tal despreocupación, su facha era tan poco femenina, que se la hubiera juzgado mucho más vieja. A decir verdad, no tenía edad. Llevaba un eterno vestido negro, con brillos en los pliegues, chafado y blanqueado por el uso, que recordaba esas togas de abogados desgastadas en el tribunal. Tocada con un sombrero negro que le bajaba hasta la frente y le tapaba el pelo, calzada con gruesos zapatos, trotaba por las calles, llevando al brazo una cestita cuyas asas estaban reparadas con cordeles. Esa cesta, de la que no se separaba nunca, era todo un mundo. Cuando la entreabría, salían muestras de todas clases, agendas, carteras, y sobre todo puñados de papeles timbrados, cuya escritura

ilegible descifraba con particular destreza. Había algo en ella del corredor y del alguacil. Vivía en los protestos, en las citaciones judiciales, en los requerimientos; cuando había colocado diez francos de crema o de encaje, se insinuaba para gozar del favor de su clienta, se convertía en su hombre de negocios, recorría por ella procuradores, abogados, jueces. Llevaba así legajos en el fondo de su cesta durante semanas, tomándose un trabajo de mil diablos, yendo de una punta a otra de París, con un trotecillo parejo, sin coger nunca un carruaje. Habría sido difícil decir qué provecho sacaba de semejante oficio; lo hacía ante todo por una afición instintiva a los negocios turbios, una afición a los pleitos; y además obtenía multitud de pequeños beneficios: cenas sacadas a diestro y siniestro, monedas de cinco francos recogidas acá y allá. Pero la ganancia más clara eran las confidencias que recibía por doquier y que la ponían sobre la pista de buenos golpes y de buenas gangas. Al vivir en casa de los demás, dentro de los asuntos de los demás, era un auténtico repertorio vivo de ofertas y demandas. Sabía dónde había una chica que tenía que casarse en seguida, una familia que necesitaba tres mil francos, un anciano señor que prestaría los tres mil francos, pero con garantías sólidas, y con altos intereses. Sabía cosas aún más delicadas: las tristezas de una dama rubia a la que su marido no comprendía y que aspiraba a ser comprendida; el secreto deseo de una buena madre que soñaba con colocar ventajosamente a su hija soltera; los gustos de un barón inclinado a las cenitas íntimas y a las chicas muy jóvenes. Y llevaba de un lado a otro, con pálida sonrisa, esas demandas y esas ofertas; recorría dos leguas para poner en comunicación a la gente; enviaba al barón a casa de la buena madre, decidía al anciano señor a prestar los tres mil francos a la familia en apuros, encontraba consuelo para la dama rubia y un marido poco escrupuloso para la chica que había que casar. Tenía también grandes negocios, negocios que podía confesar muy alto, y con los que calentaba los cascotes a la gente que se le acercaba: un largo proceso que una noble familia arruinada le había encargado seguir, y una deuda contraída por Inglaterra respecto a Francia, en la época de los Estuardo, y cuya cifra, con los intereses compuestos, ascendía a cerca de tres mil millones. Esta deuda de tres mil millones era su manía: explicaba el caso con gran lujo de detalles, daba toda una clase de historia, y rubores de entusiasmo subían a sus mejillas, blancas y amarillas de ordinario como la cera. A veces, entre un mandado a un alguacil y una visita a una amiga, colocaba una cafetera, un impermeable de caucho, vendía un retal de encaje, alquilaba un piano. Eran preocupaciones menores. Después corría a toda prisa a su comercio, donde una clienta la había citado para ver una pieza de chantilly. La clienta llegaba, se deslizaba como una sombra en la tienda discreta y velada. Y no era raro que un caballero entrase por la puerta cochera de la calle Papillon, yendo al mismo tiempo a ver los pianos de la señora Touche, en el entresuelo.

Si Sidonie no hacía fortuna, era porque trabajaba a menudo por amor al

arte. Amante de los procesos, olvidando sus asuntos por los de los demás, se dejaba devorar por los alguaciles, lo cual, por otra parte, le procuraba esos disfrutes que conocen sólo las personas pleiteadoras. La mujer moría en ella; no era ya sino un agente de negocios, un corredor que callejeaba a todas horas por París, llevando en su cesta legendaria las mercancías más equívocas, vendiendo de todo, soñando con miles de millones y yendo a reclamar ante un juez de paz, para una cliente favorita, una impugnación de diez francos. Bajita, flaca, macilenta, vestida con aquel delgado traje negro que parecía cortado de la toga de un litigante, se había encogido, y al verla escurrirse a lo largo de las casas, se la hubiera tomado por un mandadero disfrazado de mujer. Su tez tenía la doliente palidez del papel timbrado. Sus labios sonreían con una sonrisa apagada, mientras que sus ojos parecían nadar en la confusión de los negocios, de las preocupaciones de todo tipo con que se atiborraba el cerebro. De facha tímida y discreta, además, con un vago perfume a confesionario y a consulta de comadrona, se ponía dulce y maternal como una monja que, habiendo renunciado a los afectos de este mundo, siente lástima por los sufrimientos del corazón. No hablaba jamás de su marido, como tampoco hablaba de su infancia, de su familia, de sus intereses. No había sino una cosa que no vendía, y era a sí misma; no es que tuviera escrúpulos, sino que la idea de semejante trato no podía ocurrírsele. Era seca como una factura, fría como un protesto, indiferente y brutal en el fondo como un corchete.

Saccard, recién llegado de provincias, no pudo al principio penetrar en las delicadas honduras de los numerosos oficios de Sidonie. Como había estudiado un año de derecho, ella le habló un día de los tres mil millones, con un aire grave, lo cual le dio una pobre idea de su inteligencia. Fue a hurgar en los menores rincones del alojamiento de la calle Saint Jacques, sopesó a Angèle con una mirada, y sólo reapareció cuando sus recados la llamaban al barrio, y cuando experimentaba la necesidad de poner sobre el tapete los tres mil millones. Angèle había picado en la historia de la deuda inglesa. La corredora comenzaba con su manía, hacía brillar el oro durante una hora. Era la chifladura de aquel espíritu sutil, la suave locura con que acunaba su vida perdida en miserables tráficos, el cebo mágico con el cual embriagaba, consigo, a las más crédulas de sus clientas. Muy convencida, por lo demás, acababa hablando de los tres mil millones como de una fortuna personal, que los jueces tendrían que devolverle tarde o temprano, lo cual ponía una maravillosa aureola en torno a su pobre sombrero negro, donde se balanceaban algunas violetas pálidas con tallos de latón cuyo metal se veía. Angèle abría unos ojos como platos. En varias ocasiones habló con respeto de su cuñada a su marido, diciéndole que Sidonie quizá los enriqueciera un día. Saccard se encogía de hombros; había ido a visitar la tienda y el entresuelo de la calle del faubourg Poissonnière, y sólo había olfateado una próxima quiebra. Quiso conocer la opinión de Eugène sobre su hermana; pero éste se puso serio y se

contentó con responder que no la veía nunca, que sabía que era muy inteligente, acaso un poco comprometedora. Sin embargo, un día que Saccard regresaba de la calle de Penthièvre, algún tiempo después, creyó ver el vestido negro de Sidonie salir de casa de su hermano y escurrirse rápidamente a lo largo de las casas. Corrió, pero no pudo hallar el vestido negro. La corredora tenía uno de esos portes borrosos que se pierden entre el gentío. Se quedó pensativo, y fue a partir de ese momento cuando estudió a su hermana con mayor atención. No tardó en calar en la labor inmensa de aquel pequeño ser pálido y vago, cuya cara entera parecía bizquear y fundirse. Sintió respeto por ella. Era de la sangre de los Rougon. Reconoció aquel apetito de dinero, aquella necesidad de intriga que caracterizaban a la familia; sólo que, en ella, gracias al ambiente en el que había envejecido, a aquel París donde había tenido que buscar por la mañana su pan negro de la noche, el temperamento común se había torcido para producir ese hermafroditismo extraño de la mujer convertida en ser neutro, hombre de negocios y alcahueta a la vez.

Cuando Saccard, tras haber establecido su plan, emprendió la busca de los primeros fondos, pensó naturalmente en su hermana. Ella movió la cabeza, suspiró hablando de los tres mil millones. Pero el empleado no le toleraba su locura, la vapuleaba rudamente cada vez que volvía sobre la deuda de los Estuardo; aquel sueño le parecía que deshonoraba una inteligencia tan práctica. Sidonie, que encajaba tranquilamente las ironías más duras sin que sus convicciones se quebrantasen, le explicó a continuación con gran lucidez que no encontraría un céntimo, pues no tenía ninguna garantía que ofrecer. Esta conversación se desarrollaba delante de la Bolsa, donde ella debía de arriesgar sus ahorros. Hacia las tres, con seguridad uno podía encontrarla apoyada en la verja, a la izquierda, del lado de la oficina de correos; era allí donde daba audiencia a individuos equívocos e imprecisos como ella. Su hermano iba a marcharse, cuando ella murmuró en tono desolado: «¡Ah! Si no estuvieras casado...». Esta reticencia, cuyo sentido completo y exacto no quiso preguntar, dejó a Saccard singularmente pensativo.

Transcurrieron los meses, acababa de declararse la guerra de Crimea. París, al que una guerra lejana no conmovía, se lanzaba con más arrebatos a la especulación y a las mujerzuelas. Saccard asistía, mordiéndose los puños, a esta furia creciente que había previsto. En la forja gigante, los martillos que golpeaban el oro sobre el yunque le imprimían sacudidas de cólera y de impaciencia. Había en él tal tensión de la inteligencia y la voluntad que vivía en un sueño, como un sonámbulo que pasea al borde de los tejados con el estímulo de una idea fija. Por ello se quedó un día sorprendido e irritado al encontrar, una noche, a Angèle enferma y acostada. Su vida doméstica, de una regularidad de reloj, se trastornaba, lo cual lo exasperó como una calculada malignidad del destino. La pobre Angèle se quejaba suavemente; había cogido un resfriado. Cuando el médico llegó, pareció muy inquieto; le dijo al marido,

en el rellano, que su mujer tenía una pleuresía y que no respondía de ella. A partir de entonces, el empleado cuidó a la enferma sin cólera; no fue a la oficina, se quedó junto a ella, mirándola con una expresión indefinible, cuando dormía, roja de fiebre, jadeante. Sidonie, pese a su trabajo abrumador, encontró la manera de ir cada tarde a hacerle tisanas, que pretendía espléndidas. Á todos sus oficios unía el de ser una enfermera de vocación, que estaba a gusto con el sufrimiento, con los remedios, con las conversaciones afligidas que se demoran en torno al lecho de los moribundos. Además, parecía haber contraído una tierna amistad con Angèle; amaba a las mujeres, con mil arrumacos, sin duda por el placer que dan a los hombres; las trataba con las delicadas atenciones que las comerciantes tienen con las cosas valiosas de su muestrario, las llamaba «monina, guapita mía», las arrullaba, se extasiaba ante ellas, como un enamorado delante de una amante. Aunque Angèle fuera de una especie de la que no esperaba sacar nada, la engatusaba como a las otras, por regla de conducta. Cuando la joven estuvo en cama, las efusiones de Sidonie se volvieron lacrimosas, llenó el silencioso cuarto con su abnegación. Su hermano la miraba dar vueltas, con los labios apretados, como sumido en un dolor mudo.

El mal empeoró. Una tarde, el médico les confesó que la enferma no pasaría de esa noche. Sidonie había venido temprano, preocupada, miraba a Aristide y Angèle con sus ojos anegados en los que se encendían cortas llamas. Cuando el médico se hubo marchado, ella bajó la lámpara y se hizo un gran silencio. La muerte entraba lentamente en aquella habitación cálida y húmeda, donde la respiración irregular de la moribunda ponía el tic-tac roto de un reloj que se descompone. Sidonie había abandonado las pociones, dejando al mal hacer su obra. Se había sentado delante de la chimenea, junto a su hermano, que atizaba el fuego con mano febril, echando ojeadas involuntarias a la cama. Luego, como nervioso por aquel aire cargado, por aquel espectáculo lamentable, se retiró a la habitación contigua. Habían encerrado allí a la pequeña Clotilde, que jugaba con la muñeca, muy formalita, sobre un trozo de alfombra. Su hija le sonreía cuando Sidonie, deslizándose detrás de él, lo llevó a un rincón, hablando en voz baja. La puerta había quedado abierta. Se oía el ligero estertor de Angèle.

—Tu pobre mujer... —sollozó la corredora—, creo que se acabó. ¿Has oído al médico?

Saccard se contentó con bajar lúgubrementemente la cabeza.

—Era una buena persona —continuó la otra, hablando como si Angèle ya estuviera muerta—. Podrás encontrar mujeres más ricas, más habituadas a la vida social; pero nunca encontrarás un corazón así.

Y como se detenía, enjugándose los ojos, pareciendo buscar una transición,

Saccard preguntó claramente:

— ¿Tienes algo que decirme?

—Sí, me he ocupado de ti, por eso que tú sabes, y creo haber descubierto... Pero, en semejante momento... Ya ves, tengo el corazón partido.

Se enjugó otra vez los ojos. Saccard la dejó hacer tranquilamente, sin decir una palabra. Entonces ella se decidió.

—Es una jovencita a la que querrían casar en seguida —dijo—. La criatura ha tenido una desgracia. Hay una tía que haría un sacrificio...

Se interrumpía, seguía gimiendo, llorando sus frases, como si hubiera continuado compadeciendo a la pobre Angèle. Era una forma de impacientarse a su hermano y de inducirlo a interrogarla, para no cargar con toda la responsabilidad de la oferta que acababa de hacerle. En efecto, el empleado fue presa de sorda irritación.

— ¡Vamos, acaba! —dijo—. ¿Por qué quieren casar a esa jovencita?

—Salía del internado —prosiguió la corredora con voz doliente—, un hombre la perdió, en el campo, en casa de los padres de una amiga. Su padre acaba de darse cuenta del desliz. Quería matarla. La tía, para salvar a la criatura, se ha convertido en su cómplice, y entre las dos le han contado un cuento al padre, le han dicho que el culpable era un muchacho honrado que no pedía sino reparar su extravío de una hora.

—Entonces —dijo Saccard en tono sorprendido y como enfadado—, ¿el hombre del campo se va a casar con la joven?

—No, no puede, está casado.

Hubo un silencio. El estertor de Angèle sonaba más llorosamente en el aire estremecido. La pequeña Cloe había dejado de jugar; miraba a Sidonie y a su padre, con sus grandes ojos de niña soñadora, como si hubiera comprendido sus palabras. Saccard empezó a hacer preguntas breves:

— ¿Qué edad tiene la jovencita?

—Diecinueve años.

— ¿El embarazo data?

—De tres meses. Sin duda habrá un aborto.

— ¿Y la familia es rica y honorable?

—Vieja burguesía. El padre ha sido magistrado. Fortuna bastante saneada.

— ¿Cuál sería el sacrificio de la tía?

—Cien mil francos.

Se hizo un nuevo silencio. Sidonie ya no lloriqueaba; estaba en negocios, su voz adquiría las notas metálicas de una revendedora que discute un trato. Su hermano, mirándola de soslayo, agregó con cierta vacilación:

—Y tú, ¿qué quieres?

—Ya veremos más adelante —respondió—. Me harás algún favor a tu vez. —Esperó unos segundos; y, como él callaba, le preguntó abiertamente—: ¡Bueno! ¿Qué decides? Esas pobres mujeres están desoladas. Quieren impedir un estallido. Han prometido comunicar mañana al padre el nombre del culpable... Si aceptas, voy a enviarles una de tus tarjetas de visita por un recadero.

Saccard pareció despertar de un sueño; se estremeció, se volvió perezosamente hacia la habitación contigua, donde había creído oír un ligero ruido.

—Pero yo no puedo —dijo con angustia—, sabes perfectamente que no puedo...

Sidonie lo miraba fijamente, con aire frío y desdeñoso. Toda la sangre de los Rougon, todas sus ardientes codicias, se le subieron a la garganta. Saccard cogió una tarjeta de visita de su cartera y se la dio a su hermana, que la metió con viveza en un sobre, tras haber tachado con cuidado la dirección. En seguida bajó. Eran apenas las nueve.

Saccard, al quedarse solo, fue a apoyar la frente contra los cristales helados. Se ensimismó hasta tocar retreta sobre el cristal, con la punta de los dedos. Pero hacía una noche tan negra, las tinieblas allá fuera se agolpaban en masas tan extrañas, que experimentó un malestar, y maquinalmente volvió a la pieza donde Angèle se moría. La había olvidado, experimentó una terrible sacudida al encontrarla medio incorporada sobre sus almohadas; tenía los ojos desencajados, una oleada de vida parecía haber ascendido a sus mejillas y a sus labios. La pequeña Clotilde, siempre agarrada a su muñeca, estaba sentada en el borde del lecho; en cuanto su padre le había vuelto la espalda, se había deslizado a toda prisa en aquel cuarto, del que la habían apartado, y adonde la devolvían sus gozosas curiosidades de niña. Saccard, con la cabeza llena de la historia de su hermana, vio su sueño por los suelos. Un horroroso pensamiento debió de brillar en sus ojos. Angèle, espantada, quiso lanzarse al fondo de la cama, contra la pared; pero la muerte llegaba, aquel despertar en la agonía era la claridad postrera de la lámpara que se apaga. La moribunda no pudo moverse; se desplomó, continuó clavando sus ojos desencajados en su marido, como para vigilar sus movimientos. Saccard, que había creído en una resurrección diabólica, inventada por el destino para clavarlo a la miseria, se

tranquilizó al ver que a la infeliz no le quedaba ni una hora de vida. Experimentó sólo un intolerable malestar. Los ojos de Angèle decían que había oído la conversación de su marido con Sidonie, y que temía que la estrangulara, si no moría lo bastante deprisa. Y había también, en sus ojos, el horrible asombro de una naturaleza dulce e inofensiva que se da cuenta, en su última hora, de las infamias de este mundo, que se estremece ante la idea de los largos años transcurridos al lado de un bandido. Poco a poco, su mirada se hizo más dulce; ya no tuvo miedo, debió de disculpar a aquel miserable, pensando en la encarnizada lucha que reñía desde hacía tanto tiempo con la fortuna. Saccard, perseguido por aquella mirada moribunda, en la cual leía un prolongado reproche, se apoyaba en los muebles, buscaba los rincones en sombra. Luego, desfalleciente, quiso expulsar aquella pesadilla que lo volvía loco, avanzó hacia la claridad de la lámpara. Pero Angèle le hizo señas de que no hablara. Y seguía mirándolo con aquel aire de angustia espantada, con el que ahora se mezclaba una promesa de perdón. Entonces él se inclinó para coger a Clotilde en brazos y llevarla al otro cuarto. Ella se lo prohibió de nuevo, con un movimiento de los labios. Exigía que él se quedara allí. Se extinguió dulcemente, sin quitarle los ojos, y a medida que la mirada palidecía, adquiría una mayor dulzura. Perdonó en su último suspiro. Murió como había vivido, blandamente, borrándose en la muerte, tras haberse borrado en vida. Saccard permaneció tembloroso delante de aquellos ojos de muerta, abiertos, que seguían persiguiéndole en su inmovilidad. La pequeña Clotilde mecía a su muñeca en una esquina de la sábana, suavemente, para no despertar a su madre.

Cuando Sidonie volvió a subir, todo había acabado. Con un toque de los dedos, como mujer habituada a esa operación, cerró los ojos de Angèle, lo cual alivió singularmente a Saccard. Luego, tras haber acostado a la pequeña, hizo, en un abrir y cerrar de ojos, el arreglo de la cámara mortuoria. Cuando hubo encendido dos velas sobre la cómoda, y estirado cuidadosamente la sábana hasta la barbilla de la muerta, lanzó a su alrededor una mirada de satisfacción, y se tendió en un sillón, donde dormitó hasta la aurora. Saccard pasó la noche en la habitación contigua, escribiendo esquelas de defunción. Se interrumpía, a veces, se abstraía, alineaba columnas de cifras en trozos de papel.

La tarde del entierro, Sidonie se llevó a Saccard a su entresuelo. Allí se tomaron grandes decisiones. El empleado decidió que enviaría a la pequeña Clotilde a uno de sus hermanos, Pascal Rougon, un médico de Plassans, que vivía soltero, con su amor a la ciencia, y que varias veces le había ofrecido llevarse a su sobrina con él, para alegrar su casa silenciosa de sabio. Sidonie le hizo comprender en seguida que no podía habitar por más tiempo en la calle Saint Jacques. Le alquilaría por un mes un piso elegantemente amueblado, en los alrededores del ayuntamiento; trataría de encontrar ese piso en una casa burguesa, para que los muebles parecieran de su pertenencia. En cuanto al

mobiliario de la calle Saint Jacques, lo venderían, con el fin de borrar hasta los últimos olores del pasado. Emplearía el dinero en comprarse un ajuar y trajes decentes. Tres días después, pusieron a Clotilde a cargo de una anciana señora que se dirigía justamente al sur. Y Aristide Saccard, triunfante, las mejillas bermejas, como engordado en tres días por las primeras sonrisas de la fortuna, ocupaba en el Marais, calle Payenne, en una casa severa y respetable, un coquetón alojamiento de cinco habitaciones, por el que se paseaba con zapatillas bordadas. Era la vivienda de un joven sacerdote, partido repentinamente hacia Italia, cuya criada había recibido la orden de encontrar un inquilino. Esta criada era una amiga de Sidonie, quien tenía cierta inclinación por la clérigalla; amaba a los curas, con el amor con que amaba a las mujeres, por instinto, estableciendo acaso ciertos parentescos nerviosos entre las sotanas y las faldas de seda. A partir de entonces, Saccard estaba listo; se acomodó a su papel con un arte exquisito; esperó sin pestañear las dificultades y las delicadezas de la situación que había aceptado.

Sidonie, en la horrible noche de la agonía de Angèle, había contado fielmente en pocas palabras el caso de la familia Béraud. El cabeza de familia, el señor Béraud Du Châtel, un anciano alto de sesenta años, era el último representante de una vieja familia burguesa, cuyos títulos se remontaban más atrás que los de ciertas familias nobles. Uno de sus antepasados era compañero de Etienne Marcel. En el 93, su padre moría en el cadalso, tras haber saludado a la República con todo su entusiasmo de burgués de París, por cuyas venas corría la sangre revolucionaria de la ciudad. Él mismo era uno de esos republicanos de Esparta, que soñaban con un gobierno de entera justicia y de sabía libertad. Envejecido en la magistratura, en la que había adquirido una rigidez y una severidad profesionales, presentó su dimisión como presidente de sala en 1851, cuando el golpe de Estado, tras haberse negado a formar parte de una de esas comisiones mixtas que deshonraron a la justicia francesa. Desde esa época, vivía solitario y retirado en su palacete de L'Île-Saint-Louis que se encontraba en la punta de la isla, casi frente a la mansión Lambert. Su mujer había muerto joven. Algún drama secreto, cuya herida seguía sangrando, debió de ensombrecer aún más el grave semblante del magistrado. Tenía ya una hija de ocho años, Renée, cuando su mujer expiró al dar a luz una segunda hija. Esta última, a quien llamaron Christine, fue recogida por una hermana del señor Béraud Du Châtel, casada con el notario Aubertot. Renée marchó a un convento. La señora Aubertot, que no tenía hijos, cobró un cariño maternal a Christine, a quien educó a su lado. Al morir su marido, le devolvió la pequeña a su padre, y se quedó entre aquel anciano silencioso y aquella rubita sonriente. Renée fue olvidada en el internado. Durante las vacaciones, llenaba el palacete de tal barullo que su tía lanzaba un gran suspiro de alivio cuando la volvía a llevar por fin a las monjas de la Visitación, donde estaba interna desde la edad de ocho años. Sólo salió del convento a los diecinueve

años, y fue para ir a pasar un verano en casa de los padres de su buena amiga Adeline, que poseían, en el Nivernais, una admirable finca. Cuando regresó en octubre, tía Elisabeth se extrañó de encontrarla seria, con una honda tristeza. Una noche la sorprendió ahogando sus sollozos en la almohada, retorciéndose sobre la cama en una crisis de loco dolor. En el abandono de su desesperación, la cría le contó una historia indignante: un hombre de cuarenta años, rico, casado, y cuya esposa joven y encantadora, estaba allá, la había violado en el campo, sin que ella pudiera defenderse ni se atreviera a ello. Esta confesión aterrorizó a la tía Elisabeth; se acusó, como si se hubiera sentido cómplice; su preferencia por Christine la desolaba, y pensaba que, de haber conservado igualmente a Renée a su lado, la pobre niña no habría sucumbido. A partir de entonces, para ahuyentar este agudo remordimiento, cuyo sufrimiento exageraba aún más su tierno natural, sostuvo a la culpable; amortiguó la cólera del padre, a quien las dos enteraron de la horrible verdad con el propio exceso de sus precauciones; inventó, en la turbación de su soledad, aquel extraño proyecto de boda, que le parecía solucionarlo todo, apaciguar al padre, introducir a Renée en el mundo de las mujeres honestas, y cuyo lado vergonzoso y sus fatales consecuencias no quería ver.

Jamás se supo cómo olfateó Sidonie aquel buen negocio. El honor de los Béraud había callejeado en su cesta, con los protestos de todas las mujercuelas de Paris. Cuando conoció la historia, casi se impuso a su hermano, cuya mujer agonizaba. La tía Elisabeth acabó por creer que tenía que estar agradecida a aquella señora tan dulce, tan humilde, que se consagraba a la desdichada Renée hasta el punto de elegirle un marido en su familia. La primera entrevista de la tía y de Saccard se produjo en el entresuelo de la calle del faubourg Poissonnière. El empleado, que había llegado por la puerta cochera de la calle Papillon, comprendió, al ver llegar a la señora Aubertot por la tienda y la escalerita, el mecanismo ingenioso de las dos entradas. Se mostró lleno de tacto y de corrección. Trató la boda como un negocio, pero como un hombre de mundo que satisficiera sus deudas de juego. La tía Elisabeth estaba mucho más temblorosa que él; balbucía, no se atrevía a hablar de los cien mil francos que había prometido. Fue él quien inició primero la cuestión del dinero, con la pinta de un abogado que discute el caso de un cliente. Según él, cien mil francos eran una aportación ridícula para el marido de la señorita Renée. Insistía un poco en esta palabra, «señorita». El señor Béraud Du Châtel despreciaría más a un yerno pobre; lo acusaría de haber seducido a su hija por su fortuna, y quizá incluso se le ocurriera la idea de hacer secretamente una investigación. La señora Aubertot, asustada, pasmada por las palabras calmosas y pulidas de Saccard, perdió la cabeza y accedió a doblar la suma, cuando él hubo declarado que por menos de doscientos mil francos jamás se atrevería a pedir a Renée, pues no quería que lo tomaran por un indigno cazador de dotes. La buena señora se marchó muy turbada, sin saber ya lo que

debía pensar de un muchacho que sentía tales indignaciones y que aceptaba semejante trato.

Esta primera entrevista fue seguida por una visita oficial que la tía Elisabeth hizo a Aristide Saccard, en su piso de la calle Payenne. Esta vez, iba en nombre del señor Béraud. El ex magistrado se había negado a ver a «ese hombre», como llamaba al seductor de su hija, mientras no estuviera casado con Renée, a la cual por lo demás había prohibido igualmente su puerta. La señora Aubertot tenía plenos poderes para tratar. Pareció encantada con el lujo del empleado; había temido que el hermano de aquella Sidonie de faldas chafadas fuera un patán. El la recibió envuelto en una deliciosa bata de casa. Era la hora en que los aventureros del 2 de diciembre, tras haber pagado sus deudas, arrojaban a las alcantarillas las botas desgastadas, las levitas blancas por las costuras, se afeitaban una barba de ocho días, y se convertían en hombres como es debido. Saccard entraba por fin en la pandilla, se limpiaba las uñas y ya sólo se lavaba con polvos y perfumes inestimables. Estuvo galante; cambió de táctica, se mostró de un prodigioso desinterés. Cuando la anciana señora habló de las capitulaciones, hizo un gesto, como para decir que le importaba poco. Desde hacía ocho días hojeaba el Código, meditaba sobre esta grave cuestión, de la que dependía en el futuro su libertad de especulador.

—Por favor —dijo—, acabemos con esta desagradable cuestión de dinero... Mi opinión es que la señorita Renée debe seguir siendo dueña de su fortuna y yo dueño de la mía. El notario lo arreglará.

Tía Elisabeth aprobó esta forma de pensar; temblaba de que aquel muchacho, en quien sentía vagamente una mano de hierro, quisiera meter los dedos en la dote de su sobrina. Habló en seguida de esa dote.

—Mi hermano —dijo—, tiene una fortuna que consiste sobre todo en fincas e inmuebles. Y no es hombre capaz de castigar a su hija mermándole la parte que le destinaba. Le da una finca en Sologne, tasada en trescientos mil francos, así como una casa, situada en París, que se valora en unos doscientos mil francos.

Saccard quedó deslumbrado; no esperaba semejante cifra; se volvió a medias para no dejar ver la oleada de sangre que le subía al rostro.

—Eso suma quinientos mil francos —continuó la tía—; pero no debo ocultarle que la finca de Sologne sólo produce el dos por ciento.

Él sonrió, repitió un gesto de desinterés, queriendo decir que eso no podía afectarle, ya que se negaba a inmiscuirse en la fortuna de su mujer. Tenía, en su sillón, una actitud de adorable indiferencia, distraído, jugando con la zapatilla con el pie, aparentemente escuchando por pura cortesía. La señora Aubertot, con su bondad de ánimo ordinaria, hablaba con dificultad, elegía los

términos para no herirle. Prosiguió:

—Por último, quiero hacerle un regalo a Renée. No tengo hijos, mi fortuna pasará un día a mis sobrinas, y yo no voy a cerrar hoy la mano porque una de ellas esté deshecha en lágrimas. Los regalos de boda de las dos estaban preparados. El de Renée consiste en vastos terrenos situados hacia Charonne, que creo poder evaluar en doscientos mil francos. Sólo que... —Ante la palabra terreno, Saccard tuvo un leve estremecimiento. Bajo su teatral indiferencia, escuchaba con profunda atención. La tía Elisabeth se turbaba, no encontraba sin duda la frase, y continuó, ruborizándose—: Sólo que deseo que la propiedad de esos terrenos sea puesta a nombre del primer hijo de Renée. Ya comprende mi intención, no quiero que ese niño pueda resultar un día una carga para usted. En el caso de que muriera, Renée quedaría como única propietaria.

Él no rechistó, pero sus cejas tensas anunciaban una gran preocupación interna. Los terrenos de Charonne despertaban en él un mundo de ideas. La señora Aubertot creyó haberle herido al hablar del hijo de Renée y se quedó cortada, sin saber cómo reanudar la conversación.

—No me ha dicho usted en qué calle se encuentra el inmueble de doscientos mil francos —preguntó él, recobrando su tono de risueña llaneza.

—En la Pépinière —respondió—, casi en la esquina de la calle Astorg.

Esta simple frase produjo en él un efecto decisivo. Ya no dominó su arrobamiento; acercó su sillón, y con su volubilidad provenzal, con voz mimosa:

—Mi querida señora, se acabó, ¿vamos a seguir hablando de ese maldito dinero?... Mire, quiero confesarme con total franqueza, pues estaría desesperado si no mereciera su estima. He perdido a mi mujer últimamente, tengo dos hijos a costas, soy práctico y razonable. Al casarme con su sobrina, hago un buen negocio para todo el mundo. Si le quedan algunas prevenciones contra mí, me perdonará más adelante, cuando yo haya secado las lágrimas de cada uno y enriquecido hasta a mis tataranietos. El éxito es una llama dorada que lo purifica todo. Quiero que el propio señor Béraud me tienda la mano y me lo agradezca...

Se abstraía. Habló mucho tiempo así, con un cinismo jocoso que se traslucía a veces bajo su aire bonachón. Sacó a colación a su hermano el diputado, a su padre el recaudador particular de Plassans. Acabó por conquistar a la tía Elisabeth, que veía con una alegría involuntaria cómo, bajo los dedos de aquel hombre hábil, el drama que sufría desde hacía un mes terminaba en una comedia casi alegre. Se convino que irían al notario al día siguiente.

En cuanto la señora Aubertot se hubo retirado, Saccard se dirigió al ayuntamiento, y se pasó el día escudriñando ciertos documentos conocidos por él. En el notario, presentó una objeción; dijo que como la dote de Renée se componía sólo de bienes raíces, temía que eso le acarrearía muchas molestias, y que creía prudente vender al menos el inmueble de la calle de la Pépinière para constituirle una renta con garantía estatal. La señora Aubertot quiso informar al señor Béraud Du Châtel, que seguía enclaustrado en su casa. Saccard siguió con sus gestiones hasta la noche. Fue a la calle de la Pépinière, recorrió París con el aire pensativo de un general en vísperas de una batalla decisiva. Al día siguiente, la señora Aubertot dijo que el señor Béraud Du Châtel se remitía por entero a ella. El contrato fue redactado sobre las bases ya debatidas. Saccard aportaba doscientos mil francos, Renée tenía en dote la finca de Sologne y el inmueble de la calle de la Pépinière, que se comprometía a vender; además, en caso de muerte de su primer hijo, quedaba como única propietaria de los terrenos de Charonne que le daba su tía. El contrato se estableció con el régimen de separación de bienes, que conserva a los esposos la total administración de su fortuna. Tía Elisabeth, que escuchaba atentamente al notario, pareció satisfecha con este régimen cuyas disposiciones parecían asegurar la independencia de su sobrina, poniendo su fortuna al abrigo de cualquier tentativa. Saccard esbozaba una vaga sonrisa, al ver a la buena señora aprobar cada cláusula con un ademán de la cabeza. Se fijó la boda en el plazo más corto.

Cuando todo estuvo arreglado, Saccard fue ceremoniosamente a anunciar a su hermano Eugéne su unión con la señorita Renée Béraud Du Châtel. Este golpe magistral extrañó al diputado. Y, como dejaba transparentarse su sorpresa:

—Me dijiste que buscase —dijo el empleado—: busqué y encontré.

Eugéne, despistado al principio, entrevió entonces la verdad. Y con una voz encantadora:

—Vaya, eres un tipo hábil... ¿Vienes a pedirme que sea testigo, verdad? Cuenta conmigo... Si es preciso, llevaré a tu boda a toda la derecha del Cuerpo legislativo; eso te daría una bonita notoriedad... —Después, cuando ya había abierto la puerta, en tono más bajo—: Dime... No quiero comprometerme demasiado en este momento, tenemos que hacer votar una ley muy dura... ¿No estará demasiado avanzado el embarazo, al menos?

Saccard le lanzó una mirada tan aguda que Eugéne se dijo al cerrar la puerta: «Ésa es una broma que me costaría cara, si yo no fuera un Rougon».

La boda se celebró en la iglesia de Sant-Louis-en-l'Île. Saccard y Renée sólo se vieron la víspera del gran día. La escena se desarrolló por la tarde, a la caída de la noche, en una sala baja del palacete Béraud. Se examinaron

curiosamente. Renée, desde que se negociaba su matrimonio, había recobrado su facha de atolondrada, su cabecita loca. Era una muchacha alta, de una belleza exquisita y turbulenta, que había crecido libremente entre sus caprichos de interna. Encontró a Saccard bajito, feo, pero con una fealdad torturada e inteligente que no le desagradó; estuvo, por lo demás, perfecto de tono y de modales. El hizo una ligera mueca al verla; le pareció sin duda demasiado alta, más alta que él. Intercambiaron algunas palabras sin la menor cortedad. De haberse encontrado allí el padre, habría podido creer, en efecto, que se conocían desde hacía tiempo, que tenían a sus espaldas un desliz común. La tía Elisabeth, presente en la entrevista, se ruborizaba por ellos.

Al día siguiente de la boda, que la presencia de Eugène Rougon, puesto en primer plano por un reciente discurso, convirtió en un acontecimiento en L'Île-Sant-Louis, los recién casados fueron admitidos por fin a la presencia del señor Béraud Du Châtel. Renée lloró al hallar a su padre envejecido, más serio y más tétrico. Saccard, a quien nada hasta entonces había desconcertado, se quedó helado por la frialdad y la media luz del aposento, por la severidad triste de aquel alto anciano, cuyos ojos penetrantes le parecía que hurgaban en su conciencia hasta el fondo. El ex magistrado besó lentamente a su hija en la frente, como para decirle que la perdonaba, y volviéndose hacia su yerno le dijo simplemente:

—Caballero, hemos sufrido mucho. Cuento con que nos haga usted olvidar sus agravios.

Le tendió la mano. Pero Saccard se quedó estremecido. Pensaba que si el señor Du Châtel no se hubiera doblegado bajo el dolor trágico de la vergüenza de Renée, habría desbaratado con una mirada, con un esfuerzo, las maniobras de Sidonie. Ésta, tras haber puesto en relación a su hermano y a tía Elisabeth, se había esfumado prudentemente. Ni siquiera había ido a la boda. Saccard se mostró muy llano con el anciano, tras haber leído en su mirada la sorpresa al ver al seductor de su hija bajito, feo, de cuarenta años. Los recién casados se vieron obligados a pasar las primeras noches en el palacete Béraud. Desde hacía dos meses, habían alejado a Christine, para que aquella niña de catorce años no sospechase nada del drama que se desarrollaba en aquella casa tranquila y dulce como un claustro. Cuando regresó, se quedó cohibida ante el marido de su hermana, a quien también ella encontró viejo y feo. Solamente Renée no parecía percatarse demasiado de la edad ni de la cara de garduña de su marido. Lo trataba sin desprecio y a la par sin cariño, con absoluta tranquilidad, en la que se traslucía sólo a veces una pizca de irónico desdén. Saccard se pavoneaba, se instalaba como en casa propia, y realmente, por su labia, por su llaneza, iba ganándose poco a poco la amistad de todos. Cuando se marcharon, para ir a ocupar un soberbio piso en una casa nueva de la calle de Rivoli, la mirada del señor Béraud Du Châtel ya no expresaba asombro, y

la pequeña Christine jugaba con su cuñado como con un amigo de su edad. Renée estaba entonces encinta de cuatro meses; su marido iba a enviarla al campo, contando con mentir después sobre la edad del niño, cuando, según las previsiones de Sidonie, tuvo un aborto. Se había ceñido tanto para disimular el embarazo, el cual por lo demás desaparecía bajo la amplitud de las faldas, que se vio obligada a guardar cama unas semanas. Él estuvo encantado con el accidente; la fortuna le era por fin fiel: había hecho un negocio de oro, una dote soberbia, una mujer tan guapa como para que le condecoraran en seis meses, y ni la menor carga. Le habían comprado por doscientos mil francos su apellido para un feto que la madre ni siquiera quiso ver. A partir de entonces, pensó con amor en los terrenos de Charonne. Pero, por el momento, concedía toda su atención a una especulación que debía ser la base de su fortuna.

Pese a la gran posición de la familia de su mujer, no presentó inmediatamente la dimisión como inspector de vías públicas. Habló de trabajos por terminar, de ocupaciones que buscar. En realidad, quería quedarse hasta el final en el campo de batalla donde jugaba su primera baza. Estaba en su casa, podía trampear más a sus anchas.

El plan de fortuna del inspector de vías era sencillo y práctico. Ahora que tenía en sus manos más dinero del que nunca había soñado para comenzar sus operaciones, contaba con aplicar sus designios a lo grande. Conocía París al dedillo; sabía que la lluvia de oro que edificaba sus muros caería más recia cada día. La gente hábil no tenía más que abrir los bolsillos. Él se había situado entre los hábiles, al leer el futuro en los despachos del ayuntamiento. Sus funciones le habían enseñado cuánto se puede robar en la compraventa de inmuebles y solares. Estaba al tanto de todos los timos clásicos; sabía cómo se revende por un millón lo que ha costado quinientos mil francos; cómo se paga el derecho de forzar las arcas del Estado, que sonrío y cierra los ojos; cómo, haciendo pasar un bulevar por el centro de un viejo barrio, se hacen juegos malabares, entre los aplausos de los engañados, con las casas de seis pisos. Y lo que, en esa hora aún confusa, cuando el cáncer de la especulación estaba sólo en período de incubación, hacía de él un terrible jugador era que adivinaba más que sus propios jefes el futuro de sillares y de yeso que le estaba reservado a París. Había huroneado tanto, reunido tantos indicios, que habría podido profetizar el espectáculo que ofrecerían los nuevos barrios en 1870. En las calles, a veces, miraba ciertas casas con aire singular, como a viejas amistades cuya suerte, conocida sólo por él, le afectara profundamente.

Dos meses antes de la muerte de Angèle la había llevado, un domingo, a la Butte Montmartre. La pobre mujer adoraba comer en el restaurante; era feliz cuando, tras un largo paseo, él la sentaba a la mesa en alguna taberna de las afueras. Aquel día cenaron en lo alto de la Butte, en un restaurante cuyas ventanas daban sobre París, sobre ese océano de casas con tejados azulados,

semejantes a olas apresuradas que llenaban el inmenso horizonte. Su mesa estaba situada delante de una de las ventanas. Aquel espectáculo de los tejados de París alegró a Saccard. A los postres, mandó traer una botella de borgoña. Sonreía al espacio, estaba de una galantería inusitada. Y sus miradas, amorosamente, volvían a caer siempre sobre aquel mar vivo y pululante, de donde salía la voz profunda de las multitudes. Estaban en otoño; la ciudad, bajo el gran cielo pálido, languidecía, de un gris suave y tierno, salpicado acá y allá por oscuras frondas, que parecían anchas hojas de nenúfares nadando en un lago; el sol se ponía en una nube roja, y mientras los fondos se llenaban de una bruma ligera, un polvo de oro, un rocío de oro caía sobre la orilla derecha de la ciudad, hacia la Madeleine y las Tullerías. Era como el rincón encantado de una ciudad de las Mil y una noches, con árboles de esmeralda, tejados de zafiro, veletas de rubíes. Llegó un momento en que el rayo que se deslizaba entre dos nubes fue tan resplandeciente que las casas parecieron llamear y fundirse como un lingote de oro en un crisol.

— ¡Oh, mira! —dijo Saccard, con una risa infantil—. ¡Llueven monedas de veinte francos sobre París!

Angèle se echó a reír a su vez, acusando a aquellas monedas de no ser fáciles de recoger. Pero su marido se había levantado y, acodándose en la barandilla de la ventana:

— ¿Es la columna Vendôme, no, la que brilla allá abajo?... Allí, más a la derecha, tienes la Madeleine... Un hermoso barrio, donde hay mucho que hacer... ¡Ah!, esta vez va a arder todo. ¿Ves?... Se diría que el barrio hierve en el alambique de algún químico.

Su voz se volvía grave y emocionada. La comparación que se le había ocurrido pareció impresionarlo mucho. Había bebido borgoña, se distrajo, continuó, extendiendo el brazo para mostrar París a Angèle, que se había acodado igualmente, a su lado:

—Sí, sí, he dicho bien, más de un barrio va a fundirse, y quedará oro entre los dedos de la gente que caliente y revuelva la cuba. ¡Qué inocentón, este París! ¡Mira lo inmenso que es y cómo se duerme dulcemente! ¡Son idiotas, estas grandes ciudades! Ni siquiera sospecha el ejército de piquetas que la atacará un día de éstos, y ciertos palacetes de la calle de Anjou no relucirían tan fuerte bajo el sol poniente si supieran que sólo les quedan tres o cuatro años de vida.

Angèle creía que su marido bromeaba. A veces tenía afición a bromas colosales e inquietantes. Ella reía, pero con un vago pavor, al ver a aquel hombrecito alzarse por encima del gigante acostado a sus pies, y enseñarle el puño, apretando irónicamente los labios.

—Han empezado ya —continuó—. Pero es sólo una miseria. Mira allá abajo, por el lado de Les Halles, se ha cortado París en cuatro...

Y con su mano extendida, abierta y cortante como un machete, hizo el ademán de separar la ciudad en cuatro partes.

— ¿Te refieres a la calle de Rivoli y al nuevo bulevar que están abriendo? —preguntó su mujer.

—Sí, el gran crucero de París, como dicen ellos. Despejan el Louvre y el ayuntamiento. ¡Un juego de niños! Es bueno para que al público le entre el apetito... Cuando la primera red esté terminada, entonces comenzará el gran baile. La segunda red agujereará la ciudad por todas partes, para unir los arrabales con la primera red. Los ramales agonizarán en el yeso... Fíjate, sigue mi mano. Del bulevar de Le Temple a la barrera de Le Trône, un corte; después, por este lado, otro corte, de la Madeleine al llano de Monceau, y un tercer corte en este sentido, otro por aquí, un corte allá, un corte más lejos, cortes por todas partes, París troceada a sablazos, con las venas abiertas, alimentando a cien mil cavadores y albañiles, cruzada por admirables vías estratégicas que meterán los fuertes en el corazón de los viejos barrios.

Se hacía de noche. Su mano seca y nerviosa seguía cortando en el vacío. Angèle sentía un leve temblor, ante aquel cuchillo vivo, aquellos dedos de hierro que troceaban sin piedad el montón sin límites de oscuros tejados. Desde hacía un instante, las brumas del horizonte rodaban suavemente desde las alturas, y ella se imaginaba oír, bajo las tinieblas que se agolpaban en las cavidades, lejanos crujidos, como si la mano de su marido hubiera hecho realmente los cortes de que hablaba, reventando París de una punta a otra, rompiendo las vigas, aplastando los sillares, dejando tras sí largas y espantosas heridas de muros ruinosos. La pequeñez de esa mano, ensañándose con una presa gigante, acababa por inquietar, y mientras desgarraba sin esfuerzo las entrañas de la enorme ciudad, hubiérase dicho que adquiriría un extraño reflejo de acero, en el crepúsculo azulado.

—Habrá una tercera red —continuó Saccard, al cabo de un silencio, como hablando consigo mismo—; ésa es demasiado remota, la veo menos. No he encontrado más que unos cuantos indicios... Pero será la pura locura, el galope infernal de los millones, ¡París borracho y agotado!

Enmudeció de nuevo, los ojos clavados ardientemente en la ciudad, sobre la cual rodaban sombras cada vez más espesas. Debía de interrogar a aquel futuro demasiado alejado que se le escapaba. Luego anocheció, la ciudad se volvió confusa, se la oyó respirar anchamente, como un mar en el que no se ve sino la pálida cresta de las olas. Aquí y allá, algunos muros blanqueaban aún; y, una por una, las llamas amarillas de los faroles de gas pincharon las tinieblas, semejantes a estrellas encendiéndose en la negrura de un cielo de

tormenta.

Angèle sacudió su malestar y recogió la broma que su marido había gastado a los postres.

— ¡Qué bien! —dijo con una sonrisa—. ¡Han caído muchas de esas monedas de veinte francos! Ahí tienes a los parisienses contándolas. ¡Mira qué hermosas pilas alinean a nuestros pies!

Mostraba las calles que descendían frente a la Butte Montmartre, cuyos faroles de gas parecían apilar en dos filas sus manchas de oro.

—Y allá arriba —exclamó, designando con el dedo un hormiguelo de astros— es seguramente la Caja general.

Esta frase hizo reír a Saccard. Se quedaron todavía unos instantes en la ventana, encantados con aquel chorro de «monedas de veinte francos», que acabó por abarcar París entero. El inspector de vías, al bajar de Montmartre, se arrepintió sin duda de haber parloteado tanto. Acusó al borgoña y rogó a su mujer que no repitiera las «tonterías» que había dicho; quería, le decía, ser un hombre serio.

Saccard, desde hacía tiempo, había estudiado aquellas tres redes de calles y bulevares, cuyo plan se había aventurado a exponer casi exactamente delante de Angèle. Cuando ésta murió, no le desagradó que se llevara a la tierra sus charlas de la Butte Montmartre. Allí estaba su fortuna, en aquellos famosos cortes que su mano había hecho en el corazón de París, y no pensaba compartir su idea con nadie, sabiendo que el día del botín habría bastantes cuervos planeando por encima de la ciudad destripada. Su primer plan era adquirir a buen precio algún inmueble, que sabría de antemano condenado a una próxima expropiación, y obtener grandes beneficios, consiguiendo una buena indemnización. Quizá se hubiera decidido a intentar la aventura sin un céntimo, a comprar el inmueble a crédito para no cobrar a continuación más que la diferencia, como en la Bolsa, cuando volvió a casarse, con aquella prima de doscientos mil francos que fijó y agrandó su plan. Ahora había hecho sus cálculos: compraba a su mujer, bajo el nombre de un intermediario, sin aparecer en lo más mínimo, la casa de la calle de la Pépinière, y triplicaba su reserva de fondos, gracias a la ciencia adquirida en los pasillos del ayuntamiento, y a sus buenas relaciones con ciertos personajes influyentes. Si se había estremecido cuando la tía Elisabeth le había indicado el lugar donde se encontraba la casa, es porque estaba situada justo en el centro del trazado de una vía de la que sólo se hablaba aún en el despacho del prefecto del Sena. Esa vía se la llevaba entera el bulevar Malesherbes. Era un antiguo proyecto de Napoleón I que se pensaba poner en ejecución, «para dar —decían las personas serias—, una salida normal a barrios perdidos tras un dédalo de calles estrechas, sobre los declives de los collados que limitaban París». Esta

frase oficial no confesaba naturalmente el interés que el Imperio tenía en el baile del dinero, en esos desmontes y terraplenes formidables que mantenían en vilo a los obreros. Saccard se había permitido, un día, consultar, en el despacho del prefecto, ese famoso plano de París en el cual «una augusta mano» había trazado con tinta roja las principales vías de la segunda red. Aquellos sangrientos rasgos de pluma cortaban París aún más profundamente que la mano del inspector de vías. El bulevar Malesherbes, que derribaba soberbios palacetes, en las calles de Anjou y de la Ville-l'Evêque, y que requería considerables trabajos de explanación, debía ser uno de los primeros en ser perforado. Cuando Saccard fue a visitar el inmueble de la calle Pépinière, se acordó de aquella velada de otoño, de aquella cena que había tenido con Angèle en lo alto de la Butte Montmartre, y durante la cual había caído, al ponerse el sol, una lluvia tan recia de luisas de oro sobre el barrio de la Madeleine. Sonrió; pensó que la radiante nube había reventado en su casa, en su patio, y que iba a recoger las monedas de veinte francos.

Mientras Renée, instalada lujosamente en el piso de la calle de Rivoli, en el centro de ese nuevo París del que iba a ser una de las reinas, meditaba sobre sus futuros vestidos y se ensayaba para la vida de la alta sociedad, su marido cuidaba devotamente su primer gran negocio. Le compró primero la casa de la calle de la Pépinière, gracias a la mediación de un tal Larsonneau, a quien había encontrado huroneando como él en los despachos del ayuntamiento, pero que había cometido la tontería de dejarse sorprender, un día que inspeccionaba los cajones del prefecto. Larsonneau se había establecido como agente de negocios, en el fondo de un patio negro y húmedo de la parte baja de la calle Saint-Jacques. Su orgullo, sus codicias sufrían cruelmente allí. Se encontraba en el mismo punto que Saccard antes de su boda; había inventado también él, decía, «una máquina de monedas de cinco francos»; sólo que le faltaban los primeros anticipos para sacar partido de su invento. Se entendió a medias palabras con su ex colega, y trabajó tan bien que consiguió la casa por ciento cincuenta mil francos. Renée, al cabo de unos cuantos meses, tenía ya grandes necesidades de dinero. Cuando el trato estuvo cerrado, ella le rogó que invirtiese en su nombre cien mil francos que le entregó con toda confianza, para conmooverlo sin duda y hacerle cerrar los ojos sobre los cincuenta mil francos que se guardaba en el bolsillo. Él sonrió con aire astuto; entraba en sus cálculos que ella tirase el dinero por la ventana; aquellos cincuenta mil francos, que iban a desaparecer en encajes y en joyas, deberían producirle a él cien por cien. Llevó su honradez, de tan satisfecho como estaba con su primer negocio, hasta invertir realmente los cien mil francos de Renée y a entregarle los títulos de renta. Como su mujer no podía enajenarlos, estaba seguro de encontrarlos en el nido, si alguna vez los necesitaba.

—Querida mía, será para sus trapos —dijo galantemente.

Cuando poseyó la casa, tuvo la habilidad, en un mes, de revenderla dos veces a dos testafierros, engrosando cada vez el precio de compra. El último comprador no pagó por ella menos de trescientos mil francos. Durante ese tiempo, Larssonneau, único que aparecía a título de representante de los sucesivos propietarios, trasteaba a los inquilinos. Se negaba despiadadamente a renovar los arrendamientos, a menos que consintieran en formidables subidas del alquiler. Los inquilinos, que se oían la próxima expropiación, estaban desesperados; acababan por aceptar la subida sobre todo cuando Larssonneau añadía, con aire conciliador, que la subida sería ficticia durante los cinco primeros años. En cuanto a los inquilinos que se pusieron duros, fueron sustituidos por paniaguados a quienes se dio alojamiento gratis y que firmaron todo lo que se quiso; en eso hubo un beneficio doble; el alquiler subía, y la indemnización reservada al inquilino por su arrendamiento correspondía a Saccard. Sidonie quiso ayudar a su hermano, instalando en una de las tiendas de la planta baja un almacén de pianos. Fue en esa ocasión cuando Saccard y Larssonneau, asaltados por su fiebre, llegaron un poco lejos: inventaron libros de comercio, falsificaron cuentas, para cifrar la venta de pianos en una suma enorme. Durante varias noches, garabatearon juntos. Así manipulada, la casa triplicó su valor. Gracias a la última escritura de venta, gracias a las subidas del alquiler, a los falsos inquilinos y al comercio de Sidonie, podía ser tasada en quinientos mil francos ante la comisión de indemnizaciones.

Los engranajes de la expropiación, de esa máquina poderosa que, durante quince años, trastornó París, soplando la fortuna y la ruina, son de lo más sencillos. En cuanto se decreta una vía nueva, los inspectores de vías públicas trazan el plan parcelario y tasan las propiedades. De ordinario, en el caso de los inmuebles, tras haber investigado capitalizan el alquiler total y pueden dar así una cifra aproximada. La comisión de indemnizaciones, compuesta por concejales, hace siempre una oferta inferior a esa cifra, sabiendo que los interesados reclamarán más, y que habrá mutuas concesiones. Cuando no pueden entenderse, el asunto es llevado ante un jurado que se pronuncia soberanamente sobre la oferta de la Villa y la demanda del propietario o del inquilino expropiado.

Saccard, que se había quedado en el ayuntamiento para el momento decisivo, tuvo por un instante la imprudencia de querer que le designasen, cuando se iniciaron las obras del bulevar Malesherbes, para tasar en persona su casa. Pero temió paralizar con eso su influencia sobre los miembros de la comisión de indemnizaciones. Hizo elegir a uno de sus colegas, un joven dulce y sonriente, llamado Michelin, cuya mujer, de adorable belleza, iba a veces a disculpar a su marido con los jefes, cuando se ausentaba por culpa de una indisposición. Estaba indispuesto muy a menudo. Saccard había observado que la linda señora Michelin, que se deslizaba tan humildemente por las puertas entornadas, era todopoderosa; Michelin ganaba un ascenso a cada una

de sus enfermedades, hacía carrera metiéndose en la cama. En una de sus ausencias, mientras mandaba a su mujer casi todas las mañanas a llevar noticias suyas a la oficina, Saccard lo encontró dos veces en los bulevares exteriores, fumando un puro, con la pinta tierna y encantada que no le abandonaba jamás. Eso le inspiró simpatía por aquel buen joven, por aquella feliz pareja tan ingeniosa y tan práctica. Sentía admiración por todas las «máquinas de monedas de cinco francos» hábilmente explotadas. Cuando hubo conseguido que designasen a Michelin, se fue a ver a su encantadora esposa, quiso presentársela a Renée, habló delante de ella de su hermano el diputado, el ilustre orador. La señora Michelin comprendió. A partir de ese día, su marido reservó para su colega sus sonrisas más sosegadas. Éste, que no quería hacer confidencias al digno muchacho, se contentó con encontrarse allí, como por azar, el día que procedió a la tasación del inmueble de la calle de la Pépinière. Lo ayudó. Michelin, la cabeza más vacía y más nula que se pudiera encontrar, se ajustó a las instrucciones de su mujer, que le había recomendado contentar al señor Saccard en todo. No sospechó nada, por lo demás; creyó que el inspector de vías tenía prisa por que acabara su tarea para llevarlo al café. Los arrendamientos, los recibos del alquiler, los famosos libros de Sidonie pasaron de las manos de su colega ante sus ojos, sin que tuviera tiempo siquiera de comprobar las cifras, que aquél anunciaba en alto. Estaba allí Larsonneau, quien trataba a su cómplice como a un extraño.

—Venga, ponga quinientos mil francos —acabó diciendo Saccard—. La casa vale más... Apresurémonos, creo que va a haber un movimiento de personal en el ayuntamiento, y quiero hablarle de eso para que usted prevenga a su mujer.

El asunto se despachó así. Pero tenía aún temores. Temía que esa suma de quinientos mil francos pareciese excesiva a la comisión de indemnizaciones, por una casa que no valía notoriamente más que doscientos mil. Aún no se había producido la formidable alza de los inmuebles. Una investigación le habría hecho correr el riesgo de serios disgustos. Recordaba aquella frase de su hermano: «Nada de escándalos demasiado ruidosos, o te elimino», y sabía que Eugéne era muy capaz de ejecutar su amenaza. Se trataba de volver ciegos y benévulos a los señores de la comisión. Puso los ojos en dos hombres influyentes de quienes se había hecho amigo por la forma en que los saludaba en los corredores, cuando los encontraba. Los treinta y seis concejales estaban elegidos con cuidado por la propia mano del emperador, tras la presentación del prefecto, entre los senadores, los diputados, los abogados, los médicos, los grandes industriales que más devotamente se arrodillaban ante el poder; pero, entre todos, el barón de Gouraud y el señor Toutin-Laroche merecían la benevolencia de las Tullerías por su fervor.

El barón de Gouraud completo cabía en esta corta biografía: nombrado

barón por Napoleón I, en recompensa por las galletas estropeadas con que abasteció al Gran Ejército, había sido par sucesivamente bajo Luis XVIII, bajo Carlos X, bajo Luis Felipe, y era senador bajo Napoleón III. Era un adorador del trono, de las cuatro tablas doradas recubiertas de terciopelo; poco le importaba el hombre que en él se sentaba. Con su vientre enorme, su cara de buey, su facha de elefante, era de una tunantería encantadora; se vendía con majestad y cometía las mayores infamias en nombre del deber y de la conciencia. Pero este hombre asombraba aún más por sus vicios. Corrían sobre él historias que sólo se podían contar al oído. Sus setenta años florecían en pleno y monstruoso desenfreno. En dos ocasiones había habido que echar tierra sobre sucias aventuras, para no arrastrar su frac bordado de senador por el banquillo de un tribunal.

El señor Toutin-Laroche, alto y flaco, antiguo inventor de una mezcla de sebo y estearina para la fabricación de velas, soñaba con el Senado. Se había hecho inseparable del barón de Gouraud; se pegaba a él, con la vaga idea de que eso le traería suerte. En el fondo, era muy práctico y, si hubiera encontrado un escaño de senador en venta, habría discutido ásperamente el precio. El Imperio iba a poner en primer plano a esta ávida nulidad, a este cerebro estrecho que tenía el genio de los chanchullos industriales. Fue el primero en vender su apellido a una compañía turbia, una de esas sociedades que crecieron como hongos envenenados bajo el estiércol de las especulaciones imperiales. Se pudo ver pegado en las paredes, por esa época, un cartel que llevaba en gruesas letras negras estas palabras: Sociedad General de los Puertos de Marruecos, y en el cual el nombre del señor Toutin-Laroche, con su título de concejal, se exhibía a la cabeza de la lista de los miembros del consejo de vigilancia, a cual más desconocido. Este procedimiento, del que se ha abusado después, funcionó de maravilla; los accionistas acudieron corriendo, aunque la cuestión de los puertos de Marruecos estuviera poco clara y la buena gente que aportaba su dinero no pudiera explicar ella misma en qué obra iba a emplearse. El cartel hablaba soberbiamente de instalar puestos comerciales a lo largo del Mediterráneo. Desde hacía dos años, ciertos periódicos ensalzaban esta operación grandiosa, que declaraban más próspera cada tres meses. Entre los concejales, el señor Toutin-Laroche pasaba por un administrador de primera fila; era una de las personas de más capacidad del Concejo, y su agria tiranía sobre sus colegas sólo tenía igual en su devota bajeza ante el prefecto. Trabajaba ya en la creación de una gran compañía financiera, el Crédito Vinícola, una caja de préstamos para los viñadores, de la que hablaba con reticencias, con graves actitudes que encendían a su alrededor la codicia de los imbéciles.

Saccard se ganó la protección de estos dos personajes haciéndoles favores, cuya importancia fingía ignorar hábilmente. Puso en relación a su hermana y al barón, comprometido entonces en una historia de las menos limpias. La

llevó a su casa, con el pretexto de reclamar su apoyo en favor de la buena mujer, que solicitaba desde hacía mucho tiempo un suministro de cortinas para las Tullerías. Pero ocurrió que, cuando el inspector de vías los hubo dejado solos, fue Sidonie la que prometió al barón tratar con cierta gente, lo bastante torpe para no sentirse honrada con la amistad que un senador se había dignado testimoniar a su hija, una niñita de unos diez años. Saccard actuó en persona con el señor Toutin-Laroche; se procuró una entrevista con él en un pasillo y sacó la conversación del famoso Crédito Vitícola. Al cabo de cinco minutos, el gran administrador, pasmado, estupefacto por las asombrosas cosas que oía, cogió campechanamente del brazo al empleado y lo retuvo durante una hora en el pasillo. Saccard le sugirió mecanismos financieros de un prodigioso ingenio. Cuando el señor Toutin-Laroche se separó de él, le estrechó la mano de forma expresiva, con un guiño de ojos masónico.

—Será usted de los nuestros —murmuró—, tiene que serlo.

Se mostró superior en todo este asunto. Observó prudencia hasta no convertir al barón de Gouraud y al señor Toutin-Laroche en cómplices. Los visitó por separado, les deslizó una frase al oído en favor de un amigo suyo que iba a ser expropiado, en la calle de la Pépinière; tuvo buen cuidado de decir a cada uno de los dos compinches que no hablaría de aquel asunto con ningún otro miembro de la comisión, que era una cosa en el aire, pero que contaba con toda su benevolencia.

El inspector de vías tenía razones para temer y para tomar sus precauciones. Cuando el legajo referente a su inmueble llegó a la comisión de indemnizaciones, resultó justamente que uno de los miembros vivía en la calle de Astorg y conocía la casa. Aquel miembro clamó contra la cifra de quinientos mil francos que, según él, debería reducirse en más de la mitad. Aristide había tenido la imprudencia de pedir setecientos mil francos. Aquel día, el señor Toutin-Laroche, de ordinario muy desagradable con sus colegas, estaba de un humor todavía más insoportable que de costumbre. Se enfadó, tomó la defensa de los propietarios.

—Todos somos propietarios, caballeros —gritaba—. El emperador quiere hacer grandes cosas, no seamos cicateros por una miseria... Esa casa debe de valer los quinientos mil francos; es uno de nuestros hombres, un empleado de la Villa, quien ha fijado esa cifra... Realmente, se diría que vivimos en el puerto de arrebatcapas, ya verán ustedes cómo acabamos por sospechar unos de otros.

El barón de Gouraud, hundido en su asiento, miraba con el rabillo del ojo, con pinta de sorprendido, al señor Toutin-Laroche echando chispas en favor del propietario de la calle de la Pépinière. Tuvo una sospecha. Pero, en resumen, como esta salida violenta le dispensaba de tomar la palabra, se puso

a cabecear suavemente, en señal de aprobación absoluta. El miembro de la calle de Astorg se resistía, escandalizado, no queriendo doblegarse ante los dos tiranos de la comisión, en una cuestión en la cual era más competente que aquellos señores. Fue entonces cuando el señor Toutin-Laroche, habiendo observado las señales aprobadoras del barón, se apoderó vivamente del legajo y dijo con voz seca:

—Está bien, aclararemos sus dudas... Si ustedes lo permiten, me encargo del asunto, y el barón de Gouraud hará la investigación conmigo.

—Sí, sí —dijo gravemente el barón—, que nada turbio empañe nuestras decisiones.

El legajo había desaparecido ya en los amplios bolsillos del señor Toutin-Laroche. La comisión tuvo que resignarse. En la calle, cuando salían, los dos compinches se miraron sin reír. Se sentían cómplices, lo cual redoblabla su aplomo. Dos espíritus vulgares habrían provocado una explicación; ellos continuaron defendiendo la causa de los propietarios, como si alguien pudiera aún oírlos, y deplorando el espíritu de desconfianza que se insinuaba en todas partes. En el momento en que iban a separarse:

— ¡Ah, se me olvidaba, querido colega! —dijo el barón con una sonrisa—, me marchó en seguida al campo. Sería usted muy amable si fuera a hacer sin mí esa investigacioncita... Y sobre todo no me traicione, esos señores se quejan de que me tomo demasiadas vacaciones.

—Quédese tranquilo —respondió el señor Toutin-Laroche—, ahora mismo voy a la calle de la Pépinière.

Regresó tranquilamente a su casa, con una pizca de admiración por el barón, que resolvía tan bonitamente las situaciones delicadas. Conservó el legajo en su bolsillo y, en la siguiente sesión, declaró, con tono perentorio, en nombre del barón y en el suyo, que entre la oferta de quinientos mil francos y la demanda de setecientos mil francos, había que adoptar un término medio y conceder seiscientos mil francos. No hubo la menor oposición. El miembro de la calle de Astorg, que sin duda había reflexionado dijo con gran llaneza que se había equivocado: creía que se trataba de la casa contigua.

Fue así como Aristide Saccard obtuvo su primera victoria. Cuadruplicó sus fondos y ganó dos cómplices. Sólo una cosa le inquietaba; cuando quiso destruir los famosos libros de Sidonie, no los encontró. Corrió a ver a Larsonneau, quien le confesó abiertamente que los tenía él, en efecto, y que los conservaba. El otro no se enfadó; pareció decir que sólo se había inquietado por su querido amigo, mucho más comprometido que él por aquellas cuentas casi enteramente de su puño y letra, pero que ya estaba tranquilo, desde el momento en que se hallaban en su poder. En el fondo,

hubiera estrangulado de buena gana al «querido amigo»; recordaba una pieza muy comprometedor, un inventario falso, que había cometido la tontería de redactar, y que debía de haberse quedado en uno de los registros. Larsonneau, generosamente pagado, fue a montar una agencia de negocios en la calle de Rivoli, donde puso unas oficinas amuebladas con el lujo de un piso de fulana. Saccard, tras haber dejado el ayuntamiento, pudo poner en circulación unos fondos considerables y se lanzó a la especulación a ultranza, mientras Renée, embriagada, loca, llenaba París con el ruido de sus carruajes, el brillo de sus diamantes, el vértigo de su vida adorable y bulliciosa.

A veces, el marido y la mujer, esas dos cálidas fiebres del dinero y del placer, iban a las nieblas heladas de L'Île-Saint-Louis. Les parecía que entraban en una ciudad muerta.

El palacete Béraud, construido a comienzos del siglo XVII, era una de esas edificaciones cuadradas, negras y graves, de estrechas y altas ventanas, numerosas en el Marais, y que se alquilan a internados, a fabricantes de agua de Seltz, a almacenistas de vinos y licores. Sólo que estaba admirablemente conservado. Por la calle Saint Louis-en-l'Île no tenía más que tres pisos, pisos de quince a veinte pies de altura. La planta baja, más achatada, estaba agujereada por ventanas provistas de enormes barras de hierro, que se hundían lúgubramente en el sombrío espesor de los muros, y por una puerta redondeada, casi tan alta como ancha, con aldabón de hierro, pintada de verde oscuro y guarnecida de clavos enormes que dibujaban estrellas y rombos en las dos hojas. Esta puerta era típica, con los guardacantones que la flanqueaban, medio caídos y ampliamente ceñidos de hierro. Se veía que antiguamente se había dejado sitio para el lecho de un arroyo en medio de la puerta, entre las leves pendientes del empedrado del portal; pero el señor Béraud se había decidido a tapar ese arroyo mandando asfaltar la entrada; fue, por lo demás, el único sacrificio a los arquitectos modernos que aceptó nunca. Las ventanas de los pisos estaban guarnecidas por delgadas barandillas de hierro forjado que dejaban ver los postigos colosales de fuertes maderas pardas y cristalitos verdosos. En lo alto, delante de las buhardillas, el tejado se interrumpía, el canalón continuaba solo su camino para conducir las aguas pluviales a los tubos de bajada. Y lo que aumentaba aún la desnudez austera de la fachada era la carencia absoluta de persianas y celosías, pues el sol no llegaba en ninguna estación a esas piedras pálidas y melancólicas. Esta fachada, con su aire venerable, su severidad burguesa, dormía solemnemente en el recogimiento del barrio, en el silencio de la calle apenas turbado por los carruajes.

En el interior del hotel, se encontraba un patio cuadrado, rodeado por arcadas, una copia en pequeño de la plaza Real, enlosada con enormes adoquines, lo cual acababa de dar a esta casa muerta la apariencia de un

claustro. Frente al portal, una fuente, una cabeza de león semiborrada, y de la que no se veían sino las fauces entreabiertas, arrojaba, por un tubo de hierro, un agua pesada y monótona, en un pilón verde de musgo, pulido en los bordes por el desgaste. Esta agua era glacial. Entre los adoquines crecían hierbas. En verano, una pizquita de sol bajaba al patio, y esta visita poco frecuente había blanqueado una esquina de la fachada, al sur, mientras que los otros tres lienzos, sombríos y negruzcos, estaban veteados de mohos. Allí, en el fondo de este patio fresco y mudo como un pozo, iluminado con una luz blanca en invierno, uno se hubiera creído a mil leguas de aquel nuevo París donde llameaban todos los cálidos disfrutes, entre el bullicio de los millones.

Los aposentos del hotel tenían la triste calma, la fría solemnidad del patio. Comunicados por una ancha escalera con barandilla de hierro, donde los pasos y la tos de los visitantes sonaban como bajo una bóveda de iglesia, se extendían en largas hileras de vastas y altas estancias, en las cuales se perdían viejos muebles, de madera oscura y rechoncha; y la media luz estaba poblada sólo por los personajes de los tapices, cuyos grandes cuerpos descoloridos se distinguían vagamente. Todo el lujo de la antigua burguesía parisiense estaba allí, un lujo sin posible desgaste y sin blandura, asientos cuyo roble está apenas recubierto por un poco de estopa, camas de telas rígidas, arcones de ropa en los que la rudeza de las tablas comprometía singularmente la frágil existencia de los trajes modernos. El señor Béraud Du Châtel había elegido sus aposentos en la parte más oscura del palacete, entre la calle y el patio, en el primer piso. Se encontraba allí en un maravilloso marco de recogimiento, de silencio y de sombra. Cuando empujaba las puertas, cruzando la solemnidad de las estancias, con su paso lento y grave, se le hubiera tomado por uno de esos miembros de los viejos parlamentos, cuyos retratos se veían colgados en las paredes, que regresara a casa muy pensativo, tras haber discutido un edicto real y haberse negado a firmarlo.

Pero en esta casa muerta, en este claustro, había un nido cálido y vibrante, un hueco de sol y de alegría, un rincón de adorable infancia, de aire libre, de luz amplia. Había que subir multitud de escaleritas, deslizarse a la largo de diez a doce pasillos, volver a bajar, subir de nuevo, hacer un auténtico viaje, y se llegaba por fin a una vasta habitación, una especie de mirador edificado sobre el tejado, detrás del palacete, sobre el muelle de Béthune. Daba a pleno sur. La ventana se abría tan grande que el cielo, con todos sus rayos, con todo su aire, con todo su azul, parecía entrar. Encaramada allí como un palomar, tenía largas cajas de flores, una inmensa pajarera, y ni un solo mueble. Habían extendido simplemente una estera sobre las baldosas. Era el «cuarto de las niñas». En todo el palacete lo conocían, lo designaban por ese nombre. La casa era tan fría, el patio tan húmedo, que tía Elisabeth había temido por Christine y Renée el soplo fresco que caía de los muros; innumerables veces había regañado a las chiquillas que corrían bajo las arcadas y disfrutaban metiendo

los bracitos en el agua helada de la fuente. Entonces se le había ocurrido la idea de mandar disponer para ellas aquel desván perdido, el único rincón donde el sol entraba y se regocijaba, solitario, desde hacía casi dos siglos, entre telarañas. Les dio una estera, pájaros, flores. Las chiquillas estuvieron entusiasmadas. Durante las vacaciones, Renée vivía allí, en el baño amarillo de aquel grato sol, que parecía feliz con el arreglo que habían hecho en su retiro y con las dos cabezas rubias que le enviaban. El cuarto se convirtió en un paraíso, todo resonante con el canto de los pájaros y la cháchara de las crías. Se lo habían cedido en plena propiedad. Decían «nuestro cuarto»; estaban en su casa; llegaban hasta encerrarse con llave para probar que eran las únicas dueñas. ¡Qué dichoso rincón! Juguetes destrozados agonizaban sobre la estera, en el sol claro.

Y la gran alegría del cuarto de las niñas era también el vasto horizonte. Desde las otras ventanas sólo se veían, enfrente, muros negros, a unos cuantos pies. Pero desde ésta se divisaba todo ese trozo de Sena, todo ese trozo de París que se extiende desde la Cité hasta el puente de Bercy, llano e inmenso, y que se parece a alguna original ciudad de Holanda. Abajo, en el muelle de Béthune, había casuchas de madera semiderruidas, amontonamientos de vigas y de tejados reventados, entre los cuales las niñas se divertían a menudo viendo correr enormes ratas, que temían vagamente que treparan a lo largo de los altos muros. Pero, más allá comenzaba el hechizo. La estacada, escalonando sus tablones, sus contrafuertes de catedral gótica, y el puente de Constantino, ligero, balanceándose como un encaje bajo los pies de los transeúntes, se cortaban en ángulo recto, parecían interceptar y retener la masa enorme del río. Enfrente, los árboles del Mercado de Vinos, y más lejos los macizos del Jardín Botánico, verdeaban, se extendían hasta el horizonte; mientras que, al otro lado del agua, el muelle Henri VI el muelle de La Rapée alineaban sus construcciones bajas y desiguales, su hilera de casas que, desde arriba, parecían las casitas de madera y de cartón que las chiquillas tenían en cajas. Al fondo, a la derecha, el tejado pizarroso de La Salpêtriére azuleaba por encima de los árboles. Después, en el medio, descendiendo hasta el Sena, las anchas riberas adoquinadas formaban dos largos caminos grises manchados aquí y allá por el jaspeado de una fila de toneles, de una carreta enganchada, de un barco de madera o de carbón volcado en el suelo. Pero el alma de todo esto, el alma que llenaba el paisaje, era el Sena, el río vivo; venía de lejos, del borde vago y tembloroso del horizonte, salía de allá abajo, del sueño, para correr en derechura hacia las niñas, con su majestad tranquila, con su hinchazón poderosa, que se dilataba, se ensanchaba en alfombra, a sus pies, en la punta de la isla. Los dos puentes que lo cortaban, el puente de Bercy y el puente de Austerlitz, parecían interrupciones necesarias, encargadas de contenerlo, de impedirle que subiera hasta el cuarto. Las pequeñas amaban al gigante, se llenaban los ojos con su corriente colosal, con aquel eterno raudal

rugiente que corría hacia ellas, como para alcanzarlas, y que sentían hendirse y desaparecer a derecha y a izquierda, en lo desconocido, con una dulzura de tirano domado. En los días de buen tiempo, en las mañanas de cielo azul, se quedaban fascinadas con los preciosos trajes del Sena; eran trajes cambiantes que pasaban del azul al verde, con mil tintas de una delicadeza infinita; daba la impresión de ser seda moteada de llamas blancas, con encañonados de satén; y los barcos que se resguardaban en las dos orillas lo bordeaban con una cinta de terciopelo negra. A lo lejos, sobre todo, la tela se volvía admirable y valiosa, como la gasa encantada de una túnica de hada; después de la faja de satén verde oscuro, con la que la sombra de los puentes ceñía el Sena, había pecheras de oro, paños de una tela plisada del color del sol. El cielo inmenso, sobre aquella agua, aquellas filas bajas de casas, aquellos verdores de los dos parques, se ahondaba.

A veces Renée, harta de este horizonte sin límites, ya mayorcita y con curiosidades carnales traídas del internado, echaba un vistazo a la escuela de natación de los Baños Petit, cuyo barco se encuentra amarrado en la punta de la isla. Trataba de ver, entre la flotante ropa interior colgada de cordeles a modo de techo, a los hombres en bañador cuyos vientres desnudos divisaba.

Capítulo 3

Maxime estuvo en el colegio de Plassans hasta las vacaciones de 1854. Contaba trece años y unos meses, y acababa de terminar tercero. Fue entonces cuando su padre se decidió a hacerlo venir a París. Pensaba que un hijo de esa edad lo asentaría, lo instalaría definitivamente en su papel de viudo, casado en segundas nupcias, rico y serio. Cuando anunció su proyecto a Renée, con respecto a la cual se las daba de suma galantería, ella le respondió negligentemente:

—Eso es, mande venir al chiquillo... Nos distraerá un poco. Por las mañanas, una se aburre mortalmente.

El chiquillo llegó diez días después. Era ya un gran galopín delgaducho, de carita de niña, pinta delicada y descarada, de un rubio muy suave. Pero ¡estaba hecho un adefesio, Dios mío! Rapado hasta las orejas, con el pelo tan corto que la blancura del cráneo apenas se encontraba cubierta por una leve sombra, llevaba un pantalón demasiado corto, zapatos de carretero, una blusa espantosamente raída, demasiado ancha, y que lo hacía casi jorobado. Con semejantes trazas, sorprendido por las cosas nuevas que veía, miraba a su alrededor, sin timidez, por otra parte, con el aire salvaje y taimado de un niño precoz, que vacila en entregarse a la primera.

Un criado acababa de traerlo de la estación, y estaba en la gran sala, encantado por el oro del mobiliario y del techo, profundamente feliz de ese lujo en medio del cual iba a vivir, cuando Renée, que volvía de su modista, entró como una ráfaga de viento. Tiró el sombrero y la capa blanca que se había echado sobre los hombros para protegerse del frío ya vivo. Y apareció ante Maxime, estupefacto de admiración, en todo el esplendor de su maravilloso vestido.

El niño creyó que iba disfrazada. Llevaba una deliciosa falda de falla azul, de grandes volantes, sobre la cual se había puesto una especie de casaca de la guardia francesa, de seda gris tierno. Los faldones de la casaca, forrada de satén azul más oscuro que la falla de la falda, estaban graciosamente levantados y recogidos por lazos de cintas; las bocamangas de las mangas lisas, las grandes solapas del cuerpo se ensanchaban, guarnecidas del mismo satén. Y como gracia suprema, como arriesgada pizca de originalidad, grandes botones imitación zafiro, sujetos con lazadas azul claro, bajaban a lo largo de la casaca, en dos hileras. Era feo y adorable.

Cuando Renée vio a Maxime:

— ¿Es el pequeño, verdad? —le preguntó al criado, sorprendida al verlo casi tan alto como ella.

El niño la devoraba con los ojos. Aquella dama de piel tan blanca, cuyo pecho se distinguía por el escote de una blusa plisada, aquella aparición brusca y encantadora, con su peinado alto, sus finas manos enguantadas, sus botitas de hombre, cuyos tacones puntiagudos se hundían en la alfombra, lo arrobaba, le parecía el hada buena de aquel piso tibio y dorado. Empezó a sonreír, y la sonrisa fue lo bastante torpe para conservar su gracia de chiquillo.

— ¡Vaya, es gracioso! —exclamó Renée—. Pero ¡qué horror! ¡Cómo le han cortado el pelo!... Escucha, amiguito, tu padre no volverá sin duda antes de cenar, y me voy a ver obligada a instalarte... Soy tu madrastra, caballero. ¿Quieres besarme?

—Claro que quiero —respondió rotundamente Maxime.

Y besó a la joven en las dos mejillas, cogiéndola por los dos hombros, lo cual arrugó un poco la casaca de la guardia francesa. Ella se desprendió, riendo, diciendo:

— ¡Dios mío! ¡Qué gracioso es, el rapadito!... —Regresó hacia él, más seria—. Seremos amigos, ¿verdad?... Quiero ser una madre para usted. Reflexionaba sobre eso mientras esperaba a mi modista que estaba en una reunión, y me decía que debía mostrarme muy buena y educarle a la perfección... ¡Será estupendo!

Maxime continuaba mirándola, con su mirada azul de chica atrevida, y bruscamente:

— ¿Qué edad tiene usted? —preguntó.

— ¡Nunca se pregunta eso! —exclamó ella juntando las manos—... ¡No sabe nada, este pobrecito! Habrá que enseñárselo todo... Felizmente aún puedo decir mi edad. Tengo veintiún años.

—Pues yo pronto cumpliré catorce... Podría ser usted mi hermana.

No terminó, pero su mirada agregaba que esperaba encontrarse una segunda esposa de su padre mucho más vieja. Estaba muy cerca de ella, le miraba el cuello con tanta atención que ella casi acabó por ruborizarse. Su cabecita loca, por lo demás, daba vueltas, sin poder detenerse mucho sobre el mismo tema; y empezó a caminar, a hablar de su modista, olvidando que se dirigía a un niño.

—Habría querido estar aquí para recibirle. Pero imagínese que Worms me ha traído este traje esta mañana... Me lo pruebo y lo encuentro bastante logrado. Es muy distinguido, ¿verdad? —Se había colocado delante de un espejo. Maxime iba y venía detrás de ella, para verla por todos los lados—. Sólo que —continuó—, al ponerme la casaca, me di cuenta de que hacía un gran pliegue, ahí en el hombro derecho, ya ve... Es muy feo, ese pliegue; parece que tengo un hombro más alto que otro.

Él se había acercado, pasaba el dedo por el pliegue, como para aplastarlo, y su mano de colegial vicioso parecía olvidarse en aquel lugar con cierta satisfacción.

—Caramba —continuó ella—, no pude contenerme. Di orden de enganchar y fui a decirle a Worms lo que pienso de su inconcebible ligereza... Me ha prometido arreglarlo. —Después, siguió delante del espejo, contemplándose, perdida en una súbita ensoñación. Acabó por ponerse un dedo en los labios, con aire de meditativa impaciencia. Y muy bajito, como hablando consigo misma—: Falta algo... está claro que falta algo... —Entonces, con un movimiento rápido, se dio la vuelta, se plantó ante Maxime, a quien preguntó—: ¿Está realmente bien?... ¿No opina usted que falta algo, una menudencia, un lazo en alguna parte?...

El colegial, tranquilizado por la camaradería de la joven, había recobrado todo el aplomo de su natural descaro. Se alejó, se acercó, guiñó los ojos, murmurando:

—No, no, no falta nada, es bonito, precioso... Más bien opino que hay algo de más. —Se ruborizó un poco, pese a su audacia, avanzó de nuevo y, trazando con la yema del dedo un ángulo agudo sobre el pecho de Renée—:

Yo, mire, escotaría así esta puntilla, y pondría un collar con una gran cruz.

Ella batió palmas, radiante.

—Eso es, eso es —gritó—. Tenía la gran cruz en la punta de la lengua.

Abrió la blusa, desapareció durante dos minutos, regresó con el collar y la cruz. Y volviéndose a colocar delante del espejo con aire de triunfo:

— ¡Oh!, completo, totalmente completo —murmuró—. ¡Pues no es tonto del todo, el rapadito! ¿Conque vestías a las mujeres en tu provincia?... Decididamente, seremos buenos amigos. Pero debería hacerme caso. Ante todo, se dejará crecer el pelo, y no volverá a llevar esa espantosa chaqueta. Luego, seguirá fielmente mis clases de buenos modales. Quiero que sea usted un guapo jovencito.

—Pues claro —dijo ingenuamente el niño—, ya que papá ahora es rico, y usted es su mujer.

A ella se le escapó una sonrisa, y con su vivacidad habitual:

—Entonces empecemos por tutearnos. Digo tú, digo usted. Es idiota... ¿Me querrás mucho?

—Te querré con todo mi corazón —respondió con una efusión de pilluelo afortunado.

Tal fue la primera entrevista de Maxime y Renée. El niño sólo fue al internado un mes después. Su madrastra, los primeros días, jugó con él como con una muñeca; lo desbastó del aspecto provinciano, y hay que reconocer que lo hizo con extremada buena voluntad. Cuando el muchacho apareció vestido de nuevo de pies a cabeza por el sastre de su padre, ella lanzó un grito de gozosa sorpresa: estaba hecho una ricura, fue su expresión. Sólo el pelo crecía con una lentitud exasperante. La joven solía decir que todo el rostro está en la cabellera. Y cuidaba la suya con devoción. Durante mucho tiempo la había desolado su color, aquel color especial, de un amarillo tierno, que recordaba el de la mantequilla fina. Pero cuando llegó la moda del cabello amarillo, estuvo encantada, y para que nadie creyera que no seguía la moda imbécilmente, juró que se teñía todos los meses.

Los trece años de Maxime eran ya terriblemente sabios. Era una de esas naturalezas débiles y precoces, en las cuales los sentidos se desarrollan pronto. El vicio apareció en él antes del despertar de los deseos. En dos ocasiones había estado a punto de ser expulsado del internado. Renée, si hubiera tenido los ojos habituados a las gracias provincianas, habría visto que, por adefesio que pareciera, el rapadito, como ella lo llamaba, sonreía, giraba el cuello, adelantaba los brazos de una forma graciosa, con ese aire femenino de las señoritas de un colegio. Se cuidaba mucho las manos, que tenía delgadas y

largas; si llevaba el pelo corto, por orden del director, un ex coronel de ingenieros, poseía un espejito que se sacaba del bolsillo, durante las clases, lo colocaba entre las páginas de su libro, y en él se miraba horas enteras, examinándose los ojos, las encías, haciéndose muecas, aprendiendo coqueterías. Sus compañeros se colgaban de su blusa, como de una falda, y él se ceñía tanto que tenía el talle esbelto, el balanceo de caderas de una mujer hecha y derecha. La verdad es que recibía tantos golpes como caricias. El internado de Plassans, una guarida de pequeños bandidos como la mayoría de los colegios de provincias, fue así un ambiente de mancilla, en el cual se desarrolló singularmente aquel temperamento neutro, aquella infancia que aportaba el mal de no se sabía qué desconocida herencia. La edad iba a corregirlo, afortunadamente. Pero la marca de sus abandonos de niño, aquel afeminamiento de todo su ser, aquella hora en que se había creído chica, iba a perdurar en él, a herir para siempre su virilidad.

Renée lo llamaba «señorita», sin saber que, seis meses antes, habría estado en lo justo. Le parecía muy obediente, muy cariñoso, e incluso a menudo se encontraba turbada con sus caricias. Tenía una forma de besar que caldeaba la piel. Pero lo que le fascinaba eran sus travesuras; era de lo más divertido, osado, hablaba ya de las mujeres con sonrisas, plantaba cara a las amigas de Renée, a la querida Adeline que acababa de casarse con el señor De Espanet, a la gruesa Suzanne, casada recientemente con el gran industrial Haffner. Sintió, a los catorce años, una gran pasión por esta última. Había tomado por confidente a su madrastra, y ésta se divertía mucho:

—Yo habría preferido a Adeline —decía—; es más bonita.

—Quizá —respondía el galopín—, pero Suzanne es mucho más gorda... Me gustan las mujeres grandes... Si fueras buena, le hablarías por mí.

Renée se reía. Su muñeco, aquel chiquillo alto con cara de niña, le parecía graciosísimo, desde que estaba enamorado. Llegó un momento en que la señora Haffner tuvo que defenderse en serio. Por otra parte, aquellas señoras animaban a Maxime con sus risas ahogadas, sus medias palabras, las actitudes coquetas que adoptaban delante de aquel niño precoz. En ello entraba una pizca de desenfreno muy aristocrático. Las tres, en su vida tumultuosa, abrasadas por la pasión, se detenían en la encantadora depravación del galopín, como en una guindilla original y sin peligro que avivara su gusto. Le dejaban tocar sus vestidos, rozarles los hombros con los dedos, cuando él las seguía a la antesala para ponerles la salida de baile; se lo pasaban de mano en mano, riendo como locas, cuando les besaba las muñecas, por el lado de las venas, en ese sitio donde la piel es tan suave; después se ponían maternales y le enseñaban doctamente el arte de ser un guapo mozo y de agradar a las damas. Era su juguete, un hombrecito con un mecanismo ingenioso, que abrazaba, que hacía la corte, que tenía los más amables vicios del mundo, pero

que seguía siendo un juguete, un hombrecito de cartón a quien no temían demasiado, aunque lo bastante para sentir, bajo su mano infantil, un estremecimiento muy dulce.

Al empezar el curso, Maxime fue al Liceo Bonaparte. Es el liceo de la buena sociedad, el que Saccard debía elegir para su hijo. El niño, por blando y ligero que fuese, tenía entonces una inteligencia muy viva; pero se aplicó a muy otra cosa que a los estudios clásicos. Fue, no obstante, un alumno correcto, que jamás se rebajó a la bohemia de los malos estudiantes, y que permaneció entre los caballeros decorosos y bien vestidos de quienes nadie dice nada. De la infancia sólo le quedó una verdadera religión de su arreglo personal. París le abrió los ojos, hizo de él un guapo joven, afectado en sus ropas, seguidor de las modas. Era el Brummel de su clase. Se presentaba allí como en un salón, finamente calzado, bien enguantado, con corbatas prodigiosas y sombreros inefables. Por lo demás, allí se encontraban unos veinte muchachos que constituían una aristocracia, se ofrecían a la salida habanos en cigarreras con cierres de oro, los libros se los llevaba un criado de librea. Maxime había convencido a su padre a comprarle un tálburi y un caballito negro que eran la admiración de sus compañeros. Lo conducía él mismo, llevando en el asiento trasero a un lacayo, cruzado de brazos, que tenía sobre las rodillas la cartera del colegial, una auténtica cartera de ministro de piel marrón. Y había que ver con qué ligereza, qué ciencia y qué correctos modales llegaba en diez minutos de la calle de Rivoli a la calle de Le Havre, detenía en seco su caballo ante la puerta del liceo, y le tiraba la brida al lacayo, diciendo: «Jacques, a las cuatro y media, ¿eh?». Los tenderos vecinos estaban encantados con la gracia de aquel rubito a quien veían regularmente dos veces al día llegar y marcharse en su coche. Al regreso, acompañaba a veces a un amigo, a quien dejaba en su puerta. Los dos niños fumaban, miraban a las mujeres, salpicaban a los transeúntes, como si regresaran de las carreras. Mundillo asombroso, nidada de fatuos y de imbéciles, que puede verse cada día en la calle de Le Havre, correctamente vestidos, con sus americanas de currutacos, jugando a los hombres ricos y hastiados, mientras que la bohemia del liceo, los verdaderos escolares, llegan gritando y empujándose, golpeando el pavimento con sus zapatones, con los libros colgados a la espalda, en el extremo de una correa.

Renée, que quería tomarse en serio el papel de madre y de maestra, estaba encantada con su alumno. Cierta que no descuidaba nada para perfeccionar su educación. Atravesaba por entonces un momento lleno de despecho y de lágrimas; un amante la había dejado, con escándalo, ante los ojos de todo París, para unirse a la duquesa de Sternich. Soñó que Maxime sería su consuelo, se aviejó, se las ingenió para ser maternal, y se convirtió en el mentor más original que imaginarse pueda. A menudo, el tálburi de Maxime se quedaba en casa; y era Renée, con su gran calesa, la que iba a buscar al

colegial. Escondían la cartera marrón bajo el asiento, iban al Bosque, entonces completamente nuevo. Allí, ella le daba un curso de alta elegancia. Le nombraba al todo París imperial, gordo, feliz, todavía extasiado con el golpe de varita mágica que mudaba a los muertos de hambre y los patanes de la víspera en grandes señores, en millonarios resoplantes y desfallecientes bajo el peso de sus arcas. Pero el niño la interrogaba sobre todo respecto a las mujeres, y, como ella era muy libre con él, le daba detalles concretos; la señora de Guende era idiota, pero estaba admirablemente formada; la condesa Vanska, muy rica, había cantado por los patios, antes de conseguir casarse con un polaco que le pegaba, según decían; en cuanto a la marquesa de Espanet y a Suzanne Haffner, eran inseparables, y, aunque fueran sus íntimas amigas, Renée agregaba, mordiéndose los labios como para no decir más, que corrían historias muy feas sobre ellas; la guapa señora De Lauwerens era también terriblemente comprometedor, pero tenía unos ojos preciosos, y todo el mundo, en resumidas cuentas, sabía que personalmente era irreprochable, aunque estaba un poco demasiado mezclada en las intrigas de las pobres mujercitas que la trataban, la señora Daste, la señora Teissière, la baronesa de Meinhold. Maxime quiso tener los retratos de estas señoras; llenó con ellos un álbum que quedó sobre la mesa del salón. Para poner en un aprieto a su madrastra, con esa astucia viciosa que era el rasgo dominante de su carácter, le pedía detalles sobre las daifas*, fingiendo que las tomaba por mujeres de la buena sociedad. Renée, moral y seria, decía que eran unos seres espantosos y que él debía de evitarlas cuidadosamente; después se olvidaba, hablaba de ellas como de personas a las que hubiera conocido íntimamente. Una de las grandes delicias del niño era también sacarle el capítulo de la duquesa de Sternich. Cada vez que su carruaje pasaba, en el Bosque, al lado del de ellos, no dejaba de nombrar a la duquesa, con maligna socarronería, una mirada de soslayo, probando que conocía la última aventura de Renée. Ésta, con voz seca, despellejaba a su rival: ¡cómo envejecía!, ¡pobre mujer!, se pintaba, tenía amantes escondidos en el fondo de todos sus armarios, se había entregado a un chambelán para entrar en el lecho imperial. Y no paraba de hablar, mientras Maxime, para exasperarla, encontraba deliciosa a la señora Sternich. Tales lecciones desarrollaban singularmente la inteligencia del colegial, tanto más cuanto que la joven maestra se las repetía en todas partes, en el Bosque, en el teatro, en los salones. El alumno resultó muy aprovechado.

Lo que Maxime adoraba era vivir entre las faldas, entre los trapos, entre los polvos de arroz de las mujeres. Seguía siendo un poco afeminado, con sus manos afiladas, su rostro imberbe, su cuello blanco y torneado. Renée lo consultaba gravemente sobre sus vestidos. Él conocía a los buenos artesanos de París, juzgaba a cada uno de ellos con una palabra, hablaba del sabor de los sombreros de éste y de la lógica de los trajes de aquél. A los diecisiete años, no había una modista en la que no hubiera profundizado, ni un zapatero cuyo

corazón no hubiera estudiado y comprendido. Este extraño engendro, que durante las clases de inglés leía los prospectos que su perfumista le enviaba todos los viernes, habría defendido una brillante tesis sobre el Todo París mundano, clientela y proveedores incluidos, a la edad en que los chiquillos de provincias aún no se atreven a mirar a la cara a su criada. A menudo, cuando regresaba del liceo, llevaba en el tálburi un sombrero, una caja de jabones, una joya, encargados la víspera por su madrastra. Había siempre algún trozo de encaje almizclado rodando por sus bolsillos.

Pero su fuerte era acompañar a Renée al ilustre Worms, el modista genial, ante el cual las reinas del Segundo Imperio se postraban de rodillas. El salón del gran hombre era espacioso, cuadrado, amueblado con anchos divanes. Entraba en él con una emoción religiosa. Los vestidos tienen un aroma propio, ciertamente; la seda, el raso, el terciopelo, los encajes, habían casado sus leves olores con los de las cabelleras y los hombros ambarinos; y el aire del salón conservaba esa tibieza olorosa, ese incienso de la carne y del lujo que mudaba la estancia en una capilla consagrada a alguna divinidad secreta. A menudo Renée y Maxime tenían que hacer antesala durante horas; había allí una veintena de solicitantes, esperando su turno, mojando biscochos en copitas de Madeira, tomando un tentempié en la gran mesa del centro, donde aparecían botellas y platos con pastas. Aquellas señoras estaban como en su casa, hablaban libremente, y, cuando se apelonaban alrededor de la estancia, se habría dicho que un vuelo de lesbianas se había abatido sobre los divanes de un salón parisiense. Maxime, a quien ellas toleraban y querían por su pinta de chica, era el único hombre admitido en el cenáculo. Gozaba allí de divinos placeres; se deslizaba a lo largo de los divanes como una ágil culebra; lo encontraban debajo de una falda, detrás de un cuerpo, entre dos trajes, donde se empeñecía del todo, muy tranquilo, respirando el calor perfumado de sus vecinas, con muecas de monaguillo comulgando.

—Se mete en todas partes este crío —decía la baronesa de Meinhold, dándole palmaditas en las mejillas.

Era tan delgado que aquellas señoras no le echaban más de catorce años. Se divirtieron emborrachándolo con el Madeira del ilustre Worms. Les dijo cosas pasmosas, que las hicieron llorar de risa. Sin embargo, fue la marquesa de Espanet la que encontró la frase para la situación. Un día, al descubrir a Maxime en un rincón de los divanes, a sus espaldas:

—He aquí un muchacho que habría debido nacer chica —murmuró, al verlo tan rosado, tan ruborizado, tan impregnado del bienestar que había experimentado en su proximidad. Después, cuando el gran Worms recibía por fin a Renée, Maxime entraba con ella en el estudio. Se había permitido hablar dos o tres veces, mientras el maestro se absorbía en el espectáculo de su cliente, como los pontífices de la belleza pretenden que hacía Leonardo da

Vinci ante la Gioconda. El maestro se había dignado sonreír ante la justeza de sus observaciones. Hacía que Renée se pusiera de pie ante el espejo, que subía desde el entarimado al techo, se recogía, con un fruncimiento de cejas, mientras la joven, emocionada, contenía el aliento, para no moverse. Y al cabo de unos minutos, el maestro, como asaltado y sacudido por la inspiración, pintaba a grandes rasgos entrecortados la obra maestra que acaba de concebir, exclamaba con frases secas:

—Traje Montesperan en falla cenicienta..., la cola dibujando, delante, un faldón redondeado..., grandes lazos de raso gris levantándolo sobre las caderas..., por último, sobrefalda abullonada de tul gris perla, con los bullones separados por bandas de raso gris. —Se recogía de nuevo, parecía descender al fondo de su genio, y, con una mueca triunfante de pitonisa sobre su trípode, concluía—: Posaremos en los cabellos, sobre esa cabeza riente, la mariposa soñadora de Psique, de alas de azul tornasolado.

Pero, otras veces, la inspiración se mostraba reacia. El ilustre Worms la llamaba en vano, concentraba sus facultades en balde. Torturaba sus cejas, se ponía lívido, se cogía la pobre cabeza entre las manos, bamboleándola desesperado, y se arrojaba vencido sobre un sillón:

—No —murmuraba con voz doliente—, no, hoy no... no es posible... Estas señoras son indiscretas. El manantial está seco. —Y ponía en la puerta a Renée, repitiendo—: Imposible, imposible, querida señora, pase usted otro día... Esta mañana no la siento.

La linda educación que recibía Maxime tuvo un primer resultado. A los diecisiete años, el rapaz sedujo a la doncella de su madrastra. Lo peor de la historia fue que la camarera quedó encinta. Hubo que enviarla al campo con el crío y fijarle una pequeña renta. A Renée la vejó horriblemente la aventura. Saccard sólo se ocupó de ella para arreglar el lado pecuniario de la cuestión; Pero la joven regañó ásperamente a su alumno. ¡Él, a quien ella quería convertir en un hombre distinguido, comprometerse con semejante chica! ¡Qué comienzo ridículo y vergonzoso, qué inconfesable calaverada! ¡Si por lo menos se hubiera lanzado con una dama!

— ¡Pues claro! —respondió él tranquilamente—. Si tu buena amiga Suzanne hubiera querido, habría sido ella la que se habría ido al campo.

— ¡Oh, qué granujilla! —murmuró Renée, desarmada, divertida con la idea de ver a Suzanne refugiándose en el campo con una renta de mil doscientos francos. Luego se le ocurrió una idea más graciosa, y, olvidando su papel de madre irritada, con risas cristalinas, que retenía entre sus dedos, balbució, mirándolo con el rabillo del ojo—: Imagínate, habría sido Adeline la que te hubiera odiado, y la que le habría hecho escenas...

No terminó. Maxime reía con ella. Tal fue la gran caída que sufrió la moral de Renée en esta aventura.

Mientras tanto Aristide Saccard no se inquietaba en absoluto por los dos niños, como llamaba a su hijo y a su segunda mujer. Les dejaba total libertad, feliz de verlos buenos amigos, lo cual llenaba el piso de ruidosa alegría. Piso singular, aquella primera planta de la calle de Rivoli. Las puertas batían todo el día, los criados hablaban alto, el lujo nuevo y resplandeciente estaba atravesado continuamente por carreras de faldas enormes y volantes, por procesiones de proveedores, por el barullo de las amigas de Renée, de los compañeros de Maxime y de los visitantes de Saccard. Este último recibía, de nueve a once, a la gente más extraña que verse pueda: senadores y alguaciles, duquesas y prenderas, toda la espuma que los temporales de París arrojaban por la mañana a su puerta, vestidos de seda, faldas sucias, blusas, fraques, a quienes acogía con el mismo tono apresurado, los mismos gestos impacientes y nerviosos. Cerraba negocios en dos palabras, resolvía veinte dificultades a la vez y daba soluciones a todo correr. Daba la impresión de que aquel hombrecillo inquieto, que hablaba muy alto, se pegaba en su despacho con la gente, con los muebles, daba volteretas, se golpeaba la frente en el techo, para que brotaran las ideas, y volvía a caer siempre de pie, victorioso. Después, a las once, salía; ya no se le veía en todo el día; almorzaba fuera, y a menudo también cenaba. Entonces la casa pertenecía a Renée y a Maxime. Se apoderaban del despacho del padre; desembalaban las cajas de los proveedores, y los trapos rodaban sobre los expedientes. A veces graves personajes esperaban una hora a la puerta del despacho, mientras el colegial y la joven discutían sobre un lazo, sentados en los dos extremos del escritorio de Saccard. Renée mandaba enganchar los caballos diez veces al día. Raramente comían juntos; de los tres, dos corrían, se olvidaban, sólo regresaban a media noche. Piso alborotado, de negocios y placeres, donde la vida moderna, con su ruido de oro sonante, de vestidos arrugados, se precipitaba como una ráfaga de viento.

Aristide Saccard había encontrado por fin su ambiente. Se había revelado como gran especulador, negociante de millones. Tras el magistral golpe de la calle de la Pépinière, se lanzó osadamente a la lucha que empezaba a sembrar París de residuos vergonzosos y de triunfos fulgurantes. Al principio, jugó sobre seguro, repitiendo su primer éxito, comprando los inmuebles que sabía amenazados por la piqueta, y empleando a sus amigos para obtener gruesas indemnizaciones. Llegó un momento en que tuvo cinco o seis casas, esas casas que miraba tan extrañadamente en tiempos, como a amistades suyas, cuando no era sino un pobre inspector. Pero eso era la infancia del arte: una vez que había dejado que vencieran los arrendamientos, conspirado con los inquilinos, robado al Estado y a los particulares, el ardid no era gran cosa, y pensaba que no valía la pena. Conque pronto puso su genio al servicio de tareas más

complicadas.

Saccard inventó al principio la jugada de las compras de inmuebles hechas bajo cuerda por cuenta de la Villa. Una decisión del Consejo de Estado creaba una situación difícil para esta última, que había comprado amistosamente gran número de casas, con la esperanza de que vencieran los arrendamientos y de desahuciar a los inquilinos sin indemnización. Pero dichas adquisiciones fueron consideradas expropiaciones propiamente dichas, y tuvo que pagar. Fue entonces cuando Saccard se ofreció a ser el testaferro de la Villa; compraba, no renovaba los arriendos, y, mediante una gratificación, entregaba el inmueble en el momento fijado. E incluso acabó por jugar un doble juego; compraba para la Villa y para el prefecto. Cuando el asunto era demasiado tentador, escamoteaba la casa. El Estado pagaba. Recompensaron sus esfuerzos concediéndole trozos de calles, encrucijadas proyectadas, de los cuales hacía retrocesión antes incluso de que la nueva vía estuviera empezada. Era un juego feroz, se jugaba con los barrios que se iban a edificar como con un título de renta. Ciertas señoras, guapas chicas, íntimas amigas de altos funcionarios, eran de la partida; una de ellas, cuyos blancos dientes son célebres, se comió, en varias ocasiones, calles enteras. Saccard tenía hambre, sentía aumentar sus deseos, al ver aquel chorro de oro que se le deslizaba entre las manos. Le parecía que un mar de monedas de veinte francos se ensanchaba a su alrededor, de lago se convertía en océano, llenaba el inmenso horizonte con un extraño ruido de olas, una música metálica que le cosquilleaba el corazón; y se aventuraba, nadador más osado cada día, zambulléndose, reapareciendo, ora de espaldas, ora boca abajo, cruzando esta inmensidad en días claros y con temporales, contando con sus fuerzas y su habilidad para jamás irse al fondo.

París se sumía entonces en una nube de yeso. Los tiempos predichos por Saccard, en la Butte Montmartre, habían llegado. Se cortaba la ciudad a sablazos, y él participaba en todos los cortes, en todas las heridas. Tenía escombros propios en las cuatro esquinas de la ciudad. En la calle de Roma, se vio mezclado en la pasmosa historia del hoyo que una compañía cavó, para transportar cinco o seis mil metros cúbicos de tierra, simulando obras gigantescas, y que hubo que volver a tapar a continuación, trayendo la tierra de Sain-Ouen, cuando la compañía quebró. Aristide salió de eso con la conciencia limpia, los bolsillos repletos, gracias a su hermano Eugéne, que tuvo a bien intervenir. En Chaillot, ayudó a despanzurrar el cerro, a arrojarlo a una hondonada, para dejar sitio al bulevar que va del Arco de Triunfo al puente de Alma. Por el lado de Passy, fue él quien tuvo la idea de esparcir los desmontes del Trocadero por la meseta, de suerte que la tierra buena se encuentra hoy a dos metros de profundidad, y la propia hierba se niega a crecer en esos cascotes. Podía encontrársele en veinte puntos a la vez, en todos los lugares donde había algún obstáculo insuperable, un desmonte con el que

no se sabía qué hacer, un terraplén que no se podía ejecutar, un buen montón de tierra y yeso con el que se impacientaba la prisa febril de los ingenieros, donde él hurgaba con sus uñas y en el cual acababa siempre por encontrar alguna gratificación o cualquier operación de su estilo. En el mismo día corría de las obras del Arco del Triunfo a las del bulevar Saint-Michel, de los desmontes del bulevar Malesherbes a los terraplenes de Chaillot, arrastrando consigo un ejército de obreros, de alguaciles, de accionistas, de primos y de bribones.

Pero su gloria más pura era el Crédito Vitícola, que había fundado con Toutin-Laroche. Éste aparecía como director oficial; él sólo se presentaba como miembro del consejo de vigilancia. Eugéne, en esta circunstancia, le había echado una mano a su hermano. Gracias a él, el gobierno autorizó la compañía, y la vigiló con gran bondad. En una delicada circunstancia, cuando un diario mal pensado se permitió criticar una operación de esta compañía, Le Moniteur llegó a publicar una nota prohibiendo toda discusión sobre una casa tan honorable, a la que el Estado se dignaba patrocinar. El Crédito Vitícola se apoyaba en un excelente sistema financiero; prestaba a los cultivadores la mitad del precio estimado de sus bienes, garantizaba el préstamo con una hipoteca, y cobraba a los prestatarios los intereses, más una cantidad a cuenta para amortización. Jamás hubo un mecanismo más digno ni más prudente. Eugéne había declarado a su hermano, con astuta sonrisa, que las Tullerías deseaban que fueran honrados. El señor Toutin-Laroche interpretó ese deseo dejando que la máquina de los préstamos a los cultivadores funcionara tranquilamente, y fundando a su lado una casa de banca que atraía los capitales y jugaba con fiebre, lanzándose a todas las aventuras. Gracias al formidable impulso que le dio su director, el Crédito Vitícola tuvo pronto una reputación de solidez y prosperidad a toda prueba. Al principio, para lanzar de golpe en la Bolsa una masa de acciones recién cortadas de la matriz, y darles el aspecto de títulos que ya habían circulado mucho, Saccard tuvo la ingeniosa idea de hacerlas pisotear y golpear, durante toda una noche, por unos cobradores armados de escobas y de varas. Aquello parecía una sucursal de un Banco. El palacete ocupado por las oficinas, con su patio lleno de carruajes, sus rejas severas, su ancha escalinata y su monumental escalera, sus hileras de lujosos despachos, su mundo de empleados y lacayos de librea, parecía el templo grave y digno del dinero; y nada impresionaba al público con más religiosa emoción que el santuario, la Caja, a la que llevaba un pasillo de sagrada desnudez, y donde se vislumbraba la caja de caudales, la diosa, echada, adosada al muro, rechoncha y durmiente, con sus tres cerraduras, sus flancos gruesos, su aire de animal divino.

Saccard chalaneó un gran negocio con la Villa. Esta, entrampada, aplastada por las deudas, arrastrada por el baile de millones que había puesto en circulación para agradar al emperador y llenar ciertos bolsillos, se veía

reducida a pedir préstamos disfrazados, al no querer confesar sus delirios, su locura de la piqueta y del sillar. Acababa de crear entonces lo que denominaba bonos de delegación, auténticas letras de cambio a largo plazo, para pagar a los contratistas el mismo día de la firma de los convenios, y permitirles así encontrar fondos negociando los bonos. El Crédito Vitícola había aceptado amablemente ese papel de manos de los contratistas. El día en que la Villa se vio sin dinero, Saccard fue a tentarla. Le habían adelantado una suma considerable, sobre una emisión de bonos de delegación, que el señor Toutin-Laroche juró haber recibido de compañías concesionarias, y que arrastró por todos los arroyos de la especulación. El Crédito Vitícola era ya inatacable; tenía a París agarrado por el cuello. Su director ya sólo hablaba con una sonrisa de la famosa Sociedad de los Puertos de Marruecos; ésta seguía viviendo, empero, y los periódicos seguían ensalzando regularmente los grandes puestos comerciales. Un día en que Toutin-Laroche animaba a Saccard a comprar acciones de esta sociedad, éste se le rio en sus narices, preguntándole si lo creía lo bastante idiota para colocar su dinero en la «Compañía general de las Mil y una noches».

Hasta entonces, Saccard había jugado felizmente, sobre seguro, haciendo trampas, vendiéndose, beneficiándose de los tratos, sacando una ganancia, fuera la que fuera, de cada una de sus operaciones. Pronto este agiotaje ya no le bastó, desdeñó rebuscar, recoger el oro que los Toutin-Laroche y los barones Gouraud dejaban caer tras de sí. Metió los brazos en el saco hasta el hombro. Se asoció con los Mignon, Charrier y compañía, esos famosos contratistas entonces en sus inicios y que iban a amasar fortunas colosales. La Villa estaba ya decidida a no ejecutar ella las obras, a ceder los bulevares a un tanto alzado. Las compañías concesionarias se comprometían a entregarle una vía totalmente hecha, con árboles plantados, bancos y farolas de gas colocados, mediante una indemnización convenida; e incluso a veces entregaban la vía por nada; se encontraban ampliamente pagadas por los solares de los bordes, que retenían y que gravaban con una considerable plusvalía. La fiebre de la especulación de los solares, la violenta alza de los inmuebles datan de esta época. Saccard, gracias a sus contactos, obtuvo la concesión de tres ramales de bulevar. Fue el alma ardiente y un poco embrollona de la asociación. Los señores Mignon y Charrier, sometidos a él al principio, eran ricos y astutos compinches, maestros albañiles que conocían el valor del dinero. Se reían por lo bajo de las carrozas de Saccard; a menudo seguían llevando sus blusas, no se negaban a echar una mano a un obrero, regresaban a casa cubiertos de yeso. Ambos eran de Langres. Aportaban, en aquel París ardiente e insaciable, su prudencia de champañeses, su cerebro calmoso, poco abierto, poco inteligente, pero muy apto para aprovechar las ocasiones de llenarse los bolsillos, a la espera de disfrutar más adelante. Si Saccard lanzó el negocio, lo animó con su ardor, con su furia de apetitos, los señores Mignon y Charrier, con su

prosaísmo, su administración rutinaria y estrecha, impidieron veinte veces que se viniera abajo con las imaginaciones asombrosas de su socio. Jamás consintieron en tener las oficinas soberbias, el hotel que él quería edificar para asombro de París. Rechazaron igualmente las especulaciones secundarias que crecían cada mañana en su cabeza: construcción de salas de conciertos, de inmensas casas de baños, en los solares de los bordes; de ferrocarriles, siguiendo la línea de los nuevos bulevares; de galerías acristaladas, que centuplicaban el valor de las tiendas, y permitían circular por París sin mojarse. Los contratistas, para cortar por lo sano estos proyectos que los asustaban, decidieron que los solares de los bordes se repartirían entre los tres socios, y que cada cual haría con ellos lo que quisiera. Ellos continuaron vendiendo prudentemente sus lotes. Él mandó edificar. Su cerebro hervía. Habría propuesto muy en serio meter París bajo una inmensa campana, para convertirlo en invernadero y cultivar piña y caña de azúcar.

Pronto, apaleando los capitales, tuvo ocho casas en los nuevos bulevares. Tenía cuatro completamente terminadas, dos en la calle de Marignan, y dos en el bulevar Haussmann; las otras cuatro, situadas en el bulevar Malesherbes, seguían en construcción, e incluso una de ellas, vasto cercado de tablas donde debía alzarse un magnífico palacete, aún no tenía colocado más que el suelo del primer piso. En esa época sus asuntos se complicaron tanto, tenía tantos hilos atados a cada uno de sus dedos, tantos intereses que vigilar y marionetas que mover, que apenas dormía tres horas por la noche y leía la correspondencia en su coche. Lo maravilloso era que su caja parecía inagotable. Era accionista de todas las sociedades, edificaba con una especie de furia, se metía en todos los trapicheos, amenazaba con inundar París como una marea ascendente, sin que se le viese realizar jamás un beneficio bien neto, embolsarse una gruesa suma reluciente al sol. Aquel río de oro, sin fuentes conocidas, que parecía salir en presurosas oleadas de su despacho, extrañaba a los papanatas, e hizo de él, en cierto momento, el hombre de primer plano a quien los periódicos atribuían todas las ocurrencias de la Bolsa.

Con semejante marido, Renée estaba lo menos casada posible. Se pasaba semanas enteras casi sin verlo. Por lo demás, era perfecto: abría para ella su caja de par en par. En el fondo, ella lo amaba como a un banquero servicial. Cuando iba al palacete Béraud, hacía grandes elogios de él ante su padre, a quien la fortuna de su yerno dejaba severo y frío. Su desprecio había desaparecido: aquel hombre parecía tan convencido de que la vida no es sino negocio, había nacido tan evidentemente para acuñar moneda con todo lo que caía en sus manos, mujeres, niños, adoquines, sacos de yeso, conciencias, que ella no podía reprocharle el trato de su matrimonio. A partir de ese trato, él la miraba en parte como una de las hermosas mansiones que lo honraban y de las que esperaba sacar grandes beneficios. La quería bien vestida, bulliciosa, haciendo volver la cabeza a todo París. Eso le daba fama, doblaba la cifra

probable de su fortuna. Él era guapo, joven, enamorado, atolondrado, gracias a su mujer. Ella era una asociada, una cómplice sin saberlo. Un nuevo tiro, un vestido de dos mil escudos, una complacencia con algún amante, facilitaron, y a menudo decidieron, sus más felices negocios. A menudo también pretendía estar abrumado, la enviaba a ver a un ministro, a un funcionario cualquiera, para solicitar una autorización o recibir una respuesta. Le decía: «¡Y pórtate bien!», con un tono que sólo le pertenecía a él, a la vez bromista y mimoso. Y cuando ella regresaba, y había tenido éxito, él se frotaba las manos, repitiendo su famoso: «¡Te habrás portado bien!». Renée reía. Él era demasiado activo para desear a una señora Michelin. Simplemente le gustaban las bromas crudas, las hipótesis escabrosas. Por lo demás, si Renée «no se hubiera portado bien», sólo habría experimentado el despecho de haber pagado realmente la amabilidad del ministro o del funcionario. Timar a la gente, darle menos por su dinero, era una delicia. Saccard decía a menudo: «Si yo fuera mujer, acaso me vendiera, pero no entregaría nunca la mercancía; es demasiado idiota».

La loca de Renée, que había aparecido una noche en el cielo parisiense como el hada excéntrica de las voluptuosidades mundanas, era la menos analizable de las mujeres. Educada en su casa, sin duda habría embotado, con la religión o con cualquier otra satisfacción nerviosa, el filo de los deseos cuyos pinchazos a veces la enloquecían. De cabeza, era burguesa; poseía una honestidad absoluta, un amor a las cosas lógicas, un temor al Cielo y al infierno, una enorme dosis de prejuicios; pertenecía a su padre, a esa raza tranquila y prudente en la que florecían las virtudes del hogar. Y en esa naturaleza germinaban, crecían fantasías prodigiosas, curiosidades sin cesar renacientes, deseos inconfesables. Con las monjas de la Visitación, libre, con su espíritu vagabundeando entre las místicas voluptuosidades de la capilla y las amistades carnales de sus amiguitas, se había ido forjando una educación fantástica, aprendiendo el vicio, imprimiendo en él la franqueza de su natural, trastornando su joven cerebro, hasta el punto de poner en un singular aprieto a su confesor, al decirle que un día, durante la misa, había sentido unas ganas irracionales de levantarse para besarlo. Después se daba golpes de pecho, palidecía ante la idea del diablo y sus calderas. El desliz que más adelante conduciría a su boda con Saccard, aquella brutal violación que sufrió con una especie de espantada espera, la llevó luego a despreciarse, y contó mucho en el abandono de toda su vida. Pensó que ya no tenía que luchar contra la maldad, que ésta estaba en ella, que la lógica la autorizaba a llegar hasta el fondo de la ciencia del mal. Era todavía más una curiosidad que un apetito. Arrojada a la sociedad del Segundo Imperio, abandonada a sus imaginaciones, provista de dinero, alentada en sus excentricidades más llamativas, se entregó, lo lamentó, y después consiguió extinguir su agonizante honestidad, siempre fustigada, siempre lanzada hacia adelante por su insaciable necesidad de saber y de sentir.

Por lo demás, no hacía sino adaptarse a la moda común. Charlaba de buen grado, a media voz, con risas, sobre los casos extraordinarios de la tierna amistad de Suzanne Haffner y Adeline de Espanet, sobre el delicado oficio de la señora De Lauwerens, o los besos a precio fijo de la condesa Vanska; pero miraba todavía esas cosas de lejos, con la vaga idea de saborearlas algún día, y ese deseo indefinido, que ascendía por ella en las horas malas, acrecentaba aún más esa ansiedad turbulenta, esa búsqueda enloquecida de un goce singular, exquisito, en el que mordería ella sola. Sus primeros amantes no la habían echado a perder; tres veces se había creído asaltada por una gran pasión; el amor estallaba en su cabeza como un petardo, y las chispas no llegaban al corazón. Estaba loca un mes, se exhibía con su caballerito ante todo París; y después, una mañana, en medio del bullicio de su ternura, sentía un silencio aplastante, un vacío inmenso. El primero, el joven duque de Rozan, no fue sino un soplo; Renée, que se había fijado en él por su dulzura y su excelente porte, lo encontró a solas totalmente inútil, desteñido, pelma. Míster Simpson, agregado de la embajada americana, que vino a continuación, estuvo a punto de pegarle, y a eso debió estar más de un año con ella. Después, acogió al conde de Chibray, un ayudante de campo del emperador, guapo mozo vanidoso que empezaba a pesarle singularmente cuando a la duquesa de Sternich se le ocurrió encapricharse con él y quitárselo; entonces lloró, dio a entender a sus amigas que su corazón estaba destrozado, que no volvería a amar. Llegó así al señor De Mussy, el ser más insignificante del mundo, un joven que se abría camino en la diplomacia dirigiendo el cotillón con gracias especiales; jamás supo muy bien cómo se había entregado a él, y lo conservó mucho tiempo, invadida por la pereza, asqueada de un desconocido a quien se descubre en una hora, y esperando, para tomarse las molestias de un cambio, encontrar alguna aventura extraordinaria. A los veintiocho años, estaba ya terriblemente cansada. El aburrimiento le parecía tanto más insoportable cuanto que sus virtudes burguesas aprovechaban las horas en que se aburría para quejarse e inquietarla. Cerraba su puerta, tenía jaquecas horribles. Después, cuando la puerta se abría, una oleada de sedas y encajes escapaba con gran bullicio, una criatura de lujo y de gozo, sin una preocupación ni un rubor en la frente.

En su vida trivial y mundana había tenido, no obstante, un romance. Un día en que, al crepúsculo, había salido a pie para ir a ver a su padre, a quien no le gustaba el ruido de los carruajes en su puerta, se dio cuenta, al regresar, en el muelle de Saint-Paul, de que un joven la seguía. Hacía calor; el día moría con amorosa dulzura. Ella, a quien sólo seguían a caballo, en el Bosque, encontró picante la aventura, la halagó como un homenaje nuevo, un poco brutal, pero cuya misma grosería la lisonjeaba. En lugar de regresar a casa, cogió la calle de Le Temple, paseando a su galán a lo largo de los bulevares. Mientras tanto el hombre se envalentonó, se volvió tan acuciante que Renée, un poco

cohibida, perdiendo la cabeza, siguió la calle del faubourg Poissonnière y se refugió en la tienda de la hermana de su marido. El hombre entró detrás de ella. Sidonie sonrió, pareció comprender y los dejó solos. Y cuando Renée quería seguirla, el desconocido la retuvo, le habló con emocionada cortesía, se ganó su perdón. Era un empleado que se llamaba Georges y a quien ella nunca preguntó su apellido. Fue a verlo dos veces; ella entraba por la tienda, él llegaba por la calle Papillon. Este amor de paso, encontrado y aceptado en la calle, fue uno de los placeres más vivos. Pensó siempre en él, con cierta vergüenza, pero con una singular sonrisa de añoranza. Sidonie ganó en la aventura el ser por fin cómplice de la segunda mujer de su hermano, un papel que ambicionaba desde el día de la boda.

La pobre Sidonie había sufrido un chasco. Al brujulear para aquella boda, había esperado casarse en parte con Renée, convertirla también a ella, en una de sus clientas, sacarle multitud de beneficios. Juzgaba a las mujeres a la primera ojeada, como los entendidos juzgan a los caballos. Por ello fue grande su consternación cuando, tras haber dejado un mes a la pareja para instalarse, comprendió que llegaba ya demasiado tarde, al ver a la señora De Lauwerens reinando en medio del salón. Esta última, una guapa señora de veintiséis años, tenía por oficio lanzar a las recién llegadas. Pertenecía a una antiquísima familia, estaba casada con un hombre de las altas finanzas, que cometía el error de negarse a pagar las cuentas de costureras y modistas. La dama, persona muy inteligente, acuñaba moneda, se mantenía a sí misma. Le horrorizaban los hombres, decía, pero surtía de ellos a todas sus amigas; siempre había una clientela completa en el piso que ocupaba en la calle de Provence, encima de las oficinas de su marido. Allí daba pequeñas meriendas. Uno se encontraba de forma imprevista y encantadora. Nada había de malo para una jovencita en ir a ver a su querida señora De Lauwerens, y qué se le iba a hacer si el azar llevaba allá a hombres, muy respetuosos, por otra parte, y de la mejor sociedad. La dueña de la casa estaba adorable con sus anchas batas de encaje. A menudo un visitante la hubiera escogido de preferencia, al margen de su colección de rubias y morenas. Pero la crónica aseguraba que era de una formalidad absoluta. Todo el secreto del negocio estaba en eso. Ella conservaba su alta posición en el mundo, todos los hombres eran amigos suyos, salvaba su orgullo de mujer honesta, disfrutaba de una secreta alegría al hacer caer a las demás y sacar provecho de su caída. Cuando Sidonie se hubo explicado el mecanismo del nuevo invento, quedó consternada. Era la escuela clásica, la mujer con un viejo traje negro que llevaba esquelas amorosas en el fondo de su capacho, enfrentada con la escuela moderna, la gran dama que vende a sus amigas en su saloncito tomando una taza de té. La escuela moderna triunfó, la señora De Lauwerens tuvo una fría mirada para el arrugado atuendo de Sidonie, en quien olfateó una rival. Y de su mano recibió Renée su primer problema, el joven duque de Rozan, a quien la hermosa

financiera colocaba con dificultades. La escuela clásica sólo triunfó más adelante, cuando Sidonie prestó su entresuelo para el capricho de su cuñada por el desconocido del muelle de Saint-Paul. Siguió siendo su confidente.

Pero uno de los fieles de Sidonie fue Maxime. Desde los quince años, éste iba a merodear por casa de su tía, olisqueando los guantes olvidados que encontraba sobre los muebles. Sidonie, que detestaba las situaciones francas, y que jamás confesaba sus cortesías, acabó por prestarle las llaves de su piso, ciertos días, diciéndole que se quedaría hasta el día siguiente en el campo. Maxime hablaba de amigos que tenía que recibir y a los que no se atrevía a llevar a casa de su padre. Fue en el entresuelo de la calle del faubourg Poissonnière donde pasó varias noches con la pobre muchacha que tuvieron que mandar al campo. Sidonie le prestaba dinero a su sobrino, desfallecía ante él, murmurando con voz suave que «no tenía un vello, era rosado como un amor».

Entre tanto Maxime había crecido. Era, ahora, un joven delgado y guapo, que había conservado las mejillas rosadas y los ojos azules del niño. Su pelo ensortijado acababa de darle esa «pinta de chica» que encantaba a las señoras. Se parecía a la pobre Angèle, con su dulce mirada, su rubia palidez. Pero ni siquiera valía lo que aquella mujer indiferente e inútil. La raza de los Rougon se afinaba en él, se volvía delicada y viciosa. Nacido de una madre demasiado joven, y aportando una singular mezcla, contrastada y como diseminada, de los furiosos apetitos de su padre y los abandonos, la molicie de su madre, era un producto defectuoso, en el cual los defectos de sus padres se completaban y empeoraban. Aquella familia vivía demasiado de prisa; se moría ya en esta criatura endeble, en la cual el sexo había debido de vacilar, y que no era ya una voluntad ávida de ganancias y de goces, como Saccard, sino una cobardía que engullía las fortunas hechas; hermafrodita extraño llegado en su hora a una sociedad que se pudría. Cuando Maxime iba al Bosque, entallado como una mujer, bailando levemente sobre la silla en la que lo balanceaba el leve galope de su caballo, era el dios de esa era, con sus caderas desarrolladas, sus largas manos finas, su aire enfermizo y picaruelo, su elegancia correcta y su jerga de los teatrillos. Se situaba, a los veinte años, por encima de todas las sorpresas y de todos los ascos. Y ciertamente había soñado con las indecencias menos usuales. El vicio no era en él un abismo, como en ciertos viejos, sino una floración natural y externa. Se ondulaba en sus cabellos rubios, sonreía en sus labios, lo vestía con sus ropas. Pero lo que tenía de más característico eran sobre todos los ojos, dos agujeros azules, claros y sonrientes, espejos de coquetas, detrás de los cuales se divisaba todo el vacío de un cerebro. Esos ojos de mujerzuela en venta no se bajaban jamás; perseguían el placer, un placer sin fatiga, al que se llama y que se recibe.

La eterna ráfaga de viento que entraba en el piso de la calle de Rivoli y

hacía batir las puertas sopló más fuerte a medida que Maxime creció, que Saccard amplió el círculo de sus operaciones, y que Renée puso más fiebre en su búsqueda de un goce desconocido. Aquellos tres seres acabaron llevando allí una existencia asombrosa de libertad y de locura. Fue el fruto maduro y prodigioso de una época. La calle subía al piso, con su rodar de carruajes, su trato con desconocidos, su licencia de palabras. El padre, la madrastra, el hijastro, obraban, hablaban, se ponían a sus anchas, como si cada cual hubiera estado solo, soltero. Tres compañeros, tres estudiantes que compartiesen el mismo cuarto amueblado, no habrían dispuesto de ese cuarto con más desparpajo para instalar en él sus vicios, su amor, sus alegrías ruidosas de pilluelos crecidos. Se aceptaban con apretones de mano, sin parecer sospechar las razones que los reunían bajo el mismo techo, se trataban bruscamente, jovialmente, adoptando así cada uno absoluta independencia. La idea de familia era sustituida entre ellos por una especie de comandita en la que los beneficios se repartían a partes iguales; cada cual sacaba su propia parte de placer, y estaba tácitamente convenido que cada uno se comería esa parte como le pareciera. Llegaron a tomarse sus diversiones unos delante de otros, a exhibirlas, a contarlas, sin despertar otra cosa que un poco de envidia y de curiosidad.

Ahora, Maxime instruía a Renée. Cuando iba al Bosque con ella, le contaba historias sobre las fulanas que los entretenían mucho. No podía aparecer a orillas del lago una recién llegada sin que él se pusiera en campaña para informarse del nombre de su amante, la renta que le pasaba, la forma en que vivía. Conocía los hogares de esas damas, sabía detalles íntimos, era un auténtico catálogo vivo, en el cual todas las daifas de París estaban numeradas, con un informe completísimo sobre cada una de ellas. Esta gaceta escandalosa hacía las delicias de Renée. En Longchamp, los días de carreras, cuando ella pasaba en su calesa, escuchaba con avidez, aunque mirando desde su altura de mujer del verdadero gran mundo, cómo Blanche Muller engañaba a su agregado de embajada con su peluquero; o cómo el pequeño barón había encontrado al conde en calzoncillos en la alcoba de una celebridad flaca, de cabellos rojos, a quien llamaban la Gamba. Cada día aportaba su cotilleo. Cuando la historia era cruda en exceso, Maxime bajaba la voz, pero llegaba hasta el final. Renée abría mucho los ojos como un niño a quien le cuentan una buena broma, retenía sus risas, luego las ahogaba en un pañuelo bordado, que apoyaba delicadamente en los labios.

Maxime aportaba también fotografías de estas damas. Tenía retratos de actrices en todos los bolsillos, y hasta en la cigarrera. A veces se desembarazaba de ellos, ponía a las señoras en el álbum que rodaba por los muebles del salón, y que contenía ya los retratos de las amigas de Renée. También había fotografías de hombres, los señores De Rozan, Simpson, De Chibray De Mussy, así como actores, escritores, diputados, que habían ido no

se sabe cómo a engrosar la colección. Mundo singularmente mezclado, imagen del barullo de ideas y de personajes que cruzaba por las vidas de Renée y Maxime. Este álbum, cuando llovía, cuando se aburrían, era un gran tema de conversación. Acababa siempre por caer en sus manos. La joven lo abría bostezando, quizá por centésima vez. Después la curiosidad se despertaba, y el joven iba a acodarse detrás de ella. Entonces había largas discusiones sobre el pelo de la Gamba, la papada de la señora De Meinhold, los ojos de la señora De Lauwerens, los pechos de Blanche Muller, la nariz de la marquesa que era un poco torcida, la boca de la pequeña Sylvia, célebre por sus labios demasiado gruesos. Comparaban a las mujeres entre sí.

—Yo, si fuera hombre —decía Renée—, elegiría a Adeline.

— ¡Es que no conoces a Sylvia! —respondía Maxime—. ¡Es de un gracioso!... Yo prefiero a Sylvia.

Las páginas pasaban; a veces aparecía el duque de Rozan, o míster Simpson, o el conde de Chibray, y él agregaba bromeando:

—Además, tú tienes el gusto estropeado, es bien sabido... ¿Habrás visto cosa más tonta que la cara de estos señores? Rozan y Chibray se parecen a Gustave, mi peluquero.

Renée se encogía de hombros, como para indicar que la ironía no la afectaba. Continuaba abstrayéndose con el espectáculo de los semblantes palidecidos, sonrientes o ariscos que contenía el álbum; se detenía más tiempo en los retratos de las daifas, estudiaba con curiosidad los detalles exactos y microscópicos de las fotografías, las arruguitas, los pelillos. Un día incluso mandó traer una potente lupa, al haber creído distinguir un pelo en la nariz de la Gamba. Y en efecto, la lupa mostró un ligero hilo de oro que se había extraviado de las cejas y había descendido hasta el centro de la nariz. Ese pelo les divirtió mucho tiempo. Durante una semana, las señoras que aparecieron tuvieron que asegurarse de la existencia del pelo. La lupa sirvió desde entonces para mirar con detalle las caras de las mujeres. Renée hizo descubrimientos asombrosos; encontró arrugas ignoradas, pieles toscas, agujeros mal tapados por los polvos de arroz. Y Maxime acabó por esconder la lupa, declarando que no había que asquearse así del semblante humano. La verdad era que Renée sometía a un examen demasiado riguroso los gruesos labios de Sylvia, por quien él sentía particular cariño. Inventaron un nuevo juego. Hacían la pregunta: «¿Con quién pasaría de buen grado una noche?» y abrían el álbum, que estaba encargado de la respuesta. Esto producía acoplamientos muy divertidos. Las amigas jugaron a ello varias veladas. Renée estuvo así emparejada sucesivamente con el arzobispo de París, con el barón de Gouraud, con el señor De Chibray, lo cual hizo reír mucho, y con su propio marido, lo cual la desoló. En cuanto a Maxime, fuera por azar, fuera

por malicia de Renée que abría el álbum, caía siempre con la marquesa. Pero nunca se reían tanto como cuando la suerte emparejaba a dos hombres o a dos mujeres.

La camaradería de Renée y Maxime llegó tan lejos que ella le contó sus penas de amor. El la consolaba, le daba consejos. Su padre no parecía existir. Después, acabaron haciéndose confidencias sobre su juventud. Era sobre todo durante sus paseos por el Bosque cuando sentían una vaga languidez, una necesidad de contarse cosas difíciles de decir, y que uno no cuenta. Esa alegría que los niños experimentan al hablar en voz baja de cosas prohibidas, esa atracción que sienten un joven y una muchacha al descender juntos al pecado, sólo con palabras, los devolvían sin cesar a los temas escabrosos. Disfrutaban hondamente con ellos, con una voluptuosidad que no se reprochaban, que saboreaban, muellemente tumbados en los dos rincones de su carruaje, como compañeros que recuerdan sus primeras correrías. Acabaron por convertirse en fanfarrones de las malas costumbres. Renée confesó que en el internado las chiquillas eran muy procaces. Maxime la superó y se atrevió a contar algunas vergüenzas del internado de Plassans.

— ¡Ah!, yo, no puedo decir... —murmuraba Renée.

Después se inclinaba a su oreja, como si el mero sonido de su voz la hiciera ruborizarse, y le contaba una de esas historias de convento que circulan por las canciones obscenas. Él tenía una colección demasiado rica de anécdotas de este género para quedarse atrás. Le canturreaba al oído cuplés muy crudos. Y entraban poco a poco en un estado de beatitud particular, acunados por todas esas ideas carnales que removían, cosquilleados por pequeños deseos que no se formulaban. El carruaje rodaba suavemente, regresaban con una deliciosa fatiga, más cansados que al día siguiente de una noche de amor. Habían hecho el mal, como dos mozalbetes que se van de juerga sin la querida y que se contentan con sus mutuos recuerdos.

Entre padre e hijo existían una familiaridad, un abandono aún mayores. Saccard había comprendido que un gran financiero tiene que amar a las mujeres y hacer algunas locuras por ellas. Su amor era más brutal, prefería el dinero; pero entró en su programa frecuentar las alcobas, diseminar billetes de banco sobre ciertas chimeneas, colocar de vez en cuando a una mujerzuela famosa como un rótulo dorado en sus especulaciones. Después de que Maxime dejara el internado, se encontraron en casa de las mismas damas, y se rieron de ello. Incluso fueron un poco rivales. A veces, cuando el joven cenaba en la Maison d'Or, con alguna pandilla alborotadora, oía la voz de Saccard en un reservado contiguo.

— ¡Hombre! ¡Papá está ahí al lado! —exclamaba con la mueca que imitaba de los actores de moda.

E iba a llamar a la puerta del reservado, curioso por ver la conquista de su padre.

— ¡Ah, eres tú! —decía éste en tono regocijado—. Entra, entra. Armáis un alboroto que no hay quien se entienda. ¿Con quién estás?

—Pues está Laure de Aurigny, Sylvia, la Gamba, y otras dos más, creo. Son asombrosas: meten los dedos en las fuentes y nos tiran puñados de ensalada a la cabeza. Tengo todo el traje lleno de aceite.

El padre reía, la cosa le parecía divertidísima.

— ¡Ah!, los jóvenes, los jóvenes —murmuraba—. No es como nosotros, ¿verdad, gatita? Hemos comido tan tranquilos, y ahora nos vamos a la camita.

Y cogía la barbilla de la mujer que tenía a su lado, le hacía arrumacos con su gangueo provenzal, lo cual producía una extraña música amorosa.

— ¡Oh, que viejo tonto!... —exclamaba la mujer—. Hola, Maxime. Tengo que quererle mucho a usted, ¿eh?, para acceder a cenar con el tunante de su padre... Ya no se le ve el pelo. Venga mañana temprano... No, en serio, tengo algo que decirle.

Saccard acababa un helado o una fruta, a bocaditos, con beatitud. Besaba el hombro de la mujer, decía con gracia:

—Muy bien, cariñitos, si os estorbo, me marchó... Llamaréis cuando se pueda entrar.

Después se llevaba a la dama o a veces se iba con ella a unirse al alboroto del salón contiguo. Maxime y él compartían los mismos hombros; sus manos se encontraban en torno a las mismas cinturas. Se llamaban desde los divanes, se contaban en voz alta las confidencias que las mujeres les hacían al oído. Y llevaban su intimidad a conspirar juntos para arrebatarse a la compañía la rubia o la morena que uno de ellos había elegido.

Eran muy conocidos en Mabilie. Iban allá del bracete, a la salida de alguna buena cena, daban una vuelta por el jardín, saludando a las mujeres, lanzándoles una frase al pasar. Se reían en alto, sin soltarse del brazo, se prestaban ayuda si era preciso en las conversaciones demasiado fogosas. El padre, muy ducho en este punto, discutía ventajosamente los amores del hijo. A veces se sentaban, bebían con una pandilla de mujerzuelas. Luego cambiaban de mesa, reanudaban sus paseos. Y hasta medianoche se les veía, siempre del brazo como amigos, perseguir faldas, a lo largo de los senderos amarillos, bajo la llama cruda de los reverberos de gas.

Cuando volvían a casa, traían de fuera, en sus trajes, un poco de las mujeres que acababan de dejar. Sus contoneos, el resto de ciertas frases atrevidas y de ciertos gestos canallas, llenaban el piso de la calle de Rivoli con

un aroma de alcoba equívoca. La forma muelle y abandonada en que el padre daba la mano al hijo hablaba por sí sola de dónde venían. Era en esta atmósfera donde Renée respiraba sus caprichos, sus ansiedades sensuales. Se burlaba de ellos embromaba nerviosamente.

— ¿De dónde venís? —les decía—. Oléis a pipa y a almizcle... Voy a tener jaqueca, seguro.

Y el olor extraño, en efecto, la turbaba profundamente. Era el perfume persistente de aquel singular hogar doméstico.

Mientras tanto a Maxime le entró una gran pasión por la pequeña Sylvia. Aburrió a su madrastra varios meses con aquella chica. Renée la conoció pronto de cabo a rabo, de la planta de los pies a la punta del pelo. Tenía una señal azulada en la cadera; nada más adorable que sus rodillas, sus hombros tenían la particularidad de que sólo el izquierdo presentaba un hoyuelo. Maxime ponía cierta malicia en ocupar sus paseos con las perfecciones de su amante. Una tarde, al regresar del Bosque, los carruajes de Renée y de Sylvia, atrapados en un atasco, tuvieron que detenerse uno al lado de otro en los Campos Elíseos. Las dos mujeres se miraron con aguda curiosidad, mientras Maxime, encantado con esta situación crítica, reía burlón. Cuando la calesa se puso en marcha, viendo que su madrastra guardaba un sombrío silencio, creyó que estaba de morros y se esperó una de las escenas maternas, una de las extrañas regañinas con que ocupaba a veces sus hastíos.

— ¿Conoces al joyero de esa señora? —le pregunto ella abruptamente, en el momento en que llegaban a la plaza de la Concordia.

— ¡Sí, por desgracia! —respondió él con una sonrisa—; le debo diez mil francos... ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. —Después, al cabo de un nuevo silencio—: Llevaba un brazalete precioso, el de la mano izquierda... Me habría gustado verlo de cerca.

Regresaban a casa. No dijo más. Sólo que al día siguiente, en el momento en que Maxime y su padre iban a salir juntos, se llevó al joven aparte y le habló bajito, con aire cohibido, con una linda sonrisa que pedía gracia. Él pareció sorprendido y se marchó, riendo con su aire maligno. Por la noche, trajo el brazalete de Sylvia, que su madre le había suplicado que le enseñase.

—Aquí está la cosa —dijo—. Uno se haría ladrón por usted, madrastra.

— ¿No te vio cogerlo? —preguntó Renée, que examinaba ávidamente la joya.

—No creo... Se lo ha puesto ayer, no querrá seguramente ponérselo hoy.

Mientras tanto la joven se había acercado a la ventana. Se había puesto el

brazalete. Tenía la muñeca un poco levantada, dándole lentas vueltas, arrobada, repitiendo:

— ¡Oh! Muy bonito, bonitísimo... Sólo que las esmeraldas no me gustan mucho.

En ese momento entró Saccard, y como ella seguía con la muñeca levantada, a la blanca claridad de la ventana:

— ¡Hombre! —exclamó asombrado—. ¡El brazalete de Sylvia!

— ¿Conoce usted esta joya? —dijo ella, más incómoda que él, sin saber qué hacer con el brazo.

Saccard se había recobrado; amenazó a su hijo con el dedo, murmurando:

— ¡Este pícaro lleva siempre fruta prohibida en los bolsillos!... Un día de estos nos traerá el brazo de la dama con el brazalete.

— ¡Oh!, no soy yo —respondió Maxime con taimada cobardía—. Es Renée que ha querido verlo.

— ¡Ah! —se contentó con decir el marido. Y miró a su vez la joya, repitiendo como su mujer—: Es muy bonito, bonitísimo.

Después se marchó tan tranquilo, y Renée regañó a Maxime por haberla vendido así. Pero ¡él afirmó que a su padre le traía sin cuidado! Entonces ella le devolvió el brazalete, añadiendo:

—Pasa por el joyero, y encárgame uno igualito, y di sólo que sustituyan las esmeraldas por zafiros.

Saccard no podía conservar mucho tiempo cerca de él una cosa o una persona sin querer venderla, sacar de ella cualquier beneficio. Su hijo no contaba aún veinte años y ya pensaba en utilizarlo. Un chico guapo, sobrino de un ministro, hijo de un gran financiero, debía de ser fácil de colocar. Era un poco joven, sí, pero siempre se podría buscarle una mujer y una dote, a reserva de dar largas a la boda, o de apresurarla, según los problemas de dinero en casa. Tuvo buena suerte. Encontró, en un consejo de vigilancia del que formaba parte, a un hombre alto y guapo, el señor De Mareuil, que, en dos días, le perteneció. El señor De Mareuil era un ex refinador de Le Havre, apellidado Bonnet. Tras haber amasado una gran fortuna, se había casado con una jovencita noble, también muy rica, que buscaba un imbécil de gran aspecto. Bonnet consiguió adoptar el apellido de su mujer, lo cual constituyó para él una primera satisfacción de orgullo; pero su matrimonio le había dado una ambición loca, y soñaba con pagarle a Héléne su nobleza adquiriendo una elevada posición política. Desde ese momento, metió dinero en los nuevos periódicos, compró grandes propiedades en lo más remoto de Nièvre, se preparó con todos los medios conocidos una candidatura para el Cuerpo

legislativo. Hasta entonces, había fracasado, sin perder nada de su solemnidad. Era el cerebro más increíblemente huero que encontrarse pueda. Tenía una facha soberbia, la cara blanca y pensativa de un gran estadista; y, como escuchaba de forma maravillosa, con miradas profundas, una calma majestuosa en el rostro, se podía creer en un prodigioso laboreo interno de comprensión y deducción. Seguramente no pensaba en nada. Pero conseguía turbar a la gente, que no sabía si se las veía con un hombre superior o con un imbécil: el señor De Mareuil se aferró a Saccard como a una tabla de salvación. Sabía que iba a quedar libre una candidatura oficial en Nièvre, y deseaba ardientemente que el ministro lo nombrase; era su última baza. Por ello se entregó atado de pies y manos al hermano del ministro. Saccard, que olfateaba un buen negocio, lo indujo a la idea de una boda entre su hija Louise y Maxime. El otro se deshizo en efusiones, creyó haber sido el primero en tener la idea de esa boda, se consideró muy dichoso de entrar en la familia de un ministro y de entregar a Louise a un joven que parecía tener las más prometedoras esperanzas.

Louise tendría, decía su padre, un millón de dote. Contrahecha, fea y adorable, estaba condenada a morir joven; una enfermedad del pecho la minaba sordamente, le daba una alegría nerviosa, una gracia acariciadora. Las niñas enfermas envejecen pronto, se hacen mujeres antes de tiempo. Louise tenía una ingenuidad sensual, parecía nacida a los quince años, en plena pubertad. Cuando su padre, aquel coloso sano y bruto, la miraba, no podía creer que fuese su hija. Su madre, mientras vivió, era igualmente una mujer alta y fuerte; pero corrían sobre su memoria historias que explicaban el encanijamiento de aquella niña, sus trazas de bohemia millonaria, su fealdad viciosa y encantadora. Se decía que Héléne de Mareuil había muerto en el más vergonzoso desenfreno. Los placeres la habían roído como una úlcera, sin que su marido advirtiese la locura lúcida de su mujer, a quien habría debido encerrar en una casa de salud. Gestada en aquel vientre enfermo, Louise había salido con una sangre pobre, los miembros desviados, el cerebro atacado, la memoria ya llena de una vida sucia. A veces, creía recordar confusamente otra existencia, veía desarrollarse, en una sombra vaga, escenas extrañas, hombres y mujeres que se abrazaban, todo un drama carnal con el que se divertían sus curiosidades de niña. Era su madre que hablaba en ella. Su puerilidad continuaba aquel vicio. A medida que crecía, nada le extrañaba, se acordaba de todo, o mejor sabía todo, e iba hacia las cosas prohibidas con una seguridad de pulso que la hacía parecerse, en la vida, a una persona que regresa a casa tras una larga ausencia, y que no tiene sino que alargar el brazo para estar a sus anchas y disfrutar de la mansión. Aquella singular criatura cuyos malignos instintos halagaban los de Maxime, pero que además tenía una inocencia en su descaro, una picante mezcla de niñería y de atrevimiento, en esta segunda vida que revivía virgen con su ciencia y su vergüenza de mujer hecha y derecha, iba

a acabar por agradar al joven y parecerle mucho más divertida incluso que Sylvia, corazón de usurero, hija de un honrado papelero, y horriblemente burguesa en el fondo.

La boda se concertó entre risas, y decidieron que dejarían crecer a los «chicos». Las dos familias vivían en estrecha amistad. El señor De Mareuil impulsaba su candidatura. Saccard acechaba a su presa. Quedó entendido que Maxime metería, en la canastilla de boda, su nombramiento de auditor del Consejo de Estado.

Entre tanto la fortuna de los Saccard parecía en su apogeo. Ardía en pleno París como una fogata colosal. Era la hora en que la jauría violenta llena un rincón del bosque con el ladrido de los perros, el restallar de los látigos, el llamear de las antorchas. Los apetitos desatados se contentaban al fin, en la imprudencia del triunfo, con el ruido de los barrios derribados y de las fortunas edificadas en seis meses. La ciudad no era ya sino un gran desenfreno de millones y de mujeres. El vicio, llegado de arriba, corría por los arroyos, se desplegaba en los estanques, ascendía en los surtidores de los jardines, para caer sobre los tejados, en lluvia fina y penetrante. Y parecía, de noche, cuando uno pasaba por los puentes, que el Sena arrastrase, en medio de la ciudad dormida, las basuras de la ciudad, migajas caídas de la mesa, lazos de encaje dejados en los divanes, cabelleras olvidadas en los simones, billetes de banco deslizados en los corpiños, todo cuanto la brutalidad del deseo y la satisfacción inmediata del instinto arrojan a la calle, tras haberlo roto y mancillado. Entonces, en el sueño febril de París, y mejor aún que en su búsqueda jadeante a plena luz, se notaba el desequilibrio cerebral, la pesadilla dorada y voluptuosa de una ciudad enloquecida por su oro y por su carne. Hasta medianoche los violines cantaban; después las ventanas se apagaban, y las sombras descendían sobre la ciudad. Era como una alcoba colosal donde se hubiera soplado la última bujía, apagado el último pudor. Ya sólo había, en el fondo de las tinieblas, un gran estertor de amor furioso y cansado; mientras, las Tullerías, a orillas del agua, alargaban sus brazos en la oscuridad, como para un enorme abrazo.

Saccard acababa de construir su palacete del parque Monceau en un solar robado a la Villa. Se había reservado, en el primer piso, un soberbio despacho, de palisandro y oro, con altas vitrinas de biblioteca, llenas de legajos, donde no se veía un libro; la caja de caudales, hundida en la pared, era profunda como una alcoba de hierro, grande como para que allí durmiesen los amores de mil millones. Su fortuna se dilatava allí, se desplegaba insolentemente. Todo parecía salirle bien. Cuando dejó la calle de Rivoli, aumentando su tren de vida, duplicando sus gastos, habló a sus familiares de considerables ganancias. Según él, su asociación con los señores Mignon y Charrier le aportaba enormes beneficios; sus especulaciones con los inmuebles iban aún

mejor; en cuanto al Crédito Vitícola, era una vaca lechera inagotable. Tenía una forma de enumerar sus riquezas que aturdió a los oyentes y les impedía ver con claridad. Su gangueo de provenzal se redoblaba; disparaba, con sus frases cortas y sus gestos nerviosos, fuegos de artificio, en los que los millones ascendían como cohetes, y que terminaban por deslumbrar a los más incrédulos. A esta mímica turbulenta de hombre rico debía en buena parte la reputación de afortunado jugador que había adquirido. A decir verdad, nadie le conocía un capital neto y sólido. Sus diferentes socios, forzosamente al tanto de su situación respecto a ellos, se explicaban su fortuna colosal creyendo en su suerte absoluta en las otras especulaciones, las que ellos no conocían. Gastaba una barbaridad de dinero; el chorro de su caja continuaba, sin que se hubieran descubierto aún las fuentes de ese oro. Era la pura demencia, la furia del dinero, los puñados de luises tirados por las ventanas, la caja de caudales vaciada cada tarde hasta el último céntimo, que se llenaba por la noche sin saber cómo, y que jamás proporcionaba sumas más fuertes que cuando Saccard pretendía haber perdido las llaves.

En esta fortuna, que tenía los clamores y los desbordamientos de un torrente en invierno, la dote de Renée se encontraba sacudida, arrastrada, anegada. La joven, desconfiada los primeros días, deseosa de administrar sus bienes por sí misma, pronto se cansó de los negocios; después se sintió pobre al lado de su marido y, como las deudas la aplastaban, tuvo que recurrir a él, pedirle dinero prestado, atenerse a su voluntad. A cada nueva cuenta, que él pagaba con una sonrisa de hombre tierno con las debilidades humanas, ella se entregaba un poco más, le confiaba títulos de renta, lo autorizaba a vender esto o aquello. Cuando fueron a habitar en el palacete del parque Monceau, se encontraba ya casi enteramente despojada. Él había sustituido al Estado y le pasaba la renta de los cien mil francos procedentes de la calle de la Pépinière; por otra parte, le había hecho vender la finca de Sologne, para meter el dinero en un gran negocio, una soberbia inversión, decía. Ella no tenía pues entre las manos más que los terrenos de Charonne, que se negaba obstinadamente a enajenar, para no entristecer a la excelente ría Elisabeth. Y también en esto preparaba él un golpe genial, con la ayuda de su antiguo cómplice Larsonneau. Por lo demás, le estaba agradecida; si le había cogido su fortuna, le pagaba cinco o seis veces sus ingresos. La renta de los cien mil francos, unida al producto del dinero de Sologne, ascendía apenas a nueve o diez mil francos, lo justo para liquidar a su lencera y su zapatero. Le daba o daba por ella quince y veinte veces esa miseria. Habría trabajado ocho días para robarle cien francos, y la mantenía regiamente. Por ello, como todo el mundo, ella sentía respeto por la caja monumental de su marido, sin tratar de penetrar en la nada de ese río de oro que pasaba ante sus ojos, y al cual se arrojaba cada mañana.

En el parque Monceau, fue la crisis loca, el triunfo fulgurante. Los Saccard doblaron el número de carruajes y de troncos; tuvieron un ejército de criados,

a quienes vistieron con librea azul oscura, calzones crema y chaleco de listas negras y amarillas, colores un poco severos que el financiero había elegido para parecer totalmente serio, uno de sus sueños más acariciados. Pusieron su lujo en la fachada y abrieron las cortinas, los días de grandes cenas. La ráfaga de viento de la vida contemporánea, que había hecho batirlas puertas del primer piso de la calle de Rivoli, se había convertido, en el palacete, en un verdadero huracán que amenazaba con llevarse los tabiques. En medio de aquellos aposentos principescos, a lo largo de las barandillas doradas, sobre las alfombras de alta lana, en aquel mágico palacio de nuevo rico, se arrastraba el olor de Mabelle, danzaban los contoneos de las cuadrillas de moda, toda la época pasaba con su risa loca e idiota, su eterna hambre y su eterna sed. Era la casa equívoca del placer mundano, del placer impudente que arranca las ventanas para imponer a los transeúntes en las confidencias de las alcobas. El marido y la mujer vivían allí libremente, ante los ojos del servicio. Se habían repartido la vivienda, acampaban en ella, sin tener pinta de estar en su casa, como arrojados, al final de un viaje tumultuoso y ensordecedor, a algún regio hotel amueblado, donde sólo habían tenido el tiempo de deshacer sus baúles, para correr más de prisa a los placeres de una ciudad nueva. Se alojaban allí por la noche, sin permanecer en casa más que los días de grandes cenas, arrastrados por una carrera continua a través de París, volviendo a veces para una hora, como quien entra en una habitación de hotel, entre dos excursiones. Renée se sentía allí más inquieta, más nerviosa; sus faldas de seda se deslizaban con silbidos de culebra sobre las espesas alfombras, a lo largo del raso de los confidentes; la irritaban los imbéciles dorados que la rodeaban, los altos techos vacíos donde sólo quedaban, tras las noches de fiesta, las risas de jóvenes bobos y las sentencias de viejos bribones; y habría deseado, para llenar ese lujo, para poblar ese resplandor, una diversión soberbia que su curiosidad buscaban en vano por todos los rincones del palacete, en la salita del color de sol, en el invernadero de carnosa vegetación. En cuanto a Saccard, palpaba su sueño; recibía a las altas finanzas, al señor Toutin-Laroche, al señor De Lauwerens; recibía también a los grandes políticos, al barón de Gouraud, al diputado Haffner; su hermano, el ministro, había tenido a bien ir dos o tres veces a consolidar su posición con su presencia. No obstante, como su mujer, sentía ansiedades nerviosas, una inquietud que daba a su risa un extraño sonido de vidrios rotos. Se volvía tan turbulento, tan agitado, que sus conocidos decían de él: «¡Ese diablo de Saccard! Gana demasiado dinero, ¡se volverá loco!». En 1860 lo habían condecorado, a consecuencia de un misterioso favor que le había hecho al prefecto, sirviendo de testafarro a una dama en una venta de terrenos.

Fue por la época de su instalación en el parque Monceau cuando una aparición pasó por la vida de Renée, dejándole una impresión imborrable. Hasta entonces, el ministro se había resistido a las súplicas de su cuñada, que

se moría de ganas de ser invitada a los bailes de la corte. Cedió, por fin, creyendo la fortuna de su hermano definitivamente asentada. Durante un mes, Renée no durmió. Llegó el gran sarao y estaba toda temblorosa, en el coche que la llevaba a las Tullerías.

Vestía un traje prodigioso de gracia y originalidad, un auténtico hallazgo que se le había ocurrido en una noche de insomnio y que tres operarios de Worms habían venido a ejecutar en su casa, ante sus ojos. Era un sencillo vestido de gasa blanca, pero guarnecido por multitud de volantitos recortados y bordeados por un ribete de terciopelo negro. El cuerpo, de terciopelo negro, tenía un escote cuadrado, muy bajo sobre el pecho, enmarcado por un fino encaje, de apenas un dedo de alto. Ni una flor, ni un trocito de cinta; en las muñecas, brazaletes sin un cincelado, y en la cabeza, una estrecha diadema de oro, un círculo liso que le ponía como una aureola.

Cuando estuvo en los salones y su marido la hubo dejado por el barón de Gouraud, experimentó un momentáneo embarazo. Pero los espejos, donde se veía adorable, la tranquilizaron en seguida, y estaba habituándose al aire cálido, al murmullo de las voces, a aquel tropel de fraques negros y de hombros blancos, cuando el emperador apareció. Cruzaba lentamente el salón, del brazo de un general grueso y bajo, que resoplaba como si tuviera una digestión difícil. Los hombros se alinearon en dos hileras, mientras los fraques negros retrocedían un paso, instintivamente, con aire discreto. Renée se encontró empujada al extremo de la fila de hombros, cerca de la segunda puerta, a la que el emperador se dirigía con pasos penosos y vacilantes. Lo vio así venir hacia ella, desde una puerta a otra.

Llevaba frac, con la banda roja del gran cordón. Renée, invadida por la emoción, veía mal, y aquella mancha sangrienta le parecía salpicar todo el pecho del príncipe. Le pareció bajito, con piernas demasiado cortas, la cintura floja; pero estaba fascinada y lo veía guapo, con su rostro pálido, sus párpados pesados y plomizos que caían sobre los ojos muertos. Bajo el bigote, la boca se abría blandamente, mientras que sólo la nariz era huesuda en toda la cara disuelta.

El emperador y el viejo general seguían avanzando a pequeños pasos, pareciendo sostenerse, lánguidos, vagamente sonrientes. Miraban a las damas inclinadas, y sus ojeadas iban de la derecha a la izquierda; se deslizaban por los corpiños. El general se inclinaba, decía una frase a su amo, le apretaba el brazo con un aire de alegre compañero. Y el emperador, mudo y disimulado, más apagado aún que de costumbre, seguía acercándose con su paso arrastrado.

Estaban en el centro del salón cuando Renée sintió que sus miradas se clavaban en ella. El general la miraba con la boca abierta, mientras que el

emperador, alzando a medias los párpados, tenía destellos leonados en la vacilación gris de sus ojos turbios. Renée, desconcertada, bajó la cabeza, se inclinó, no vio más que los rosetones de la alfombra. Pero seguía su sombra, comprendió que se detenían unos segundos delante de ella. Y creyó oír al emperador, ese soñador equívoco, que murmuraba, mirándola hundida en su falda de muselina estriada de terciopelo:

—Fíjese, general, una flor que coger, un misterioso clavel blanco vetado de negro.

Y el general respondió, con voz más brutal:

—Sire, ese clavel iría endiabladamente bien en nuestros ojales.

Renée levantó la cabeza. La aparición había desaparecido, una riada de gente se agolpaba en la puerta. Después de ese sarao regresó a menudo a las Tullerías, tuvo incluso el honor de ser piropeada en voz alta por Su Majestad y de convertirse, en parte, en amiga suya; pero recordó siempre la marcha lenta y pesada del príncipe por el centro del salón, entre las dos hileras de hombros; y, cuando saboreaba alguna nueva alegría con la fortuna creciente de su marido, volvía a ver al emperador dominando los pechos inclinados, llegando a ella, comparándola con un clavel que el viejo general le aconsejaba ponerse en el ojal. Fue, para ella, la nota aguda de su vida.

Capítulo 4

El deseo neto y punzante que había embargado el corazón de Renée, entre los perfumes turbadores del invernadero, mientras Maxime y Louise reían en un confidente de la salita botón de oro, pareció borrarse como una pesadilla de la que no queda sino un vago escalofrío. La joven había conservado, toda la noche, la amargura de la tanguinia; le parecía, al sentir el escozor de la hoja maldita, que una boca de llamas se posaba en la suya, le insuflaba un amor devorador. Después esa boca se le escapaba, y su sueño se anegaba en grandes oleadas de sombra que rodaban sobre ella.

Por la mañana durmió un poco. Cuando se despertó se creyó enferma. Mandó correr las cortinas, habló a su médico de náuseas y de dolores de cabeza, se negó rotundamente a salir durante unos días. Y como se creía asediada, condenó su puerta. En vano acudió Maxime a llamar a ella. Él no dormía en el palacete, para disponer más libremente de sus habitaciones; por lo demás, llevaba la vida más nómada del mundo, alojándose en las casas nuevas de su padre, eligiendo la planta que le agradaba, mudándose todos los meses, a menudo por capricho, a veces para dejar sitio a inquilinos serios.

Estrenaba las casas en compañía de alguna amante. Habitudo a los caprichos de su madrastra, fingió una gran compasión y subió cuatro veces diarias a pedir noticias suyas con semblante desolado, únicamente para burlarse de ella. Al tercer día la encontró en el saloncito, rosada, sonriente, con aire tranquilo y reposado.

— ¿Qué? ¿Te has divertido mucho con Céleste? —le preguntó, aludiendo al largo mano a mano que acababa de tener con su doncella.

—Sí —respondió ella—; es una chica valiosísima. Tiene siempre las manos heladas; me las ponía en la frente y calmaba un poco mi pobre cabeza.

— ¡Todo un remedio, esa chica! —exclamó el joven—. Si alguna vez tuviera la desgracia de enamorarme, ¿me la prestarías, verdad?, para que me pusiera las dos manos en el corazón.

Bromearon, dieron su acostumbrado paseo por el Bosque. Transcurrieron quince días. Renée se había lanzado más locamente a su vida de visitas y bailes; su cabeza parecía haber girado una vez más, ya no se quejaba de hastío y de asco. Tan sólo se habría dicho que había tenido alguna secreta caída, de la que no hablaba, pero que demostraba con un desprecio más marcado por sí misma y con una depravación más atrevida en sus caprichos de gran mundana. Una tarde le confesó a Maxime que se moría de ganas de ir a un baile que Blanche Muller, una actriz en boga, daba a las princesas de las candilejas y a las reinas de la vida alegre. Esta confesión sorprendió y cohibió al propio joven, que, sin embargo, no tenía grandes escrúpulos. Quiso catequizar a su madrastra; realmente, aquél no era su sitio; no vería allí, por lo demás, nada muy divertido, y, además, si la reconocían, sería un escándalo. A todas estas buenas razones, ella respondía, las manos unidas, suplicando y sonriendo:

—Vamos, mi pequeño Maxime, sé amable. Quiero ir... Me pondré un dominó azul oscuro, no haremos más que cruzar los salones.

Cuando Maxime, que siempre acababa por ceder y que habría llevado a su madrastra a todos los lugares de mala nota de París, por poco que se lo rogase, hubo consentido en llevarla al baile de Blanche Muller, ella batió palmas como un niño a quien se le concede un recreo inesperado:

— ¡Ah! ¡Qué amable eres! —dijo—. Es mañana, ¿verdad? Ven a buscarme temprano. Quiero ver llegar a esas señoras. Tú me las nombrarás, y nos divertiremos de lo lindo... —Reflexionó, después añadió—: No, no vengas. Espérame con un simón, en el bulevar Malesherbes. Saldré por el jardín.

Este misterio era un picante que añadía a su escapada; simple refinamiento de goce, pues aunque hubiera salido a medianoche, por la puerta principal, su marido ni siquiera habría sacado la cabeza por la ventana.

Al día siguiente, tras haber recomendado a Céleste que la esperara, cruzó, con escalofríos de exquisito miedo, las sombras negras del parque Monceau. Saccard había aprovechado su buena amistad con el ayuntamiento para hacer que le dieran la llave de una puertecita del parque, y Renée había querido igualmente tener una. Estuvo a punto de perderse; sólo encontró el simón gracias a los dos ojos amarillos de los faroles. En esa época, el bulevar Malesherbes, recién terminado, era aún, de noche, un verdadero desierto. La joven se deslizó en el carruaje, emocionadísima, con el corazón latiendo deliciosamente, como si fuera a una cita de amor. Maxime, con toda filosofía, fumaba, semidormido, en un rincón del simón. Quiso tirar el puro, pero ella se lo impidió y, cuando trataba de retenerle el brazo, en la oscuridad, le puso la mano en plena cara, lo cual los divirtió mucho a ambos.

—Te digo que me gusta el olor del tabaco —exclamó ella—. Conserva tu cigarro... Y además, esta noche vamos de juerga... Yo soy un hombre...

El bulevar no estaba aún iluminado. Mientras el simón bajaba hacia la Madeleine, estaba tan oscuro en el carruaje que no se veían. A veces, cuando el joven se llevaba el puro a los labios, un punto rojo agujereaba las espesas tinieblas. Ese punto rojo interesaba a Renée. Maxime, a quien el vuelo del dominó de raso negro había cubierto a medias, llenando el interior del simón, continuaba fumando en silencio, con aire aburrido. La verdad era que el capricho de su madrastra acababa de impedirle seguir al Café Anglais a una pandilla de damas, resueltas a comenzar y terminar allí el baile de Blanche Muller. Estaba huraño, y ella adivinó sus morros en la sombra.

— ¿Estás indispuerto? —le preguntó.

—No; tengo frío —respondió.

— ¡Vaya! Pues yo estoy ardiendo. Opino que aquí se ahoga uno... Ponte el borde de mis enaguas sobre las rodillas.

— ¡Oh!, tus enaguas —murmuró él de mal humor—; estoy hasta las narices de ellas.

Pero esta frase le hizo reír y, poco a poco, se animó. Ella le contó el miedo que acababa de pasar en el parque Monceau. Entonces le confesó otro de sus deseos: le hubiera gustado dar, de noche, por el laguito del parque, un paseo en la barca que veía desde sus ventanas, varada al borde de una avenida. Maxime opinó que se estaba poniendo elegíaca. El simón seguía rodando; las tinieblas eran profundas; se inclinaban el uno hacia el otro para oírse entre el ruido de las ruedas, rozándose con el gesto, sintiendo sus alientos tibios, a veces, cuando se acercaban demasiado. Y, a intervalos regulares, el puro de Maxime se reavivaba, manchaba la sombra de rojo, lanzando un pálido y rosado brillo sobre el rostro de Renée. Estaba adorable, vista a ese rápido resplandor, hasta

el punto de que el joven quedó impresionado.

— ¡Oh, oh! —dijo—. Parecemos muy guapa esta noche, madrastra...
Veamos un poco.

Se acercó el puro, aspiró precipitadamente unas bocanadas. Renée, en su rincón, se encontró iluminada por una luz cálida y como jadeante. Se había alzado un poco la capucha. Su cabeza desnuda, cubierta por una lluvia de pequeños rizos, tocada con una simple cinta azul, parecía la de un auténtico chicuelo, por encima del gran ropón de raso negro que le subía hasta el cuello. Le pareció muy gracioso que la miraran y admiraran así, a la claridad de un puro. Se reclinaba hacia atrás con breves risitas, mientras él añadía con un aire de cómica gravedad:

— ¡Diablos! Voy a tener que velar por ti, si quiero devolverte sana y salva a mi padre.

Mientras tanto, el simón rodeaba la Madeleine y se metía por los bulevares. Allí se llenó de resplandores danzantes, del reflejo de las tiendas, cuyos escaparates llameaban. Blanche Muller vivía a dos pasos, en una de las casas nuevas que se han edificado sobre los terrenos elevados de la calle Basse-du-Rempart. Todavía no había sino unos cuantos coches a la puerta. No eran mucho más de las diez. Maxime quería dar una vuelta por los bulevares, esperar una hora; pero Renée, cuya curiosidad despertaba, más viva, le declaró rotundamente que subiría sola si él no la acompañaba. La siguió, y estuvo encantado al encontrar arriba más gente de la que creía. La joven se había puesto el antifaz. Del brazo de Maxime, a quien daba en voz baja órdenes sin réplica, y que la obedecía dócilmente, fisgoneó por todas las estancias, levantó las puntas de los portiers, examinó el mobiliario, y habría llegado hasta a registrar los cajones de no haber temido que la vieran. El piso, muy rico, tenía rincones bohemios, en los que se reconocía a la mujer de teatro. Era sobre todo allí donde las naricillas rosadas de Renée se estremecían, y obligaba a su compañero a andar despacito, para no perderse nada de las cosas ni de su olor. Se abstraigo especialmente en un tocador, que Blanche Muller había dejado abierto de par en par pues cuando recibía, ofrecía a sus invitados incluso su alcoba, donde se arrinconaba la cama para instalar mesas de juego. Pero el tocador no la satisfizo; le pareció corriente e incluso un poco sucio, con su alfombra acribillada a pequeñas quemaduras redondas por puntas de cigarro, y sus cortinajes de seda azul manchados de cremas, salpicados de jabón. Después, cuando hubo inspeccionado bien el lugar y guardado los menores detalles de la vivienda en su memoria, para describirlos más adelante a sus íntimas, pasó a los personajes. A los hombres los conocía; eran, en su mayoría, los mismos financieros, los mismos políticos, los mismos jóvenes vividores que iban a sus jueves. Se creía en su salón, a veces, cuando se encontraba frente a un grupo de fraques sonrientes que la víspera tenían, en su casa, la

misma sonrisa, al hablar con la marquesa de Espanet y con la rubia señora Haffner. Y cuando miraba a las mujeres, la ilusión no se desvanecía por completo. Laure de Aurigny iba de amarillo, como Suzanne Haffner, y Blanche Muller llevaba, como Adeline de Espanet, un traje blanco escotado hasta media espalda. Por fin, Maxime pidió clemencia, y ella accedió a sentarse con él en un confidente. Estuvieron allí un instante, el joven bostezando, la joven preguntándole los nombres de aquellas damas, desnudándolas con la mirada, contando los metros de encajes que llevaban en sus faldas. Al verla sumida en este grave estudio, Maxime acabó por escaparse, obedeciendo a una llamada que Laure de Aurigny le hacía con la mano. Esta bromeó con él sobre la mujer que llevaba del brazo. Luego le hizo jurar que iría a reunirse con ellos, hacia la una, en el Café Anglais.

—Estará tu padre —le gritó, en el momento en que él volvía con Renée.

Ésta se hallaba rodeada por un grupo de mujeres que reían muy fuerte, mientras el señor De Saffré había aprovechado el sitio que Maxime había dejado libre para deslizarse a su lado y decirle piropos de cochero. Después, el señor De Saffré, las mujeres, toda aquella gente había empezado a chillar, a golpearse los muslos, tanto que Renée, con los oídos destrozados, bostezando a su vez, se levantó diciendo a su compañero:

—Vámonos, ¡son demasiado idiotas!

Cuando salían entró el señor De Mussy. Pareció encantado de encontrar a Maxime, y sin fijarse en la mujer enmascarada que estaba con él:

— ¡Ay, amigo mío! —murmuró con aire lánguido—, me matará. Sé que se encuentra mejor, pero me sigue cerrando su puerta. Dígale que me ha visto con los ojos llenos de lágrimas.

—Puede estar tranquilo, le daré el recado —dijo el joven con una risa singular. Y en la escalera—: ¿Qué, madrastra? ¿No te ha conmovido ese pobre chico?

Ella se encogió de hombros, sin responder. Abajo, en la acera, se detuvo antes de subir al simón, que los había esperado, mirando con aire vacilante hacia la Madeleine y el bulevar de los Italianos. Eran apenas las once y media, el bulevar estaba aún muy animado.

—Entonces, nos vamos a casa —murmuró con pena.

—A menos que quieras seguir un instante los bulevares en coche —respondió Maxime.

Aceptó. Su placer de mujer curiosa le estaba saliendo mal, y se desesperaba de volver así a casa, con una ilusión menos y un comienzo de jaqueca. Había creído durante mucho tiempo que un baile de actrices era

terriblemente divertido. La primavera, como ocurre a veces en los últimos días de octubre, parecía haber regresado; la noche tenía tibiezas de mayo, y los escasos soplos fríos que pasaban ponían en la atmósfera una alegría más. Renée, con la cabeza en la portezuela, guardaba silencio, mirando el gentío, los cafés, los restaurantes, en una interminable fila que corría ante ella. Se había puesto muy seria, perdida en el fondo de esos vagos deseos que llenan las ensoñaciones femeninas. Aquella ancha acera barrida por los trajes de las mujeres, y donde las botas de los hombres sonaban con familiaridades especiales, aquel asfalto gris por donde le parecía que pasaba el galope de los placeres y los amores fáciles, despertaban sus deseos dormidos, le hacían olvidar aquel baile idiota del que salía, para dejarle entrever otras alegrías de más alto sabor. En las ventanas de los reservados de Brébant divisó sombras de mujeres sobre la blancura de las cortinas. Y Maxime le contó una historia muy atrevida, de un marido engañado que había sorprendido así, en una cortina, la sombra de su mujer en flagrante delito con la sombra de un amante. Ella apenas lo escuchaba. Él se aniñó, acabó por cogerle las manos, por reírse de ella, hablándole del pobre señor De Mussy.

Al volver, cuando pasaban por delante de Brébant:

— ¿Sabes —dijo ella de repente— que el señor De Saffré me ha invitado a cenar esta noche?

— ¡Oh!, habrías comido mal —replicó él riendo—. Saffré no tiene la menor imaginación culinaria. Está aún en la ensalada de bogavante.

—No, no; hablaba de ostras y de perdices frías... Pero me tuteaba, y eso me molestó... —Enmudeció, miró de nuevo al bulevar y agregó, tras un silencio, con aire desolado—: Lo peor es que tengo un hambre atroz.

— ¿Cómo? ¿Tienes hambre? —exclamó el joven—. Pues muy sencillo, vamos a cenar juntos... ¿Quieres?

Lo dijo tan tranquilo, pero ella se negó al principio; aseguró que Céleste le había preparado un tentempié en el palacete. Mientras tanto, y no queriendo ir al Café Anglais, él había mandado detener el coche en la esquina de la calle Le Peletier, delante del restaurante del Café Riche; incluso había bajado ya, y como su madrastra vacilaba aún:

—Después de todo —dijo—, si tienes miedo de que te comprometa, dilo... Subiré al lado del cochero y te llevaré con tu marido.

Ella sonrió, bajó del simón con gestos de pájaro que teme mojarse las patas. Estaba radiante. Aquella acera que sentía bajo sus pies le calentaba los talones, le daba a flor de piel un delicioso escalofrío de miedo y de capricho satisfecho. Desde que el simón rodaba, sentía unas ganas locas de saltar a ella. La cruzó a pasitos, furtivamente, como si hubiera saboreado un placer más

vivo al temer que la vieran. Su escapada se tornaba decididamente una aventura. Ciertamente, no lamentaba haber rechazado la invitación brutal del señor De Saffré. Pero habría vuelto a casa horriblemente a disgusto de no haber tenido Maxime la idea de hacerle probar la fruta prohibida. Éste subió la escalera con presteza, como si estuviera en su casa. Ella lo siguió resoplando un poco. Rondaban leves aromas de pescado y de caza, y la alfombra, que unas varillas de cobre tensaban sobre los peldaños, tenía un olor a polvo que redoblaba su emoción.

Cuando llegaron al entresuelo encontraron un camarero, de aire digno, que se pegó a la pared para dejarles paso.

—Charles —le dijo Maxime—, ¿nos servirá usted, verdad?... Denos el salón blanco.

Charles se inclinó, subió algunos peldaños, abrió la puerta de un reservado. El gas estaba bajado, le pareció a Renée que penetraba en la media luz de un lugar sospechoso y encantador.

Un fragor continuo entraba por la ventana, de par en par, y sobre el techo, en los reflejos del café de abajo, pasaban las sombras rápidas de los paseantes. Pero, con un toque del pulgar, el camarero subió el gas. Las sombras del techo desaparecieron, el reservado se llenó de una luz cruda que cayó de plano sobre la cabeza de la joven. Se había echado ya la capucha hacia atrás. Los ricitos se habían despeinado un poco en el simón, pero la cinta azul no se había movido. Se puso a caminar, molesta por la forma en que Charles la miraba; tenía un guiño de ojos, un fruncir de párpados, para verla mejor, que significaba claramente: «He aquí una a quien aún no conozco».

— ¿Qué le sirvo al señor? —preguntó en voz alta.

Maxime se volvió hacia Renée.

—La cena del señor De Saffré, ¿verdad? —dijo—. Ostras, una perdiz...

Y viendo sonreír al joven, Charles lo imitó, discretamente, murmurando:

—Entonces, la cena del miércoles, si le parece.

—La cena del miércoles... —repetía Maxime. Después, acordándose—: Sí, me da igual; denos la cena del miércoles.

Cuando el camarero hubo salido, Renée cogió sus quevedos y dio curiosamente la vuelta al saloncito. Era una habitación cuadrada, blanca y oro, amueblada con coquetería de camarín. Amén de la mesa y las sillas, había un mueble bajo, una especie de consola, en la que se servía, y un ancho diván, una auténtica cama, que se encontraba colocado entre la chimenea y la ventana. Un reloj y dos candelabros Luis XVI guarnecían la chimenea de mármol blanco. Pero la curiosidad del reservado era el espejo, un hermoso

espejo ventrudo que los diamantes de las señoras habían acribillado a nombres, a fechas, a versos desgraciados, a pensamientos prodigiosos y asombrosas confesiones. Renée creyó intuir una procacidad y no tuvo el valor de satisfacer su curiosidad. Miró el diván, experimentó una nueva turbación, se puso, con el fin de disimular, a mirar el techo y la araña de cobre dorado, de cinco reverberos. Pero el malestar que sentía era delicioso. Mientras alzaba la frente, como para estudiar la cornisa, seria y con los quevedos en la mano, disfrutaba hondamente con aquel mobiliario equívoco, que veía a su alrededor; con aquel espejo claro y cínico, cuya pureza, apenas arrugada por aquellas patas de mosca indecentes, había servido para atusar tantos moños postizos; con aquel diván, que le chocaba por su anchura; con la mesa, con la propia alfombra, donde volvía a hallar el olor de la escalera, un vago olor a polvo penetrante y como religioso.

Después, cuando por fin tuvo que bajar los ojos:

— ¿Qué es esa cena del miércoles? —preguntó a Maxime.

—Nada —respondió él—; una apuesta que uno de mis amigos ha perdido.

En cualquier otro sitio le habría dicho, sin vacilar, que había cenado el miércoles con una dama, encontrada en el bulevar. Pero desde que había entrado en el reservado la trataba, instintivamente, como mujer a la que hay que agradar, sin excitar sus celos. Ella no insistió, por lo demás; fue a acodarse en la barandilla de la ventana, donde él la siguió. A sus espaldas, Charles entraba y salía, con un ruido de vajilla y de cubertería.

Aún no era medianoche. Abajo, en el bulevar, París rugía, prolongaba el ardiente día, antes de decidirse a irse a la cama. Las filas de árboles marcaban, con una línea confusa, la blancura de las aceras y el vago negror de la calzada, donde pasaban los carruajes con sus rápidos faroles. En los dos bordes de esta franja oscura, los quioscos de los vendedores de periódicos, de trecho en trecho, se encendían, semejantes a grandes faroles venecianos, altos y extravagantemente abigarrados, colocados regularmente en el suelo, para alguna iluminación colosal. Pero a esas horas su sordo resplandor se perdía en el brillo de los escaparates vecinos. Ni un cierre estaba echado, las aceras se extendían sin una lista de sombra, bajo una lluvia de rayos que las iluminaba con un polvo de oro, con la claridad cálida y brillante de pleno día. Maxime enseñó a Renée, frente a ellos, el Café Anglais, cuyas ventanas relucían. Las altas ramas de los árboles les estorbaban un poco, por lo demás, para ver las casas y la acera opuestas. Se inclinaron, miraron debajo de ellos. Era un continuo ir y venir; pasaban paseantes en grupos; algunas profesionales, de dos en dos, arrastraban la falda, que levantaban de vez en cuando, con lánguido movimiento, lanzando a su alrededor miradas cansadas y sonrientes. Bajo la propia ventana, el Café Riche adelantaba sus mesas en el sol de sus

arañas, cuyo resplandor se extendía hasta el centro de la calzada; y en el centro de ese ardiente foco era donde veían, sobre todo, las caras pálidas y las risas desvaídas de los transeúntes. Alrededor de los veladores bebían mujeres mezcladas con hombres. Ellas llevaban trajes vistosos, media melena; se contoneaban en las sillas, con palabras altas que el ruido impedía oír. Renée se fijó especialmente en una, sola en una mesa, vestida con un traje de un azul metálico, guarnecido de guipur blanco; apuraba, a pequeños tragos, un vaso de cerveza, medio echada hacia atrás, las manos sobre el vientre, con una pinta de espera pesada y resignada. Los que caminaban se perdían lentamente entre la multitud, y la joven, interesada en ellos, los seguía con la mirada, iba de una punta del bulevar a la otra, a las lejanías tumultuosas y confusas de la avenida, llenas del hormigueo negro de los paseantes, donde la claridad no era sino destellos. Y el desfile pasaba sin fin, con una regularidad cansina, gente extrañamente mezclada y siempre la misma, en medio de los colores vivos, de los agujeros en las tinieblas, entre el mágico barullo de mil llamas danzarinas, que salían como una oleada de las tiendas, coloreaban los transparentes de ventanas y quioscos, corrían sobre las fachadas en las varillas, en las letras, en los dibujos de fuego, salpicando de estrellas la sombra, deslizándose sobre la calzada, continuamente. El ensordecedor ruido ascendía con un clamor, con un ronquido prolongado, monótono, como una nota de órgano que acompañase la eterna procesión de pequeñas muñecas mecánicas. Renée creyó, por un momento, que acababa de producirse un accidente. Una riada de personas se movía a la izquierda, un poco más allá del pasaje de la ópera. Pero, al coger sus quevedos, reconoció la parada de los ómnibus; había mucha gente en la acera, de pie, esperando, precipitándose en cuanto llegaba un carruaje. Oyó la voz ruda del cobrador llamando los números, luego los tintineos del contador le llegaban con repiques cristalinos. Se detuvo en los anuncios de un quiosco, crudamente coloreados como las estampas de Epinal; había allí, sobre un cuadrado, en un marco amarillo y verde, una cabeza de diablo riendo, con el pelo erizado, reclamo de un sombrerero, que ella no entendió. Cada cinco minutos pasaba el ómnibus de Batignolles, con sus faroles rojos y su caja amarilla, doblando por la esquina de la calle Le Peletier, sacudiendo la casa con su estruendo; y ella veía a los hombres de la imperial, rostros fatigados que se alzaban y los miraban, a ella y a Maxime, con la mirada curiosa de los hambrientos al pegar el ojo a una cerradura.

— ¡Ah! —dijo ella—. ¡A estas horas el parque Monceau duerme tan tranquilo!

Fue la única frase que pronunció. Se quedaron allí unos veinte minutos, silenciosos, abandonándose a la embriaguez de los ruidos y los resplandores. Después, puesta la mesa, fueron a sentarse, y como ella parecía incómoda con la presencia del camarero, él lo despidió.

—Déjenos... Llamaré para el postre.

Ella tenía en las mejillas un leve rubor y sus ojos brillaban; daba la impresión de que acababa de correr. Traía de la ventana un poco del jaleo y de la animación del bulevar. No quiso que su compañero cerrara los postigos.

— ¡Qué va!, es la orquesta —decía ella, cuando él se quejaba del ruido—. ¿No opinas que es una música muy divertida? Acompañará muy bien nuestras ostras y nuestra perdiz.

Sus treinta años se rejuvenecían con la escapada. Tenía movimientos vivos, una pizca de fiebre, y aquel reservado, aquel mano a mano con un joven entre el guirigay de la calle, la fustigaban, le daban un aire de doncella. Atacó las ostras con decisión. Maxime no tenía hambre, la miraba devorar sonriendo.

— ¡Diablos! —murmuró—, habrías sido una excelente comilona.

Ella se detuvo, enojada por comer tan deprisa.

— ¿Opinas que tengo hambre? ¡Qué quieres! Es esa hora de baile idiota que me abrió el apetito... ¡Ah!, pobre amigo mío, ¡te compadezco por vivir en ese mundo!

—Sabes perfectamente —dijo— que te he prometido dejar a Sylvia y a Laure de Aurigny el día que tus amigas quieran venir a cenar conmigo.

Ella hizo un gesto soberbio.

— ¡Pues claro! Me lo creo. Somos mucho más divertidas que esas damas, confiésalo... Si una de nosotras abrumara a un amante como tu Sylvia y tu Laure de Aurigny deben de abrumaros, ¡la pobrecita no conservaría ese amante ni una semana!... Nunca quieres escucharme. Prueba, un día de éstos.

Maxime, para no llamar al camarero, se levantó, recogió las conchas de las ostras y trajo la perdiz, que estaba en la consola. La mesa tenía el lujo de los grandes restaurantes. Sobre el mantel adamascado pasaba un soplo de adorable desenfreno, y Renée paseaba sus finas manos del tenedor al cuchillo, del plato al vaso, con leves estremecimientos de gusto. Bebió vino blanco sin agua, ella que ordinariamente bebía agua apenas teñida. Maxime, de pie, mientras le servía con cómicas complacencias, la servilleta al brazo, prosiguió:

— ¿Qué es lo que ha podido decirte el señor De Saffré para que estés tan furiosa? ¿Es que te encontró fea?

— ¡Oh!, ése —respondió ella—, qué tipo más desagradable. Jamás hubiera creído que un caballero tan distinguido, tan educado en mi casa, hablase semejante lengua. Pero lo perdono. Son las mujeres las que me irritaron. Parecían vendedoras de manzanas. Había una que se quejaba de tener un divieso en la cadera y, un poco más, y creo que se habría levantado la falda

para mostrarle su mal a todo el mundo.

Maxime se reía a carcajadas.

—No, en serio —continuó ella animándose—, no os entiendo; son sucias e idiotas... Y pensar que cuando te veía ir a casa de tu Sylvia me imaginaba cosas prodigiosas, festines antiguos, como los que se ven en los cuadros, con seres coronados de rosas, copas de oro, voluptuosidades extraordinarias. ¡Ah, pues sí! Me has enseñado un tocador desaseado y mujeres que juraban como carreteros. No vale la pena hacer el mal.

Maxime quiso protestar, pero ella le impuso silencio y, sujetando con la punta de los dedos un hueso de perdiz que roía delicadamente, agregó en voz más baja:

—El mal debería ser algo exquisito, querido amigo... Yo, que soy una mujer honrada, cuando me aburro y cometo el pecado de soñar imposibles, estoy segura de que encuentro cosas mucho más bonitas que las Blanches Muller. —Y con aire grave, concluyó con esta frase profunda de ingenuo cinismo—: Es una cuestión de educación, ¿comprendes?

Dejó suavemente el huesecito en su plato. El zumbido de los carruajes continuaba, sin que una nota más viva se elevase. Renée se veía obligada a alzar la voz para que Maxime pudiera oírla, y el rubor de sus mejillas aumentaba. Había todavía, sobre la consola, trufas, un dulce de cocina, espárragos, una curiosidad para la estación. Él lo trajo todo, para no tener que molestarse más, y, como la mesa era un poco estrecha, colocó en el suelo, entre ella y él, un cubo de plata lleno de hielo, en el cual se encontraba una botella de champán. El apetito de la joven se le iba contagiando. Probaron todos los platos, vaciaron la botella de champán, con brusca alegría, lanzándose a teorías escabrosas, acodándose como dos amigos que descargan su corazón, después de beber. En el bulevar el ruido disminuía; pero ella lo oía crecer, al contrario, y todas aquellas ruedas, a veces, le parecían girar en su cabeza.

Cuando Maxime habló de llamar para el postre, ella se levantó, sacudió su largo ropón de raso, para que cayeran las migas, diciendo:

—Eso es... ¿Sabes?, puedes encender un puro. —Estaba un poco aturdida. Fue hacia la ventana, atraída por un ruido especial que no se explicaba. Cerraban las tiendas—. Mira —dijo volviéndose hacia Maxime—, la orquesta está recogiendo.

Se inclinó de nuevo. En el medio, en la calzada, los simones y los ómnibus seguían cruzando sus ojos de color, más escasos y más rápidos. Pero en los lados, a lo largo de las aceras, se habían vuelto profundos grandes agujeros de sombra, delante de las tiendas cerradas. Sólo los cafés llameaban aún, rayando

el asfalto con listas luminosas. Desde la calle Drouot a la calle de Helder, Renée distinguía así una larga fila de cuadrados blancos y cuadrados negros, en los cuales los últimos paseantes surgían y se desvanecían de extraña manera. Sobre todo las profesionales, con las colas de sus trajes, sucesivamente iluminadas con crudeza y anegadas en la sombra, adquirían un aire de aparición, de marionetas macilentas, al cruzar el rayo eléctrico de algún mundo fantástico. Se divirtió un momento con este juego. La luz ya no se difundía; los reverberos de gas se apagaban; los abigarrados quioscos manchaban las tinieblas más difícilmente. A veces pasaba un tropel de gente, la salida de algún teatro. Pero pronto se creaban vacíos, y llegaban, bajo la ventana, grupos de dos o tres hombres a los que abordaba una mujer. De pie, discutían. En el debilitado alboroto, algunas de sus palabras ascendían; después, la mujer, a menudo, se iba del brazo de uno de los hombres. Otras andaban de café en café, daban una vuelta entre las mesas, recogían el azúcar olvidado, reían con los camareros, miraban fijamente, con aire de interrogación y silenciosa oferta, a los consumidores rezagados. Y cuando Renée acababa de seguir con los ojos la imperial casi vacía de un ómnibus de Batignolles, reconoció, en una esquina de la acera, a la mujer del traje azul con guipur blanco, erguida, volviendo la cabeza, siempre a la busca.

Cuando Maxime fue a buscarla a la ventana, donde ella se ensimismaba, esbozó una sonrisa, al mirar una de las ventanas entreabiertas del Café Anglais; la idea de que su padre cenaba allí por su parte le pareció cómica; pero sentía, esa noche, particulares pudores que cohibían sus bromas habituales. Renée se alejó de la barandilla a disgusto. Una embriaguez, una languidez ascendían de las profundidades más vagas del bulevar. En el zumbido debilitado de los carruajes, en la desaparición de los vivos destellos, había una llamada acariciadora a la voluptuosidad y al sueño. Los cuchicheos que corrían, los grupos parados en un rincón en sombras, convertían la acera en el pasillo de un gran hotel, a la hora en que los viajeros se dirigen a su cama ocasional. Los resplandores y los ruidos seguían muriendo, la ciudad se dormía, soplos de ternura pasaban sobre los tejados.

Cuando la joven se dio la vuelta, la luz de la pequeña araña le hizo guiñar los párpados. Estaba un poco pálida ahora, con cortos temblores en la comisura de los labios. Charles disponía el postre; salía, volvía a entrar, dejaba que batiera la puerta, lentamente, con su flema de hombre formal.

— ¡Ya no tengo más hambre! —exclamó Renée—; llévese todos esos platos y denos café.

El camarero, habituado a los caprichos de sus clientes, se llevó el postre y sirvió café. Llenaba el reservado con su importancia.

—Por favor, ponlo en la puerta —dijo a Maxime la joven, cuyo corazón

brincaba.

Maxime lo despidió; pero apenas había desaparecido cuando regresó, una vez más, para correr herméticamente las grandes cortinas de la ventana, con aire discreto. Cuando por fin se hubo retirado, el joven, a quien la impaciencia asaltaba también, se levantó y yendo a la puerta:

—Espera —dijo—, tengo un método para que nos deje en paz. Y corrió el cerrojo.

—Eso es —prosiguió ella—; estamos en casa, al menos.

Sus confidencias, sus charlas de buenos compañeros, volvieron a empezar. Maxime había encendido un puro. Renée bebía su café a sorbitos y se permitía incluso una copa de chartreuse. La pieza se caldeaba, se llenaba de un humo azulado. Ella acabó poniendo los codos sobre la mesa y apoyando la barbilla entre sus dos puños semicerrados. Con este leve apretón, su boca se empequeñecía, sus mejillas subían un poco, y sus ojos, más estrechos, relucían más. Así arrugada, su carita era adorable, bajo la lluvia de rizos dorados que le bajaban ahora hasta las cejas. Maxime la miraba a través del humo de su cigarro. La encontraba original. A veces ya no estaba muy seguro de su sexo; la gran arruga que le cruzaba la frente, los morritos de sus labios salidos, su aire indeciso de miope, la convertían en un jovencito; tanto más cuanto que el largo ropón de raso negro le llegaba tan arriba que apenas se veía, bajo la barbilla, una línea del cuello blanca y grasa. Ella se dejaba mirar con una sonrisa, sin mover la cabeza, la mirada perdida, la palabra olvidada.

Después tuvo un brusco despertar; fue a mirar el espejo, hacia el cual sus ojos vagos se volvían hacía un instante. Se puso de puntillas, apoyó las manos en el borde de la chimenea, para leer aquellas firmas, aquellas frases atrevidas que la habían alarmado antes de la cena. Deletreaba las sílabas con cierta dificultad, reía, seguía leyendo, como un colegial que vuelve las páginas de un Piron en su pupitre.

—«Ernest y Clara» —decía—, y debajo hay un corazón que parece un embudo... ¡Ah!, aquí hay algo mejor: «Adoro a los hombres, porque adoro las trufas». Firmado «Laure». Dime, Maxime, ¿es la de Aurigny quien ha escrito esto?... Y después ahí tienes las armas de una de esas damas, creo; una zorra fumando una gran pipa... Y más nombres, el calendario de las santas y los santos: Victor, Amélie, Alexandre, Édouard, Marguerite, Paquita, Louise, Renée... Hombre, hay una que se llama como yo...

Maxime veía en el espejo su cabeza ardiente. Renée se alzaba aún más, y su dominó, tensándose por detrás, dibujaba el quiebro de su talle, el desarrollo de sus caderas. El joven seguía la línea del raso que se pegaba como un camisón. Se levantó a su vez y tiró el puro. Estaba incómodo, inquieto. Le

faltaba algo ordinario y acostumbrado.

— ¡Ah!, ahí tienes tu nombre, Maxime —exclamó Renée...—. Escucha...
«Amo a...»

Pero él se había sentado en una esquina del diván, casi a los pies de la joven. Consiguió cogerle las manos, con un rápido movimiento; la apartó del espejo, diciéndole con voz singular:

—Por favor, no leas eso.

Ella se debatió riendo nerviosamente.

— ¿Por qué no? ¿Es que no soy tu confidente?

Pero él, insistiendo, con un tono más ahogado:

—No, no, no esta noche.

La seguía sujetando, y ella daba leves sacudidas con sus puños para soltarse. Tenían unos ojos que no reconocían, una larga sonrisa forzada y un poco vergonzosa. Renée cayó de rodillas, en el extremo del diván. Continuaban luchando, aunque ella no hizo ningún movimiento hacia el espejo y se abandonaba ya. Y como el joven la cogía por el medio del cuerpo, ella dijo con su risa embarazada y desfallecida:

—Vamos, déjame... Me haces daño.

Fue el único murmullo de sus labios. En el gran silencio del reservado, donde el gas parecía llamear más alto, sintió temblar el suelo y oyó el estruendo del ómnibus de Batignolles que debía de doblar por la esquina del bulevar. Y ni una palabra más. Cuando se encontraron uno al lado del otro, sentados en el diván, él balbució, en medio del mutuo malestar:

—Bah! Un día u otro tenía que ocurrir.

Ella no decía nada. Miraba con aire anonadado los rosetones de la alfombra.

— ¿Es que tú lo pensabas?... —continuó Maxime, balbuciendo aún más—. Yo, en absoluto... Habría tenido que desconfiar del reservado...

Pero ella, con voz profunda, como si toda la honradez burguesa de los Béraud du Châtel despertase con esta falta suprema:

— ¡Es infame lo que acabamos de hacer! —murmuró, desilusionada, la cara envejecida y muy grave.

Se ahogaba. Fue hacia la ventana, descorrió las cortinas, se acodó. La orquesta estaba muerta; la falta se había cometido entre el último temblor de los bajos y el canto lejano de los violines, vaga sordina del bulevar dormido y

soñando con el amor. Abajo, la calzada y las aceras se hundían, se alargaban, en medio de una soledad gris. Todas aquellas ruedas rugientes de los simones parecían haberse ido, llevándose la claridad y el gentío. Bajo la ventana, el Café Riche estaba cerrado, ni un hilillo de luz se filtraba por los postigos. Al otro lado de la avenida, unos resplandores como de brasas iluminaban sólo la fachada del Café Anglais, una ventana entre otras, entornada, y de donde salían risas débiles. Y, a lo largo de toda esa cinta de sombra, desde el recodo de la calle Drouot al otro extremo, todo lo lejos que sus miradas podían llegar, no veía sino las manchas simétricas de los quioscos que enrojecían y verdeaban la noche, sin iluminarla, semejantes a lamparillas de noche espaciadas en un dormitorio gigante. Renée levantó la cabeza. Los árboles recortaban sus altas ramas sobre un cielo claro, mientras la línea irregular de las casas se perdía como los cúmulos de una costa rocosa, a orillas de un mar azulado. Pero aquella franja de cielo la entristecía más, y era en las tinieblas del bulevar donde encontraba cierto consuelo. Lo que quedaba, al ras de la avenida desierta, del ruido y del vicio de la noche, la disculpaba. Creía sentir el calor de todos esos pasos de hombres y mujeres subir desde la acera que se enfriaba. Las vergüenzas que se habían arrastrado allí, deseos de un minuto, ofertas hechas en voz baja, nupcias de una noche pagadas por adelantado, se evaporaban, flotaban en un vaho pesado que las ráfagas matinales se llevaban rodando. Inclined sobre las sombras, respiró aquel silencio estremecido, aquel aroma de alcoba, como un estímulo que le venía de abajo, como una seguridad de vergüenza compartida y aceptada por una ciudad cómplice. Y cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, divisó a la mujer del traje azul guarnecido de guipur, sola en la soledad gris, de pie en el mismo sitio, esperando y ofreciéndose a las tinieblas vacías.

La joven, al volverse, distinguió a Charles, que miraba a su alrededor, olisqueando. Acabó viendo la cinta azul de Renée, arrugada, olvidada en una esquina del diván. Y se apresuró a llevársela, con su aire cortés. Entonces ella percibió toda su vergüenza. De pie ante el espejo, las manos torpes, intentó anudarse la cinta. Pero su moño había caído, los ricitos estaban aplastados sobre las sienes, no podía hacer el lazo. Charles acudió en su ayuda, diciendo, como si hubiera ofrecido una cosa normal, un enjuague o un palillo de dientes:

— ¿La señora quiere el peine?...

— ¡Ah!, no, es inútil —interrumpió Maxime, que lanzó al camarero una mirada de impaciencia—. Vaya a buscarnos un coche.

Renée se decidió a ponerse simplemente la capucha de su dominó. Y, cuando iba a apartarse del espejo, se alzó ligeramente, para encontrar las palabras que el abrazo de Maxime le había impedido leer. Había, ascendiendo hacia el techo, y con una vasta letra abominable, esta declaración firmada por Sylvia: «Amo a Maxime». Frunció los labios y se caló la capucha un poco

más. En el carruaje, experimentaron una horrible incomodidad. Se habían colocado, como al bajar del parque Monceau, uno frente a otro. No encontraban ninguna frase que decirse. El simón estaba lleno de una sombra opaca, y el puro de Maxime ya ni siquiera ponía un punto rojo, un relámpago de brasa rosada. El joven, perdido de nuevo entre las enaguas «de las que estaba hasta las narices», sufría con aquellas tinieblas, con aquel silencio, con aquella mujer muda, que sentía a su lado y cuyos grandes ojos desencajados sobre la noche se imaginaba. Para parecer menos tonto, acabó buscando su mano, y cuando la tuvo en la suya, se sintió aliviado, encontró la situación tolerable. La mano se abandonaba, blanda y soñadora.

El simón cruzaba la plaza de la Madeleine. Renée pensaba que no era culpable. No había querido el incesto. Y cuanto más ahondaba en su interior, más inocente se encontraba, en las primeras horas de su escapada, en su salida furtiva del parque Monceau, en casa de Blanche Muller, en el bulevar, hasta en el reservado del restaurante. ¿Por qué, pues, había caído de rodillas sobre el borde del diván? Ya no lo sabía. Ciertamente, no había pensado ni un segundo en eso. Se habría negado con cólera. Era en broma, se divertía, nada más. Y volvía a encontrar, en el rodar del simón, la orquesta ensordecedora del bulevar, el ir y venir de hombres y mujeres, mientras barras de fuego ardían ante sus ojos fatigados.

Maxime, en su rincón, soñaba también con algún incordio. Estaba enojado por la aventura. Echaba la culpa al dominó de raso negro. ¡Habrase visto nunca una mujer con semejante facha! Ni siquiera se le veía el cuello. La había tomado por un muchacho, jugaba con ella, y no era culpa suya si el juego se había vuelto serio. De seguro, no la habría tocado con la yema de los dedos si ella hubiera enseñado sólo un trozo de hombro. Habría recordado que era la mujer de su padre. Después, como no le gustaban las reflexiones desagradables, se perdonó. ¡Mala suerte, después de todo! Trataría de no volver a hacerlo. Era una tontería.

El simón se detuvo, y Maxime bajó el primero para ayudar a Renée. Pero, en la puertecita del parque, no se atrevió a besarla. Se dieron la mano, como de costumbre. Ella se encontraba ya al otro lado de la verja cuando, por decir algo, confesando sin quererlo una preocupación que rondaba vagamente por su ensueño desde el restaurante:

— ¿Qué es —preguntó ella—, ese peine del que habló el camarero?

—Ese peine —repitió Maxime, cortado—, pues no sé...

Renée comprendió repentinamente. El reservado tenía sin duda un peine que entraba en el material, con el mismo derecho que las cortinas, el cerrojo y el diván. Y sin esperar una explicación que no llegaba, se hundió en las tinieblas del parque Monceau, apretó el paso, creyendo ver a su zaga esos

dientes de concha en los que Laure de Aurigny y Sylvia habían debido de dejar cabellos rubios y cabellos negros. Se sentía muy febril. Céleste tuvo que meterla en cama y velarla hasta la mañana. Maxime, en la acera del bulevar Malesherbes, se consultó un momento, para saber si se uniría a la alegre pandilla del Café Anglais; después, con la idea de que estaba castigándose, decidió que debía irse a acostar.

Al día siguiente, Renée se despertó tarde de una noche pesada y sin sueños. Mandó encender un gran fuego, dijo que pasaría el día en su habitación. Ése era su refugio, en las horas graves. Hacia mediodía, su marido, al no verla bajar para el almuerzo, le pidió permiso para conversar un instante. Ella se negaba ya, con una pizca de inquietud, cuando mudó de parecer. La víspera había entregado a Saccard una cuenta de Worms, que ascendía a ciento treinta y seis mil francos, una cifra un poco exagerada, y sin duda él deseaba permitirse la galantería de darle en persona el recibo.

Le vino la idea de los ricitos de la víspera. Miró tranquilamente en el espejo sus cabellos, que Céleste había peinado en gruesas trenzas. Luego se ovilló al amor de la lumbre, hundiéndose en los encajes de su bata. Saccard, cuyas habitaciones se encontraban igualmente en el primer piso, simétricas a las de su mujer, apareció en zapatillas, como un marido. Apenas ponía los pies una vez al mes en el dormitorio de Renée, y siempre por alguna delicada cuestión de dinero. Esa mañana, tenía los ojos enrojecidos, la tez pálida de un hombre que no ha dormido. Besó la mano de su mujer, galantemente.

— ¿Está usted enferma, mi querida amiga? —dijo sentándose al otro lado de la chimenea—. Un poco de jaqueca, ¿no?... Perdóneme que le rompa los cascos con mi galimatías de hombre de negocios: pero la cosa es bastante grave... —Sacó de un bolsillo de su bata la minuta de Worms, cuyo papel glaseado reconoció Renée—. Encontré ayer esta cuenta en mi escritorio —continuó—, y estoy desolado, no puedo en absoluto pagarla en este momento. —Estudió con el rabillo del ojo el efecto producido por sus palabras. Renée parecía profundamente asombrada. El prosiguió con una sonrisa—: Ya sabe usted, mi querida amiga, que no tengo la costumbre de examinar sus gastos. No digo que ciertos detalles de esta minuta no me hayan sorprendido un poco. Así, por ejemplo, veo aquí, en la segunda página: «Traje de baile: tela, 70 fr.; hechura, 600 fr.; dinero prestado, 5.000 fr.; agua del doctor Pierre, 6 fr.», Ahí tiene un traje de setenta francos que sube mucho... Pero ya sabe que comprendo todas las debilidades. Su cuenta es de ciento treinta y seis mil francos, y usted ha sido casi prudente, relativamente, quiero decir... Sólo que, lo repito, no puedo pagar, lo siento.

Ella tendió la mano, con un gesto de contenido despecho.

—Está bien —dijo secamente—, devuélvame la minuta. Pensaré algo.

—Veo que no me cree —murmuró Saccard, saboreando como un triunfo la incredulidad de su mujer sobre sus apuros de dinero—. No digo que mi posición esté amenazada, pero los negocios andan muy nerviosos en este momento... Déjeme, aunque le importune, explicarle nuestro caso; usted me ha confiado su dote, y le debo completa franqueza.

Dejó la minuta sobre la chimenea, cogió las tenazas, empezó a atizar el fuego. Esta manía de hurgar en las cenizas, mientras hablaba de negocios, era en él un cálculo que había acabado por convertirse en hábito. Cuando llegaba a una cifra, a una frase difícil de pronunciar, provocaba un derrumbamiento que reparaba a continuación laboriosamente, acercando los leños, recogiendo y amontonando astillitas de madera. Otras veces, casi desaparecía en la chimenea, para ir a buscar un trozo de brasa perdido. Su voz se ensordecía, la gente se impacientaba, se interesaba por sus sabias construcciones de carbones ardientes, ya no le escuchaba, y generalmente salía de su casa apaleada y contenta. Incluso en casa ajena se apoderaba despóticamente de las tenazas. En verano, jugaba con una pluma, una plegadera, un cortaplumas.

—Mi querida amiga —dijo dando un gran golpe que desordenó el fuego—, le pido una vez más perdón por entrar en estos detalles... Le he pasado puntualmente la renta de los fondos que usted puso en mis manos. Puedo incluso decir, sin herirla, que he considerado esa renta sólo como su dinero para alfileres, pagando sus gastos, no pidiéndole nunca su aportación de la mitad de los gastos comunes de la casa. —Enmudeció. Renée sufría, lo miraba hacer un gran hueco en la ceniza para enterrar la punta de un leño. Llegaba a una confesión delicada—. He tenido, como comprenderá, que hacer que su dinero produjera intereses considerables. Los capitales están en buenas manos, puede estar tranquila... En cuanto a las sumas procedentes de sus bienes de Sologne, han servido en parte para pagar el palacete donde vivimos; el resto está colocado en un excelente negocio, la Sociedad General de los Puertos de Marruecos... No vamos a hacer cuentas juntos, ¿verdad?, pero quiero probarle que los pobres maridos son a veces poco apreciados.

Un motivo poderoso debía de impulsarle a mentir menos que de costumbre. La verdad era que la dote de Renée no existía desde hacía tiempo; había pasado, en la caja de Saccard, al estado de valor ficticio. Aunque pagaba los intereses a más del doscientos o el trescientos por cien, no habría podido presentar el menor título ni hallar el más pequeño efectivo sólido del capital primitivo. Como confesaba a medias, por otra parte, los quinientos mil francos de los bienes de Sologne habían servido para dar una primera entrega a cuenta del palacete y del mobiliario, que costaban juntos cerca de dos millones. Debía aún un millón al tapicero y al contratista.

—No le reclamo nada —dijo por fin Renée—, ya sé que estoy muy endeudada con usted.

— ¡Oh, mi querida amiga! —exclamó Saccard, cogiendo la mano de su mujer, sin abandonar las tenazas—. ¡Qué desagradable idea se le ocurre!... En dos palabras, vaya, he tenido mala suerte en la Bolsa, Toutin-Laroche ha hecho tonterías, los Mignon y Charrier son unos cernícalos que me la dan con queso. Por eso no puedo pagar su cuenta. Me perdona, ¿verdad?

Parecía realmente emocionado. Hundió las tenazas entre los leños, encendió cohetes de chispas. Renée recordó el aspecto inquieto que tenía desde hacía algún tiempo. Pero no pudo adentrarse en la asombrosa verdad. Saccard había llegado a una proeza cotidiana. Habitaba en un palacete de dos millones, vivía como un príncipe, y ciertas mañanas no tenía mil francos en su caja. Sus gastos no parecían disminuir. Vivía de deudas, entre un pueblo de acreedores que engullían día tras día los beneficios escandalosos que obtenía en ciertos negocios. En aquel tiempo, en ese mismo momento, las sociedades se derrumbaban debajo de él, se excavaban nuevos hoyos más profundos, por encima de los cuales saltaba, al no poder colmarlos. Marchaba así sobre un terreno minado, en una crisis continua, liquidando facturas de cincuenta mil francos y sin pagar el sueldo de su cochero, marchando siempre con un aplomo cada vez más regio, vaciando con más rabia sobre París su caja vacía, de donde continuaba saliendo el río de oro de legendarias fuentes.

La especulación atravesaba entonces por una mala hora. Saccard era un digno hijo del ayuntamiento. Había tenido la rapidez de transformación, la fiebre de placeres, la ceguera de gastos que agitaba París. En ese momento, como la Villa, se encontraba frente a un formidable déficit que había que llenar secretamente; pues no quería oír hablar de cordura, de economía, de existencia tranquila y burguesa. Prefería conservar el lujo inútil y la miseria real de aquellas vías nuevas, de las que había sacado su colosal fortuna de cada mañana agotada cada noche. De aventura en aventura, ya no tenía sino la fachada dorada de un capital ausente. En esa hora de cálida locura, el propio París comprometía su futuro con más arrebatos y se encaminaba en derechura a todas las tonterías y a todos los timos financieros. La liquidación amenazaba con ser terrible.

Las más hermosas especulaciones se estropeaban entre las manos de Saccard. Acababa de sufrir, como decía, considerables pérdidas en la Bolsa. El señor Toutin-Laroche había estado a punto de hundir el Crédito Vitícola en un juego al alza que se había vuelto repentinamente contra él; afortunadamente el gobierno, interviniendo bajo cuerda, había puesto en pie la famosa máquina del préstamo hipotecario a los cultivadores. Saccard, quebrantado por esta doble sacudida, muy maltratado por su hermano el ministro, a raíz del riesgo que acababa de correr la solidez de los bonos de delegación de la Villa, comprometida con la del Crédito Vitícola, andaba aún menos afortunado en su especulación con los inmuebles. Los Mignon y Charrier habían roto

totalmente con él. Si los acusaba, era por una rabia sorda de haberse equivocado, mandando edificar sobre su parte de terrenos, mientras ellos vendían prudentemente la suya. En tanto que ellos conseguían una fortuna, él se quedaba con sus casas auestas, y a menudo sólo se desembarazaba de ellas con pérdidas. Entre otras, vendió en trescientos mil francos, en la calle de Marignan, un hotel por el cual debía aún trescientos ochenta mil. Había inventado una jugada de su estilo, que consistía en exigir diez mil francos por un piso que valía a lo sumo ocho mil; el asustado inquilino sólo firmaba el arriendo cuando el propietario accedía a regalarle los dos primeros años de alquiler; el piso quedaba reducido de esta forma a su precio real, pero el arrendamiento llevaba la cifra de diez mil francos al año, y, cuando Saccard encontraba un comprador y capitalizaba los ingresos del inmueble, llegaba a una auténtica fantasmagoría en el cálculo. No pudo aplicar este timo a lo grande; sus casas no se alquilaban; las había edificado demasiado pronto; pérdidas en medio de desmontes, en pleno fango, en invierno, su situación las perjudicaba considerablemente. El asunto que más le afectó fue la gran pillería de Mignon y Charrier, que le compraron el hotel cuya construcción había tenido que abandonar, en el bulevar Malesherbes. A los contratistas les habían entrado por fin las ganas de habitar en «su bulevar». Como habían vendido su parte de solares de plusvalía, y olfateaban los apuros de su ex socio, se ofrecieron a desembarazarlo del cercado en cuyo centro se alzaba el hotel hasta el suelo del primer piso, con la armazón de hierro parcialmente colocada. Sólo que motejaron de inútiles cascotes aquellos sólidos cimientos de piedra de sillería, diciendo que habrían preferido el suelo desnudo, para construir a su gusto. Saccard tuvo que vender, sin tener en cuenta los ciento y pico mil francos que ya había gastado. Y lo que le exasperó aún más fue que los contratistas nunca quisieron recobrar el terreno a doscientos cincuenta francos el metro, cifra pagada cuando la partición. Le rebajaron veinticinco francos por metro, como esas prenderas que no dan más de cuatro francos por un objeto que han vendido en cinco la víspera. Dos días después, Saccard tuvo el dolor de ver un ejército de albañiles que invadían el cercado de tablas y continuaban edificando sobre los «cascotes inútiles».

Representaba, pues, tanto mejor sus apuros ante su mujer, cuanto que sus asuntos se enredaban cada vez más. No era un hombre como para confesarse por amor a la verdad.

—Pero, señor mío —dijo Renée con aire de duda—, si usted se encontraba en aprietos, ¿por qué haberme comprado ese tembleque y ese collar que le han costado, creo, sesenta y cinco mil francos?... No sé qué hacer con esas joyas; voy a verme obligada a pedirle permiso para deshacerme de ellas para darle algo a cuenta a Worms.

— ¡Se guardará usted mucho! —exclamó él con inquietud—. Si mañana

no le ven esas joyas en el baile del Ministerio, empezarán los cotilleos sobre mi situación... —Estaba bonachón, esa mañana. Acabó por sonreír y por murmurar guiñando los ojos—: Mi querida amiga, nosotros, los especuladores, somos como las mujeres bonitas, tenemos nuestras marrullerías... Le ruego que conserve su tembleque y su collar, por amor a mí.

No podía contar la historia, que era de lo más bonita, aunque un poco atrevida. Al final de una cena Saccard y Laure cerraron un tratado de alianza. Laure estaba acribillada a deudas y sólo pensaba en encontrar un buen jovencito que quisiera raptarla y conducirla a Londres. Saccard, por su parte, sentía el suelo abrirse bajo sus pies; su imaginación acorralada buscaba un expediente que lo mostrara ante el público tendido en un lecho de oro y billetes de banco. La mujer de vida alegre y el especulador, en las semiembriaguez de los postres, se entendieron. A él se le ocurrió la idea de aquella venta de diamantes que congregó a todo París y en la cual él compró, dando mucho que hablar, joyas para su mujer. Después, con el producto de la venta, alrededor de cuatrocientos mil francos, logró satisfacer a los acreedores de Laure, a quienes ésta debía más o menos el doble. E incluso ha de creerse que retiró del juego parte de sus setenta y cinco mil francos. Cuando se le vio liquidar la situación de la De Aurigny, pasó por su amante, se creyó que pagaba la totalidad de sus deudas, que hacía locuras por ella. Todas las manos se tendieron hacia él, el crédito volvió, formidable. Y en la Bolsa se bromeaba sobre su pasión con sonrisas y alusiones que le encantaban. Durante ese tiempo, Laure de Aurigny, puesta en primer plano por todo aquel jaleo, y en casa de la cual él no pasó ni una sola noche, fingía engañarlo con ocho o diez imbéciles seducidos por la idea de robar a un hombre tan colosalmente rico. En un mes, tuvo dos mobiliarios y más diamantes de los que había vendido. Saccard había adquirido la costumbre de ir a fumar un puro a su casa, por la tarde, al salir de la Bolsa; a menudo vislumbraba faldones de levita que huían, alarmados, entre las puertas. Cuando estaban solos, no podían mirarse sin reír. Él la besaba en la frente, como a una perversa cuya tunantería le entusiasmaba. No le daba un céntimo, e incluso una vez ella le prestó dinero, para una deuda de juego.

Renée quiso insistir, habló de empeñar al menos las joyas; pero su marido le hizo comprender que era imposible, que todo París esperaba vérselas al día siguiente. Entonces la joven, a la que la cuenta de Worms inquietaba, buscó otro expediente:

—Pero —exclamó de pronto—, mi negocio de Charonne marcha bien, ¿no? Usted me decía aún el otro día que los beneficios serían soberbios... ¿No me adelantaría Larsonneau los ciento treinta y seis mil francos?

Saccard, desde hacía un instante, olvidaba las tenazas entre sus piernas. Las cogió vivamente, se inclinó, casi desapareció en la chimenea, donde la

joven oyó sordamente su voz que murmuraba:

—Sí, sí, Larsonneau quizá pudiera...

Llegaba al fin, por sí sola, al punto a donde él la llevaba suavemente desde el inicio de la conversación. Hacía ya dos años que preparaba un golpe genial, por el lado de Charonne. Su mujer no había querido enajenar nunca los bienes de la tía Elisabeth; había jurado a esta última conservarlos intactos para legárselos a su hijo, si algún día era madre. Ante esta testarudez, la imaginación del especulador trabajó y acabó por edificar todo un poema. Era una obra de exquisita perversidad, un colosal timo cuyas víctimas serían la Villa, el Estado, su mujer y hasta Larsonneau. No volvió a hablar de vender los terrenos; sólo gemía cada día por lo tonto que era dejarlos improductivos, contentarse con una renta del dos por ciento. Renée, siempre apurada de dinero, acabó por aceptar la idea de una especulación. Él basó su operación en la certeza de una expropiación inminente, para la apertura del bulevar del Príncipe Eugenio, cuyo trazado aún no estaba claramente decidido. Y fue entonces cuando llevó a su antiguo cómplice Larsonneau, como un socio que cerró con su mujer un trato sobre las siguientes bases: ella aportaba los terrenos, que representaban un valor de quinientos mil francos; por su parte, Larsonneau se comprometía a edificar, en esos terrenos, hasta igual suma, una sala de café cantante, acompañada por un gran jardín, donde se instalarían juegos de todas clases, columpios, bolos, bochas, etc. Naturalmente, los beneficios se repartirían, lo mismo que las pérdidas se sufrirían a medias. En el caso de que uno de los socios quisiera retirarse, podría hacerlo, exigiendo su parte, de acuerdo con la tasación que se produciría. Renée pareció sorprendida por la elevada cifra de quinientos mil francos, cuando los terrenos valían a lo sumo trescientos mil. Pero él la persuadió de que era una hábil manera de atar más adelante las manos de Larsonneau, cuyas construcciones jamás alcanzarían tal suma.

Larsonneau se había convertido en un elegante vividor, bien enguantado, con camisas deslumbrantes y asombrosas corbatas. Tenía, para hacer sus diligencias, un tálburi fino como una obra de relojería, muy alto de pescante, y que conducía él mismo. Sus oficinas de la calle de Rivoli eran una serie de estancias suntuosas, donde no se veía la menor carpeta, el menor legajo. Sus empleados escribían en mesas de peral ennegrecido, taraceadas, adornadas con cobres cincelados. El adoptaba el título de agente de expropiaciones, un oficio nuevo creado por las obras de París. Sus contactos con el ayuntamiento lo informaban de antemano sobre la apertura de nuevas vías. Cuando había logrado que un inspector de vías le comunicase el trazado de un bulevar, iba a ofrecer sus servicios a los propietarios amenazados. Y ensalzaba sus recursillos para incrementar la indemnización, actuando antes del decreto de utilidad pública. En cuanto un propietario aceptaba sus ofertas, se hacía cargo

de todos los gastos, levantaba un plano de la propiedad, escribía un informe, seguía el asunto ante el tribunal, pagaba a un abogado, mediante un tanto por ciento de la diferencia entre la oferta de la Villa y la indemnización concedida por el jurado. Pero a estas tareas, más o menos confesables, unía otras varias. Prestaba sobre todo con usura. Ya no era el usurero de la vieja escuela, andrajoso, desaseado, de ojos blancos y mudos como piezas de cinco francos, de labios pálidos y apretados como los cordones de una bolsa. Él sonreía, lanzaba ojeadas encantadoras, se hacía vestir por Dusautoy, iba a almorzar a Brébant con su víctima, a quien llamaba «amiguito», ofreciéndole habanos a los postres. En el fondo, con sus chalecos ajustados al talle, Larsonneau era un terrible caballero que habría perseguido el cobro de un pagaré hasta el suicidio del firmante, sin perder nada de su amabilidad.

Saccard hubiera buscado de buena gana otro socio. Pero seguía sintiendo inquietudes a propósito del inventario falso que Larsonneau guardaba celosamente. Prefirió meterlo en el negocio, contando con aprovechar cualquier circunstancia para entrar en posesión de aquella pieza comprometedora. Larsonneau edificó el café cantante, una construcción de tablas y yeso, coronada por pináculos de hojalata, que mandó pintarrapear de amarillo y rojo. El jardín y los juegos tuvieron éxito en el populoso barrio de Charonne. Al cabo de dos años, la especulación parecía próspera, aunque los beneficios fueran en realidad muy escasos. Saccard, hasta entonces, sólo había hablado con entusiasmo a su mujer del futuro de tan buena idea.

Renée, viendo que su marido no se decidía a salir de la chimenea, donde su voz se ahogaba cada vez más, dijo:

—Iré hoy a ver a Larsonneau. Es mi único recurso.

Entonces él abandonó el leño con el que luchaba.

—La gestión está hecha, mi querida amiga —respondió sonriendo—. ¿Es que no me adelanto yo a todos sus deseos?... Vi a Larsonneau ayer por la tarde.

— ¿Y le prometió los ciento treinta y seis mil francos? —preguntó ella con ansiedad.

Él hacía, entre los dos leños que llameaban, una montañita de brasas recogiendo delicadamente, con la punta de las tenazas, los mínimos fragmentos de carbón, mirando con pinta satisfecha alzarse aquel cerro que construía con arte infinito.

— ¡Oh! ¡Qué prisas tiene!... —murmuró—. Ciento treinta y seis mil francos es una gran suma... Aunque Larsonneau sea un buen chico, su caja es todavía modesta. Está dispuesto a servirla...

Se demoraba, guiñando los ojos, reedificando una esquina del cerro que acababa de derrumbarse. Este juego empezaba a enredar las ideas de la joven. Siguió a su pesar el trabajo de su marido, cuya torpeza aumentaba. Se sentía tentada a darle consejos. Olvidándose de Worms, de la minuta, de la falta de dinero, acabó diciendo.

—Coloque ese pedazo gordo ahí encima; los otros resistirán.

Su marido la obedeció dócilmente, agregando:

—No puede encontrar más que cincuenta mil francos. De todos modos, es una buena cantidad a cuenta... Sólo que no quiere mezclar este asunto con el de Charonne. No es sino un intermediario, ¿comprende, amiga mía? La persona que presta el dinero pide intereses enormes. Querría un pagaré de ochenta mil francos, a seis meses vista.

Y habiendo coronado el cerro con un trozo de brasa puntiagudo, cruzó las manos sobre las tenazas mirando fijamente a su mujer.

— ¡Ochenta mil francos! —exclamó ésta—. ¡Pero es un robo!... ¿Es que me aconseja usted semejante locura?

—No —dijo él claramente—. Pero, si necesita indispensablemente el dinero, no se la prohíbo.

Se levantó como para retirarse. Renée, con cruel indecisión, miró a su marido y la minuta que éste dejaba sobre la chimenea. Acabó por cogerse la pobre cabeza entre las manos, murmurando:

— ¡Oh! ¡Estos negocios!... Tengo la cabeza rota, esta mañana... Vamos, firmaré ese pagaré de ochenta mil francos. Si no lo hiciera, me pondría enferma del todo. Me conozco, me pasaré el día en un horroroso combate... Prefiero hacer las tonterías en seguida. Eso me alivia.

Y habló de llamar para que le fueran a buscar papel timbrado. Pero él quiso prestarle ese servicio en persona. Sin duda llevaba el papel timbrado en el bolsillo, pues su ausencia duró apenas dos minutos. Mientras ella escribía en una mesita que él había empujado al amor de la lumbre, Saccard la examinaba con unos ojos en los que se encendía un asombroso deseo. Hacía mucho calor en el cuarto, lleno aún del despertar de la joven, de los aromas de su primer aseo. Al charlar, ella había dejado deslizarse los pliegues de la bata en la que se había arrebujado, y la mirada de su marido, de pie ante ella, se deslizaba sobre la cabeza inclinada, entre el oro de sus cabellos, más lejos, hasta las blancuras de su cuello y de su pecho. Sonreía con aire singular; el fuego ardiente que le había quemado la cara, la habitación cerrada donde la atmósfera cargada conservaba un olor de amor, los cabellos amarillos y la piel blanca que lo tentaban con una especie de desdén conyugal, lo volvían

soñador, amplificaban el drama brutal una de cuyas escenas acababa de representar, alumbraban algún secreto y voluptuoso cálculo en su carne brutal de agiotista.

Cuando su mujer le tendió el pagaré, rogándole que rematara el asunto, lo cogió, sin dejar de mirarla.

—Es usted maravillosamente hermosa... —murmuró.

Y, al agacharse ella para apartar la mesa, él la besó rudamente en el cuello. Renée lanzó un gritito. Después se levantó, estremecida, tratando de reír, pensando invenciblemente en los besos del otro, la víspera. Pero Saccard se arrepintió de aquel beso de cochero. La dejó, estrechándole amistosamente la mano, y prometiéndole que tendría los cincuenta mil francos esa misma noche. Renée dormitó todo el día ante el fuego. En las horas de crisis, tenía languideces de criolla. Entonces toda su turbulencia se volvía perezosa, friolenta, dormida. Tiritaba, necesitaba ascuas ardientes, un calor sofocante que ponía en su frente gotitas de sudor y la amodorraba. En aquella atmósfera candente, en aquel baño de llamas, casi no sufría; su dolor se convertía en una especie de ligero sueño, una vaga opresión, cuya propia indecisión acababa por ser voluptuosa. Fue así como meció hasta la noche sus remordimientos de la víspera, en la claridad roja del hogar, frente a un terrible fuego que hacía crujir los muebles a su alrededor, y que la desposeía, a ratos, de la conciencia de su ser. Pudo pensar en Maxime, como en un goce encendido cuyos rayos la quemaban; tuvo una pesadilla de extraños amores, en medio de leños, sobre lechos calentados al rojo. Céleste iba y venía, por el cuarto, con su semblante calmoso de sirvienta de sangre helada. Tenía orden de no dejar entrar a nadie; despidió incluso a las inseparables, Adeline de Espanet y Suzanne Haffner, de vuelta de un almuerzo que acababan de hacer juntas, en un hotelito alquilado por ellas en Saint-Germain. Sin embargo, al atardecer, cuando Céleste fue a decirle a su ama que Sidonie, la hermana del señor, quería hablar con ella, recibió la orden de dejarla pasar.

Sidonie no venía en general hasta la caída de la noche. Su hermano había conseguido, sin embargo, que se pusiera trajes de seda. Pero, sin saber cómo, por mucho que la seda que llevaba acabara de salir de la tienda, nunca parecía nueva; se arrugaba, perdía su brillo, semejava un pingo. Había accedido también a no llevar nunca su cesta a casa de los Saccard. En cambio, sus bolsillos desbordaban de papeles. Renée, a quien no podía convertir en una clienta razonable, resignada a las necesidades de la vida, le interesaba. La visitaba regularmente, con sonrisas discretas de médico que no quiere asustar a un enfermo diciéndole el nombre de su mal. Se compadecía de sus pequeñas miserias, como de pupas que ella curaría inmediatamente, si la joven quisiera. Esta última, que estaba en una de esas horas en las que uno necesita compasión, la dejaba entrar únicamente para decirle que tenía unos dolores de

cabeza intolerables.

— ¡Ay, guapita! —murmuró Sidonie deslizándose entre las sombras de la estancia—. Aquí se ahoga uno. Siempre sus dolores neurálgicos, ¿verdad? Son las penas. Se toma usted la vida demasiado a pecho.

—Sí, tengo muchas preocupaciones —respondió lánguidamente Renée.

Caía la noche. No había querido que Céleste encendiera una lámpara. Sólo el fuego lanzaba un gran resplandor rojo, que la iluminaba de lleno, tumbada, con su bata blanca de encajes que se volvían rosa. Al borde de la sombra, no se veía más que un trozo del vestido negro de Sidonie y sus dos manos cruzadas, cubiertas por guantes de algodón gris. Su voz tierna salía de las tinieblas.

— ¡Más penas de dinero! —dijo, como si hubiera dicho «penas de amor», en un tono lleno de dulzura y compasión.

Renée bajó los párpados, hizo un gesto de asentimiento.

— ¡Ah! Si mis hermanos me escucharan, seríamos todos ricos. Pero se encogen de hombros, cuando les hablo de esa deuda de tres mil millones, ya sabe... Tengo buenas esperanzas, no obstante. Hace diez años que quiero hacer un viaje a Inglaterra. ¡Tengo tan poco tiempo para mí!... Al fin me decidí a escribir a Londres, y espero la respuesta. —Y como la joven sonreía—: Ya sé, también usted es incrédula. Sin embargo, bien contenta que estaría si le hiciera un regalo, un día de éstos, de un lindo milloncito... Mire, la historia es muy simple: es un banquero de París que prestó dinero al hijo del rey de Inglaterra y, como el banquero murió sin herederos naturales, el Estado puede hoy exigir el reembolso de la deuda, con los intereses compuestos. He hecho el cálculo, asciende a dos mil novecientos cuarenta y tres millones doscientos diez mil francos... No tenga miedo, llegarán, llegarán.

—Entre tanto —dijo la joven con una pizca de ironía— debería usted conseguirme cien mil francos... Podría pagar a mi modisto, que me atormenta mucho.

—Cien mil francos se pueden encontrar —respondió tranquilamente Sidonie—. Sólo se trata de ponerles un precio.

El fuego brillaba; Renée, más lánguida, alargaba las piernas, enseñaba la punta de sus zapatillas, por el borde de la bata. La corredora prosiguió con su voz apiadada:

—Pobrecita mía, no se muestra usted muy razonable... Conozco a muchas mujeres, pero nunca he visto una tan poco preocupada por su salud. ¡Fíjese en la pequeña Michelin, sabe arreglárselas! Pienso en usted, a mi pesar, cuando la veo a ella dichosa y saludable... ¿Sabe usted que el señor De Saffré está loco

de amor y que ya le ha dado cerca de diez mil francos en regalos?... Creo que su sueño es tener una casa de campo. —Se animaba, buscaba en sus bolsillos—. Llevo aquí también una carta de una pobre joven... Si tuviéramos luz, se la dejaría leer... Imagínese que su marido no se ocupa de ella. Había firmado pagarés, se ha visto obligada a pedirle un préstamo a un señor que yo conozco. Fui yo la que retiré los pagarés de las garras de los alguaciles, y no ha sido sin dificultad... Esos pobres chicos, ¿cree usted que obran mal? Yo los recibo en mi casa como si de mi hijo y mi hija se tratara.

— ¿Conoce usted a un prestamista? —preguntó negligentemente Renée.

—Conozco a diez... Es usted demasiado bondadosa. Entre mujeres, ¿verdad?, podemos decirnos muchas cosas, y porque su marido sea mi hermano no voy a disculparlo por perseguir bribonas y dejar que se aburra al amor de la lumbre una preciosidad de mujer como usted... Esa Laure de Aurigny le cuesta un ojo de la cara. No me extrañaría que le hubiera negado a usted dinero. Se lo ha negado, ¿verdad?... ¡Oh! ¡Qué desgraciado!

Renée escuchaba complacientemente aquella voz blanda que salía de la sombra, como el eco vago de sus propios ensueños. Los párpados entornados, casi acostada en su sillón, ya no sabía que Sidonie estaba allí, creía soñar que la asaltaban malos pensamientos y la tentaban con gran dulzura. La corredora habló mucho tiempo, semejante a un agua tibia y monótona.

—Es la señora Lauwerens la que ha arruinado su existencia. Nunca quiso usted crearme. ¡Ah!, no estaría llorando en el rincón de su chimenea, si no hubiera desconfiado de mí... Y la quiero como a las niñas de mis ojos, guapísima. Tiene usted un pie encantador. Se va usted a burlar de mí, pero quiero contarle mis locuras: cuando hace tres días que no la he visto, necesito imperiosamente venir a admirarla; sí, me falta algo; necesito empaparme de su hermoso pelo, de su rostro tan blanco y delicado, de su esbelto talle... De veras, nunca vi un talle parecido.

Renée acabó por sonreír. Sus propios amantes no tenían ese calor, ese éxtasis absorto, al hablarle de su belleza. Sidonie vio esa sonrisa.

—Bueno, de acuerdo —dijo levantándose prestamente—. Charloteo y charloteo, y me olvido de que le caliento los cascos... Vendrá usted mañana, ¿verdad? Hablaremos de dinero, buscaremos un prestamista... Compréndalo, quiero que sea usted feliz.

La joven, sin moverse, desfallecida por el calor, respondió tras un silencio, como si hubiera necesitado un laborioso trabajo para comprender lo que se decía a su alrededor:

—Sí, iré, de acuerdo, y charlaremos; pero no mañana... Worms se contentará con un adelanto. Cuando me vuelva a atormentar, ya veremos... No

me hable más de esto. Tengo la cabeza rota por los negocios.

Sidonie pareció muy contrariada. Iba a volver a sentarse, a reanudar su monólogo acariciador; pero la actitud fatigada de Renée la obligó a dejar su ataque para más adelante. Se sacó del bolsillo un puñado de papeles, donde buscó y acabó por encontrar un objeto encerrado en una especie de caja rosa.

—Había venido a recomendarle un nuevo jabón —dijo recobrando su voz de corredora—. Me intereso mucho por el inventor, que es un jovencito encantador. Es un jabón muy suave, muy bueno para la piel. Lo probará, ¿verdad? y hablará de él a sus amigas... Lo dejo aquí, sobre la chimenea. — Estaba ya en la puerta y volvió otra vez, y, erguida en el resplandor rosa del fuego, con su cara de cera, se puso a elogiar una faja elástica, un invento destinado a sustituir a los corsés—. Le deja una cintura muy tentadora, una auténtica cintura de avispa... —decía—. He salvado eso de una quiebra. Cuando venga usted, se probará las muestras, si quiere... He tenido que andar de abogados durante una semana. El expediente está en mi bolsillo, y me voy ahora mismo a mi alguacil para eliminar una última oposición... Hasta pronto, monina. Ya sabe que la espero y que quiero enjugar sus hermosos ojos.

Se escurrió, desapareció. Renée ni siquiera la oyó cerrar la puerta. Permaneció allí, ante el fuego que moría, prolongando el sueño del día, la cabeza llena de cifras danzantes, oyendo a lo lejos las voces de Saccard y de Sidonie dialogar, ofrecerle sumas considerables, con el tono con que un tasador de subastas pone a la venta un mobiliario. Sentía en el cuello el beso brutal de su marido y, cuando se daba la vuelta, era a la corredora a quien encontraba a sus pies, con su traje negro, su rostro blando, dirigiéndole frases apasionadas, alabando sus perfecciones, implorando una cita amorosa, con la actitud de un amante cuya resignación está agotada. Eso la hacía sonreír. El calor, en la estancia, resultaba cada vez más sofocante. Y el estupor de la joven, los ensueños extravagantes que tenía, no eran sino un sueño ligero, un sueño artificial, en cuyo fondo volvía a ver siempre el pequeño reservado del bulevar, el ancho diván donde había caído de rodillas. Ya no sufría nada. Cuando abría los párpados, Maxime pasaba por el fuego rosa.

Al día siguiente, en el baile del Ministerio, la hermosa señora Saccard estuvo maravillosa. Worms había aceptado una entrega de cincuenta mil francos; ella salía de aquel apuro de dinero con risas de convaleciente. Cuando cruzó los salones, con su aparatoso vestido de falla rosa de larga cola Luis XIV, enmarcado por anchos encajes blancos, hubo un murmullo, los hombres se atropellaron para verla. Y los íntimos se inclinaban, con una discreta sonrisa de inteligencia, rindiendo homenaje a aquellos hermosos hombros, tan conocidos del todo París oficial, y que eran los firmes pilares del Imperio. Se había escotado con tal desprecio de las miradas, avanzaba tan tranquila y tan tierna en su desnudez, que casi no resultaba indecente. Eugéne Rougon, el

gran político, que notaba que ese pecho desnudo era aún más elocuente que su palabra en la Cámara, más dulce y persuasivo para hacer disfrutar de los encantos del reinado y convencer a los escépticos, acudió a felicitar a su cuñada por la feliz audacia de haber abierto su corpiño dos dedos más. Casi todo el Cuerpo legislativo estaba allí, y por la manera en que los diputados miraban a la joven el ministro se prometía un rotundo éxito, al día siguiente, en la delicada cuestión de los empréstitos de la Villa de París. No se podía votar contra un poder que hacía crecer, sobre el humus de los millones, una flor como esta Renée, una extraña flor voluptuosa, de carnes de seda, de desnudeces de estatua, vivo goce que dejaba tras de sí un olor de tibio placer. Pero la comidilla del baile entero fue el tembleque y el collar. Los hombres conocían las joyas. Las mujeres se las señalaban con la mirada, furtivamente. No se habló de otra cosa en todo el sarao. Y los salones extendían su espacio, en la luz blanca de las arañas, llenos de un tropel resplandeciente, como una confusión de astros caídos en un rincón demasiado angosto.

Hacia la una, Saccard desapareció. Había saboreado el éxito de su mujer como un hombre al que el golpe de efecto le ha salido bien. Acababa de consolidar su crédito. Un negocio lo llamaba a casa de Laure de Aurigny, y escapó rogando a Maxime que acompañase a Renée a casa, después del baile.

Maxime se pasó la noche, prudentemente, al lado de Louise de Mareuil, ocupadísimos los dos en hablar horrorosamente mal de las mujeres que iban y venían. Y cuando habían encontrado una locura mayor que las otras, ahogaban sus risas en el pañuelo. Renée tuvo que ir a pedir el brazo al joven, para salir de los salones. En el coche, se mostró de una alegría nerviosa; estaba aún toda vibrante por la embriaguez de luz, de perfumes y de ruidos que acababa de cruzar. Parecía, además, haber olvidado su «tontería» del bulevar, como decía Maxime. Se limitó a preguntarle, con singular tono de voz:

— ¿Conque es muy divertida, esa jorobadita de Louise?

— ¡Oh! Muy divertida... —respondió el joven riendo aún—. ¿Viste a la duquesa de Sternich, con un pájaro amarillo en el pelo, verdad?... Pues Louise pretende que es un pájaro mecánico que bate las alas y que grita: ¡Cucú! ¡Cucú! al pobre duque, al dar las horas.

A Renée le pareció muy cómica esta broma de interna emancipada. Cuando hubieron llegado, y como Maxime iba a despedirse de ella, le dijo:

— ¿No subes? Seguramente Céleste me ha preparado un tentempié.

Él subió, con su abandono ordinario. Arriba no había tentempié, y Céleste estaba acostada. Renée tuvo que encender las velas de un pequeño candelabro de tres brazos. Su mano temblaba un poco.

—Esa boba —decía, hablando de su doncella— habrá entendido mal mis

órdenes... Nunca podré desvestirme sola.

Pasó a su tocador. Maxime la siguió, para contarle una nueva frase de Louise que se le venía a la memoria, tan tranquilo como si se le hubiera hecho tarde en casa de un amigo, buscando ya su cigarrera para encender un puro. Pero allí, después de dejar el candelabro, ella se volvió y cayó en los brazos del joven, muda e inquietante, pegando su boca a la de él.

Las habitaciones privadas de Renée eran un nido de seda y encaje, una maravilla de lujo coqueto. Un gabinete muy pequeño precedía al dormitorio. Las dos piezas formaban una sola, o al menos el gabinete casi no era más que el umbral del dormitorio, una gran alcoba, guarnecida de tumbonas, sin puerta, cerrada por un doble portier. Las paredes, en una y otra pieza, se hallaban tapizadas con una tela de seda mate gris lino, briscada con enormes ramos de rosas, de lilas blancas y de botones de oro. Las cortinas y los portiers eran de guipur de Venecia, colocado sobre un forro de seda, de franjas alternas grises y rosas. En el dormitorio, la chimenea de mármol blanco, una auténtica joya, desplegaba, como un canastillo de flores, sus incrustaciones de lapislázuli y mosaicos preciosos, que reproducían las rosas, las lilas y los botones de oro del tapizado. Una gran cama gris y rosa, cuya madera no se veía, recubierta por tela y acolchada, y cuya cabecera se apoyaba en la pared, llenaba toda una mitad del dormitorio con su oleada de colgaduras, sus guipures y su seda briscada de ramos, que caían desde el techo hasta la alfombra. Era como un traje femenino, redondeado, recortado, acompañado de polisones, lazos, volantes; y la ancha cortina que se hinchaba, semejante a una falda, hacía soñar con una gran amante, inclinada, desfalleciente, a punto de derrumbarse sobre las almohadas. Bajo las cortinas, era un santuario, batistas plisadas con plieguecitos, una nube de encajes, toda clase de cosas delicadas y transparentes, que se ahogaban en una media luz religiosa. Al lado de la cama, de aquel monumento cuya amplitud devota recordaba una capilla engalanada para una fiesta, los otros muebles desaparecían: asientos bajos, una psique de dos metros, muebles provistos de infinidad de cajones. En el suelo, la alfombra, de un gris azulado, estaba sembrada de rosas pálidas deshojadas. Y a ambos lados de la cama, había dos grandes pieles de oso negro, guarnecidas de terciopelo rosa, con uñas de plata, y cuyas cabezas, vueltas hacia la ventana, miraban fijamente al cielo vacío con sus ojos de cristal.

Esta habitación tenía una dulce armonía, un silencio ahogado. Ninguna nota demasiado aguda, reflejo de metal, dorado brillante, cantaba en la frase soñadora del rosa y del gris. El propio juego de chimenea, el marco del espejo, el reloj, los pequeños candelabros, estaban hechos con viejas piezas de Sèvres, y apenas dejaban ver el cobre dorado de las monturas. Una maravilla de decoración, sobre todo el reloj, con su ronda de amores mofletudos, que bajaban, se inclinaban en torno a la esfera, como una pandilla de chiquillos

desnudos que se burlasen de la rápida marcha de las horas. Este lujo suavizado, estos colores y estos objetos que el gusto de Renée había querido tiernos y sonrientes, ponían allí un crepúsculo, una luz de alcoba en la cual se han corrido las cortinas. Parecía que la cama continuara, que la pieza entera fuera una cama inmensa, con sus alfombras, sus pieles de oso, sus asientos acolchados, su tapizado guateado, que prolongaban la blandura del suelo por las paredes, hasta el techo. Y, como en un lecho, la joven dejaba allí, sobre todas esas cosas, la huella, la tibieza, el perfume de su cuerpo. Cuando uno apartaba el doble portier del gabinete, parecía como si levantase un cubrecama de seda, como si entrase en un gran tálamo todavía cálido y húmedo y encontrase, sobre las telas finas, las formas adorables, el sueño y los ensueños de una parisiense de treinta años.

Una pieza contigua, el vestidor, gran habitación tapizada de cretona antigua, estaba rodeada simplemente por altos armarios de palo de rosa, donde se encontraba colgado el ejército de los vestidos. Céleste, muy metódica, alineaba los vestidos por orden de antigüedad, los etiquetaba, metía la aritmética entre los caprichos amarillos o azules de su ama, mantenía el vestidor en un recogimiento de sacristía y con una limpieza de cuadra de lujo. No había un solo mueble, y no se veía un trapo; los paneles de los armarios relucían, fríos y netos, como los paneles barnizados de un cupé.

Pero la maravilla de las habitaciones, la pieza de la cual hablaba todo París, era el tocador. Se decía: «El tocador de la hermosa señora Saccard», como se dice: «La galería de los espejos de Versalles». Este tocador se encontraba en una de las torrecillas del palacete, justamente encima de la salita botón de oro. Uno pensaba, al entrar en él, en una ancha tienda redonda, una tienda de cuento de hadas,alzada en pleno sueño por alguna guerrera enamorada. En el centro del techo, una corona de plata cincelada retenía los paños de la tienda que iban, redondeándose, a unirse a la pared, desde donde caían rectos hasta el piso. Esos paños, esas ricas colgaduras, estaban hechos de un viso de seda rosa recubierto por una muselina muy clara, plisada a grandes pliegues de trecho en trecho; un aplique de guipur separaba los pliegues, y junquillos de plata grabada bajaban de la corona, corrían a lo largo de la colgadura, a los dos lados de cada aplique. El gris rosado del dormitorio se aclaraba aquí, se convertía en un blanco rosado, una carne desnuda. Y, bajo esa cuna de encaje, bajo esas cortinas que sólo dejaban ver del techo, por el angosto hueco de la corona, un agujero azulado, donde Chaplin había pintado un riente amor, que miraba y aprestaba su flecha, daba la impresión de que uno se encontraba en el fondo de una bombonera, en un precioso cofre de joyas, agrandado, no ya hecho para el brillo de un diamante, sino para la desnudez de una mujer. La alfombra, de nivea blancura, se extendía sin la menor siembra de flores. Un armario de luna, con los dos paneles incrustados de plata; una tumbona, dos pufs, taburetes de raso blanco; una gran mesa de tocador, con superficie de

mármol rosa, y cuyas patas desaparecían bajo los volantes de muselina y guipur, amueblaban la pieza. Los cristales de la mesa de tocador, los vasos, los jarrones, la bandeja, eran de viejo bohemia vetado en rosa y blanco. Y había aún otra mesa, incrustada de plata como el armario de luna, donde se hallaba alineado el material, los chismes de tocador, extravagante equipo que desplegaba un considerable número de pequeños instrumentos cuyo uso no se entendía, rascadores, polissoirs, limas de todos los tamaños y de todas las formas, tijeras rectas y curvas, todas las variedades de pinzas y horquillas. Cada uno de estos objetos, de plata y marfil, estaba marcado con las iniciales de Renée.

Pero el tocador tenía un rincón delicioso, y era sobre todo ese rincón el que le daba fama. Frente a la ventana, los paños de la tienda se abrían y descubrían, al fondo de una especie de alcoba larga y poco profunda, una bañera, una pila de mármol rosa, hundida en el piso y cuyos bordes acanalados como los de una gran concha llegaban a ras de la alfombra. Se bajaba a la bañera por unos escalones de mármol. Encima de los grifos de plata, de cuello de cisne, un espejo veneciano, troquelado, sin marco, con dibujos esmerilados en el cristal, ocupaba el fondo de la alcoba. Cada mañana, Renée tomaba un baño de unos minutos. Ese baño llenaba para todo el día el tocador de humedad, de un olor a carne fresca y mojada. A veces, un frasco destapado, un jabón que había quedado fuera de su caja, ponían un aroma más violento en aquella languidez un poco sosa. A la joven le gustaba quedarse allí, hasta mediodía, casi desnuda. La tienda redonda, también, estaba desnuda. Aquella bañera rosa, aquellas mesas y jofainas rosa, aquella muselina del techo y las paredes, bajo la cual creía uno ver circular una sangre rosa, adoptaban redondeces de carne, redondeces de hombros y de senos; y, según la hora del día, se habría dicho la piel nevosa de una niña o la piel cálida de una mujer. Era una inmensa desnudez. Cuando Renée salía del baño, su cuerpo rubio no añadía sino un poco de rosa a toda la carne rosa de la habitación.

Fue Maxime el que desvistió a Renée. Entendía de eso, y sus ágiles manos adivinaban las horquillas, corrían alrededor de su talle con una ciencia innata. La despeinó, le quitó los diamantes, volvió a peinarla para la noche. Y como mezclaba con su oficio de camarera y peluquero bromas y caricias, Renée reía, con una carcajada ahogada, mientras la seda de su corpiño crujía y sus faldas se desataban una a una. Cuando se vio desnuda, sopló las velas del candelabro, cogió a Maxime por la cintura y casi lo arrastró al dormitorio. Aquel baile había acabado de embriagarla. En su fiebre, tenía conciencia del día transcurrido la víspera al amor de la lumbre, de ese día de estupor ardiente, de sueños vagos y risueños. Seguía oyendo dialogar las voces secas de Saccard y de Sidonie, gritando cifras, con gangueos de ujier. Eran personas que la abrumaban, que la empujaban al crimen. E incluso, a esa hora, cuando buscaba sus labios, en el fondo del gran lecho oscuro, seguía viendo a Maxime en

medio del fuego de la víspera, mirándola con ojos que la quemaban.

El joven sólo se retiró a las seis de la mañana. Ella le dio la llave de la puertecita del parque Monceau, haciéndole jurar que volvería todas las noches. El tocador comunicaba con el salón botón de oro por una escalera de servicio escondida en el muro, y que unía todas las piezas de la torrecilla. Desde el salón, era fácil pasar al invernadero y llegar al parque.

Al salir con las primeras luces, entre una espesa niebla, Maxime estaba un poco aturdido por su buena suerte. La aceptó, por lo demás, con sus cortesías de ser neutro.

«¡Qué le vamos a hacer! —pensaba—, es ella quien lo quiere, a fin de cuentas... Está admirablemente bien formada; y tenía razón ella, es dos veces más divertida en la cama que Sylvia».

Se habían deslizado hacia el incesto desde el día en que Maxime, con su raída chaqueta de colegial, se había colgado del cuello de Renée, arrugando su casaca de la guardia francesa. Hubo, desde entonces, entre ellos, una larga perversión de todos los instantes. La extraña educación que la joven daba al niño; las familiaridades que hicieron de ellos dos compañeros; más adelante, la risueña audacia de sus confidencias; toda esa promiscuidad peligrosa acabó por unirlos con un lazo singular, en el que las alegrías de la amistad resultaban casi satisfacciones carnales. Se habían entregado el uno al otro desde hacía años; el acto brutal no fue sino la crisis aguda de esta inconsciente enfermedad de amor. En el mundo enloquecido en el cual vivían, su falta había crecido como bajo un estiércol fértil en jugos equívocos; se había desarrollado con extraños refinamientos, entre particulares condiciones de desenfreno. Cuando la gran calesa los llevaba al Bosque y rodaban suavemente a lo largo de las avenidas, contándose obscenidades al oído, buscando en su infancia las indecencias del instinto, eso no era sino una desviación y una satisfacción inconfesada de sus deseos. Se sentían vagamente culpables, como si se hubieran rozado con una caricia, e incluso ese pecado original, esa languidez de las conversaciones licenciosas que los cansaba con voluptuosa fatiga, les cosquilleaba aún más dulcemente que unos besos claros y positivos. Su camaradería fue así la marcha lenta de dos enamorados, que debía fatalmente conducirlos un día al reservado del Café Riche y a la gran cama gris y rosa de Renée. Cuando se encontraron uno en brazos del otro, no sintieron la sacudida de la culpa. Eran como unos viejos amantes, cuyos besos tenían remembranzas. Y acababan de perder tantas horas en un contacto de todo su ser, que hablaban a su pesar de aquel pasado lleno de ternuras ignorantes.

— ¿Te acuerdas del día en que llegué a París? —decía Maxime—; ¡llevabas un traje muy gracioso! y, con mi dedo, tracé un ángulo sobre tu pecho, te aconsejé un escote en punta... Sentía tu piel bajo la blusa, y mi dedo

se hundía un poco... Era estupendo...

Renée reía, besándolo, murmurando:

—Eras ya un viciosillo... ¡Cómo nos has divertido, en Worms, te acuerdas! Te llamábamos «nuestro hombrecito». Siempre he creído que la gorda de Suzanne se habría dejado perfectamente, si no la hubiese vigilado la marquesa con ojos furibundos.

— ¡Ah!, sí, nos hemos reído a gusto... —murmuraba el joven—. El álbum de fotografías, ¿no?, y todo lo demás, nuestras compras por París, nuestras meriendas en la pastelería del bulevar; ya sabes, aquellos pastelillos de fresa que adorabas... Me acordaré siempre de aquella tarde en la que me contaste la aventura de Adeline, en el convento, cuando escribía cartas a Suzanne, y firmaba como un hombre: Arthur de Espanet, proponiéndole raptarla... —Los amantes se alegraban aún más con esta divertida historia; después Maxime continuaba con su voz mimosa—: Cuando venías a buscarme al colegio en tu coche, debíamos de resultar muy cómicos los dos... Yo desaparecía bajo tus faldas, de pequeño que era.

—Sí, sí —balbucía ella, con escalofríos, atrayendo al joven—, era estupendo, como tú dices... Nos amábamos sin saberlo, ¿verdad? Yo lo he sabido antes que tú. El otro día, al regresar del Bosque, rocé tu pierna, y me estremecí... Pero tú no te diste cuenta de nada, ¿eh? ¿No pensabas en mí?

— ¡Oh, sí! —respondía él, un poco cortado—. Sólo que no sabía, ya comprendes... No me atrevía.

Mentía. La idea de poseer a Renée nunca se le había ocurrido claramente. La había rozado con todo su vicio sin desearla realmente. Era demasiado blando para ese esfuerzo. Aceptó a Renée porque ésta se le impuso, y resbaló hasta su lecho sin quererlo, sin preverlo. Cuando hubo rodado hasta allí, se quedó, porque estaba al calor, y porque se quedaba en el fondo de todos los agujeros donde caía. En los comienzos, incluso saboreó satisfacciones de amor propio. Era la primera casada que poseía. No pensaba que el marido era su padre.

Pero Renée aportaba a su falta todos los ardores de un corazón extraviado. También ella había resbalado por la pendiente. Sólo que no había rodado hasta el final como una carne inerte. El deseo se había despertado en ella demasiado tarde para combatirlo, cuando la caída resultaba fatal. Aquella caída se le apareció bruscamente como una necesidad de su hastío, como un goce raro y supremo, único que podía despertar sus sentidos cansados, su corazón herido. Fue durante aquel paseo otoñal, en el crepúsculo, cuando el Bosque se dormía, cuando se le ocurrió la vaga idea del incesto, semejante a un cosquilleo que le dejó a flor de piel un temblor desconocido; y, por la noche, en la

semiembriaguez de la cena, bajo el azote de los celos, esa idea se precisó, se alzó ardientemente ante ella, en medio de las llamas del invernadero, frente a Maxime y Louise. En ese momento, quiso el mal, el mal que nadie comete, el mal que iba a llenar su existencia vacía y a meterla por fin en el infierno, al que seguía teniendo miedo, como cuando era niña. Después, al día siguiente, ya no quiso, por una extraña sensación de remordimiento y de cansancio. Le parecía que había pecado ya, que no era tan bueno lo que pensaba, y que sería verdaderamente demasiado sucio. La crisis debía ser fatal, llegar por sí misma, al margen de estos dos seres, de estos compañeros que estaban destinados a equivocarse un buen día, a acoplarse, creyendo darse un apretón de manos. Pero, después de aquella caída tan tonta, volvió a soñar su sueño de un placer sin nombre, y entonces cogió a Maxime entre sus brazos, curiosa de él, curiosa de las alegrías crueles de un amor que miraba como un crimen. Su voluntad aceptó el incesto, lo exigió, pretendió saborearlo hasta el fin, hasta los remordimientos, si es que llegaban. Fue activa, consciente. Amó con su arrebató de gran mundana, sus prejuicios inquietos de burguesa, todos los combates, las alegrías y los ascos de mujer que se ahoga en su propio desprecio.

Maxime regresó cada noche. Llegaba por el jardín, hacia la una. A menudo Renée lo esperaba en el invernadero, que él tenía que cruzar para llegar a la salita. Eran, por lo demás, de una impudicia perfecta, ocultándose apenas, olvidando las preocupaciones más clásicas del adulterio. Aquel rincón del palacete, cierto es, les pertenecía. Baptiste, el ayuda de cámara del marido, era el único que tenía derecho a entrar allí, y Baptiste, como hombre serio, desaparecía en cuanto su servicio había acabado. Maxime pretendía incluso, riendo, que se retiraba a escribir sus memorias. Una noche, no obstante, cuando él acababa de llegar, Renée se lo mostró cruzando solemnemente el salón, con una palmatoria en la mano. El alto criado, con su aspecto de ministro, iluminado por la luz amarilla de la cera, tenía, esa noche, un rostro más correcto y aún más severo que de costumbre. Asomándose, los dos amantes le vieron soplar su vela y dirigirse hacia las cuadras, donde dormían los caballos y los palafreneros.

—Hace su ronda —dijo Maxime.

Renée empezó a temblar. Baptiste la inquietaba de ordinario. A veces decía que era el único hombre honrado del palacete, con su frialdad, sus miradas que no se detenían nunca en los hombros de las mujeres.

Adoptaron entonces cierta prudencia para verse. Cerraban las puertas de la salita, y así podían disfrutar con toda tranquilidad de aquella sala, del invernadero y de las habitaciones de Renée. Era todo un mundo. Saborearon allí, durante los primeros meses, las alegrías más refinadas, las más delicadamente rebuscadas. Pasearon sus amores desde la gran cama gris y rosa

del dormitorio a la desnudez rosa y blanca del tocador y a la sinfonía en amarillo menor de la salita. Cada pieza, con su olor particular, sus colgaduras, su vida propia, les daba una ternura diferente, hacía de Renée otra enamorada: fue delicada y bonita en su tálamo acolchado de gran dama, en medio de aquella habitación tierna y aristocrática, donde el amor adquiriría un recogimiento de buen gusto; bajo la tienda de color carne, entre los perfumes y la languidez húmeda de la bañera, se mostró mujerzuela caprichosa y carnal, entregándose al salir del baño, y fue allí donde Maxime la prefirió; después, abajo, en la clara salida de sol de la salita, en medio de esa aurora amarillenta que doraba sus cabellos, se convirtió en diosa, con su cabeza de Diana rubia, sus brazos desnudos que tenían castas actitudes, su cuerpo puro, cuyas posturas, en los confidentes, encontraban líneas nobles de una gracia antigua. Pero había un lugar donde Maxime casi sentía miedo, y donde Renée sólo lo llevaba los días malos, los días en los que tenía necesidad de una embriaguez más acre. Entonces se amaban en el invernadero. Era allí donde saboreaban el incesto.

Una noche, en una hora de angustia, la joven había querido que su amante fuese a buscar una de sus pieles de oso negro. Después se habían acostado sobre aquella alfombra de tinta, al borde de un estanque, en el gran sendero circular. Fuera, helaba terriblemente, en un límpido claro de luna. Maxime había llegado temblando, con las orejas y los dedos helados. El invernadero se encontraba tan caldeado que él sufrió un desmayo, sobre la piel del animal. Entraba en una llama tan pesada, al salir de los pinchazos secos del frío, que experimentaba escozor, como si lo hubieran golpeado con varas. Cuando volvió en sí, vio a Renée arrodillada, inclinada, con los ojos fijos, una actitud brutal que le dio miedo. El pelo caído, los hombros desnudos, ella se apoyaba en los puños, con el espinazo arqueado, semejante a una gata de ojos fosforescentes. El joven, acostado de espaldas, vio, por encima de los hombros de aquella adorable bestia enamorada que lo miraba, la esfinge de mármol, cuyos muslos relucientes iluminaba la luna. Renée tenía la postura y la sonrisa del monstruo con cabeza de mujer, y, con sus faldas desatadas, parecía la hermana blanca de aquella diosa negra.

Maxime languidecía. El calor era sofocante, un calor oscuro, que no caía del cielo en lluvia de fuego, sino que se arrastraba por el suelo, como una exhalación malsana, y cuyo vaho ascendía, similar a una nube cargada de tormenta. Una cálida humedad cubría a los amantes de un rocío, de un sudor ardiente. Durante mucho tiempo, estuvieron sin gestos ni palabras, en aquel baño de llamas, Maxime, derribado e inerte, Renée, temblorosa sobre sus muñecas como sobre jarretes ágiles y nerviosos. Fuera, por los pequeños cristales del invernadero, se veían perspectivas del parque Monceau, grupos de árboles con finos festones negros, cuadros de césped blancos como lagos helados, todo un paisaje muerto, cuyas delicadezas y cuyos tonos claros y lisos

recordaban rincones de grabados japoneses. Y aquel trozo de tierra ardiente, aquel tálamo inflamado donde los amantes se tendían, hervía extrañamente en medio de este gran frío mudo.

Tuvieron una noche de loco amor. Renée era el hombre, la voluntad apasionada y activa. Maxime se sometía. Aquel ser neutro, rubio y guapo, herido desde la infancia en su virilidad, se convertía, en los brazos curiosos de la joven, en una profesional perfecta, con sus miembros depilados, sus delgadeces graciosas de efebo romano. Parecía nacido y criado para una perversión de la voluptuosidad. Renée gozaba con su dominio, doblegaba bajo su pasión a aquella criatura en la cual el sexo seguía vacilando. Constituía para ella un continuo asombro del deseo, una sorpresa de los sentidos, una extraña sensación de malestar y de placer agudo. Ya no sabía; volvía con dudas sobre su piel fina, su cuello torneado, sus abandonos y sus desmayos. Experimentó entonces una hora de plenitud. Maxime, revelándole un estremecimiento nuevo, completó sus vestidos locos, su lujo prodigioso, su vida a ultranza. Puso en su carne la nota excesiva que cantaba ya en torno a ella. Fue el amante a juego con las modas y las locuras de la época. Aquel guapo chico, cuyas chaquetas mostraban sus frágiles formas, aquella chica fallida, que paseaba por los bulevares, con raya al medio, con risitas y sonrisas aburridas, resultó, en manos de Renée, una de esas liviandades de decadencia que, en ciertos momentos, en una nación podrida, agota una carne y perturba una inteligencia.

Y era sobre todo en el invernadero donde Renée era el hombre. La ardiente noche que pasaron allí fue seguida por otras varias. El invernadero amaba, ardía con ellos. En el aire pesado, en la claridad blanquecina de la luna, veían el mundo extraño de las plantas que los rodeaban moverse confusamente, intercambiar abrazos. La piel de oso ocupaba todo el sendero. A sus pies, el estanque humeaba, lleno de un hormigueo, de un espeso entrelazamiento de raíces, mientras la estrella rosa de las ninfeas se abría, a flor de agua, como un corpiño virginal, y las monstera dejaban caer sus ramas, semejantes a cabelleras de Nereidas desfallecidas. Después, a su alrededor, las palmeras, los grandes bambúes de la India, se alzaban, llegaban hasta la cimbra, donde se inclinaban y mezclaban sus hojas, con actitudes tambaleantes de amantes cansados. Más abajo, los helechos, los pteris, las alsófilas, eran como damas verdes, con sus anchas faldas guarnecidas de volantes regulares, que, mudas e inmóviles al borde del sendero, esperaban el amor. A su lado, las hojas retorcidas, manchadas de rojo, de las begonias, y las hojas blancas, en punta de lanza, de los caladios, ponían un séquito vago de magulladuras y palideces, que los amantes no se explicaban, y donde encontraban a veces redondeces de caderas y rodillas, tendidas en tierra, bajo la brutalidad de caricias sangrientas. Y los plátanos, doblándose bajo los racimos de sus frutos, les hablaban de las feraces fertilidades del suelo, mientras que los euforbios de Abisinia, cuyos cirios espinosos vislumbraban en la sombra, contrahechos, llenos de jorobas

vergonzosas, les parecía que rezumaban la savia, el flujo desbordante de aquella generación de llamas. Pero, a medida que sus miradas se hundían en los rincones del invernadero, la oscuridad se llenaba de un desenfreno de hojas y tallos aún más furioso; ya no distinguían, sobre las gradas, las marantas suaves como terciopelo, las gloxíneas de campanas violetas, las dracenas semejantes a láminas de vieja laca barnizada; era una ronda de hierbas vivientes que se perseguían con una ternura insatisfecha. En las cuatro esquinas, en el punto donde cortinas de bejucos disponían glorietas, su sueño carnal enloquecía aún más, y los vástagos ágiles de las vainillas, de las cocas de Levante, de los quiscualis, de la bohínias, eran los brazos interminables de enamorados que no se veían, y que alargaban perdidamente su abrazo, para atraer todas las alegrías dispersas. Esos brazos sin fin colgaban con lasitud, se anudaban en un espasmo de amor, se buscaban, se enrollaban como para el celo de una muchedumbre. Era el celo inmenso del invernadero, de aquel rincón de selva virgen donde llameaban las frondas y las floraciones de los trópicos.

Maxime y Renée, los sentidos falseados, se sentían arrastrados a aquellas nupcias poderosas de la tierra. El suelo, a través de la piel de oso, les quemaba la espalda, y, de las altas palmas, caían sobre ellos gotas de calor. La savia que ascendía por los flancos de los árboles penetraba en ellos también, les inspiraba locos deseos de crecimiento inmediato, de reproducción gigantesca. Entraban en el celo del invernadero. Era entonces, en medio del pálido fulgor, cuando los embotaban visiones, pesadillas en las cuales asistían largamente a los amores de las palmeras con los helechos; el follaje adoptaba apariencias confusas y equívocas, que sus deseos fijaban en imágenes sensuales; murmullos, cuchicheos les llegaban de los macizos, voces desmayadas, suspiros de éxtasis, gritos ahogados de dolor, risas lejanas, todo lo que sus propios besos tenían de parlanchín, y que el eco les devolvía. A veces se creían sacudidos por un temblor del suelo, como si la propia tierra, en una crisis de hartura, hubiera prorrumpido en sollozos voluptuosos.

Si hubieran cerrado los ojos, si el calor sofocante y la luz pálida no hubieran infundido en ellos una depravación de todos los sentidos, los olores habrían bastado para sumirlos en un eretismo nervioso extraordinario. El estanque los bañaba en un aroma acre, profundo, por el que pasaban los mil perfumes de las flores y del verdor. A veces, la vainilla cantaba con arrullos de paloma torcaz; después llegaban las notas rudas de las stanhopeas, cuyas bocas atigradas tienen un aliento fuerte y amargo de convaleciente. Las orquídeas, en sus cestas sujetas por cadenitas, exhalaban sus soplos, semejantes a incensarios vivos. Pero el olor dominante, el olor en el cual se fundían todos esos vagos suspiros, era un olor humano, un olor de amor, que Maxime reconocía, cuando besaba la nuca de Renée, cuando hundía su cabeza entre sus cabellos sueltos. Y quedaban embriagados por ese olor de mujer enamorada,

que rondaba por el invernadero, como por una alcoba donde la tierra pariese.

De ordinario, los amantes se acostaban bajo la tanguinia de Madagascar, bajo ese arbusto envenenado del que la joven había mordido una hoja. En torno a ellos, reían blancuras de estatuas, al mirar el acoplamiento enorme de las frondas. La luna, que giraba, desplazaba los grupos, animaba el drama con su luz cambiante. Y ellos estaban a mil leguas de París, al margen de la vida fácil del Bosque y de los salones oficiales, en el rincón de una selva de la India, de algún templo monstruoso, cuyo dios era la esfinge de mármol negro. Sentían que rodaban hacia el crimen, hacia el amor maldito, hacia una ternura de fieras. Todo el pulular que los rodeaba, el hormigueo sordo del estanque, la impudicia desnuda de los follajes, los arrojaban al pleno infierno dantesco de la pasión. Era entonces, en el fondo de esta jaula de cristal, hirviente toda de las llamas del estío, perdida en el frío claro de diciembre, cuando saboreaban el incesto, como fruto criminal de una tierra demasiado caldeada, con el temor sordo de su tálamo aterrador.

Y, en el centro de la piel negra, el cuerpo de Renée blanqueaba, en su actitud de gran gata agazapada, el espinazo arqueado, las muñecas tensas, como jarretes ágiles y nerviosos. Estaba toda henchida de voluptuosidad, y las líneas claras de sus hombros y de sus caderas se destacaban con sequedades felinas sobre la mancha de tinta con que la piel ennegrecía la arena amarilla del sendero. Acechaba a Maxime, esa presa derribada debajo de ella, que se abandonaba, a quien poseía por entero. Y de vez en cuando, se inclinaba bruscamente, lo besaba con su boca irritada. Su boca se abría entonces con el brillo ávido y sangriento del hibisco de la China, cuyo tapiz cubría el costado del hotel. Ella ya no era más que una hija ardiente del invernadero. Sus besos florecían y se ajaban, como las flores rojas de la gran malva, que duran apenas unas horas, y que renacen sin cesar, semejantes a los labios magullados e insaciables de una Mesalina gigante.

Capítulo 5

El beso que había dado en el cuello a su mujer preocupaba a Saccard. Hacía tiempo que ya no usaba sus derechos de marido; la ruptura se había producido naturalmente, pues ni el uno ni la otra se inquietaban por una unión que les estorbaba. Para que él pensase en volver a entrar en el dormitorio de Renée, tenía que haber algún buen negocio al final de sus ternuras conyugales.

El golpe de fortuna de Charonne marchaba bien, aunque perduraban las inquietudes sobre su desenlace. Larssonneau, con sus camisas resplandecientes, sonreía de una forma que le desagradaba. No era sino un mero intermediario,

un testaferro a quien le pagaba su solicitud con un interés del diez por ciento sobre los futuros beneficios. Pero, aunque el agente de expropiaciones no hubiera metido un céntimo en el negocio, y aunque Saccard, tras haber provisto los fondos del café cantante, hubiera tomado todo tipo de precauciones, contraventa, letras cuya fecha quedaba en blanco, recibos dados por adelantado, no por ello dejaba de experimentar un sordo temor, un presentimiento de alguna traición. Olfateaba, en su cómplice, la intención de hacerle chantaje, con ayuda de aquel inventario falso que guardaba celosamente, y al cual debía únicamente su participación en el negocio.

Por ello los dos compinches se estrechaban vigorosamente las manos. Larsonneau calificaba a Saccard de «querido maestro». Sentía, en el fondo, verdadera admiración por aquel equilibrista, cuyos ejercicios en la cuerda floja de la especulación seguía como un aficionado. La idea de engañarlo le hacía ilusión como una voluptuosidad rara y picante. Acariciaba un plan todavía vago, sin saber demasiado bien cómo emplear el arma que poseía, y con la cual temía cortarse él. Se sentía, por otra parte, a merced de su antiguo colega. Los terrenos y las construcciones que unos inventarios sabiamente calculados tasaban ya en cerca de dos millones, y que no valían la cuarta parte de esta suma, acabarían desbaratándose en una quiebra colosal si el hada de la expropiación no los tocaba con su varita de oro. Según los planes primitivos, que habían podido consultar, el nuevo bulevar, abierto para enlazar el parque de artillería de Vincennes con el cuartel del Príncipe Eugenio, y situar este parque en el corazón de París rodeando el faubourg Saint-Antoine, se llevaba parte de los terrenos; pero quedaba aún el temor de que se vieran apenas tocados de refilón y que la ingeniosa especulación del café cantante fracasase por su propia impudencia. En este caso, Larsonneau se quedaría con una delicada aventura a costas. Este peligro, no obstante, no le impedía, a pesar de su papel forzosamente secundario, estar consternado, cuando pensaba en el menguado diez por ciento que cobraría en un robo tan colosal de millones. Y era entonces cuando no podía resistir la furiosa comezón de alargar la mano, de cortarse su porción.

Saccard ni siquiera había querido que le prestase dinero a su mujer, pues él mismo se divertía con este grosero artificio de melodrama, con el cual disfrutaba su amor a los tejemanejes complicados.

—No, no, querido amigo —decía con su acento provenzal, que exageraba aún más cuando quería salpimentar una broma—, no enredemos nuestras cuentas... Usted es el único hombre de París a quien he jurado no deber nunca nada.

Larsonneau se contentaba con insinuarle que su mujer era un pozo sin fondo. Le aconseja que no le diera un céntimo más, para que ella le cediera inmediatamente su parte de la propiedad. Habría preferido enfrentarse sólo

con él. Lo tanteaba a veces, llevaba las cosas hasta decir, con su aire cansado e indiferente de vividor:

—Tendré que poner un poco de orden en mis papeles... Su mujer me asusta, amiguito. No quiero que en mi casa sean precintadas ciertas piezas.

Saccard era incapaz de soportar pacientemente semejantes alusiones, sobre todo cuando sabía a qué atenerse sobre el orden frío y meticulado que reinaba en las oficinas del personaje. Toda su figurilla astuta y activa se rebelaba contra los temores que intentaba infundirle aquel usurero currutaco de guantes amarillos. Lo peor era que le daban escalofríos cuando pensaba en un posible escándalo; y se veía brutalmente desterrado por su hermano, viviendo en Bélgica de cualquier negocio inconfesable. Un día, se enfadó, llegó incluso a tutear a Larsonneau.

—Escucha, chico —le dijo—, eres un muchacho encantador, pero harías bien en devolverme la pieza que sabes. Ya verás cómo ese trozo de papel acaba por enfadarnos.

El otro se hizo el asombrado, estrechó las manos de su «querido maestro» dándole seguridades de su afecto. Saccard lamentó su impaciencia de un minuto. Fue en esa época cuando pensó seriamente en acercarse a su mujer; podía tener necesidad de ella contra su cómplice, y se decía además que los negocios se tratan de maravilla sobre la almohada. El beso en el cuello se convirtió poco a poco en la revelación de toda una nueva táctica.

Por lo demás, no tenía prisa, no malgastaba sus medios. Tardó todo el invierno en madurar su plan, tironeado por cien asuntos más enredados unos que otros. Fue para él un invierno terrible, lleno de sacudidas, una campaña prodigiosa, durante la cual tuvo que vencer la quiebra día a día. Lejos de reducir su tren de vida, dio fiesta tras fiesta. Pero, aunque consiguió hacer frente a todo, tuvo que descuidar a Renée, a la que reservaba para la jugada triunfal, cuando la operación de Charonne estuviera madura. Se contentó con preparar el desenlace, continuando sin darle más dinero, salvo por conducto de Larsonneau. Cuando podía disponer de unos miles de francos, y ella se quejaba de miseria, se los llevaba, diciendo que los hombres de Larsonneau exigían un pagaré por el doble de la suma. Esta comedia lo divertía enormemente, la historia de los pagarés le encantaba por la novela que introducían en el negocio. Incluso en la época de sus beneficios más claros le había pasado la pensión a su mujer de forma muy irregular, haciéndole regalos principescos, abandonándole puñados de billetes de banco, y dejándola después acorralada por una miseria durante semanas. Ahora que se encontraba en serios apuros, hablaba de las cargas de la casa, la trataba como a un acreedor, a quien no se quiere confesar la ruina y a quien se aplaca con historias. Ella apenas le escuchaba; firmaba todo lo que él quería; se quejaba

solamente de no poder firmar más.

Tenía ya, no obstante, unos doscientos mil francos de pagarés firmados por ella, que le costaban apenas ciento diez mil francos. Tras haberlos hecho endosar por Larsonneau, a cuyo nombre estaban suscritos, hacía viajar esos pagarés de forma prudente, contando con servirse de ellos más adelante como armas decisivas. Jamás habría podido llegar al final de aquel terrible invierno, prestar con usura a su mujer y mantener su tren de vida, sin la venta del solar del bulevar Malesherbes, que los señores Mignon y Charrier le pagaron en dinero contante, aunque reteniendo un descuento formidable.

Aquel invierno fue para Renée una prolongada alegría. Sólo sufría por la necesidad de dinero. Maxime le costaba carísimo; la seguía tratando como a su madrastra, le dejaba pagar en todas partes. Pero esa miseria escondida era para ella una voluptuosidad más. Se las ingeniaba, se rompía la cabeza, para que su «querido niño» no careciera de nada; y cuando había convencido a su marido a encontrarle unos miles de francos, se los comía con su amante, en locuras costosas, como dos escolares sueltos en su primera escapada. Cuando no tenían un céntimo, se quedaban en el palacete, disfrutaban de aquella gran mansión, de un lujo tan nuevo y tan insolentemente necio. El padre jamás estaba allí. Los enamorados se quedaban al amor de la lumbre más a menudo que antes. Y es que Renée había llenado, por fin, de un goce cálido el vacío glacial de aquellos techos dorados. Aquella casa equívoca del placer mundano se había convertido en una capilla donde ella practicaba apartada una nueva religión. Maxime no ponía solamente en ella la nota aguda que concordaba con sus locos vestidos; era el amante hecho para ese palacete, de anchos escaparates de comercio, y que un raudal de esculturas inundaba desde los desvanes a los sótanos; él animaba aquellos armatostes, desde los dos amores mofletudos que, en el patio, dejaban caer de su concha un hilillo de agua, hasta las altas mujeres desnudas que sostenían los balcones y jugaban en medio de los frontones con espigas y manzanas; él explicaba el vestíbulo demasiado rico, el jardín demasiado estrecho, las estancias brillantes donde se veían demasiados sillones y ni un solo objeto de arte. La joven, que se había aburrido mortalmente allí, se divirtió de repente, lo usó como una cosa cuyo empleo no había comprendido al principio. Y no fue sólo por sus habitaciones, la salita botón de oro y el invernadero por donde paseó su amor, sino por el palacete entero. Acabó por estar a gusto incluso en el diván del salón de fumar; se ensimismaba allí, decía que aquella estancia tenía un vago olor a tabaco, muy agradable.

Recibió dos días en lugar de uno. El jueves acudían todos los intrusos. Pero el lunes estaba reservado para sus amigas íntimas. No se admitían hombres. Sólo Maxime asistía a estas elegantes reuniones que se desarrollaban en la salita. Una tarde se le ocurrió a Renée la asombrosa idea de vestirlo de mujer y

presentarlo como una de sus primas. Adeline, Suzanne, la baronesa de Meinhold y las otras amigas que estaban allí se levantaron, saludaron, extrañadas ante aquel semblante que reconocían vagamente. Después, cuando comprendieron, se rieron mucho, se negaron rotundamente a que el joven fuese a desvestirse. Lo conservaron con sus faldas, jocosamente, prestándose a bromas equívocas. Cuando había acompañado a aquellas señoras por la puerta principal, daba la vuelta al parque y regresaba por el invernadero. Jamás las buenas amigas tuvieron la menor sospecha. Los amantes no podían mostrarse más familiares de lo que ya lo eran, cuando se proclamaban buenos amigos. Y si ocurría que un sirviente los veía abrazarse un poco de más, de pasada, no experimentaba la menor sorpresa, pues estaban habituados a las bromas de la señora y del hijo del señor.

Esta entera libertad, esta impunidad los envalentonaba aún más. Si de noche corrían los cerrojos, de día se besaban en todas las estancias del palacete. Inventaron mil juegucitos para los días de lluvia. Pero el gran placer de Renée seguía siendo encender un fuego terrible y amodorrarse ante la lumbre. Desplegó, ese invierno, un maravilloso lujo de ropa interior. Llevó camisas y batas de un precio loco, cuyos entredoses y batistas la cubrían apenas con un humo blanco. Y, al resplandor rojo del fuego, permanecía como desnuda, los encajes y la piel de color de rosa, la carne bañada por la llama a través de la delgada tela. Maxime, acurrucado a sus pies, le besaba las rodillas, sin sentir siquiera la ropa que tenía el color y la tibieza de aquel hermoso cuerpo. La luz era escasa, caía como un crepúsculo en el dormitorio de seda gris, mientras Céleste iba y venía a sus espaldas, con su paso tranquilo. Se había convertido en su gran cómplice, naturalmente. Una mañana que se habían entretenido en la cama los encontró, y conservó su flema de sirvienta de sangre helada. Ellos ya no se recataban; ella entraba a cualquier hora, sin que el ruido de sus besos le hiciera volver la cabeza. Contaban con ella para prevenirlos en caso de alerta. No compraban su silencio. Era una chica muy ahorrativa, muy honrada, y a quien no se le conocían amantes.

Sin embargo, Renée no se había enclaustrado. Seguía apareciendo en sociedad, y llevaba a Maxime de acompañante, como un paje rubio de frac negro, y disfrutaba incluso de placeres más vivos. La temporada fue para ella un prolongado triunfo. Jamás había tenido ideas más atrevidas de trajes y peinados. Fue entonces cuando se atrevió a llevar el famoso vestido de raso del color de las zarzas, sobre el cual estaba bordada toda una cacería de ciervos, con atributos, cebadores, cuernos de caza, cuchillos de anchas hojas. Fue también entonces cuando puso de moda los peinados antiguos, que Maxime tuvo que ir a dibujarle al museo Campana, recién abierto. Se rejuvenecía, estaba en la plenitud de su belleza turbulenta. El incesto ponía en ella una llama que brillaba en el fondo de sus ojos y caldeaba sus risas. Sus quevedos asumían insolencias supremas en la punta de su nariz, y miraba a las

otras mujeres, a sus buenas amigas que alardeaban de la enormidad de cualquier vicio, con un aire de adolescente jactancioso, con una sonrisa fija que significaba: «Tengo mi crimen».

En cuanto a Maxime, opinaba que la vida social era un fastidio. Cuando pretendía aburrirse en sociedad, era por distinción, pues no se divertía realmente en ninguna parte. En las Tullerías, en los ministerios, desaparecía en las faldas de Renée. Pero volvía a ser el amo cuando se trataba de alguna escapada. Renée quiso volver a ver el reservado del bulevar, y la anchura del diván la hizo sonreír. Después, él la llevó, un poco por todas partes, a casas de daifas, al baile de la ópera, a los palcos de los teatrillos, a todos los lugares equívocos donde podían codearse con el vicio brutal, saboreando las alegrías del incógnito. Cuando regresaban furtivamente al palacete, rotos de fatiga, se dormían uno en brazos del otro, incubando la embriaguez del París puerco, con jirones de cuplés picarescos cantando aún en sus oídos. Al día siguiente, Maxime imitaba a los actores, y Renée, en el piano de la salita, trataba de encontrar la voz ronca y los contoneos de Blanche Muller, en su papel de la Bella Helena. Sus clases de música del convento no le servían sino para destrozar los cuplés de las bufonadas nuevas. Sentía un santo horror por las melodías serias. Maxime se mofaba con ella de la música alemana, y se creyó en el deber de ir a silbar el Tannhäuser, por convicción, y por defender las cancioncillas picantes de su madrastra.

Una de sus grandes diversiones fue patinar; aquel invierno el patín estaba de moda, el emperador había ido uno de los primeros a probar el hielo del lago, en el Bosque de Boulogne. Renée le encargó a Worms un traje completo de polaca, terciopelo y piel; quiso que Maxime tuviera botas blandas y un gorro de zorro. Llegaban al Bosque, con un frío de perros que les pinchaba la nariz y los labios, como si el viento les hubiera soplado arena fina al rostro. Les divertía tener frío. El Bosque estaba todo gris, con hilillos de nieve, semejantes, a lo largo de las ramas, a menudos encajes. Y bajo el cielo pálido, sobre el lago inmóvil y empañado, sólo los abetos de las islas ponían aún, al borde del horizonte, sus colgaduras teatrales, donde la nieve cosía también anchos encajes. Se deslizaban ambos en el aire helado, con el vuelo rápido de las golondrinas que rozan el suelo. Se ponían un puño a la espalda, y colocándose mutuamente la otra mano sobre el hombro, marchaban rectos, sonrientes, uno al lado del otro, girando sobre sí mismos, en el ancho espacio señalado por gruesas cuerdas. Desde lo alto de la gran avenida, los curiosos los miraban. A veces iban a calentarse en las fogatas encendidas a orillas del lago. Volvían a marcharse. Redondeaban ampliamente su vuelo, con ojos llorosos de placer y de frío.

Después, cuando vino la primavera, Renée se acordó de su antigua elegía. Quiso que Maxime paseara con ella por el parque Monceau, de noche, al claro

de luna. Fueron a la gruta, se sentaron en la hierba, delante de la columnata. Pero, cuando ella manifestó su deseo de dar un paseo por el laguito, se dieron cuenta de que la barca que se veía desde el palacete, atada al borde de una avenida, no tenía remos. Debían de retirarlos por la tarde. Fue una desilusión. Por otra parte, las grandes sombras del parque inquietaban a los amantes. Habrían deseado que se diera en él una fiesta veneciana, con globos rojos y una orquesta. Lo preferían de día, por la tarde, y a menudo se asomaban entonces a una de las ventanas del palacete para ver los carruajes que seguían la curva hábil de la avenida principal. Estaban a gusto en aquel rincón encantador del nuevo París, en aquella naturaleza amable y limpia, en aquellos céspedes semejantes a paños de terciopelo, cortados por macizos, por arbustos selectos, y bordeados por magníficas rosas blancas. Los carruajes se cruzaban allí, tan numerosos como en un bulevar; las paseantes arrastraban sus faldas, blandamente, como si su pie no hubiera abandonado las alfombras de sus salones. Y, a través del follaje, criticaban los vestidos, se señalaban los tiros, disfrutaban de verdaderas dulzuras con los colores tiernos de aquel gran jardín. Un trozo de verja dorada brillaba entre dos árboles, una fila de patos pasaba por el lago, el puentecito Renacimiento blanqueaba, muy nuevo entre las frondas, mientras en los dos bordes de la avenida principal, en sillas amarillas, las madres pasaban el rato charlando de los críos y las chiquillas que se miraban con aire coqueto, con muecas de niñas precoces.

Los amantes sentían amor por el nuevo París. A menudo recorrían la ciudad en coche, dando un rodeo, para pasar por ciertos bulevares que amaban con un cariño personal. Las casas, altas, con grandes puertas talladas, cargadas de balcones, donde brillaban, en grandes letras de oro, nombres, letreros, razones sociales, les fascinaban. Mientras el cupé corría, seguían, con mirada amiga, las franjas grises de las aceras, anchas, interminables, con sus bancos, sus columnas abigarradas, sus entecos árboles. Aquel boquete claro que llegaba al extremo del horizonte, empequeñeciéndose y abriéndose sobre un cuadrado azulado del vacío, aquella doble hilera ininterrumpida de grandes almacenes, donde los dependientes sonreían a los clientes, aquellas corrientes de gentío pisoteante y zumbador, los llenaban poco a poco de una satisfacción absoluta y total, de una sensación de perfección en la vida de la calle. Les gustaban hasta los chorros de las mangas de riego, que pasaban como una nube blanca ante sus caballos, se despleaban, se abatían en lluvia fina bajo las ruedas del cupé, oscureciendo el suelo, alzando una leve oleada de polvo. Seguían rodando, y les parecía que el coche rodaba sobre una alfombra, a lo largo de aquella calzada recta y sin fin, que se había hecho únicamente para evitarles las negras callejas. Cada bulevar se convertía en un pasillo de su hotel. La alegría del sol reía sobre las fachadas nuevas, iluminaba los cristales, azotaba los toldos de las tiendas y de los cafés; calentaba el asfalto bajo los pasos atareados del gentío. Y cuando regresaban, un poco aturridos por el

barullo estrepitoso de aquellos largos bazares, disfrutaban con el parque Monceau como con el arriate necesario de aquel París nuevo, que desplegaba su lujo con las primeras tibiezas de la primavera.

Cuando la moda los obligó definitivamente a abandonar París, fueron a los baños de mar, pero a disgusto, y en las playas del océano pensaban en las aceras de los bulevares. Su mismo amor se aburrió allá. Era una flor de invernadero que necesitaba la gran cama gris y rosa, la carne desnuda del tocador, el alba dorada de la salita. Desde que estaban solos, de noche, frente al mar, ya no encontraban nada que decirse. Ella intentó cantar su repertorio de teatro de variedades en un viejo piano que agonizaba en un rincón de su cuarto, en el hotel; pero el instrumento, húmedo por los vientos del mar, tenía la voz melancólica de la gran extensión de agua. La bella Helena fue en él lúgubre y fantástica. Para consolarse, la joven asombró a la playa con trajes prodigiosos. Toda la pandilla de señoras estaba allí, bostezando, esperando el invierno, buscando desesperadas un traje de baño que no las afeara demasiado. Nunca pudo Renée convencer a Maxime para que se bañase. Tenía un abominable miedo al agua, se ponía muy pálido cuando la ola llegaba hasta sus botines, y por nada del mundo se hubiera aproximado al borde de un acantilado; caminaba lejos de los hoyos, dando largos rodeos para evitar la menor cuesta un poco pina.

Saccard vino en dos o tres ocasiones a ver a los «niños». Las preocupaciones lo aplastaban, decía. Sólo hacia octubre, cuando se encontraron los tres en París, pensó seriamente en acercarse a su mujer. El asunto de Charonne maduraba. Su plan fue neto y brutal. Contaba con atrapar a Renée en el juego que habría jugado con una mujerzuela. Ella vivía con crecientes necesidades de dinero, y, por orgullo, sólo se dirigía a su marido en último extremo. Este último se prometió aprovechar su primera petición para mostrarse galante, y reanudar unas relaciones rotas hacía tiempo, en medio de la alegría de alguna gran deuda pagada.

Terribles aprietos esperaban a Renée y a Maxime en París. Varios pagarés firmados a Larsonneau habían vencido; pero, como Saccard los dejaba dormir naturalmente en el alguacil, esos pagarés inquietaban poco a la joven. Mucho más la asustaba su deuda con Worms, que ascendía ahora a cerca de doscientos mil francos. El modista exigía un pago a cuenta, amenazando con suspender todo crédito. Ella sentía bruscos temblores cuando pensaba en el escándalo de un proceso y sobre todo en un enfado con el ilustre costurero. Y además necesitaba dinero para alfileres. Iban a morir de aburrimiento, ella y Maxime, si no tenían unos luises diarios para gastar. El pobre chico estaba sin blanca, desde que registraba en vano los cajones de su padre. Su fidelidad, su ejemplar prudencia durante siete u ocho meses, tenían mucho que ver con el vacío absoluto de su bolsa. No siempre tenía veinte francos para invitar a

alguna buscona a cenar. Por eso regresaba filosóficamente al palacete. La joven, en cada una de sus escapadas, le entregaba su monedero para que él pagase en los restaurantes, en los bailes, en los teatrillos. Continuaba tratándolo maternalmente, e incluso pagaba ella, con la punta de sus dedos enguantados, en la pastelería donde se detenían casi todas las tardes, para comer pastelillos de ostras. A menudo él encontraba, por la mañana, en su chaleco, luisas que no sabía que estaban allí, y que ella le había metido, como una madre que abastece el bolsillo de un colegial. ¡Y esta hermosa existencia de meriendas, de caprichos satisfechos, de placeres fáciles, iba a acabarse! Pero un temor aún más grave vino a consternarlos. El joyero de Sylvia, a quien él debía diez mil francos, se enfadó, habló de Clichy. Los pagarés que tenía en sus manos, protestados desde hacía tiempo, estaban recargados con tales gastos que la deuda resultaba incrementada en tres o cuatro mil francos. Saccard declaró rotundamente que no podía hacer nada. Su hijo en Clichy le daría notoriedad y cuando lo sacara de allí armaría mucho ruido con esta largueza paternal. Renée estaba desesperada; veía a su querido niño en prisión, pero en un auténtico calabozo, acostado sobre paja húmeda. Una noche, le propuso seriamente que no volviera a salir de casa, que viviera allí ignorado de todos, al abrigo de los corchetes. Después se juró que encontraría el dinero. Jamás hablaba del origen de la deuda, de aquella Sylvia que confiaba sus amores a los espejos de los reservados. Lo que necesitaba eran unos cincuenta mil francos: quince mil para Maxime, treinta mil para Worms, y cinco mil francos para alfileres. Habrían tenido ante sí quince largos días de felicidad. Se puso en campaña. Su primera idea fue pedirle los cincuenta mil francos a su marido. Sólo se decidió con ciertas repugnancias. Las últimas veces que él había entrado en su cuarto a traerle dinero, le había dado nuevos besos en el cuello, cogiéndole las manos, hablándole de su cariño. Las mujeres tienen un sentido muy delicado para adivinar a los hombres. Por eso esperaba una exigencia, un trato tácito y cerrado entre sonrisas. En efecto, cuando le pidió los cincuenta mil francos, él protestó, dijo que Larssonneau nunca prestaría esa suma, que él mismo estaba todavía demasiado apurado. Después, cambiando de voz, como vencido y presa de una súbita emoción, murmuró:

—No se le puede negar a usted nada. Voy a recorrer París, a hacer lo imposible... Quiero, querida amiga, que esté usted contenta. —Y pegando los labios a su oreja, besándole el pelo, con voz algo trémula—: Te los llevaré mañana por la noche, a tu cuarto... sin pagaré...

Pero ella dijo vivamente que no tenía prisa, que no quería molestarlo hasta tal punto. Él, que acababa de poner todo su corazón en aquel peligroso «sin pagaré», que había dejado escapar y que ya le pesaba, no pareció haber sufrido una negativa desagradable. Se levantó, diciendo:

— ¡Bien!, a su disposición... Le encontraré la suma, cuando llegue el

momento. Larssonneau no entrará para nada, entiéndalo. Es un regalo que quiero hacerle.

Sonreía con aire bonachón. Ella se quedó con una cruel angustia. Sentía que perdería el poco equilibrio que le quedaba si se entregaba a su marido. Su último orgullo estribaba en estar casada con el padre, pero en no ser sino la mujer del hijo. A menudo, cuando Maxime le parecía frío, intentaba hacerle entender esta situación con alusiones muy claras; es cierto que el joven, a quien esperaba ver caer a sus pies tras esta confidencia, se mostraba enteramente indiferente, creyendo sin duda que quería tranquilizarlo sobre la posibilidad de un encuentro entre su padre y él, en el cuarto de seda gris.

Cuando Saccard la hubo dejado, se vistió precipitadamente y mandó enganchar los caballos. Mientras su cupé la llevaba hacia L'Île-Saint-Louis, preparaba la manera en que iba a pedir los cincuenta mil francos a su padre. Se arrojaba a esta idea repentina, sin querer discutirla, sintiéndose muy cobarde en el fondo, y asaltada por un invencible espanto ante semejante gestión. Cuando llegó, el patio del palacete Béraud la dejó helada, con su humedad lúgubre de claustro, y con ganas de escapar subió la ancha escalera de piedra, donde sus botitas de tacón alto sonaban terriblemente. Había cometido la tontería, en su prisa, de elegir un vestido de seda de color hoja seca con anchos volantes de encaje blanco, adornado con lazos de raso, cortado por una cintura plisada como un chal. Este traje, completado por una pequeña toca, con un gran velillo blanco, ponía una nota tan singular en el sombrío tedio de la escalera que ella misma tuvo conciencia de la extraña figura que componía allí. Temblaba al cruzar la austera sucesión de inmensas estancias, donde los personajes vagos de los tapices parecían sorprendidos por aquella oleada de faldas que pasaban en medio de la penumbra de su soledad.

Encontró a su padre en un salón que daba al patio, donde solía estar. Leía un gran libro colocado sobre un atril adaptado a los brazos de su sillón. Delante de una de las ventanas, la tía Elisabeth hacía calceta con largas agujas de madera; y, en el silencio de la pieza, sólo se oía el tictac de esas agujas.

Renée se sentó, cohibida, sin poder hacer un movimiento que no turbara la severidad del alto techo con un ruido de telas arrugadas. Sus encajes eran de una blancura cruda, sobre el fondo negro de las tapicerías y de los viejos muebles. El señor Béraud Du Châtel, las manos colocadas en el borde del atril, la miraba. La tía Elisabeth habló de la próxima boda de Christine, que iba a casarse con el hijo de un abogado muy rico; la joven había salido con una vieja sirvienta de la familia, para ir a casa de un proveedor; y la buena tía hablaba ella sola, con su voz plácida, sin dejar de calcetar, charlando sobre los asuntos de la pareja, dirigiendo miradas sonrientes a Renée por encima de sus lentes.

Pero la joven se iba turbando cada vez más. Todo el silencio del palacete pesaba sobre sus hombros, y hubiera dado cualquier cosa porque los encajes de su vestido fuesen negros. La mirada de su padre la turbaba hasta tal punto que encontró a Worms realmente ridículo por haber imaginado unos volantes tan grandes.

— ¡Qué guapa estás, hija mía! —dijo de pronto tía Elisabeth, que ni siquiera había visto los encajes de su sobrina.

Detuvo sus agujas, se sujetó los lentes, para ver mejor. El señor Béraud Du Châtel esbozó una pálida sonrisa.

—Demasiado blanco —dijo—. Una mujer debe de andar muy incómoda con eso por las aceras.

—Pero, padre, ¡una no sale a pie! —exclamó Renée, que lamentó de inmediato esa espontánea exclamación.

El anciano iba a responder. Después se levantó, enderezó su alta estatura, y caminó lentamente, sin mirar más a su hija. Esta seguía palidísima de emoción. Cada vez que se exhortaba a tener valor y buscaba una transición para llegar a la petición de dinero, experimentaba una punzada en el corazón.

—Ya no se le ve, padre —murmuró.

— ¡Oh! —respondió la tía, sin dar tiempo a que su hermano despegara los labios—, tu padre apenas sale, más que para ir al jardín Botánico de vez en cuando. ¡Y aun así tengo que enfadarme! Dice que se pierde en París, que la ciudad ya no está hecha para él... Vamos, ¡puedes regañarle!

— ¡Mi marido estaría tan contento de verle acudir de cuando en cuando a nuestros jueves! —continuó la joven.

El señor Béraud Du Châtel dio unos pasos en silencio. Después, con voz tranquila:

—Dale las gracias a tu marido —dijo—. Es un muchacho activo, al parecer, y deseo por ti que lleve honradamente sus negocios. Pero no tenemos las mismas ideas, y no estoy a gusto en vuestra hermosa casa del parque Monceau.

La tía Elisabeth pareció apenada por esta respuesta.

— ¡Qué malos son los hombres con su política! —dijo alegremente—. ¿Quieres saber la verdad? Tu padre está furioso con vosotros, porque vais a las Tullerías.

Pero el anciano se encogió de hombros, como para decir que su descontento tenía causas mucho más graves. Volvió a andar lentamente, pensativo. Renée guardó silencio un instante, teniendo en la punta de la lengua

la petición de los cincuenta mil francos. Después, la invadió una cobardía mayor, abrazó a su padre, y se marchó.

La tía Elisabeth quiso acompañarla hasta la escalera. Al cruzar la sucesión de estancias, continuaba charlando con su vocecita de vieja:

—Eres dichosa, mi querida niña. Me da mucho gusto verte guapa y con buena salud; porque, si tu boda hubiera salido mal, ¿sabes que me habría considerado culpable?... Tu marido te ama, tienes todo lo que necesitas, ¿verdad?

—Claro que sí —respondió Renée, esforzándose por sonreír aunque desesperada.

La tía la retuvo todavía, con la mano en la barandilla de la escalera.

—Mira, no tengo más que un temor, y es que te embriagues con toda tu felicidad. Sé prudente, y sobre todo no vendas nada... Si un día tuvieras un hijo, encontrarías una fortunita ya lista para él.

Cuando Renée estuvo en su cupé, exhaló un suspiro de alivio. Tenía gotas de un sudor frío en las sienes; se las secó, pensando en la humedad glacial del palacete Béraud. Después, cuando el cupé rodó al claro sol del muelle de Saint-Paul, se acordó de los cincuenta mil francos, y todo su dolor despertó, más vivo. Ella, a quien se suponía tan atrevida, ¡qué cobarde acababa de ser! Y sin embargo se trataba de Maxime, de su libertad, ¡de las alegrías de ambos! Entre los amargos reproches que se dirigía, de repente surgió una idea que llevó al colmo su desesperación: habría debido hablar de los cincuenta mil francos a tía Elisabeth, en la escalera. ¿Dónde había tenido la cabeza? La buena mujer quizás le hubiera prestado la suma, o por lo menos la habría ayudado. Se inclinaba ya para decirle a su cochero que regresase a la calle Saint-Louis-en-l'Île, cuando creyó ver la imagen de su padre cruzando lentamente la sombra solemne del gran salón. Jamás tendría valor para entrar de inmediato en esa estancia. ¿Qué diría para explicar esta segunda visita? Y, en su interior, tampoco encontraba valor para hablar del asunto con tía Elisabeth. Dijo a su cochero que la llevara a la calle del faubourg Poissonnière.

Sidonie lanzó un grito de entusiasmo cuando la vio empujar la puerta discretamente velada de la tienda. Estaba allí por casualidad, iba a salir a ver al juez de paz, donde tenía citada a una clienta. Pero no aparecería, otro día sería, estaba demasiado encantada de que su cuñada hubiera tenido por fin la amabilidad de devolverle una visita. Renée sonreía, con aire cohibido. Sidonie se negó rotundamente a que se quedara abajo; la hizo subir a su cuarto, por la escalerita, tras haber retirado el pomo de cobre de la tienda. Quitaba así y volvía a poner veinte veces al día aquel pomo, sujeto por un simple clavo.

—Y ahora, guapita —dijo sentándola en una tumbona—, vamos a poder

charlar cómodamente... Figúrese que me viene como anillo al dedo. Iba a ir esta tarde a su casa.

Renée, que conocía el cuarto, experimentaba en él esa vaga sensación de malestar que procura a un paseante un rincón de bosque talado en un paisaje predilecto.

— ¡Ah! —dijo por fin—, ha cambiado usted la cama de sitio, ¿verdad?

—Sí —respondió tranquilamente la vendedora de encajes—, una de mis clientas la encuentra mucho mejor frente a la chimenea. También me ha aconsejado cortinas rojas.

—Es lo que me decía, las cortinas no eran de este color... Un color muy corriente, el rojo.

Y se puso sus quevedos, miró aquella habitación que tenía un lujo de hotel de citas. Vio en la chimenea largas horquillas que no venían ciertamente del ralo moño de Sidonie. En el sitio donde se hallaba antes la cama, el papel pintado aparecía todo arañado, desteñido y ensuciado por los colchones. La corredora había intentado ocultar esa lacra tras los respaldos de dos sillones; pero los respaldos eran un poco bajos, y Renée se detuvo ante esa franja desgastada.

— ¿Tenía usted algo que decirme? —preguntó por fin.

—Sí, es toda una historia —dijo Sidonie, juntando las manos, con muecas de glotona que va a contar lo que ha tomado de cena—. Imagínese que el señor De Saffré está enamorado de la hermosa señora Saccard... Sí, de usted, monina.

Ella ni siquiera hizo un movimiento de coquetería.

— ¡Vaya! —dijo—. ¿No decía usted que estaba tan prendado de la señora Michelin?

— ¡Oh!, se acabó, se acabó de veras... Puedo darle la prueba, si quiere... ¿No sabe, pues, que la pequeña Michelin le ha gustado al barón de Gouraud? No hay quien lo entienda. Todos los que conocen al barón están estupefactos... ¿Y sabe que está a punto de conseguir la Legión de Honor para su marido?... ¡Ésa sí que es lista! Tiene agallas, no necesita de nadie para dirigir su barca. —Dijo esto con cierto pesar mezclado con admiración—. Pero volvamos al señor De Saffré... Al parecer la encontró a usted en un baile de actrices, disimulada en un dominó, e incluso se acusa de haberla invitado un poco groseramente a cenar... ¿Es cierto?

La joven estaba sorprendidísima.

—Totalmente cierto —murmuró—; pero ¿quién ha podido decirle?...

—Espere, él dice que la reconoció más adelante, cuando usted ya no estaba en el salón, y recordó haberla visto salir del brazo de Maxime... Desde ese momento está loco de amor. Le ha brotado del corazón, ¿comprende usted? Un capricho... Ha venido a verme para suplicarme que le presentara a usted sus excusas...

— ¡Bueno! Pues dígame que le perdono —interrumpió negligentemente Renée. Después continuó, acordándose de todas sus angustias—: ¡Ah!, mi buena Sidonie, estoy muy torturada. Necesito imprescindiblemente cincuenta mil francos mañana por la mañana. Había venido a hablarle de este asunto. ¿No me había dicho que conocía prestamistas?

La corredora, picada por la forma brusca con que su cuñada le cortaba la historia, le hizo esperar algún tiempo su respuesta.

—Sí, claro; sólo que le aconsejo, ante todo, que busque entre los amigos... Yo, en su lugar, sé muy bien lo que haría... Me dirigiría al señor De Saffré, sencillamente.

Renée esbozó una sonrisa violenta.

—Pero —prosiguió— no sería decente, ya que usted pretende que está tan enamorado.

La vieja la miraba con ojos fijos; después su rostro blando se fundió dulcemente en una sonrisa de tierna piedad:

—Pobrecita mía —murmuró—, ha llorado usted; no lo niegue, lo veo en sus ojos. Sea fuerte, acepte la vida... Veamos, déjeme arreglar el asuntillo en cuestión.

Renée se levantó, retorciéndose los dedos, haciendo crujir los guantes. Y se quedó de pie, sacudida por una cruel lucha interior. Abría los labios, acaso para aceptar, cuando un ligero campanillazo resonó en la pieza contigua. Sidonie salió vivamente, entornando una puerta que dejó ver una doble hilera de pianos. La joven oyó a continuación unos pasos masculinos y el ruido ahogado de una conversación en voz baja. Maquinalmente, fue a examinar más de cerca la mancha amarillenta con que los colchones habían rayado la pared. Aquella mancha la inquietaba, le molestaba. Olvidando todo, Maxime, los cincuenta mil francos, al señor De Saffré, volvió junto a la cama, pensativa: aquella cama estaba mucho mejor en el sitio donde se encontraba antes; realmente había mujeres que carecían de gusto; con toda seguridad, cuando se estaba acostado la luz debía de herir los ojos. Vio vagamente alzarse, en el fondo de su recuerdo, la imagen del desconocido del muelle de Saint Paul, su romance en dos citas, aquel amor casual que había saboreado allí, en aquel otro sitio. Sólo quedaba de él el desgaste del papel pintado. Entonces el cuarto la llenó de malestar, y se impacientó con el zumbido de las

voces que continuaba en la pieza contigua.

Cuando Sidonie regresó, abriendo y cerrando la puerta con precaución, hizo señas repetidas con la punta de los dedos, para recomendarle que hablara bajito. Después a su oído:

— ¡No sabe usted, qué casualidad! Está ahí el señor De Saffré.

—No le habrá dicho, al menos, que estaba aquí yo —preguntó la joven, inquieta.

La corredora pareció sorprendida y, muy ingenuamente:

—Pues sí... Espera que le diga que pase. Por supuesto, no le he hablado de los cincuenta mil francos...

Renée, palidísima, se había enderezado como bajo un latigazo. Una inmensa altivez embargaba su corazón. Aquel ruido de botas, que oía más brutal en el cuarto de al lado, la exasperaba.

—Me marchó —dijo con voz breve—. Venga a abrirme la puerta.

Sidonie intentó una sonrisa.

—No sea niña... No puedo quedarme con ese muchacho a cuestras, ahora que le he dicho que usted estaba aquí... Realmente, me compromete usted...

Pero la joven había bajado ya por la escalerita. Repetía, ante la puerta cerrada de la tienda:

—Ábrame, ábrame.

La vendedora de encajes, cuando retiraba el pomo de la puerta, tenía la costumbre de metérselo en el bolsillo. Quiso parlamentar aún. Al final, encolerizada también ella, dejando traslucir en el fondo de sus ojos grises la agria sequedad de su natural, exclamó:

—Pero, bueno, ¿qué quiere usted que le diga a ese hombre?

—Que no estoy en venta —respondió Renée, que tenía un pie en la acera.

Y le pareció oír a Sidonie murmurar al cerrar violentamente la puerta: «¡Pues lárgate, furcia! Me las pagarás».

«¡Caray! —pensaba al volver a subir a su cupé—, prefiero incluso a mi marido».

Regresó directamente al hotel. Por la noche, le dijo a Maxime que no fuera: estaba indispuesta, necesitaba reposo. Y, al día siguiente, cuando le entregó los quince mil francos para el joyero de Sylvia, se quedó cortada ante su sorpresa y sus preguntas. Era su marido, dijo, que había hecho un buen negocio. Pero a partir de ese día se mostró más antojadiza, cambiaba a

menudo las horas de cita que daba al joven, y a menudo incluso lo acechaba en el invernadero para despedirlo. Él no se inquietaba mucho con estos cambios de humor; le agradaba ser una cosa obediente en manos de las mujeres. Lo que le fastidió más fue el giro moral que tomaban a veces sus conversaciones de enamorados. Ella se ponía muy triste, incluso a veces tenía gruesas lágrimas en los ojos. Interrumpía su cancioncilla sobre «el hermoso joven» de La bella Helena, tocaba los cánticos del internado, preguntaba a su amante si no creía que el mal era castigado tarde o temprano.

«Decididamente, está envejeciendo —pensaba él—. A lo sumo resultará divertida un año o dos más».

La verdad es que ella sufría cruelmente. Ahora, habría preferido engañar a Maxime con el señor De Saffré. En casa de Sidonie se había rebelado, había cedido a una instintiva altivez, al asco de aquel grosero trato. Pero, en los días siguientes, cuando soportó las angustias del adulterio, todo zozobró en su interior, y se sintió tan despreciable que se habría entregado al primer hombre que hubiera empujado la puerta del cuarto de los pianos. Si hasta entonces la idea de su marido se había presentado alguna vez en el incesto, como una pizca de voluptuoso horror, el marido, el hombre en sí, entró a partir de entonces con una brutalidad que cambió sus sensaciones más delicadas en dolores intolerables. Ella, que se complacía en los refinamientos de su falta y que soñaba de buen grado con un rincón de paraíso sobrehumano, donde los dioses disfrutaban de sus amores en familia, se precipitaba al vulgar desenfreno, a compartir a dos hombres. En vano intentó gozar con la infamia. Tenía aún los labios calientes de los besos de Saccard cuando los ofrecía a los besos de Maxime. Su curiosidad descendió al fondo de esas voluptuosidades malditas; llegó hasta mezclar esos dos cariños, hasta buscar al hijo en los abrazos del padre. Y salía más despavorida, más lastimada de ese viaje a lo desconocido del mal, de esas tinieblas ardientes en las que confundía a su doble amante, con terrores que ponían un estertor en sus alegrías.

Se guardó ese drama para sí misma, dobló su sufrimiento con las fiebres de su imaginación. Habría preferido morir a confesarle la verdad a Maxime. Sentía un sordo temor a que el joven se rebelara, la abandonara; profesaba sobre todo una fe tan absoluta en su monstruoso pecado y la condenación eterna que de mejor gana hubiera cruzado desnuda el parque Monceau antes de confesar su vergüenza en voz baja. Seguía siendo, por lo demás, la atolondrada que asombraba a París con sus extravagancias. La asaltaban alegrías nerviosas, caprichos prodigiosos, de los que hablaban los periódicos, designándola con sus iniciales. Fue en esa época cuando quiso seriamente batirse en duelo, a pistola, con la duquesa de Sternich, que había derramado, con mala idea, decía ella, un vaso de ponche sobre su traje; su cuñado el ministro tuvo que enfadarse. Otra vez, apostó con la señora de Lauwerens que

daría la vuelta a la pista de Longchamp en menos de diez minutos, y sólo la retuvo una cuestión de vestuario. El propio Maxime empezaba a espantarse con aquella cabeza en la que la locura ascendía, y en la cual creía oír, de noche, en la almohada, todo el alboroto de una ciudad en celo tras los placeres.

Una noche, fueron juntos al Théâtre Italien. Ni siquiera habían mirado el cartel. Querían ver a una gran trágica italiana, la Ristori, que convocaba entonces a todo París, y por quien la moda les ordenaba interesarse. Ponían Fedra. Él recordaba bastante su repertorio clásico, ella sabía bastante italiano para seguir la pieza. E incluso este drama les causó una emoción particular, en aquella lengua extranjera cuyas sonoridades les parecían, a veces, un simple acompañamiento de orquesta que sostenía la mímica de los actores. Hipólito era un mozo alto, pálido, muy mediocre, que lloraba su papel.

— ¡Qué ganso! —murmuraba Maxime.

Pero la Ristori, con sus fuertes hombros estremecidos por los sollozos, con su cara trágica y sus rollizos brazos, conmovía hondamente a Renée. Fedra era de la sangre de Pasifae, y se preguntaba de qué sangre podía ser ella, ella, la incestuosa de los nuevos tiempos. No veía de la pieza sino aquella mujer alta arrastrando por las tablas el crimen antiguo. En el primer acto, cuando Fedra le hace a Enone la confidencia de su cariño criminal; en el segundo, cuando se declara, muy ardiente, a Hipólito; y más adelante, en el cuarto, cuando el regreso de Teseo la abruma, y se maldice, en una crisis de sombrío furor, ella llenaba la sala con tal grito de fiera pasión, con tal necesidad de sobrehumana voluptuosidad, que la joven sentía pasar por su carne cada temblor de su deseo y de sus remordimientos.

—Espera —murmuraba Maxime a su oído—, vas a oír el relato de Terámenes. ¡Tiene una pinta estupenda, ese viejo!

Y murmuró con voz hueca:

A pei ne nous sortions des portes de Trézène,

Il étail sur son char...

Pero Renée, cuando habló el anciano, ya no miró, ya no escuchó. La araña la cegaba, un calor sofocante le llegaba de todas aquellas caras pálidas tendidas hacia el escenario. El monólogo continuaba, interminable. Ella estaba en el invernadero, bajo el follaje ardiente, y soñaba que su marido entraba, la sorprendía en brazos de su hijo. Sufría horriblemente, perdía el conocimiento, cuando el postrer estertor de Fedra, arrepentida y moribunda entre las convulsiones del veneno, le hizo abrir los ojos. El telón caía. ¿Tendría fuerzas para envenenarse, un día? ¡Qué mezquino y vergonzoso era su drama, comparado con la epopeya antigua! Y mientras Maxime le anudaba bajo la barbilla su salida de teatro, oía aún retumbar a sus espaldas la ruda voz de la

Ristori, a la cual respondía el murmullo complaciente de Enone.

En el cupé, el joven habló solo, encontraba en general la tragedia «pesada», y prefería las piezas del Teatro Bufo. Sin embargo Fedra era «escabrosa». Se había interesado, porque... Y apretó la mano de Renée, para completar su pensamiento. Después se le pasó una idea por la cabeza, y cedió al deseo de hacer una frase:

—Soy yo —murmuró—, el que tenía razón al no acercarme al mar, en Trouville.

Renée, perdida en el fondo de su doloroso sueño, callaba. Él tuvo que repetir su frase.

— ¿Por qué? —preguntó asombrada, sin entender.

—Pues por el monstruo...

Y soltó una risita burlona. Esta broma heló a la joven. Todo se trastornó en su cabeza. La Ristori ya no era más que un gran pelele que se levantaba el pelo y le sacaba la lengua al público como Blanche Muller en el tercer acto de La bella Helena; Terámenes bailaba el cancan, e Hipólito comía rebanadas de pan con mermelada metiéndose los dedos en la nariz.

Cuando un remordimiento más agudo estremecía a Renée, ésta sentía rebeliones soberbias. ¿Cuál era pues su crimen, y por qué iba a ruborizarse? ¿Es que no caminaba cada día sobre infamias mayores? ¿Es que no se codeaba, en los ministerios, en las Tullerías, por doquier, con miserables como ella, que tenían sobre su carne millones y a quienes se adoraba de rodillas? Pensaba en la vergonzosa amistad de Adeline de Espanet y de Suzanne Haffner, a cuenta de la cual se sonreía a veces en los lunes de la emperatriz. Se acordaba del negocio de la señora De Lauwerens, a quien los maridos ensalzaban por su buena conducta, su orden, su puntualidad en pagar a sus proveedores. Nombraba a la señora Daste, la señora Teissière, la baronesa de Meinhold, esas criaturas cuyo lujo pagaban sus amantes, y que se cotizaban en la buena sociedad como los valores en la Bolsa. La señora de Guende era tan tonta y tan bien formada, que tenía por amantes a la vez a tres oficiales superiores, sin poder distinguirlos, a causa de su uniforme; lo cual hacía decir a ese demonio de Louise que ante todo los obligaba a quedarse en camisa, para saber con cuál de los tres hablaba. La condesa Vanska, por su parte, se acordaba de los patios donde había cantado, de las aceras a lo largo de las cuales se decía que la habían visto, vestida de india, merodeando como una loba. Cada una de esas mujeres tenía su vergüenza, su lacra desplegada y triunfante. Y además, dominándolas a todas, la duquesa de Sternich se erguía, fea, vieja, cansada, con la gloria de haber pasado una noche en el lecho imperial; era el vicio oficial, ella lo conservaba como una majestad del

desenfreno y una soberanía sobre aquella pandilla de ilustres busconas.

Entonces la incestuosa se acostumbraba a su falta, como a un traje de gala cuya tiesura la hubiera molestado al principio. Seguía las modas de la época, se vestía y se desvestía a imitación de las otras. Acababa por creer que vivía en un mundo superior a la moral común, donde los sentidos se afinaban y desarrollaban, donde estaba permitido desnudarse para gozo del Olimpo entero. El mal se convertía en un lujo, una flor prendida en los cabellos, un diamante sujeto sobre la frente. Y volvía a ver, como una justificación y una redención, al emperador, del brazo del general, pasar entre las dos filas de hombros inclinados.

Un solo hombre, Baptiste, el ayuda de cámara de su marido, seguía inquietándola. Desde que Saccard se mostraba galante, aquel lacayo alto, digno y pálido, parecía caminar en torno a ella con la solemnidad de una censura muda. No la miraba, sus miradas frías pasaban más arriba, por encima de su moño, con pudores de sacristán que se niega a ensuciar sus ojos en la cabellera de una pecadora. Se imaginaba que lo sabía todo, hubiera comprado su silencio, de haberse atrevido. Después le entraban desazones, experimentaba una especie de confuso respeto, cuando se encontraba a Baptiste, diciéndose que toda la honradez de sus íntimos se había retirado y ocultado bajo el negro frac de aquel lacayo.

Un día le preguntó a Céleste:

— ¿Baptiste bromea en la cocina? ¿Le conoce usted alguna aventura, alguna amante?

— ¡Ni hablar! —se contentó con responder la doncella.

—Vamos, ha debido de hacerle la corte...

— ¡Bah! Nunca mira a las mujeres. Apenas lo vemos... Está siempre con el señor o en las cuerdas. Dice que le gustan mucho los caballos.

René se irritaba con esta honradez, insistía, le habría gustado poder despreciar a su gente. Aunque le había tomado cariño a Céleste, le habría regocijado conocerle amantes.

—Pero usted, Céleste, ¿no opina que Baptiste es un guapo mozo?

— ¡Yo, señora! —exclamó la camarera, con el aire estupefacto de una persona que acaba de oír algo prodigioso—. ¡Oh!, como si no tuviera otras cosas en que pensar. No quiero nada con los hombres. Tengo mi plan, ya verá usted más adelante. No soy tonta, faltaría más.

René no pudo sacarle una palabra más clara. Sus preocupaciones, por otra parte, aumentaban. Su vida bulliciosa, sus carreras locas, encontraban numerosos obstáculos que tenía que salvar, y contra los cuales se magullaba a

veces. Fue así como Louise de Mareuil se alzó un día entre ella y Maxime. No tenía celos de «la jorobada», como la nombraba desdeñosamente; sabía que estaba desahuciada por los médicos, y no podía creer que Maxime se casase jamás con semejante callo, ni siquiera al precio de un millón de dote. En medio de sus caídas, había conservado una ingenuidad burguesa respecto a la gente que amaba; aunque se despreciaba a sí misma, a ellos los creía de buen grado superiores y muy estimables. Pero, aun rechazando la posibilidad de un matrimonio que le hubiera parecido un siniestro desenfreno y un robo, sufría con las familiaridades, con la camaradería de los jóvenes. Cuando le hablaba de Louise a Maxime, éste reía de gusto, le contaba las frases de la niña, le decía:

—Me llama su hombrecito, ¿sabes?, esa chiquilla.

Y demostraba tal libertad de espíritu, que ella no se atrevía a darle a entender que la chiquilla tenía diecisiete años, y que sus juegos de manos, su apresuramiento, en los salones, por buscar los rincones en sombra para burlarse de todo el mundo, la apenaban, le estropeaban las más hermosas veladas.

Un hecho vino a imprimir a la situación un singular carácter. Renée sentía a veces necesidad de fanfarronear, caprichos de osadía brutal. Arrastraba a Maxime detrás de una cortina, detrás de una puerta, y lo abrazaba, a riesgo de ser vista. Un jueves por la tarde, cuando el salón botón de oro estaba lleno de gente, se le antojó la linda idea de llamar al joven, que charlaba con Louise; avanzó a su encuentro, desde el fondo del invernadero, donde se encontraba, y lo besó bruscamente en la boca, entre dos macizos, creyéndose suficientemente oculta. Pero Louise había seguido a Maxime. Cuando los amantes alzaron la cabeza, la vieron, a unos pasos, mirándolos con una extraña sonrisa, sin un rubor ni un asombro, con la pinta tranquilamente amistosa de un compañero de vicio, lo bastante sabio para comprender y saborear un beso así.

Ese día Maxime se sintió realmente asustado, y fue Renée la que se mostró indiferente e incluso jovial. Se había acabado. Resultaba imposible que la jorobada le quitara su amante. Pensaba: «He debido de hacerlo adrede. Ella sabe ahora que "su hombrecito" es mío».

Maxime se tranquilizó, al encontrar a Louise igual de risueña, igual de divertida que antes. La juzgó «estupenda, muy buena chica». Y eso fue todo.

Renée se inquietaba con razón. Saccard, desde hacía algún tiempo, pensaba en la boda de su hijo con la señorita De Mareuil. Había una dote de un millón que no quería dejar escapar, contando con echar más adelante mano a ese dinero. Louise, a comienzos del invierno, había guardado cama cerca de tres semanas, y tuvo un miedo tal de verla morir antes de la proyectada unión que

se decidió a casar a los chicos en seguida. Los encontraba un poco jóvenes, sí, pero los médicos temían el mes de marzo para la enferma del pecho. Por su parte, el señor De Mareuil estaba en una situación delicada. En el último escrutinio había conseguido por fin que le nombraran diputado. Sólo que el Cuerpo legislativo acababa de anular su elección, que fue el escándalo de la revisión de las actas. Esta elección era todo un poema cómico-heroico, a cuenta del cual los periódicos vivieron un mes. El señor Hupel de la Noue, el prefecto del departamento, había desplegado tal energía que los otros candidatos ni siquiera pudieron exhibir su profesión de fe ni distribuir sus papeletas. Por consejo suyo, el señor De Mareuil cubrió la circunscripción de mesas donde los campesinos bebieron y comieron durante una semana. Prometió, además, un ferrocarril, la construcción de un puente y tres iglesias, y envió, la víspera del escrutinio, a los electores influyentes, los retratos del emperador y la emperatriz, dos grandes grabados recubiertos de cristal y enmarcados por un listón de oro. Este envío tuvo un éxito loco, la mayoría fue aplastante. Pero cuando la Cámara, ante las carcajadas de Francia entera, se vio obligada a devolver al señor De Mareuil a sus electores, el ministro montó en una cólera terrible contra el prefecto y el desdichado candidato, que se habían mostrado realmente demasiado «rígidos». Habló incluso de presentar la candidatura oficial con otro nombre. El señor De Mareuil quedó espantado, había gastado trescientos mil francos en el departamento, poseía allí grandes fincas en las que se aburría, y que tendría que revender con pérdidas. Por ello acudió a suplicar a su querido colega que apaciguase a su hermano, que le prometiera, en su nombre, una elección totalmente decente. Fue en esa circunstancia cuando Saccard volvió a hablar de la boda de los chicos, y cuando los dos padres la decidieron definitivamente.

Cuando tantearon a Maxime al respecto, experimentó cierto embarazo. Louise le divertía, la dote lo tentaba aún más. Dijo que sí, aceptó todas las fechas que Saccard quiso, para evitarse el fastidio de una discusión. Pero, en el fondo, se confesaba que, desgraciadamente, las cosas no se arreglarían con tanta facilidad. Renée no querría jamás; lloraría, haría escenas, era capaz de cometer cualquier disparate para escandalizar a París. Era muy desagradable. Ahora ella le daba miedo. Se lo comía con unos ojos inquietantes, lo poseía tan despóticamente que creía sentir sus uñas hundirse en su hombro, cuando colocaba en él su blanca mano. Su turbulencia se convertía en brusquedad, y había sonidos entrecortados en el fondo de sus risas. Él temía realmente que se volviera loca, una noche, entre sus brazos. En ella, los remordimientos, el temor a verse sorprendidos, las alegrías crueles del adulterio no se traducían, como en las otras mujeres, en lágrimas y postración, sino en una extravagancia aún mayor, en una necesidad de bullicio más irresistible. Y, en medio de su creciente enloquecimiento, se empezaba a oír un estertor, la avería de aquella adorable máquina que se estaba rompiendo.

Maxime esperaba pasivamente una ocasión que lo desembarazase de esta amante molesta. Decía de nuevo que habían hecho una tontería. Si su camaradería había introducido al principio en sus relaciones de enamorados una voluptuosidad más, hoy le impedía romper, como habría hecho, ciertamente, con cualquier otra mujer. No habría vuelto más; era su forma de poner fin a sus amores, para evitar todo esfuerzo y toda disputa. Pero se sentía incapaz de un estallido, y hasta cedía de buen grado aún a las caricias de Renée; ésta era maternal, pagaba por él, lo sacaría de apuros si algún acreedor se enfadaba. Después, la idea de Louise, la idea del millón de dote, volvía, le hacía pensar, incluso entre los besos de la joven, «que todo esto estaba bien, pero que no era serio, y que tendría que acabar de una vez».

Una noche, Maxime se quedó tan rápidamente sin un céntimo, en casa de una dama donde con frecuencia se jugaba hasta el amanecer, que experimentó una de sus cóleras mudas de jugador con los bolsillos vacíos. Lo habría dado todo por poder arrojar aún unos cuantos luses sobre la mesa. Cogió su sombrero y, con el paso maquinal de un hombre empujado por una idea fija, fue al parque Monceau, abrió la pequeña verja, se encontró en el invernadero. Eran más de las doce. Renée le había prohibido ir esa noche. Ahora, cuando le cerraba su puerta, ya ni siquiera trataba de encontrar una explicación, y él sólo pensaba en aprovechar su día de permiso. Sólo recordó claramente la prohibición de la joven ante la puerta acristalada de la salita, que estaba cerrada. De ordinario, cuando Maxime iba a ir, Renée giraba de antemano la falleba de esa puerta.

— ¡Bah! —pensó, viendo iluminada la ventana del tocador—, voy a silbar y bajará. No la molestaré; si tiene unos luses, me iré en seguida.

Y silbó suavemente. Con frecuencia, además, empleaba esa señal para anunciarle su llegada. Pero esa noche silbó inútilmente varias veces. Se obstinó, alzando el tono, sin querer desechar su idea de un préstamo inmediato. Por fin, vio la puerta acristalada abrirse con infinitas precauciones, sin que hubiera oído el menor ruido de pasos. En la media luz del invernadero apareció Renée, con el pelo suelto, apenas vestida, como si fuera a meterse en cama. Iba descalza. Lo empujó hacia una de las glorietas, bajando los peldaños pisando sobre la arena de los senderos, sin parecer notar el frío ni la rudeza del suelo.

— ¡Es una idiotez silbar tan fuerte! —murmuró con cólera contenida—. Te había dicho que no vinieras. ¿Qué me quieres?

— ¡Eh!, subamos —dijo Maxime, sorprendido por aquella acogida—. Te lo diré arriba. Vas a coger frío.

Pero, al dar un paso, ella lo retuvo, y él advirtió entonces que estaba horriblemente pálida. Un espanto mudo la encorvaba. Sus últimas prendas, los

encajes de su ropa interior, colgaban como trágicos jirones sobre la piel estremecida.

Maxime la examinaba con creciente asombro.

— ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

E, instintivamente, alzó los ojos; miró, a través de los cristales del invernadero, la ventana del tocador donde había visto la luz.

—Hay un hombre contigo —dijo de repente.

—No, no, no es cierto —balbució ella, suplicante, azarada.

—Vamos, querida mía, veo la sombra.

Siguieron allí un instante, frente a frente, sin saber qué decirse. Los dientes de Renée castañeteaban de terror, y le parecía que arrojaban cubos de agua helada sobre sus pies descalzos. Maxime experimentaba más irritación de lo esperado; pero seguía estando aún lo bastante desinteresado para reflexionar, para decirse que la ocasión era buena, y que iba a romper.

—No me harás creer que es Céleste que lleva un gabán —continuó—. Si los cristales del invernadero no fueran tan gruesos, quizás reconociera al caballero.

Ella lo empujó más profundamente en la oscuridad del follaje, diciendo, con las manos juntas, presa de un creciente terror:

—Maxime, por favor...

Pero toda la guasa del joven despertaba, una guasa feroz que pretendía vengarse. Era demasiado frágil para que la cólera lo aliviase. El despecho frunció sus labios, y, en lugar de pegarle, como al principio le había apetecido, aguzó la voz, prosiguió:

—Tendrías que habérmelo dicho, no habría venido a molestaros... No es nada del otro jueves el no amarse ya. Yo mismo empezaba a estar harto... Vamos, no te impacientes. Voy a dejarte subir, pero no antes de que me hayas dicho el nombre del caballero...

—¡Jamás, jamás! —murmuró la joven, que ahogaba sus lágrimas.

—No es para desafiarte, es por saber... El nombre, dímelo en seguida, y me marchó. —Le había cogido las muñecas, la miraba, con su risa maligna. Y ella se debatía, enloquecida, sin querer despegar los labios, para que el nombre que él le preguntaba no pudiera escaparse—. Vamos a hacer ruido, no adelantarás nada. ¿De qué tienes miedo? ¿No somos buenos amigos?... Quiero saber quién me sustituye, estoy en mi derecho... Espera, te ayudaré. Es el señor De Mussy, cuyo dolor te ha conmovido. —Ella no respondió. Bajaba

la cabeza ante semejante interrogatorio—. ¿No es el señor De Mussy?... Pues entonces el duque de Rozan. ¿Tampoco, de verdad?... ¿Quizás el conde de Chibray? ¿No es él?... —Se detuvo, buscó—. Diablos, no se me ocurre nadie más... No es mi padre, por lo que me has dicho...

Renée se estremeció, como bajo una quemadura, y sordamente:

—No, sabes muy bien que ya no viene. No habría aceptado yo, sería innoble.

— ¿Quién, entonces?

Y le apretaba más fuerte las muñecas. La pobre mujer luchó aún unos instantes.

— ¡Oh! ¡Maxime, si tú supieras!... Pero no puedo decir... —Después, vencida, anonadada, mirando con espanto la ventana iluminada—: Es el señor De Saffré —balbució bajito.

Maxime, a quien su juego cruel divertía, palideció extremadamente ante esta confesión que solicitaba con tanta insistencia. Se irritó del dolor inesperado que le causaba aquel nombre de varón. Rechazó violentamente las muñecas de Renée, acercándose, diciéndole en pleno rostro, con los dientes apretados:

—Mira, si quieres saberlo, ¡eres una...!

Dijo la palabra. Y se marchaba ya cuando ella corrió hacia él, sollozante, cogiéndolo en sus brazos, murmurando palabras tiernas, peticiones de perdón, jurándole que lo seguía adorando, y que al día siguiente le explicaría todo. Pero él se soltó, cerró violentamente la puerta del invernadero, respondiendo:

— ¡Ah, no! Se acabó, estoy hasta las narices.

Ella se quedó aplastada. Lo miró cruzar el jardín. Le parecía que los árboles del invernadero giraban a su alrededor. Después, lentamente, arrastró sus pies descalzos por la arena de los senderos, subió los peldaños de la escalinata, con la piel amoratada por el frío, más trágica entre el desorden de sus encajes. Arriba, respondió a las preguntas de su marido, que la esperaba, que había creído recordar el sitio donde podía haber caído una libretita perdida esa mañana. Y, cuando estuvo acostada, experimentó de pronto una inmensa desesperación, al reflexionar que tendría que haberle dicho a Maxime que su padre, al regresar a casa con ella, la había seguido a su cuarto para hablar de un asunto de dinero.

Fue al día siguiente cuando Saccard se decidió a precipitar el desenlace del asunto de Charonne. Su mujer le pertenecía; acababa de sentirla dulce e inerte entre sus manos, como una cosa que se abandona. Por otra parte, se iba a decidir el trazado del bulevar del Príncipe Eugenio, era necesario que Renée se

viera despojada antes de que se propagase la inminente expropiación. Saccard demostraba, en todo este asunto, un amor de artista; miraba madurar su plan con devoción, tendía sus trampas con los refinamientos de un cazador que pone toda su coquetería en atrapar hábilmente una pieza. Era, en él, una simple satisfacción de jugador diestro, de hombre que saborea con especial voluptuosidad la ganancia robada; quería tener los terrenos por un pedazo de pan, aun cuando le diera cien mil francos de joyas a su mujer, con la alegría del triunfo. Las operaciones más sencillas se complicaban en cuanto él se ocupaba de ellas, se convertían en dramas negros; él se apasionaba, habría apaleado a su padre por una moneda de cinco francos. Y a continuación distribuía el oro a manos llenas.

Pero, antes de obtener de Renée la cesión de su parte de la propiedad, tuvo la prudencia de ir a tantear a Larsonneau sobre las intenciones de chantaje que había olfateado en él. Su instinto lo salvó, en esta circunstancia. El agente de expropiaciones había creído, por su parte, que la fruta estaba madura y que podía cogerla. Cuando Saccard entró en el despacho de la calle de Rivoli encontró a su compinche trastornado, dando muestras de la más violenta desesperación.

— ¡Ay, amigo mío! —murmuró, cogiéndole las manos—. Estamos perdidos... Iba a correr a su casa para ponernos de acuerdo, para salir de esta horrible aventura...

Mientras se retorció los brazos y ensayaba un sollozo, Saccard observaba que estaba firmando cartas, en el momento de su entrada, y que las firmas tenían una claridad admirable. Lo miró tranquilamente, diciendo:

— ¡Bah! ¿Qué es lo que nos pasa?

Pero el otro no respondió de inmediato; se había desplomado en su sillón, delante del escritorio, y allí, con los codos sobre el secante, la frente entre las manos, bamboleaba furiosamente la cabeza. Por fin, con voz ahogada:

—Me han robado el registro, ya sabe usted...

Y contó que uno de sus empleados, un canalla digno de presidio, le había sustraído gran número de expedientes, entre los cuales se encontraba el famoso registro. Lo peor era que el ladrón había comprendido el partido que podía sacar de esa pieza y quería revenderla por cien mil francos.

Saccard reflexionaba. El cuento le pareció demasiado burdo. Evidentemente, a Larsonneau le preocupaba poco, en el fondo, que lo creyera. Buscaba simplemente un pretexto para darle a entender que quería cien mil francos en el asunto de Charonne; e incluso, con esta condición, devolvería los papeles comprometedores que tenía entre sus manos. El trato le pareció demasiado gravoso a Saccard. De buena gana habría tenido en cuenta a su ex

colega; pero aquel lazo tendido, aquella vanidad de tomarlo por un primo, le irritaban. Por otra parte, no dejaba de estar inquieto; conocía al personaje, sabía que era muy capaz de llevarle los papeles a su hermano el ministro, quien seguramente pagaría para ahogar el escándalo.

— ¡Diablos! —murmuró, sentándose a su vez—. ¡Qué historia más sucia! ... ¿Se podría ver al canalla en cuestión?

—Voy a mandarlo buscar —dijo Larsonneau—. Vive aquí al lado, en la callejean Lantier.

Aún no habían transcurrido diez minutos cuando un joven bajito, bizco, de cabello pálido, la cara cubierta de pecas, entró despacho, evitando que la puerta hiciera ruido. Iba vestido con una mísera levita negra demasiado grande y horriblemente raída. Se quedó de pie, a respetuosa distancia, mirando a Saccard con el rabillo del ojo, tranquilamente. Larsonneau, que lo llamaba Baptistin, le hizo sufrir un interrogatorio, al cual respondió con monosílabos, sin turbarse en absoluto; y recibía con total indiferencia los nombres de ladrón, de estafador, de criminal, con que su patrón se creía en el deber de acompañar cada una de sus preguntas.

Saccard admiró la sangre fría de aquel infeliz. En cierto momento, el agente de expropiaciones se lanzó desde su sillón como para pegarle, y el otro se contentó con retroceder un paso, bizqueando con más humildad.

—Está bien, déjelo —dijo el financiero—. Entonces, caballero, ¿usted pide cien mil francos por devolver los papeles?

—Sí, cien mil francos —respondió el joven.

Y se marchó. Larsonneau parecía incapaz de calmarse.

— ¿Eh? ¡Qué sinvergüenza! —balbució—. ¿Ha visto usted qué miradas más falsas?... Estos tipejos tienen pinta de tímidos, pero asesinarían a un hombre por veinte francos.

Pero Saccard lo interrumpió diciendo:

— ¡Bah! No es tan terrible. Creo que podremos arreglarnos con él... Yo venía por un asunto mucho más inquietante... Tenía usted razón al desconfiar de mi mujer, mi querido amigo. Imagínese que vende su parte de la propiedad al señor Haffner. Necesita dinero, dice. Es su amiga Suzanne la que ha debido empujarla.

El otro cesó bruscamente de desesperarse; escuchaba, un poco pálido, acomodándose su cuello recto, al que había dado la vuelta, en su cólera.

—Esa cesión —continuó Saccard— es la ruina de nuestras esperanzas. Si el señor Haffner se convierte en consocio de usted, no solamente se verán

comprometidos nuestros beneficios, sino que tengo un miedo horroroso a encontrarnos en una situación desagradabilísima con ese hombre meticulado, que querrá examinar las cuentas.

El agente de expropiaciones se puso a andar con paso agitado, haciendo crujir sus botines de charol sobre la alfombra.

—Ya ve usted —murmuró— en qué situaciones se coloca uno por servir a la gente... Pero, querido mío, en su lugar, yo impediría rotundamente que mi mujer cometiera semejante tontería. Antes le pegaría.

— ¡Ay, amigo mío!... —dijo el financiero con una fina sonrisa—. No tengo más poder sobre mi mujer que el que usted parece tener sobre ese bribón de Baptistin.

Larsonneau se detuvo en seco ante Saccard, que seguía sonriendo, y lo miró con aire profundo. Después reanudó su marcha de arriba abajo, pero con un paso lento y medido. Se acercó a un espejo, se subió el nudo de la corbata, caminó de nuevo, recobrando su elegancia. Y de repente:

— ¡Baptistin! —gritó.

El jovencito bizco entró, pero por otra puerta. Ya no llevaba sombrero y hacía rodar una pluma entre los dedos.

—Ve a buscar el registro —le dijo Larsonneau.

Y cuando ya no estuvo allí, debatió la suma que debería dársele.

—Hágalo por mí —acabó por decir francamente.

Entonces, Saccard consintió en dar treinta mil francos sobre los futuros beneficios del asunto de Charonne. Juzgaba que todavía se escurría a buen precio de la mano enguantada del usurero. Este último hizo poner la promesa a su nombre, continuando la comedia hasta el final, diciendo que le pagaría los treinta mil francos al joven. Con risas de alivio, Saccard quemó el registro en la llama de la chimenea, hoja por hoja. Después, terminada esta operación, intercambió vigorosos apretones de mano con Larsonneau, y lo dejó, diciéndole:

—Va usted esta noche a casa de Laure, ¿no?... Espéreme. Lo habré arreglado todo con mi mujer, tomaremos nuestras últimas disposiciones.

Laure de Aurigny, que se mudaba con frecuencia, vivía entonces en un gran piso del bulevar Haussmann, enfrente de la capilla expiatoria. Acababa de fijar un día de recibo a la semana, como las damas del gran mundo. Era una manera de reunir a la vez a los hombres que la veían, uno por uno, durante la semana. Aristide Saccard estaba exultante los martes por la noche; era el amante titular, y volvía la cabeza, con una risa vaga, cuando la dueña de la

casa lo traicionaba de pasada, concediendo una cita para esa misma noche a uno de los señores. Cuando se quedaba el último del grupo, encendía un puro más, charlaba de negocios, bromeaba un instante sobre el caballero que se aburría en la calle esperando que él saliera; después, tras haber llamado a Laure su «querida niña», y haberle dado un cachetito en la mejilla, se marchaba tranquilamente por una puerta, mientras el caballero entraba por otra. El secreto tratado de alianza que había consolidado el crédito de Saccard y proporcionado a la de Aurigny dos mobiliarios en un mes continuaba divirtiéndoles. Pero Laure deseaba un desenlace para la comedia. Este desenlace, decidido de antemano, iba a consistir en una ruptura pública, en beneficio de cualquier imbécil que pagara a buen precio ser el protector serio y conocido por todo París. El imbécil había aparecido. El duque de Rozan, harto de fastidiar inútilmente a las mujeres de su mundo, soñaba con una reputación de desenfreno, para acentuar con algún relieve su figura insulsa. Era muy asiduo a los martes de Laure, a quien había conquistado con su ingenuidad absoluta. Desgraciadamente, a sus treinta y cinco años se encontraba aún bajo la dependencia de su madre, hasta el punto de que podía disponer a lo sumo de una decena de luises a la vez. Las noches en que Laure se dignaba cogerle los diez luises, quejándose, hablando de los cien mil francos que necesitaría, él suspiraba, le prometía la suma para el día en que fuera el dueño. Fue entonces cuando ella tuvo la idea de hacerle entablar amistad con Larsonneau, uno de los buenos amigos de la casa. Los dos hombres fueron a almorzar juntos a Tortoni y, a los postres, Larsonneau, contándole sus amores con una española deliciosa, aseguró que conocía prestamistas; pero aconsejó vivamente a Rozan que jamás pasara por sus manos. Esta confidencia endemonió al duque, que acabó por arrancarle a su buen amigo la promesa de ocuparse de «su asuntillo». Éste se ocupó tan bien que debía llevarle el dinero la misma tarde que Saccard lo había citado en casa de Laure.

Cuando Larsonneau llegó, sólo estaban en el gran salón blanco y oro de la de Aurigny cinco o seis mujeres, que le cogieron las manos, le saltaron al cuello, con un cariño furioso. Lo llamaban «¡el gran Lar!», diminutivo cariñoso que Laure había inventado. Y él, con voz aflautada:

—Ea, ea, gatitas mías, vais a aplastarme el sombrero.

Se calmaron, lo rodearon muy de cerca en un confidente, mientras les contaba una indigestión de Sylvia, con quien había cenado la víspera. Después, sacando una bombonera del bolsillo de su traje, les ofreció pralinés. Pero Laure salió de su dormitorio y, como llegaban varios señores, arrastró a Larsonneau a un gabinete situado en uno de los extremos del salón, del que lo separaba un doble perder.

— ¿Tienes el dinero? —le preguntó, cuando estuvieron a solas.

Lo tuteaba en las grandes circunstancias. Larsonneau, sin responder, se inclinó graciosamente, golpeando el bolsillo interior de su traje.

— ¡Oh! ¡Este gran Lar! —murmuró la joven, encantada. Lo cogió por la cintura y lo abrazó—. Espera —dijo—, quiero ahora mismo esos papelitos... Rozan está en mi cuarto; voy a buscarlo.

Pero él la retuvo, besándole a su vez los hombros.

— ¿Recuerdas qué comisión te he pedido a ti?

— ¡Eh! Sí, tontorrón, trato hecho.

Regresó, trayendo a Rozan. Larsonneau estaba vestido con más corrección que el duque, mejor enguantado, encorbatado con más arte. Se dieron negligentemente la mano, y hablaron de las carreras de la víspera, en las que habían derrotado a un caballo de un amigo común. Laure estaba en vilo.

—Vamos, eso no es todo, querido mío —le dijo a Rozan—; el gran Lar tiene el dinero, ¿sabes? Habría que terminar.

Larsonneau pareció acordarse.

— ¡Ah, sí!, es cierto, tengo la suma... Pero ¡habría hecho usted mejor escuchándome, amiguito! ¿Sabe que esos bribones me han pedido el cincuenta por ciento?... En fin, acepté de todos modos, usted me había dicho que no importaba...

Laure de Aurigny se había procurado pliegos de papel timbrado durante el día. Pero, cuando se trató de pluma y tintero, miró a los dos hombres con aire consternado, dudando de encontrar en su casa esos objetos. Quería ir a ver a la cocina cuando Larsonneau sacó del bolsillo donde estaba la bombonera, dos maravillas, un palillero de plata, que se alargaba con ayuda de un tornillo, y un tintero, de acero y ébano, de un acabado y una delicadeza de joya. Y al sentarse Rozan:

—Haga los pagarés a mi nombre. Comprenda, no he querido comprometerle. Nos arreglaremos entre nosotros... Seis efectos de veinticinco mil francos cada uno, ¿no?

Laure contaba, en una esquina de la mesa, los «papelitos». Rozan ni siquiera los vio. Cuando hubo firmado y levantó la cabeza, ya habían desaparecido en el bolsillo de la joven. Pero ésta fue hacia él y lo besó en ambas mejillas, lo cual pareció encantarle. Larsonneau los miraba filosóficamente, doblando los efectos y guardándose el recado de escribir en el bolsillo.

La joven estaba aún colgada del cuello de Rozan cuando Aristide Saccard alzó una punta del portier.

— ¡Qué bien! ¡No se cohíban! —dijo riendo.

El duque se ruborizó. Pero Laure fue a dar rigurosamente la mano al financiero, intercambiando con él un guiño de inteligencia. Estaba radiante.

—Ya está, querido —dijo—; le había avisado. ¿No me guarda demasiado rencor, verdad?

Saccard se encogió de hombros con aire bonachón. Apartó el portier y, eclipsándose para dejar paso a Laure y al duque, gritó, con voz chillona de ujier:

— ¡El señor duque, la señora duquesa!

Esta broma tuvo un éxito loco. Al día siguiente, los periódicos la contaron, nombrando crudamente a Laure de Aurigny y designando a los dos hombres con iniciales muy transparentes. La ruptura de Aristide Saccard y la gruesa Laure hizo aún más ruido que sus supuestos amores.

Mientras tanto, Saccard había soltado el portier sobre la carcajada de gozo que su broma había levantado en el salón.

— ¡Ah, qué buena chica! —dijo volviéndose hacia Larsonneau—. ¡Es de un vicio!... Y usted, picarón, es el que se va a beneficiar de todo esto. ¿Qué es lo que le dan?

Pero él se defendió con sonrisas, y se estiraba los puños, que se le subían. Por fin fue a sentarse, cerca de la puerta, en un confidente al que Saccard lo llamaba con el gesto.

—Venga aquí, no pretendo confesarlo, ¡qué diablos!... A los negocios serios ahora, amiguito. He tenido, esta tarde, una larga conversación con mi mujer... Asunto concluido.

— ¿Consiente en ceder su parte? —preguntó Larsonneau.

—Sí, pero mi trabajo me ha costado... ¡Las mujeres son de un terco! La mía había prometido no vender a una vieja tía, ¿sabe? Y tenía escrúpulos hasta nunca acabar... Afortunadamente, yo había preparado una historia completamente decisiva.

Se levantó para encender un puro en el candelabro que Laure había dejado sobre la mesa y regresó a estirarse muellemente en el confidente.

—Le he dicho a mi mujer —continuó—, que usted estaba totalmente arruinado... Usted jugó a la Bolsa, se comió su dinero con las mujeres, se embarulló con malas especulaciones; en fin, está usted a punto de una quiebra espantosa... Entonces le expliqué que el asunto de Charonne iba a zozobrar con el desastre de usted, y que lo mejor sería aceptar la propuesta que usted me había hecho de dejarla a ella al margen, comprándole su parte, por un

pedazo de pan, eso es cierto.

—No es muy inteligente —murmuró el agente de expropiaciones—. ¿Se figura usted que su mujer va a creerse semejantes patrañas?

Saccard esbozó una sonrisa. Estaba en una hora de desahogo.

—Es usted ingenuo, querido mío —prosiguió—. El fondo de la historia no importa mucho; son los detalles, el gesto y el acento los que lo hacen todo. Llame a Rozan, y apuesto a que lo convengo de que es de día. Y mi mujer no tiene mucha más cabeza que Rozan... Le he dejado entrever abismos. Ni siquiera sospecha la inminente expropiación. Y cuando se asombraba de que, en plena catástrofe, usted pudiera pensar en aceptar una carga más pesada, le dije que, sin duda, ella le estorbaba para alguna mala pasada que preparaba usted para sus acreedores... Por último, le aconsejé el negocio como única manera de no encontrarse mezclada en pleitos interminables y de sacar algún dinero de los terrenos.

A Larsonneau la historia le seguía pareciendo un poco brutal. Sus métodos eran menos dramáticos; cada una de sus operaciones se anudaba y se desanudaba con elegancias de comedia de salón.

—Yo habría ideado otra cosa —dijo—. En fin, cada cual tiene su sistema... Sólo nos queda, entonces, pagar.

—Sobre este asunto quería entenderme con usted —respondió Saccard—. Mañana le llevaré la escritura de cesión a mi mujer, y ella no tendrá más que devolverle esa escritura a usted, para cobrar el precio convenido... Prefiero evitar toda entrevista.

Jamás había querido, en efecto, que Larsonneau fuera a su casa en pie de intimidad. No lo invitaba, lo acompañaba a ver a Renée los días que era totalmente indispensable que los dos socios se viesan; eso había ocurrido tres veces. Casi siempre trataba él con poderes de su mujer, pensando que era inútil dejarle ver sus negocios de demasiado cerca.

Abrió su cartera, añadiendo:

—Ahí tiene los doscientos mil francos de pagarés firmados por mi mujer; se los dará usted en pago, y agregará cien mil francos que le traeré mañana por la mañana... ¡Qué sacrificio, querido amigo! Este asunto me cuesta un ojo de la cara.

—Pero —observó el agente de expropiaciones— eso sólo asciende a trescientos mil francos... ¿Es que el recibo será por esa suma?

— ¡Un recibo de trescientos mil francos! —prosiguió Saccard riendo—. ¡Pues sí! Estaríamos aviados más adelante. Es preciso, según mis inventarios, que la finca sea tasada hoy en dos millones quinientos mil francos. El recibo

será por la mitad, naturalmente.

—Su mujer nunca querrá firmarlo.

— ¡Claro que sí! Le digo que todo está convenido... ¡Y tanto! Le he dicho que ésa era su primera condición. Usted nos pone la pistola al pecho con su quiebra, ¿comprende? Y entonces es cuando yo parecí dudar de su honradez y lo acusé de pretender timar a sus acreedores... ¿Es que mi mujer entiende algo de todo esto?

Larsonneau movía la cabeza, murmurando:

—Da lo mismo, podía haber buscado usted algo más sencillo.

—Pero ¡si mi historia es la sencillez misma! —dijo Saccard muy extrañado—. ¿Dónde diablos ve usted la complicación?

No tenía conciencia del increíble número de triquiñuelas que sumaba al asunto más ordinario. Disfrutaba con auténtica alegría de aquel cuento como una catedral que acababa de meterle a Renée; y lo que le encantaba era el impudor de la mentira, el cúmulo de imposibilidades, la asombrosa complicación de la intriga. Hacía mucho tiempo que habría tenido los terrenos de no haber ideado todo este drama, pero habría gozado menos al tenerlos cómodamente. Por otra parte, ponía la mayor ingenuidad en hacer de la especulación de Charonne todo un melodrama financiero.

Se levantó y, cogiendo del brazo a Larsonneau, se dirigió al salón.

—Me ha entendido bien, ¿no? Conténtese con seguir mis instrucciones, y después me aplaudirá... Mire usted, querido amigo, comete un error al llevar guantes amarillos, eso le estropea la mano.

El agente de expropiaciones se contentó con sonreír, murmurando:

— ¡Oh! Los guantes tienen algo bueno, querido maestro: uno lo toca todo sin ensuciarse.

Al entrar en el salón, Saccard se quedó sorprendido y un poco inquieto al encontrar a Maxime al otro lado del portier. El joven estaba sentado en un confidente, al lado de una señora rubia, que le contaba con voz monótona una larga historia, la suya, sin duda. En efecto, había oído la conversación de su padre y de Larsonneau. Los dos cómplices le parecían unos pillos redomados. Vejado aún por la traición de Renée, saboreaba una alegría cobarde al enterarse del robo de que iba a ser víctima. Eso lo vengaba en parte. Su padre fue a estrecharle la mano, con aire desconfiado; pero Maxime le dijo al oído, señalándole a la señora rubia:

— ¿No está mal, verdad? Quiero «trabajármela» para esta noche.

Entonces Saccard se contoneó, se mostró galante. Laure de Aurigny fue a

unirse a ellos por un momento; se quejaba de que Maxime apenas la visitaba una vez al mes. Pero él aseguró que había estado muy ocupado, lo cual hizo reír a todo el mundo. Añadió que a partir de ahora sólo lo verían a él.

—He escrito una tragedia —dijo—, y sólo ayer encontré el quinto acto... Cuento con descansar en casa de todas las bellezas de París.

Se reía, saboreaba sus alusiones, que sólo él podía comprender. Mientras tanto, sólo quedaban ya en el salón, a los dos lados de la chimenea, Rozan y Larsonneau. Los Saccard se levantaron, así como la señora rubia, que residía en la casa. Entonces la de Aurigny fue a hablar en voz baja con el duque. Este pareció sorprendido y contrariado. Viendo que no se decidía a abandonar su sillón, ella dijo a media voz:

—No, en serio, esta noche no. ¡Tengo una jaqueca!... Mañana, se lo prometo.

Rozan tuvo que obedecer. Laure esperó a que estuviera en el rellano para decir rápidamente al oído de Larsonneau:

— ¡Eh! Gran Lar, soy de palabra... Mételo en su coche.

Cuando la señora rubia se despidió de los caballeros para subir a su piso, que estaba en la planta superior, Saccard se extrañó de que Maxime no la siguiera.

— ¿Cómo es eso? —le preguntó.

—No, a fe mía —respondió el joven—. He reflexionado... —Después tuvo una idea que le pareció muy divertida—: Te cedo el sitio, si quieres. Date prisa, aún no ha cerrado la puerta.

Pero el padre se encogió suavemente de hombros, diciendo:

—Gracias, tengo algo mejor de momento, pequeño.

Los cuatro hombres bajaron. En la calle, el duque se empeñaba en llevarse a Larsonneau en su carruaje; su madre residía en el Marais, dejaría al agente de expropiaciones en su portal, en la calle de Rivoli. Este se negó, cerró la portezuela él mismo, le dijo al cochero que se marchase. Y se quedó en la acera del bulevar Haussmann con los otros dos, sin alejarse.

— ¡Ah! ¡Pobre Rozan! —dijo Saccard, que comprendió de pronto.

Larsonneau juró que no, que eso le traía sin cuidado, que él era un hombre práctico. Y, como los otros dos seguían bromeando y el frío era muy vivo, acabó por exclamar:

— ¡Mala suerte, a fe mía! ¡Voy a llamar!... Caballeros, son ustedes unos indiscretos.

— ¡Buenas noches! —le gritó Maxime cuando la puerta volvió a cerrarse.

Y cogiendo a su padre del brazo, subió con él por el bulevar. Hacía una de esas noches claras de helada, en las que es tan agradable caminar sobre la tierra dura, en el aire glacial. Saccard decía que Larsonneau estaba en un error, que con la de Aurigny había que ser simplemente un compañero. Partió de eso para declarar que el amor de esas mujeres era realmente malo. Se mostraba moral, encontraba sentencias y consejos de sorprendente sabiduría.

—Ya ves —le dijo a su hijo—, no hay más que una vida, pequeño... Uno pierde la salud y no saborea la verdadera felicidad. Sabes que no soy un burgués. ¡Bueno!, pues estoy harto, voy a sentar la cabeza.

Maxime reía burlón; paró a su padre, lo contempló al claro de luna, declarando que tenía «una pinta excelente». Pero Saccard se puso aún más serio:

—Bromea cuanto quieras. Te repito que no hay nada como el matrimonio para conservar a un hombre y hacerlo feliz.

Entonces le habló de Louise. Y caminó más despacito, para rematar este asunto, decía, ya que hablaban de eso. La cosa estaba totalmente arreglada. Lo informó incluso de que había fijado con el señor De Mareuil la fecha de la firma de las capitulaciones para el domingo siguiente al tercer jueves de cuaresma. Ese jueves iba a haber un gran sarao en el palacete del parque Monceau y aprovecharía para anunciar públicamente la boda. A Maxime todo eso le pareció muy bien. Se había desembarazado de Renée, ya no veía ningún obstáculo, se entregaba a su padre como se había entregado a su madrastra.

— ¡Bueno, de acuerdo! —dijo—. Sólo que no hables de eso con Renée. Sus amigas se burlarían de mí, me tomarían el pelo, y prefiero que sepan la cosa al mismo tiempo que todos.

Saccard le prometió silencio. Después, cuando llegaban hacia lo alto del bulevar Malesherbes, le dio de nuevo multitud de excelentes consejos. Le enseñaba cómo debía comportarse para hacer de su hogar un paraíso.

—Sobre todo, nunca rompas con tu mujer. Es una tontería. Una mujer con la que ya no tienes relaciones te cuesta un ojo de la cara... Ante todo, hay que pagar a alguna fulana, ¿no? Y, además, el gasto es mucho mayor en la casa: son los vestidos, los placeres particulares de la señora, las amiguitas, todo el diablo y su corte. —Se hallaba en una hora de extraordinaria virtud. El éxito del asunto de Charonne ponía en su corazón ternuras idílicas—. Yo —continuo— había nacido para vivir feliz e ignorado en el fondo de un pueblo, con toda mi familia al lado... ¡No me conocen bien, pequeño!... Tengo una pinta así, muy de cabeza de chorlito. Pues bien, ¡nada de eso!: me encantaría quedarme al lado de mi mujer, abandonarí de buen grado mis negocios por

una renta modesta que me permitiera retirarme a Plassans... Vas a ser rico, construye con Louise un hogar donde viviréis como dos tortolitos. ¡Es tan estupendo! Yo iré a veros, eso me hará bien.

Acababa por tener lágrimas en la voz. Mientras tanto, habían llegado a la verja del palacete y charlaban, al borde de la acera. En aquellas alturas de París soplaban el cierzo. Ni un ruido ascendía en la noche pálida, de una blancura helada. Maxime, sorprendido por los enternecimientos de su padre, tenía desde hacía un instante una pregunta en los labios.

—Pero tú —dijo por fin—, me parece...

— ¿Qué?

— ¿Con tu mujer?

Saccard se encogió de hombros.

— ¡Eh! ¡Sí, claro! Yo era un imbécil. Por eso te hablo con conocimiento de causa... Pero hemos vuelto a juntarnos, ¡oh!, del todo. Pronto hará seis semanas. Voy a su cuarto por la noche, cuando no vuelvo demasiado tarde. Hoy, la pobre nena tendrá que pasarse sin mí; he de trabajar hasta que amanezca. ¡Está tan bien formada!... —Al tenderle Maxime la mano, lo retuvo y agregó, en voz más baja, con tono de confidencia—: ¿Conoces la cintura de Blanche Muller? ¡Pues bueno!, así, pero diez veces más flexible. ¡Y qué caderas! Tienen un dibujo, una delicadeza... —Y concluyó diciendo al joven, que se marchaba—: Tú eres como yo, tienes corazón, tu mujer será feliz... ¡Hasta la vista, pequeño!

Cuando Maxime se desembarazó, por fin, de su padre dio rápidamente la vuelta por el parque. Lo que acababa de oír le sorprendía tanto que experimentaba la irresistible necesidad de ver a Renée. Quería pedirle perdón por su brutalidad, saber por qué había mentado mencionando al señor De Saffré, conocer la historia de las ternuras de su marido. Pero todo ello confusamente, con el solo deseo claro de fumar junto a ella un puro y de reanudar su camaradería. Si estaba bien dispuesta, pensaba incluso anunciarle su boda, para darle a entender que sus amores debían permanecer muertos y enterrados. Cuando hubo abierto la puertecita, cuya llave había conservado, afortunadamente, acabó por decirse que su visita, tras la confidencia de su padre, era necesaria y totalmente decorosa.

En el invernadero silbó como la víspera, pero no esperó. Renée fue a abrirle la puerta acristalada de la salita, y subió delante de él sin hablar. Acababa de regresar de un baile en el ayuntamiento. Estaba aún vestida con un traje blanco de tul abullonado, sembrado de lazos de raso; los faldones del cuerpo de raso estaban enmarcados por un ancho encaje con abalorios blancos, que la luz de los candelabros tornasolaba de azul y rosa. Cuando Maxime la

miró, arriba, quedó impresionado por su palidez, por, la honda emoción que entrecortaba su voz. No debía de esperarlo, estaba toda estremecida al verlo llegar como de ordinario, tranquilamente, con su aire mimoso. Céleste regresó del vestidor, donde había ido a buscar un camisón, y los amantes continuaron en silencio, a la espera de que la muchacha no estuviera allí. No solían recatarse ante ella, pero los asaltaba el pudor ante las cosas que se sentían a punto de decir. Renée quiso que Céleste la desvistiera en el dormitorio, donde había un gran fuego. La camarera quitaba las horquillas, retiraba las prendas una a una, sin apresurarse. Y Maxime, aburrido, cogió maquinalmente el camisón, que estaba a su lado, sobre una silla, y lo calentó ante la llama, inclinado, con los brazos abiertos. Era él quien, en los días felices, le prestaba ese pequeño servicio a Renée. Ella se enterneció al verle poner delicadamente el camisón al fuego. Después, como Céleste no acababa, él le preguntó:

— ¿Te divertiste en ese baile?

— ¡Oh, no! Ya sabes, siempre lo mismo —respondió ella—. Demasiada gente, un auténtico barullo.

Él le dio la vuelta al camisón, que ya estaba caliente por un lado.

— ¿Qué llevaba Adeline?

—Un traje malva, bastante mal concebido... Es bajita, y tiene la manía de los volantes.

Hablaron de las otras mujeres. Ahora Maxime se quemaba los dedos con el camisón.

— ¡Vas a chamuscarlo! —dijo Renée, cuya voz tenía caricias maternales.

Céleste cogió el camisón de manos del joven. Éste se levantó, fue a mirar la gran cama gris y rosa, se detuvo en uno de los ramos briscados de la tapicería, para volver la cabeza, para no ver los senos desnudos de Renée. Era instintivo. Ya no se creía su amante, no tenía ya derecho a ver. Después sacó un puro del bolsillo y lo encendió. Renée le había permitido fumar en sus habitaciones. Por fin, Céleste se retiró, dejando a la joven al amor de la lumbre, muy blanca con su ropa de noche. Maxime anduvo todavía unos instantes, silencioso, mirando de reojo a Renée, que temblaba de nuevo, al parecer. Y, plantándose delante de la chimenea, con el puro entre los dientes, preguntó con voz brusca:

— ¿Por qué no me dijiste que era mi padre quien se encontraba contigo, ayer por la noche?

Ella levantó la cabeza, los ojos muy abiertos, con una mirada de suprema angustia; luego, una oleada de sangre encendió su cara y, anonadada de vergüenza, ocultó el rostro entre las manos, balbució:

— ¿Lo sabes? ¿Lo sabes?... —Se recobró, intentó mentir—: No es cierto... ¿Quién te lo ha dicho?

Maxime se encogió de hombros.

— ¡Caray! Mi propio padre, que te encuentra espléndidamente formada y que me ha hablado de tus caderas. —Había dejado traslucirse un ligero despecho. Pero continuó caminando, y prosiguió con voz gruñona y amistosa, entre dos bocanadas—: Realmente, no te entiendo. Eres una mujer singular. Ayer, si yo estuve grosero, la culpa fue tuya. Si me hubieras dicho que era mi padre me habría marchado tranquilamente, ¿entiendes? Yo no tengo derecho... Pero ¡se te ocurre mencionar al señor De Saffré!

Ella sollozaba, las manos sobre el rostro. Él se acercó, se arrodilló delante de ella, le separó las manos a la fuerza.

—Vamos, dime por qué me mencionaste al señor De Saffré.

Entonces, apartando aún la cabeza, Renée respondió, entre lágrimas, en voz baja:

—Creía que me dejarías si sabías que tu padre...

Él se levantó, recogió su puro, que había dejado en una esquina de la chimenea, y se contentó con murmurar:

— ¡Pues sí que eres graciosa!...

Ella ya no lloraba. Las llamas de la chimenea y el fuego de sus mejillas secaban sus lágrimas. El asombro de ver a Maxime tan calmado ante una revelación que creía que iba a aplastarlo le hacía olvidar toda su vergüenza. Le miraba caminar, lo escuchaba hablar como en un sueño. Él le repetía, sin dejar el puro, que ella no era razonable, que era muy natural que hubiera tenido relaciones con su marido, que él no podía pensar en enfadarse. Pero ¡mira que confesar un amante cuando no era verdad! Y volvía siempre a eso, a esta cosa que no podía comprender, y que le parecía verdaderamente monstruosa. Habló de las «locas imaginaciones» de las mujeres.

—Estás un poco chiflada, querida; hay que cuidar eso. —Acabó por preguntar curiosamente—: Pero ¿por qué el señor De Saffré y no cualquier otro?

—Me hace la corte —dijo Renée.

Maxime contuvo una impertinencia; iba a decir que, sin duda, se había creído un mes más vieja, al confesar al señor De Saffré como amante. Sólo sonrió maligno ante esta maldad y, tirando el puro al fuego, fue a sentarse al otro lado de la chimenea. Allí habló con sentido común, le dio a entender a Renée que debían seguir siendo buenos amigos. Las miradas fijas de la joven

lo turbaban un poco, no obstante; no se atrevió a anunciarle su boda. Ella lo contemplaba largamente, con los ojos aún hinchados por las lágrimas. Lo encontraba mezquino, estrecho, despreciable, y seguía amándolo, con el cariño que sentía por sus encajes. Estaba guapo a la luz del candelabro, colocado al borde de la chimenea, a su lado. Cuando él echaba atrás la cabeza, el resplandor de las velas le doraba el pelo, se deslizaba sobre su cara, por la leve pelusilla de las mejillas, con un color rubio precioso.

—Voy a tener que irme —dijo en varias ocasiones.

Estaba muy decidido a no quedarse. Renée no habría querido, además. Los dos lo pensaban, lo decían: ya no eran sino dos amigos. Y cuando Maxime hubo estrechado, por fin, la mano de la joven y estuvo a punto de salir de la habitación, ella lo retuvo aún un instante, hablándole de su padre. Lo elogiaba muchísimo.

—Ya ves, yo tenía demasiados remordimientos. Prefiero que haya ocurrido esto... No conoces a tu padre; me ha asombrado encontrarlo tan bueno, tan desinteresado. ¡El pobre hombre tiene tantas preocupaciones en este momento! —Maxime se miraba la puntera de los botines, sin responder, con aire violento. Ella insistía—. Mientras él no venía por esta habitación, me daba igual. Pero después... Cuando lo veía aquí, tan cariñoso, trayéndome un dinero que había tenido que recoger por todos los rincones de París, arruinándose por mí sin una queja, me ponía enferma... ¡Si supieras con cuánto cuidado ha velado por mis intereses!

El joven volvió despacito hacia la chimenea, contra la cual se adosó. Seguía embarazado, la cabeza gacha, con una sonrisa que ascendía poco a poco a sus labios.

—Sí —murmuró—, mi padre es muy listo para velar por los intereses de la gente. —El tono de su voz extrañó a Renée. Lo miró, y él, como para defenderse—: ¡Oh! Yo no sé nada... Digo sólo que mi padre es un hombre hábil.

—Te equivocarías si hablaras mal de él —prosiguió ella—. Debes de juzgarlo un poco atolondrado... Si yo te contara todos sus apuros, si te repitiera lo que me confiaba todavía esta tarde, verías lo engañados que están cuando creen que le importa el dinero...

Maxime no pudo contener un encogimiento de hombros. Interrumpió a su madrastra con una risa irónica.

—Vamos, lo conozco, lo conozco muy bien... Lindas cosas ha debido de decirte. Cuéntamelo, pues.

Este tono burlón la hería. Entonces insistió aún más en sus elogios, opinó

que su marido era un hombre muy grande, habló del asunto de Charonne, de aquel chanchullo del que no había entendido nada, como de una catástrofe en la que se le habían revelado la inteligencia y la bondad de Saccard. Agregó que firmaría al día siguiente la escritura de cesión y que, si se trataba realmente de un desastre, aceptaba ese desastre en castigo de sus faltas. Maxime la dejaba seguir, riendo burlón, mirándola al soslayo; al final, dijo a media voz:

—Eso es, eso mismo... —Y en alto, poniendo la mano en el hombro de Renée—: Querida mía, te lo agradezco, pero ya sabía la historia... ¡Tú sí que eres de buena pasta!

Hizo de nuevo ademán de irse. Experimentaba un furioso prurito por contarle todo. Ella lo había exasperado, con sus elogios de su marido, y olvidaba que se había prometido no hablar, para evitarse cualquier disgusto.

— ¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

— ¡Eh! ¡Caray! Que mi padre te la da con queso de una forma increíble... Me das pena, en serio; eres demasiado pánfila.

Y le contó lo que había oído en casa de Laure, cobardemente, taimadamente, saboreando un secreto gozo al descender a aquellas infamias. Le parecía vengarse de un vago insulto que le acababan de hacer. Su temperamento de chica se demoraba beatífico en esa denuncia, en esta palabrería cruel, sorprendida detrás de una puerta. No le ahorró nada a Renée, ni el dinero que su marido le había prestado con usura ni el que pensaba robarle, con ayuda de historias ridículas, con cuentos chinos. La joven lo escuchaba, palidísima, los labios apretados. De pie delante de la chimenea, agachaba un poco la cabeza, miraba el fuego. Su ropa de noche, aquel camisón que Maxime había calentado, se abría, dejaba ver blancuras inmóviles de estatua.

—Te digo todo esto —concluyó el joven— para que no parezcas boba... Pero harías mal en enfadarte con mi padre. No es malo. Tiene sus defectos, como todo el mundo... Hasta mañana, ¿no?

Seguía avanzando hacia la puerta. Renée lo detuvo, con un gesto brusco.

— ¡Quédate! —gritó imperiosamente. Y cogiéndolo, atrayéndolo a sí, casi sentádoselo en las rodillas, delante del fuego, lo besó en los labios, diciendo —: ¡Ah, bueno! Sería demasiado idiota recatarnos ahora... ¿No sabes que desde ayer, desde que quisiste romper, no sé dónde tengo la cabeza? Estoy como una imbécil. Esta noche, en el baile, tenía una niebla delante de los ojos. Y es que ahora te necesito para vivir. Cuando te marches me quedaré vacía... No te rías, digo lo que siento. —Lo miraba con infinita ternura, como si no lo hubiera visto desde hacía tiempo—. Acertaste con la palabra: yo era una

pánfila, tu padre me habría hecho hoy ver estrellas en pleno mediodía. ¡Qué sabía yo! Mientras me contaba su historia sólo oía un gran zumbido, y estaba tan abatida que me habría obligado a arrodillarme, si hubiera querido, para firmar sus papelotes. ¡Y me imaginaba que tenía remordimientos!... ¡En serio, hasta ese punto era tonta!... —Soltó una carcajada, destellos de locura brillaban en sus ojos. Continuó, abrazando más estrechamente a su amante—: ¿Es que hacemos algo malo nosotros? Nos amamos, nos divertimos como nos apetece. Todos hacen eso, ¿no?... Ya ves, tu padre no se recata por nada. Ama el dinero y lo coge donde lo encuentra. Tiene razón, eso me tranquiliza... Ante todo, no firmaré nada, y, además, tú volverás todas las noches. Tenía miedo de que no quisieras volver, ¿sabes?, por lo que te dije... Pero ya que no te importa... Por otra parte, le cerraré mi puerta, como comprenderás, ahora...

Se levantó, encendió la lámpara de noche. Maxime vacilaba, desesperado. Veía la tontería que había cometido, se reprochaba duramente haber hablado de más. ¿Cómo anunciar ahora su boda? La culpa era suya, la ruptura era ya un hecho; no tenía necesidad de volver a subir a esta habitación ni, sobre todo, de probar a la joven que su marido la timaba. Y no sabía muy bien a qué sentimiento acababa de obedecer, lo cual redoblaba su cólera contra sí mismo. Pero si por un instante se le ocurrió la idea de ser brutal por segunda vez, de marcharse, la visión de Renée, que dejaba caer sus zapatillas, le infundió una invencible cobardía. Tuvo miedo. Se quedó.

Al día siguiente, cuando Saccard fue a ver a su mujer para que firmara la escritura de cesión, ella le respondió tranquilamente que nada de eso, que había reflexionado. Por lo demás, no se permitió la menor alusión; se había jurado ser discreta, pues no quería crearse problemas, deseaba saborear en paz el rebrote de sus amores. Que el asunto de Charonne se arreglase como pudiera; su negativa a firmar no era sino una venganza; el resto le traía sin cuidado. Saccard estuvo a punto de encolerizarse. Todo su sueño se derrumbaba. Sus otros negocios iban de mal en peor. Se encontraba casi sin recursos, sosteniéndose por un milagro de equilibrio; esa misma mañana no había podido pagar la cuenta del panadero. Eso no le impedía preparar una espléndida fiesta para el tercer jueves de cuaresma. Experimentó, ante la negativa de Renée, esa cólera sorda de un hombre vigoroso detenido en su obra por el capricho de un niño. Con la escritura de cesión en el bolsillo contaba con acuñar moneda, mientras esperaba la indemnización. Después, cuando se hubo calmado un poco y se le despejó la mente, se extrañó del brusco viraje de su mujer; no cabía duda, la habían aconsejado. Se olió un amante. Fue un presentimiento tan claro que corrió a casa de su hermana, para interrogarla, preguntarle si sabía algo de la vida oculta de Renée. Sidonie se mostró muy agria. No perdonaba a su cuñada la afrenta que le había hecho al negarse a ver al señor De Saffré. Por eso, cuando comprendió, por las preguntas de su hermano, que éste acusaba a su mujer de tener un amante,

exclamó que ella estaba segura. E incluso se ofreció a espiar a los «tortolillos». ¡Iba a ver esa cursi como se las gastaba ella! Saccard, de ordinario, no buscaba las verdades desagradables; sólo su interés lo obligaba a abrir unos ojos que tenía prudentemente cerrados. Aceptó el ofrecimiento de su hermana.

—Vamos, tranquilo, lo sabré todo —le dijo ella con una voz llena de compasión—. ¡Ah, pobre hermano mío! ¡Angèle no te hubiera traicionado nunca! ¡Un marido tan bueno, tan generoso! Estas muñecas parisienses no tienen corazón... ¡Y yo que no paro de darle buenos consejos!

Capítulo 6

Había baile de disfraces, en casa de los Saccard, el tercer jueves de cuaresma. Pero la gran curiosidad era el poema de Los amores del bello Narciso y la ninfa Eco, en tres cuadros, que aquellas señoras iban a representar. El autor del poema, el señor Hupel de la Noue, viajaba, desde hacía más de un mes, de su prefectura al palacete del parque Monceau, con el fin de vigilar los ensayos y de dar su opinión sobre el vestuario. Al principio había pensado en escribir su obra en verso, luego se había decidido por unos cuadros plásticos; era más noble, decía, más cercano a la belleza antigua.

Aquellas damas ya no dormían. Algunas de ellas cambiaban hasta tres veces de vestido. Hubo conferencias interminables presididas por el prefecto. Se discutió largamente, ante todo, el personaje de Narciso. ¿Lo representaría una mujer o un hombre? Por último, a instancias de Renée, se decidió que el papel se confiaría a Maxime; pero sería el único hombre, y todavía la señora De Lauwerens decía que jamás hubiera accedido a ello de no ser porque «el pequeño Maxime parecía una auténtica chica». Renée debía ser la ninfa Eco. La cuestión del vestuario fue mucho más laboriosa. Maxime le echó una buena mano al prefecto, que andaba de cabeza en medio de nueve mujeres, cuya loca imaginación amenazaba con comprometer gravemente la pureza de líneas de su obra. De haberles hecho caso, su Olimpo habría ido empolvado. La señora De Espanet quería a toda costa un traje de cola para tapar sus pies, un poco grandes; mientras que la señora De Haffner soñaba con vestirse con una piel de animal. El señor De Hupel de la Noue fue enérgico; hasta se enfadó una vez; estaba convencido, decía, de que si había renunciado a los versos era para escribir su poema «con telas sabiamente combinadas y actitudes elegidas entre las más bellas».

—El conjunto, señoras —repetía a cada nueva exigencia—; se olvidan ustedes del conjunto... No puedo, sin embargo, sacrificar la obra entera a los

volantes que ustedes me piden.

Los conciliábulos se celebraban en el salón botón de oro. Pasaron allí tardes enteras decidiendo la forma de una falda. Worms fue convocado varias veces. Al final todo se arregló, se decidió el vestuario, aprendieron las posturas, y el señor Hupel de la Noue se declaró satisfecho. La elección del señor De Mareuil le había dado menos trabajo.

Los amores del bello Narciso y la ninfa Eco iban a empezar a las once. Desde las diez y media el gran salón se encontraba lleno, y, como después había baile, allí estaban las mujeres, disfrazadas, sentadas en sillones dispuestos en semicírculo ante el improvisado teatro, una tarima oculta por dos anchas cortinas de terciopelo rojo con flecos de oro, que corrían por unas barras. Los hombres, detrás, estaban de pie, iban y venían. Los tapiceros habían dado a las diez los últimos martillazos. La tarima se alzaba al fondo del salón, ocupando todo un extremo de la larga galería. Se subía al teatro por el salón de fumar, convertido en saloncillo para las artistas. Amén de ello, en el primer piso, las señoras tenían a su disposición varias piezas, donde un ejército de doncellas preparaban los trajes de los diferentes cuadros.

Eran las once y media, y las cortinas no se abrían. Un gran murmullo llenaba el salón. Las filas de sillones ofrecían el más asombroso tropel de marquesas, de damas medievales, de lecheras, de españolas, de pastoras, de sultanas, mientras que la masa compacta de los fraques negros ponían una gran mancha oscura, al lado de aquellos reflejos de telas claras y hombros desnudos, con las chispas vivas de los destellos de las joyas. Sólo las mujeres iban disfrazadas. Hacía ya calor. Las tres arañas prendían el chorro de oro del salón.

Por fin, vieron al señor Hupel de la Noue salir por una abertura dispuesta a la izquierda de la tarima. Desde las ocho de la tarde ayudaba a las señoras. Su frac tenía, en la manga izquierda, tres dedos marcados en blanco, una manita femenina que se había posado allí, tras haber estado metida en una caja de polvos de arroz. ¡Pero el prefecto no pensaba en las miserias de su atavío! Tenía los ojos enormes, la cara abotargada y un poco pálida. No pareció ver a nadie. Y avanzando hacia Saccard, a quien reconoció en medio de un grupo de hombres serios, le dijo a media voz:

— ¡Diantre! Su mujer ha perdido su cinturón de hojas... ¡Estamos aviados!

Juraba, habría pegado a la gente. Después, sin esperar respuesta, sin mirar nada, le volvió la espalda, se hundió entre los cortinajes, desapareció. Las señoras sonrieron ante la singular aparición de aquel caballero.

El grupo en el que se encontraba Saccard se había formado detrás de los últimos sillones. Incluso habían sacado un sillón de la fila para el barón de

Gouraud, cuyas piernas se hinchaban desde hacía algún tiempo. Estaba allí el señor Toutin-Laroche, a quien el emperador acababa de llamar al Senado; el señor De Mareuil, cuya segunda elección la Cámara había tenido a bien validar; el señor Michelin, condecorado la víspera, y, algo hacia atrás, los Mignon y Charrier, uno de los cuales llevaba un grueso diamante en la corbata, mientras que el otro ostentaba uno aún más grueso en el dedo. Aquellos señores charlaban. Saccard los abandonó un instante para ir a intercambiar unas palabras en voz baja con su hermana, que acababa de entrar y de sentarse entre Louise de Mareuil y la señora Michelin. Sidonie iba de maga; Louise llevaba un fanfarrón vestido de paje, que le daba todo el aire de un chiquillo; la pequeña Michelin, de almea, sonreía amorosamente, con sus gasas bordadas con hilos de oro.

— ¿Sabes algo? —preguntó bajito Saccard a su hermana.

—No, todavía nada —respondió—. Pero el galán debe de estar aquí... Los pescaré esta noche, puedes estar tranquilo.

—Avísame en seguida, ¿eh?

Y Saccard, volviéndose a derecha e izquierda, piropeó a Louise y a la señora Michelin. Comparó a la una con una hurí del profeta; a la otra, con un valido de Enrique III. Gracias a su acento provenzal parecía que cantaba de arrobo toda su persona menuda y estridente. Cuando regresó al grupo de los hombres serios, el señor De Mareuil se lo llevó aparte y le habló de la boda de sus hijos. Nada había cambiado, al domingo siguiente se firmarían las capitulaciones.

—Perfectamente —dijo Saccard—. E incluso pienso anunciar esta noche la boda a nuestros amigos, si usted no ve ningún inconveniente. Espero para hacerlo a mi hermano el ministro, que me ha prometido venir.

El nuevo diputado quedó encantado. Mientras tanto, el señor Toutin-Laroche elevaba la voz, como presa de viva indignación.

—Sí, caballeros —les decía al señor Michelin a los dos contratistas que se acercaban—, tuve la ingenuidad de permitir que se mezclara mi nombre en semejante asunto. —Y como Saccard y Mareuil se reunían con ellos—: Les estaba contando a estos caballeros la deplorable aventura de la Sociedad General de los Puertos de Marruecos, ¿sabe, Saccard?

Éste no rechistó. La sociedad en cuestión acababa de hundirse con un espantoso estruendo. Unos accionistas demasiado curiosos habían querido saber cómo andaba la fundación de los famosos puestos comerciales en el litoral del Mediterráneo, y una investigación judicial había demostrado que los puertos de Marruecos sólo existían en los planos de los ingenieros, unos planos preciosos, colgados de las paredes de las oficinas de la sociedad. Desde

ese momento, el señor Toutin-Laroche gritaba más fuerte que los accionistas, indignándose, pretendiendo que le devolvieran su nombre limpio de toda mancha. Y armó tal escándalo que el gobierno, para calmar a aquel hombre útil y rehabilitarlo ante la opinión, se decidió a enviarlo al Senado. Así fue como pescó el escaño tan ambicionado, en un asunto que había estado a punto de llevarlo a los tribunales.

—Es usted muy bueno al ocuparse de eso —dijo Saccard—. Puede mostrar usted su gran obra, el Crédito Vitícola, esa casa que ha salido victoriosa de todas las crisis.

—Sí —murmuró Mareuil—, eso responde a todo.

El Crédito Vitícola, en efecto, acababa de salir de graves aprietos, cuidadosamente ocultados. Un ministro muy cariñoso con esa institución financiera, que tenía a la Villa de París agarrada por el cuello, había inventado un golpe de alza del que el señor Toutin-Laroche se había servido maravillosamente. Nada le lisonjeaba más que los elogios a la prosperidad del Crédito Vitícola. De ordinario los instigaba. Dio las gracias al señor De Mareuil con una mirada e, inclinándose hacia el barón de Gouraud, sobre el sillón del cual se apoyaba familiarmente, le preguntó:

— ¿Está usted bien? ¿No tiene demasiado calor?

El barón soltó un ligero gruñido.

—Está hecho un cascajo, un auténtico cascajo —añadió el señor Toutin-Laroche a media voz, volviéndose hacia aquellos caballeros.

El señor Michelin sonreía, cerraba de vez en cuando los párpados, con un movimiento suave, para ver su cintita roja. Los Mignon y Charrier, plantados resueltamente sobre sus grandes pies, parecían mucho más a sus anchas en sus fraques desde que llevaban brillantes. Entre tanto era casi medianoche, los reunidos se impacientaban; no se permitían murmurar, pero los abanicos se agitaban más nerviosamente, y el ruido de las conversaciones crecía.

Por fin reapareció el señor Hupel de la Noue. Había pasado un hombro por la estrecha abertura, y distinguió a la señora De Espanet que subía por fin a la tarima; aquellas damas, ya en su lugar para el primer cuadro, la esperaban sólo a ella. El prefecto se volvió, dando la espalda a los espectadores, y se le pudo ver charlando con la marquesa, a quien ocultaban las cortinas. Ahogó su voz, diciendo, con saludos lanzados con la punta de los dedos:

—Felicidades, marquesa. Su traje es delicioso.

— ¡Tengo uno mucho más bonito debajo! —replicó impertinente la joven, que estalló en carcajadas en sus narices, tan divertido lo encontraba, así arrebujaado en los cortinajes.

La audacia de esta broma asombró un instante al galante señor Hupel de la Noue; pero se recobró, y saboreando cada vez más la frase, a medida que profundizaba en ella:

— ¡Ah! ¡Encantador! ¡Encantador! —murmuró con aire arrobado.

Dejó caer la punta de la cortina, fue a unirse al grupo de los hombres serios, con la intención de disfrutar de su obra. Ya no era el hombre desconcertado corriendo en pos del cinturón de hojas de la ninfa Eco. Estaba radiante, jadeaba, se enjugaba la frente. Seguía teniendo la manita blanca en la manga de su frac; y, además, el guante de su mano derecha estaba manchado de rojo, en la punta del pulgar; sin duda había metido el dedo en un tarro de pintura de una de las señoras. Sonreía, se abanicaba, murmuraba:

—Es adorable, fascinante, pasmosa.

— ¿Quién? —preguntó Saccard.

—La marquesa. Figúrese que acaba de decirme... —Y contó la frase.

Opinaron que era todo un éxito. Aquellos caballeros se la repitieron. El digno señor Haffner, que se había acercado, no pudo dejar de aplaudirla. Entre tanto, un piano que pocas personas habían visto, empezó a tocar un vals. Se hizo entonces un gran silencio. El vals tenía volutas caprichosas, interminables; y siempre una frase muy dulce ascendía del teclado, se perdía en un trino de ruiseñores; después unas voces sordas la repetían, más lentamente. Era muy voluptuoso. Las señoras, con la cabeza un poco inclinada, sonreían. El piano, en cambio, había hecho desaparecer bruscamente la alegría del señor Hupel de la Noue. Miraba las cortinas de terciopelo rojo con aire ansioso, se decía que habría debido colocar él mismo a la señora De Espanet, como había colocado a las otras.

Las cortinas se abrieron suavemente, el piano reanudó en sordina el vals sensual. Un murmullo recorrió el salón, las damas se inclinaban, los hombres alargaban el cuello, mientras que la admiración se traducía aquí y allá por una palabra demasiado alta, un suspiro inconsciente, una risa ahogada. Eso duró cinco minutos largos, bajo el resplandor de las tres arañas.

El señor Hupel de la Noue, tranquilizado, sonreía beatífico a su poema. No pudo resistir a la tentación de repetir a las personas que lo rodeaban lo que él decía desde hacía un mes:

—Había pensado en hacerlo en verso... Pero, ¿verdad?, es más noble de líneas. —Después, mientras el vals iba y venía en un balanceo sin fin, dio explicaciones. Los Mignon y Charrier se habían acercado y lo escuchaban atentamente—. Conocen ustedes la historia, ¿verdad? El bello Narciso, hijo del río Cefiso y de la ninfa Liríope, desdeña el amor de la ninfa Eco... Eco era

del séquito de Juno, a quien divertía con sus conversaciones mientras Júpiter vagaba por el mundo... Eco, hija del Aire y de la Tierra, como ustedes saben... —Y desfallecía ante la poesía de la fábula. Después, con tono más íntimo—: He creído poder dar libre curso a mi imaginación... La ninfa Eco conduce al bello Narciso junto a Venus, a una gruta marina, para que la diosa lo inflame con sus fuegos. Pero la diosa se muestra impotente. El joven atestigua con su actitud que no ha sido tocado.

La explicación no era inútil, pues pocos espectadores, en el salón, comprendían el sentido exacto de los grupos. Cuando el prefecto hubo nombrado a sus personajes a media voz, los admiraron más. Los Mignon y Charrier seguían abriendo unos ojos como platos. No habían entendido nada.

En la tarima, entre las cortinas de terciopelo rojo, se abría una gruta. El decorado estaba hecho con una seda tendida con grandes pliegues rígidos, imitando las anfractuosidades de la roca, sobre la cual estaban pintados conchas, peces, grandes hierbas marinas. El suelo, accidentado, subía en forma de cerro, y se hallaba recubierto por la misma seda, donde el decorador había representado una fina arena constelada de perlas y de lentejuelas de plata. Era un reducto de diosa. Allí, en lo alto del cerro, la señora De Lauwerens, de Venus, estaba de pie; un poco gruesa, llevando sus mallas rosa con la dignidad de una duquesa del Olimpo, había comprendido su personaje como soberana del amor, con grandes ojos severos y devoradores. Detrás de ella, sin mostrar más que su cabeza maliciosa, sus alas y su carcajada, la pequeña señora Daste prestaba su sonrisa al personaje amable de Cupido. Después, a un lado del cerro, las tres Gracias, las señoras de Guende, Teissière y de Meinhold, todas de muselina, se sonreían, se enlazaban, como en el grupo de Pradier; mientras que, del otro lado, la marquesa de Espanet y la señora Haffner, envueltas en la misma oleada de encajes, cogidas por la cintura, los cabellos enmarañados, ponían un rincón atrevido en el cuadro, un recuerdo de Lesbos, que el señor Hupel de la Norte explicaba en voz más baja, sólo a los hombres, diciendo que había querido mostrar con eso el poderío de Venus. Bajo el cerro, la condesa Vanska hacía de Voluptuosidad; se estiraba, retorcida por un postrer espasmo, los ojos entreabiertos y lánguidos, como cansada; muy morena, había soltado su cabellera negra, y su túnica estriada de llamas leonadas mostraba trozos de su piel ardiente. La gama de los trajes, del blanco de nieve del velo de Venus al rojo oscuro de la túnica de la Voluptuosidad, era suave, de un rosa general, de un tono de carne. Y bajo el rayo eléctrico, ingeniosamente dirigido sobre el escenario por una de las ventanas del jardín, la gasa, los encajes, todas aquellas telas ligeras y transparentes se fundían tan bien con los hombros y las mallas, que aquellas blancuras rosadas vivían, y ya no se sabía si aquellas señoras no habían llevado la verdad plástica hasta desnudarse del todo. Eso no era sino la apoteosis: el drama transcurría en el primer plano. A la izquierda, Renée, la ninfa Eco, tendía los brazos hacia la gran diosa, volviendo a medias

la cabeza hacia Narciso, suplicante, como invitándolo a mirar a Venus, cuya sola visión enciende terribles fuegos; pero Narciso, a la derecha, hacía un gesto de rechazo, se tapaba los ojos con la mano, y permanecía con una frialdad de hielo. Los trajes de estos dos personajes le habían costado sobre todo un trabajo infinito a la imaginación del señor Hupel de la Noue. Narciso, de semidiós merodeador de bosques, llevaba un traje de cazador ideal: mallas verdosas, corta túnica ceñida, rama de roble en los cabellos. El traje de la ninfa Eco era, por sí solo, todo una alegoría: tenía algo de los grandes árboles y los grandes montes, de los lugares resonantes donde las voces de la Tierra y del Aire se responden; era roca por el raso blanco de la falda, espesura por las hojas de la cintura, cielo puro por la nube de gasa azul del corpiño. Y los grupos conservaban una inmovilidad de estatuas, la nota camal del Olimpo cantaba en el deslumbramiento del ancho rayo, mientras el piano continuaba con su queja de amor agudo, entrecortada por hondos suspiros. En general la opinión fue que Maxime estaba admirablemente bien formado. En su gesto de rechazo, resaltaba la cadera derecha, que fue muy admirada. Pero todos los elogios fueron para la expresión del rostro de Renée. Según la frase del señor Hupel de la Noue, era «el dolor del deseo insatisfecho». Tenía una sonrisa aguda que pretendía volverse humilde, mendigaba su presa con súplicas de loba hambrienta que sólo a medias oculta sus dientes. El primer cuadro salió bien, salvo la loca de Adeline, que se movía y apenas contenía unas irresistibles ganas de reír. Después las cortinas se cerraron, el piano enmudeció.

Entonces todos aplaudieron discretamente, y se reanudaron las conversaciones. Un gran soplo de amor, de deseo contenido, había venido de las desnudeces de la tarima, recorría el salón, donde las mujeres languidecían aún más en sus asientos, mientras que los hombres se hablaban bajito, al oído, con sonrisas. Era un cuchicheo de alcoba, un semisilencio de placenteras compañías, un anhelo de voluptuosidad apenas formulado con un temblor de labios; y, en las miradas mudas, que se encontraban en medio de este arrobamiento de buen tono, había el atrevimiento brutal de los amores ofrecidos y aceptados de un vistazo.

Se juzgaban sin parar las perfecciones de aquellas damas. Sus trajes adquirirían una importancia casi tan grande como sus hombros. Cuando los Mignon y Charrier quisieron interrogar al señor Hupel de la Noue, quedaron sorprendidísimos al no verlo ya a su lado; se había hundido detrás de la tarima.

—Le estaba contando, guapita —dijo Sidonie, reanudando una conversación interrumpida por el primer cuadro—, que había recibido una carta de Londres, ¿sabe?, sobre el asunto de los tres mil millones... La persona a la que encargué que hiciera investigaciones me escribe que cree haber encontrado el recibo del banquero. Inglaterra pagó, al parecer... Estoy

enferma desde esta mañana.

En efecto, estaba más amarilla que de costumbre, con su traje de maga constelado de estrellas. Y como la señora Michelin no la escuchaba, continuó en voz más baja, murmurando que Inglaterra no podía haber pagado y que decididamente iría en persona a Londres.

—El traje de Narciso era muy bonito, ¿verdad? —preguntó Louise a la señora Michelin.

Esta sonrió. Miraba al barón de Couraud, que parecía muy remozado en su sillón. Sidonie, viendo a donde iban sus ojos, se inclinó, le cuchicheó al oído, para que la niña no la oyera:

— ¿Es que ha cumplido?

—Sí —respondió la joven, lánguida, representando de maravilla su papel de almea—. Escogí la casa de Louveciennes, y he recibido las escrituras de propiedad de manos de su administrador... Pero hemos roto, ya no lo veo.

Louise tenía una especial finura de oído para captar lo que querían ocultarle. Miró al barón de Couraud con su osadía de paje, y dijo tranquilamente a la señora Michelin:

— ¿No opina usted que es horrible, el barón? —Después añadió, muerta de risa—: ¡Oiga! Habrían debido confiarle el papel de Narciso. Estaría delicioso con mallas verde manzana.

La visión de Venus, de aquel voluptuoso rincón del Olimpo, había reanimado, en efecto, al viejo senador. Revolvía los ojos, encantado, se daba media vuelta para felicitar a Saccard. En el barullo que llenaba el salón, el grupo de hombres serios continuaba charlando de negocios, de política. El señor Haffner dijo que acababa de ser nombrado presidente de un jurado encargado de solucionar los problemas de las indemnizaciones. Entonces se entabló una conversación sobre las obras de París, sobre el bulevar del Príncipe Eugenio, del que se empezaba a hablar seriamente entre el público. Saccard aprovechó la ocasión, habló de una persona a quien él conocía, de un propietario a quien sin duda iban a expropiar. Y miraba a la cara a aquellos señores. El barón meneó suavemente la cabeza; el señor Toutin-Laroche llevó las cosas hasta declarar que nada más desagradable que verse expropiado; el señor Michelin aprobaba, bizqueaba más, mirando su condecoración.

—Las indemnizaciones nunca serán demasiado altas —concluyó doctamente el señor De Mareuil, que quería estar agradable con Saccard.

Se habían entendido. Pero los Mignon y Charrier sacaron a colación sus propios negocios. Contaban con retirarse próximamente, sin duda a Langres, decían, aunque conservando un alojamiento en París. Hicieron sonreír a

aquellos caballeros cuando contaron que, tras haber rematado la construcción de su magnífico hotel del bulevar Malesherbes, lo habían encontrado tan bonito que no habían podido resistir las ganas de venderlo. Sus brillantes debían de ser, sin duda, un consuelo que se habían permitido. Saccard reía de mal grado; sus antiguos socios acababan de obtener enormes beneficios con un negocio en el que él había representado el papel de un primo. Y como el entreacto se alargaba, frases de elogio sobre los pechos de Venus y sobre el traje de la ninfa Eco entrecortaban la conversación de los hombres serios.

Al cabo de media hora larga, el señor Hupel de la Noue reapareció. Caminaba en pleno éxito, y el desorden de sus ropas crecía. Al dirigirse a su sitio, se encontró con el señor De Mussy. Le estrechó la mano al pasar; después volvió sobre sus pasos para preguntarle:

— ¿No conoce usted la frase de la marquesa?

Y se la contó, sin esperar la respuesta. Cada vez ahondaba más en ella, la comentaba, acababa encontrándola de una exquisita ingenuidad: «¡Tengo uno mucho más bonito debajo!». ¡Había sido tan espontáneo!

Pero el señor De Mussy no fue de esta opinión. Consideró indecente la frase. Acababa de ser destinado a la embajada de Inglaterra, donde el ministro le había dicho que era de rigor un porte severo. Se negaba a dirigir el cotillón, se aviejaba, no hablaba ya de su amor por Renée, a quien saludaba gravemente cuando se la encontraba.

El señor Hupel de la Noue se unía al grupo formado tras el sillón del barón, cuando el piano inició una marcha triunfal. Sonoros acordes simultáneos, tocados a plomo sobre las teclas, iniciaban un gran canto, en el cual, a veces, sonaban fragores metálicos. Después de cada frase, una nota más alta se reanudaba, acentuando el ritmo. Era brutal y alegre.

—Van a ver ustedes —murmuró el señor Hupel de la Noue—; he llevado quizá un poco lejos la licencia poética; pero creo que la audacia me ha salido bien... La ninfa Eco, viendo que Venus carece de poder sobre el bello Narciso, lo conduce junto a Plutón, dios de las riquezas y de los metales preciosos... Tras la tentación de la carne, la tentación del oro.

—Es clásico —respondió el seco el señor Toutin-Laroche, con amable sonrisa—. Usted conoce su época, señor prefecto.

Las cortinas se abrían, el piano tocaba más fuerte. Fue un deslumbramiento. El rayo eléctrico caía sobre un esplendor llameante, en el cual los espectadores no vieron al principio sino una hoguera, en la que parecían fundirse lingotes de oro y piedras preciosas. Una nueva gruta se abría; pero ésta no era el fresco reducto de Venus, bañado por la ola muriente sobre una fina arena sembrada de perlas; debía de encontrarse en el centro de

la tierra, en una capa ardiente y profunda, grieta del infierno antiguo, hendidura de una mina de metales en fusión habitada por Plutón. La seda, imitando roca, mostraba anchos filones metálicos, coladas que eran como las venas del viejo mundo, que acarreaban las riquezas incalculables de la vida eterna del suelo. En tierra, por un atrevido anacronismo del señor Hupel de la Noue, había profusión de monedas de veinte francos; luises extendidos, luises amontonados, un pulular de luises que ascendían. En lo alto de ese montón de oro, la señora De Guende, de Plutón, estaba sentada, Plutón hembra, Plutón mostrando sus pechos, entre las grandes láminas de su traje, tomadas de todos los metales. Alrededor del dios se agrupaban, de pie, semiacostadas, unidas en racimo, o floreciendo apartadas, las eflorescencias mágicas de aquella gruta, donde los califas de las Mil y uno noches habían vaciado su tesoro: la señora Haffner, de Oro, con una falda tiesa y resplandeciente de obispo; la señora De Espanet, de Plata, reluciente como un claro de luna; la señora De Lauwerens, de un azul ardiente, de Zafiro, teniendo a su lado a la menuda la señora Daste, una Turquesa sonriente, que azuleaba tiernamente; después se desgranaban la Esmeralda, la señora de Meinhold, y el Topacio, la señora Teissière; y, más abajo, la condesa Vanska prestaba su ardor sombrío al Coral, extendida, los brazos alzados, cargados de colgantes rojos, semejante a un pólipo monstruoso y adorable, que mostraba carnes femeninas en nácares rosa y entreabiertos de conchas. Aquellas damas llevaban collares, brazaletes, aderezos completos, hechos cada uno con la piedra preciosa que el personaje representaba. Fueron muy admiradas las originales joyas de las señoras de Espanet y Haffner, compuestas únicamente por moneditas de oro y moneditas de plata nuevas. Después, en primer plano el drama seguía siendo el mismo: la ninfa Eco tentaba al bello Narciso, que seguía rechazándola con el gesto. Y los ojos de los espectadores se acostumbraban con arrobo a aquel agujero abierto sobre las entrañas inflamadas del globo, a aquel montón de oro sobre el cual se arrellanaba la riqueza de un mundo.

Este segundo cuadro tuvo aún más éxito que el primero. La idea pareció particularmente ingeniosa. El atrevimiento de las piezas de veinte francos, aquel chorro de caja de caudales moderna caída en un rincón de la mitología griega, subyugó la imaginación de las damas y de los financieros que allá estaban. Las palabras «¡Cuántas monedas! ¡Cuánto dinero!» corrían, con sonrisas, con largos estremecimientos de gusto; y seguramente cada una de aquellas damas, cada uno de aquellos caballeros, soñaba con poseer todo aquello para sí solo, en un sótano.

—Inglaterra ha pagado, son sus millones —murmuró maliciosamente Louise al oído de Sidonie.

Y la señora Michelin, con la boca un poco abierta en arrobado deseo, apartaba su velo de almea, acariciaba el oro con mirada brillante, mientras el

grupo de hombres serios desfallecía. El señor Toutin-Laroche, muy regocijado, murmuró unas palabras al oído del barón, cuya cara se jaspeaba con manchas amarillas. Pero los Mignon y los Charrier, menos discretos, dijeron con brutal ingenuidad:

— ¡Diantre! ¡Hay ahí para demoler París y reedificarlo!

La frase le pareció profunda a Saccard, que empezaba a creer que los Mignon y Charrier se burlaban de la gente haciéndose los imbéciles. Cuando las cortinas se cerraron, y el piano terminó la marcha triunfal con un gran ruido de notas lanzadas unas sobre otras, como postreras paletadas de escudos, los aplausos estallaron, más vivos, más prolongados.

Entre tanto, en medio del cuadro, el ministro, acompañado por su secretario, el señor De Saffré, había aparecido en la puerta del salón. Saccard, que acechaba impaciente a su hermano, quiso precipitarse a su encuentro. Pero aquél, con un gesto, le rogó que no se moviera. Y se acercó lentamente hasta el grupo de los hombres serios. Cuando las cortinas se cerraron y advirtieron su presencia, un prolongado bisbiseo corrió por el salón, las cabezas se volvieron: el ministro equilibraba el éxito de los Amores del bello Narciso y la ninfa Eco.

—Es usted un poeta, señor prefecto —le dijo sonriendo al señor Hupel de la Noue—. Publicó usted en tiempos un volumen de versos, Convólvulos, creo... Veo que los desvelos de la administración no han secado su imaginación.

El prefecto notó, en aquel cumplido, una pizca de epigrama. La repentina presencia de su jefe lo desconcertó tanto más, cuanto que al examinarse de una ojeada para ver si su apariencia era correcta descubrió, en la manga del frac, la manita blanca, que no se atrevió a limpiar. Se inclinó, balbució.

—Realmente —continuó el ministro, dirigiéndose al señor Toutin-Laroche, al barón de Gouraud, y a los personajes que se encontraban allí—, todo ese oro constituía un espectáculo maravilloso... Haríamos grandes cosas si el señor Hupel de la Noue acuñara moneda para nosotros.

Era, en lenguaje ministerial, la misma frase que la de los Mignon y Charrier. Entonces el señor Toutin-Laroche y los otros hicieron su corte, jugaron con la última frase del ministro: el imperio había hecho ya maravillas; no era oro lo que faltaba, gracias a la alta experiencia del poder; jamás Francia había tenido una posición tan buena ante Europa; y aquellos caballeros acabaron por resultar tan insulsos que el propio ministro cambió de conversación. Los escuchaba, la cabeza erguida, las comisuras de la boca un poco levantadas, lo cual daba a su gruesa cara blanca, cuidadosamente afeitada, un aire de duda y de sonriente desdén.

Saccard, que quería sacar el anuncio de la boda de Maxime y Louise, maniobraba para encontrar una transición hábil. Aparentaba una gran familiaridad, y su hermano se hacía el bonachón, accedía a prestarle el servicio de parecer quererlo mucho. Estaba realmente superior, con su mirada clara, su visible desprecio por las pillerías mezquinas, sus anchos hombros que, de un encogimiento, habrían derribado a toda aquella gente. Cuando por fin se habló de la boda, se mostró encantador, dio a entender que ya tenía preparado su regalo; se refería al nombramiento de Maxime como auditor del Consejo de Estado. Llegó hasta repetirle dos veces a su hermano, con un tono totalmente campechano:

—Comunícale a tu hijo que quiero ser su testigo.

El señor De Mareuil se ruborizaba de gusto. Felicitaron a Saccard. El señor Toutin-Laroche se ofreció como segundo testigo. Después, bruscamente, pasaron a hablar del divorcio. Un miembro de la oposición acababa de tener el «triste valor» decía el señor Haffner, de defender esa vergüenza social. Y todos protestaron. Su pudor encontró palabras muy profundas. El señor Michelin sonreía delicadamente al ministro, mientras los Mignon y Charrier observaban con extrañeza que el cuello de su frac estaba gastado.

Durante este tiempo, el señor Hupel de la Noue estaba cohibido, apoyándose en el sillón del barón de Gouraud, quien se había contentado con intercambiar un silencioso apretón de manos con el ministro. El poeta no se atrevía abandonar el lugar. Un sentimiento indefinible, el temor a parecer ridículo, el miedo de perder el favor de su jefe, lo retenían, pese a las ganas furiosas que sentía de ir a colocar a las señoras en la tarima, para el último cuadro. Esperaba que se le ocurriese una frase feliz que lo congraciase con el ministro. Pero no encontraba nada. Se sentía cada vez más incómodo, cuando vio al señor De Saffré; lo cogió del brazo, se aferró a él como a una tabla de salvación. El joven acababa de entrar, era una víctima fresca.

— ¿No sabe usted la frase de la marquesa? —le preguntó el prefecto. Pero estaba tan turbado que ya no sabía presentar la cosa de forma picante. Se liaba —. Yo le dije: «Lleva usted un traje encantador»; y ella me respondió...

—Tengo uno mucho más bonito debajo —agregó tranquilamente el señor De Saffré—. Es vieja, querido amigo, viejísima.

El señor Hupel de la Noue lo miró, consternado. La frase era vieja, ¡y él que iba a profundizar más su comentario sobre la ingenuidad de aquella frase que creía que le había salido del alma!

—Vieja, vieja como el mundo —repetía el secretario—, la señora De Espanet la ha dicho ya dos veces en las Tullerías.

Fue el golpe decisivo. Al prefecto le trajo sin cuidado entonces el ministro,

el salón entero. Se dirigía hacia la tarima cuando el piano preludió, con voz triste, con trémulas notas que lloraban; después la queja se ensanchó, se arrastró largamente, y las cortinas se abrieron. El señor Hupel de la Noue, que ya había desaparecido a medias, regresó al salón, al oír el ligero chirrido de las anillas. Estaba pálido, exasperado; hacía un violento esfuerzo sobre sí mismo para no apostrofar a aquellas señoras. ¡Se habían colocado solas! Debía de ser la pequeña De Espanet la que había montado el complot de apresurar los cambios de vestuario y prescindir de él. ¡No era eso, eso no valía nada!

Regresó, mascando sordas palabras. Miraba a la tarima, con encogimientos de hombros, murmurando:

—La ninfa Eco está demasiado al borde... Y esa pierna del bello Narciso no tiene nobleza, ninguna nobleza...

Los Mignon y Charrier, que se habían acercado para oír «la explicación», se aventuraron a preguntarle «qué hacían el joven y la chica, acostados en el suelo». Pero él no respondió, se negaba a explicar más su poema; y como los contratistas insistían:

— ¡Ah! ¡La cosa no me concierne, ya que esas señoras se colocan sin mí!

El piano sollozaba blandamente. En la tarima, un claro, donde el rayo eléctrico proyectaba un retazo de sol, abría un horizonte de hojas. Era un claro ideal, con árboles azules, grandes flores amarillas y rojas, que se elevaban tan altas como robles. Allí, sobre una colinilla de césped, Venus y Plutón estaban uno al lado del otro, rodeados por ninfas que habían acudido de los bosques vecinos a servirles de escolta. Estaban las hijas de los árboles, las hijas de los manantiales, las hijas de los montes, todas las divinidades risueñas y desnudas del bosque. Y el dios y la diosa triunfaban, castigaban la frialdad del orgulloso que los había despreciado, mientras el grupo de ninfas miraba curiosamente, con sagrado pavor, la venganza del Olimpo, en primer plano. El drama llegaba a su desenlace. El bello Narciso, tumbado al borde de un arroyo, que bajaba del fondo del escenario, se miraba en el claro cristal; y se había llevado la veracidad hasta colocar una lámina de auténtico espejo en el fondo del arroyo. Pero ya no era el joven libre, el merodeador de los bosques; la muerte lo sorprendía en medio de la arrobada admiración de su imagen, la muerte le hacía languidecer, y Venus, con el dedo extendido, como un hada de apoteosis, le lanzaba la suerte fatal. Se convertía en flor. Sus miembros verdeaban, se alargaban, en su ceñido traje de raso verde; el tallo flexible, las piernas ligeramente dobladas, iban a hundirse en tierra, a arraigar, mientras que el busto, engalanado con anchos trozos de raso blanco, se abría en una corola maravillosa. La cabellera rubia de Maxime completaba la ilusión, ponía, con sus largos rizos, pistilos amarillos entre la blancura de los pétalos. Y la gran flor naciente, humana aún, inclinaba la cabeza hacia la fuente, los

ojos anegados, el rostro sonriente con voluptuoso éxtasis, como si el bello Narciso hubiera al fin contentado con la muerte los deseos que se había inspirado a sí mismo. A unos cuantos pasos, la ninfa Eco moría también, moría de deseos insatisfechos; se encontraba poco a poco atrapada en la rigidez del suelo, sentía sus miembros ardientes helarse y endurecerse. No era una roca vulgar, manchada de musgo, sino mármol blanco, por sus hombros y sus brazos, su gran traje de nieve, del que habían resbalado el cinturón de hojas y el chal azul. Postrada en medio del raso de su falda, que se rompía en anchos pliegues, como un bloque de Paros, echada hacia atrás, ya no tenía de viviente, en su cuerpo inmóvil de estatua, sino sus ojos de mujer, ojos que brillaban, clavados en la flor de las aguas, inclinada lánguidamente sobre el espejo de la fuente. Y parecía ya que todos los ruidos de amor del bosque, las voces prolongadas de los matorrales, los misteriosos temblores de las hojas, los suspiros profundos de los grandes robles, iban a golpear la carne de mármol de la ninfa Eco, cuyo corazón, que seguía sangrando en el bloque, resonaba largamente, repetía a lo lejos las menores quejas de la Tierra y el Aire.

— ¡Oh! ¡Cómo han vestido al pobre Maxime! —murmuró Louise—. Y la señora Saccard, parece una muerta.

—Está cubierta de polvos de arroz —dijo la señora Michelin.

Circulaban otras frases poco amables. Este tercer cuadro no obtuvo el franco éxito de los otros dos. Y sin embargo, era ese trágico desenlace lo que entusiasmaba al señor Hupel de la Noue con su propio talento. Se admiraba en él, como su Narciso en la lámina de espejo. Había incluido en él multitud de intenciones poéticas y filosóficas. Cuando las cortinas se corrieron por última vez, y los espectadores aplaudieron como personas bien educadas, experimentó un mortal pesar por haber cedido a la cólera y no haber explicado la última página de su poema. Quiso dar entonces a las personas que lo rodeaban la clave de las cosas encantadoras, grandiosas o simplemente verdes que representaban el bello Narciso y la ninfa Eco, y hasta intentó contar lo que Venus y Plutón hacían en el fondo del claro; pero a aquellos caballeros y aquellas damas, cuyos espíritus claros y prácticos habían comprendido la gruta de la carne y la gruta del oro, no les interesaba profundizar en las complicaciones mitológicas del prefecto. Sólo Mignon y Charrier, que querían saberlo todo, tuvieron la bondad de interrogarlo. Se apoderó de ellos, los tuvo de pie, en el vano de una ventana, durante cerca de dos horas, contándoles las Metamorfosis de Ovidio.

Entre tanto, el ministro se retiraba. Se disculpó por no poder esperar a la hermosa la señora Saccard para felicitarla por la gracia perfecta de la ninfa Eco. Acababa de dar dos o tres vueltas por el salón del brazo de su hermano, estrechando algunas manos, saludando a las señoras. Nunca se había comprometido tanto por Saccard. Lo dejó radiante cuando, en el umbral de la

puerta, le dijo, en voz alta:

—Te espero mañana por la mañana. Ven a almorzar conmigo.

El baile iba a empezar. Los sirvientes habían alineado a lo largo de las paredes los sillones de las señoras. El gran salón extendía ahora, desde la salita amarilla a la tarima, su alfombra desnuda, cuyas grandes flores de púrpura se abrían, bajo los chorros de luz que caían del cristal de las arañas. El calor aumentaba, las colgaduras rojas oscurecían con sus reflejos el oro de los muebles y del techo. Para abrir el baile se esperaba a que las damas, la ninfa Eco, Venus, Plutón y las otras, se cambiasen de traje.

La señora De Espanet y la señora Haffner aparecieron las primeras. Habían vuelto a ponerse sus disfraces del segundo cuadro; una iba de Oro, otra de Plata. Las rodearon, las felicitaron, y ellas narraban sus emociones.

— ¡Yo estuve a punto de estallar —decía la marquesa— cuando vi de lejos la narizota del señor Toutin-Laroche, que me miraba!

—Creo que me ha dado una tortícolis —proseguía lánguidamente la rubia Suzanne—. No, en serio, si llega a durar un minuto más, habría colocado la cabeza de forma natural, de tanto como me dolía el cuello.

El señor Hupel de la Noue, desde el vano adonde había empujado a los Mignon y Charrier, echaba inquietas ojeadas al grupo formado en torno a las dos jóvenes; temía que se estuvieran burlando de él. Las otras ninfas llegaron unas tras otras; todas se habían puesto sus disfraces de piedras preciosas; la condesa Vanska, de Coral, tuvo un éxito loco cuando pudieron examinar de cerca los ingeniosos detalles de su traje. Después entró Maxime, correcto con su frac, con aire sonriente; y un tropel de mujeres lo rodeó, le hicieron corro, le tomaron el pelo sobre su papel de flor, sobre su pasión por los espejos; él, nada cohibido, como encantado con su personaje, continuaba sonriendo, respondía a las bromas, confesaba que se adoraba y que estaba lo bastante curado de mujeres como para preferirse a ellas. Reían más fuerte, el grupo crecía, ocupaba todo el centro del salón, mientras el joven, ahogado en aquel montón de hombros, en aquel jaleo de disfraces resplandecientes, conservaba su perfume de amor monstruoso, su viciosa dulzura de flor rubia.

Pero cuando Renée bajó, por fin, se hizo casi el silencio. Se había puesto un disfraz nuevo, de una gracia tan original y de tal audacia que caballeros y damas, habituados sin embargo a las excentricidades de la joven, tuvieron un primer movimiento de sorpresa. Iba de tahitiana. Ese traje, al parecer, es de los más primitivos: unas mallas de color tierno, que le llegaban de los pies hasta los senos, le dejaban los hombros y los brazos al aire; y, sobre esas mallas, una simple blusa de muselina, corta y guarnecida con dos volantes, para ocultar un poco las caderas. En el pelo, una corona de flores campestres; en los tobillos y

en las muñecas, aros de oro. Y nada más. Estaba desnuda. Las mallas tenían una suavidad de carne, bajo la palidez de la blusa; la línea pura de esta desnudez se encontraba, de las rodillas a las axilas, vagamente desdibujada por los volantes, pero se acentuaba y reaparecía entre el tul de los encajes al menor movimiento. Era una salvaje adorable, una muchacha bárbara y voluptuosa, apenas oculta bajo un vapor blanco, bajo un lienzo de bruma marina en el que se adivinaba todo su cuerpo.

Renée, las mejillas rosadas, avanzaba a pasos vivos. Céleste había roto unas primeras mallas; afortunadamente, la joven, previendo el caso, se había preparado. Las mallas rasgadas la habían retrasado. Pareció preocuparse poco por su triunfo. Sus manos ardían, sus ojos brillaban de fiebre. No obstante, sonreía, respondía con frasecitas a los hombres que la paraban, la felicitaban por la pureza de sus actitudes en los cuadros plásticos. Dejó a sus espaldas un surco de fraques asombrados y encantados con la transparencia de su blusa de muselina. Cuando llegó al grupo de mujeres que rodeaban a Maxime levantó breves exclamaciones, y la marquesa se puso a mirarla de pies a cabeza, con aire tierno, murmurando:

—Está adorablemente bien formada.

La señora Michelin, cuyo disfraz de almea resultaba horriblemente pesado al lado de aquellas simples gasas, se mordía los labios, mientras Sidonie, apergaminada en su traje negro de maga, murmuraba a su oído:

— ¡Es de lo más indecente! ¿Verdad, guapita mía?

— ¡Pues sí! —dijo por fin la linda morena—. ¡El señor Michelin se enfadaría si yo me desnudara así!

—Y tendría toda la razón —concluyó la corredora.

La pandilla de los hombres serios no era de esta opinión. Se extasiaban desde lejos. El señor Michelin, a quien su mujer acusaba sin venir a cuento, se derretía para agrandar al señor Toutin-Laroche y al barón de Couraud, a quienes la vista de Renée fascinaba. Felicitaron enormemente a Saccard por la perfección de las formas de su mujer. Él se inclinaba, se mostraba muy conmovido. La velada era buena para él, y de no haber sido por una preocupación que pasaba a veces por sus ojos, cuando lanzaba una mirada rápida a su hermana, habría parecido totalmente feliz.

—Oye, nunca nos había enseñado tanto —dijo con gracia Louise al oído de Maxime, señalándole a Renée con el rabillo del ojo. Se recobró y, con una sonrisa indefinible—: Por lo menos a mí.

El joven la miró, inquieto; pero ella continuaba sonriendo, divertida, como un escolar encantado con una broma un poco fuerte.

Se abrió el baile. Se había utilizado la tarima de los cuadros plásticos, colocando allí una pequeña orquesta, en la que dominaban los cobres; y los bugles, los cornetines, lanzaban sus notas claras al bosque ideal, a los árboles azules. Lo primero fue una cuadrilla: Ah! il a des bottes, il a des bottes, Bastien; que hacía por entonces las delicias de los bailes de candil. Las señoras bailaron. Las polcas, los valeses, las mazurcas alternaron con las cuadrillas. El amplio balanceo de las parejas iba y venía, llenaba la larga galería, saltando bajo el azote de los metales, balanceándose con las oscilaciones de los violines. Los disfraces, aquel tropel de mujeres de todos los países y de todas las épocas, giraban, con un hormigueo, una mezcolanza de telas vivas. El ritmo, tras haber mezclado y arrastrado los colores, en un barullo cadencioso, devolvía bruscamente, en ciertos golpes de arco, la misma túnica de raso rosa, el mismo cuerpo de terciopelo azul, al lado del mismo frac. Después otro golpe de arco, unos toques de los cornetines, empujaban a las parejas, las hacían viajar en fila alrededor del salón, con movimientos oscilantes de barquilla a la deriva, bajo una ráfaga de viento que ha roto la amarra. Y siempre, sin fin, durante horas. A veces, entre dos bailes, una dama se acercaba a una ventana, sofocada, a respirar un poco de aire helado; una pareja descansaba en un confidente de la salita botón de oro, o bajaba al invernadero, daba lentamente una vuelta por los senderos. Bajo las glorietas de bejucos, en el fondo de la sombra tibia, donde llegaban los forte de los cornetines, en las cuadrillas de Ohé! les p'tits agneaux y de J'ai un pied qui r'mue, unas faldas, de las que sólo se veía el borde, soltaban risas lánguidas.

Cuando se abrió la puerta del comedor, transformado en buffet, con trincheros contra las paredes y una larga mesa en el centro, cargada de manjares fríos, se produjo un alud, un atropello. Un mozo alto y guapo, que había tenido la timidez de conservar el sombrero en la mano, se encontró tan violentamente pegado a la pared que el infeliz sombrero reventó con una sorda queja. Esto hizo reír a la gente. Se abalanzaban sobre los pasteles y las aves trufadas, clavándose los codos en las costillas, brutalmente. Era un auténtico saqueo, las manos se encontraban en medio de los manjares, y los lacayos no sabían a quién atender, en medio de aquella pandilla de hombres formales, con los brazos extendidos expresando el temor de llegar demasiado tarde y encontrar las bandejas vacías. Un viejo caballero se enfadó porque no había burdeos y el champán, aseguraba, le quitaba el sueño.

—Poco a poco, caballeros, poco a poco —decía Baptiste con su voz grave—. Habrá para todos.

Pero nadie le escuchaba. El comedor estaba lleno, y en la puerta aparecían fraques inquietos. Delante de los trincheros se instalaban grupos que comían deprisa, se empujaban. Muchos engullían sin beber, pues no habían podido echar mano a un vaso. Otros, por el contrario, bebían, corriendo inútilmente

tras un pedazo de pan.

—Escuchen —dijo el señor Hupel de la Noue, a quien los Mignon y Charrier, hartos de mitología, habían arrastrado al buffet—, no tendremos nada si no hacemos causa común... En las Tullerías es mucho peor, y he adquirido cierta experiencia... Encárguense ustedes del vino, yo me encargo de la carne.

El prefecto acechaba una pierna de cordero. Alargó la mano, en el momento justo, en un claro entre los hombros, y se la llevó tranquilamente, tras haberse abarrotado los bolsillos de panecillos. Los contratistas volvieron por su lado, Mignon con una botella, Charrier con dos botellas de champán; pero sólo habían podido encontrar dos vasos; dijeron que no importaba, que ellos beberían en el mismo. Y aquellos señores cenaron en la esquina de una jardinera, al fondo de la estancia. Ni siquiera se quitaron los guantes, metían las lonchas de cordero en el pan, conservaban las botellas bajo el brazo. Y de pie, charlaban, con la boca llena, apartando la barbilla del chaleco, para que el jugo cayera en la alfombra.

Charrier, al acabar su vino antes que el pan, le preguntó a un criado si podría conseguir una copa de champán.

— ¡Habrá que esperar, señor! —respondió encolerizado el sirviente, enloquecido, perdiendo la cabeza, olvidando que no estaba en la cocina—. Se han bebido ya trescientas botellas.

Mientras tanto, se oían las voces de la orquesta, que aumentaban, a bruscas ráfagas. Se bailaba la polca de los Besos, célebre en los bailes públicos, y en la cual cada bailarín tenía que marcar el ritmo besando a su pareja. La señora De Espanet apareció en la puerta del comedor, colorada, un poco despeinada, arrastrando, con encantadora lasitud, su gran traje de Plata. Casi nadie se apartaba, ella se veía obligada a insistir a codazos para abrirse paso. Dio una vuelta a la mesa, vacilante, con un mohín en los labios. Después fue derecha hacia el señor Hupel de la Noue, que había acabado y se secaba la boca con su pañuelo.

— ¿Sería usted tan amable, caballero —le dijo con una adorable sonrisa—, de encontrarme una silla? He dado en vano la vuelta a la mesa...

El prefecto le guardaba rencor a la marquesa, pero su galantería no vaciló; se ajetreó, encontró la silla, instaló a la señora De Espanet y se quedó a su espalda, para servirla. No quiso más que unas cuantas gambas, con un poco de mantequilla, y dos deditos de champán. Comía con muecas delicadas, en medio de la glotonería de los hombres. La mesa y las sillas estaban reservadas exclusivamente para las señoras. Pero siempre se hacía una excepción en favor del barón de Couraud. Allí estaba, resueltamente sentado, delante de un trozo de pastel, cuyo hojaldre trituraban con lentitud sus mandíbulas. La marquesa

reconquistó al prefecto diciéndole que jamás olvidaría sus emociones de artista, en Los amores del bello Narciso y la ninfa Eco. Y hasta le explicó por qué no lo habían esperado, de una forma que lo consoló del todo: aquellas señoras, al enterarse de que el ministro estaba allí, habían pensado que sería poco decoroso prolongar el entreacto. Acabó por rogarle que fuera a buscar a la señora Haffner, que bailaba con míster Simpson, un hombre brutal, decía, y que le desagradaba. Y cuando Suzanne estuvo allí, no volvió a mirar al señor Hupel de la Noue.

Saccard, seguido por los señores Toutin-Laroche, De Mareuil, Haffner, había tomado posesión de un trincherero. Como la mesa estaba llena, cuando el señor De Saffré pasó con la señora Michelin del brazo, los retuvo, quiso que la linda morena compartiera su cena. Ella tomó unos pasteles, sonriente, alzando sus ojos claros a los cinco hombres que la rodeaban. Estos se inclinaban hacia ella, tocando sus velos de almea bordados con hilos de oro, la arrinconaban contra el trincherero, al que acabó por adosarse, cogiendo pastas a manos llenas, dulcísima y acariciadora, con la amorosa docilidad de una esclava en medio de sus señores. El señor Michelin daba fin él solo, en el otro extremo de la estancia, a una terrina de foie gras de la que había logrado apoderarse. Mientras tanto, Sidonie, que rondaba por el baile desde los primeros sonos de violín, entró en el comedor y llamó a Saccard con un guiño.

—No baila —le dijo en voz baja—. Parece inquieta. Creo que medita una de las suyas... Pero no he podido descubrir aún al galancete... Voy a comer algo y seguiré al acecho.

Y comió de pie, como un hombre, un alón de ave que pidió al señor Michelin, que había terminado su terrina. Se sirvió Málaga en una gran copa de champán; después, tras haberse secado los labios con la punta de los dedos, regresó al salón. La cola de su traje de maga parecía haber recogido ya todo el polvo de las alfombras.

El baile languidecía, la orquesta jadeaba, cuando corrió un murmullo: «¡El cotillón! ¡El cotillón!» que reanimó a los bailarines y los cobres. Acudieron parejas de todos los macizos del invernadero; el gran salón se llenó, como con la primera cuadrilla; y, en el renaciente jaleo, la gente discutía. Era la última llamarada del baile. Los hombres que no bailaban miraban, desde el fondo de los vanos, con muelle benevolencia, el grupo parlanchín que crecía en el centro de la estancia; mientras los comensales del buffet, sin soltar su pan, alargaban la cabeza, para ver.

—El señor De Mussy no quiere —decía una señora—. Jura que no lo dirige más... Vamos, una vez sólo, señor De Mussy, nada más que una vez. Hágalo por nosotros.

Pero el joven agregado de embajada seguía envarado en su cuello postizo.

Era realmente imposible, lo había jurado. Hubo una decepción. Maxime se negó también, diciendo que no podría, que estaba hecho polvo. El señor Hupel de la Noue no se atrevió a ofrecerse; sólo descendía hasta la poesía. Cuando una señora habló de míster Simpson, la hicieron callar; míster Simpson era el más extraño director de cotillón que pudiera verse; se entregaba a imaginaciones fantásticas y maliciosas; en un salón donde habían cometido la imprudencia de elegirlo, se contaba que había obligado a las señoras a saltar sobre las sillas, y que una de sus figuras favoritas consistía en hacer andar a todo el mundo a cuatro patas alrededor de la estancia.

— ¿Se habrá marchado el señor De Saffré? —preguntó una voz infantil.

Se marchaba, se estaba despidiendo de la hermosa señora Saccard, con quien se llevaba muy bien, ahora que ella no quería saber nada de él. Aquel amable escéptico sentía admiración por los caprichos de los otros. Lo trajeron triunfalmente del vestíbulo. Se excusaba, decía con una sonrisa que lo ponían en un compromiso, que él era un hombre serio. Después, ante todas las manos blancas que se tendían hacia él, dijo:

—Ea, ocupen sus puestos... Pero les advierto que soy un clásico. No tengo dos ochavos de imaginación.

Las parejas se sentaron alrededor del salón, en todos los asientos que se pudieron reunir; los jóvenes fueron a buscar incluso las sillas de hierro del invernadero. Era un cotillón monstruo. El señor De Saffré, que tenía el aire de recogimiento de un sacerdote oficiando, eligió por pareja a la condesa Vanska, cuyo traje de Coral le preocupaba. Cuando todos estuvieron en sus puestos, dirigió una larga mirada a aquella fila circular de faldas, flanqueada cada una por un frac. E hizo una señal a la orquesta, cuyos cobres sonaron. Asomaban cabezas a lo largo del sonriente cordón de rostros.

Renée se había negado a participar en el cotillón. Estaba con una alegría nerviosa, desde el comienzo del baile, bailaba apenas, se mezclaba con los grupos, no podía estarse quieta. Había hablado, durante la velada, de hacer un viaje en globo con un célebre aeronauta de quien todo París se ocupaba. Cuando el cotillón comenzó, la fastidió no poder caminar a sus anchas, y se quedó en la puerta del vestíbulo, dando apretones de mano a los hombres que se retiraban, charlando con los íntimos de su marido. El barón de Gouraud, a quien se llevaba un lacayo, embutido en su abrigo de pieles, encontró un último elogio para su traje de tahitiana.

Mientras tanto, el señor Toutin-Laroche estrechaba la mano de Saccard.

—Maxime cuenta con usted —dijo este último.

—Perfectamente —respondió el nuevo senador. Y volviéndose hacia Renée—: Señora, no la he felicitado... ¡Por fin se casa el querido muchacho!

Y como ella respondiera con una sonrisa extrañada:

—Mi mujer no lo sabe aún —prosiguió Saccard—. Hemos decidido esta noche la boda de la señorita De Mareuil y de Maxime.

Ella continuó sonriendo, inclinándose ante el señor Toutin-Laroche, que se marchaba diciendo:

—Firman ustedes las capitulaciones el domingo, ¿no? Me voy a Nevers para un asunto de minas, pero estaré de regreso.

Ella se quedó un instante sola en el medio del vestíbulo. Ya no sonreía; y, a medida que se empapaba de lo que acababa de saber, era presa de un gran escalofrío. Miró las colgaduras de terciopelo rojo, las plantas exóticas, los tiestos de mayólica, con una mirada fija. Después dijo en voz alta:

—Tengo que hablarle.

Y regresó al salón. Pero tuvo que quedarse en la entrada. Una figura del cotillón obstruía el paso. La orquesta tocaba en sordina una frase de vals. Las señoras, cogidas de la mano, formaban corro, uno de esos corros de crías que cantan Giroflé, girofla; y giraban lo más deprisa posible, estirando los brazos, riendo, resbalando. En el medio, un bailarín —era el malicioso míster Simpson— tenía en la mano una larga bufanda rosa; la levantaba, con el ademán de un pescador que va a arrojar un esparavel; pero no se apresuraba, le parecía divertido, sin duda, que las señoras girasen fatigadas. Resoplaban, pedían clemencia. Entonces lanzó la bufanda, y la lanzó con tal habilidad que fue a enrollarse en torno a los hombros de la señora De Espanet y de la señora Haffner, que giraban una al lado de la otra. Era una broma del americano. Quiso a continuación valsar con las dos señoras a la vez, y ya las había cogido a ambas del talle, a una con el brazo izquierdo, a otra con el brazo derecho, cuando el señor De Saffré dijo, con su voz severa de rey del cotillón:

—No se baila con dos damas.

Pero míster Simpson no quería soltar los dos talles. Adeline y Suzanne se recostaban en sus brazos entre risas. Se juzgaba el caso, las señoras se enfadaban, el alboroto se prolongaba, y los fraques, en los vanos de las ventanas, se preguntaban cómo iba a salir Saffré con honor de aquel asunto delicado. Pareció, en efecto, perplejo un momento, buscando el refinamiento de gracia con el que pondría a los que se reían de su parte. Luego esbozó una sonrisa, cogió a la señora De Espanet y a la señora Haffner, a cada una de una mano, les hizo una pregunta al oído, recibió su respuesta y, dirigiéndose a continuación a míster Simpson:

— ¿Qué escoge usted, hierba doncella o verbena?

Míster Simpson, un poco atontado dijo que escogía la verbena. Entonces,

el señor De Saffré le entregó a la marquesa, diciendo:

—Ahí tiene la verbena.

Aplaudieron discretamente. Opinaron que había sido muy bonito. El señor De Saffré era un director de cotillón «que nunca se quedaba cortado», tal fue la expresión de las señoras. Durante ese tiempo, la orquesta había reanudado con todas sus voces la frase de vals, y míster Simpson, tras haber dado una vuelta al salón valsando con la señora De Espanet, la acompañó a su sitio.

Renée pudo pasar. Se había mordido los labios hasta hacerse sangre, ante todas aquellas «tonterías». Opinaba que aquellas mujeres y aquellos hombres eran estúpidos al lanzar bufandas y adoptar nombres de flores. Sus oídos zumbaban, una furiosa impaciencia le inspiraba bruscos deseos de lanzarse de cabeza y abrirse un camino. Cruzó el salón con rápido paso, chocando con las parejas rezagadas que volvían a sus asientos. Iba derecha al invernadero. No había visto a Louise ni a Maxime entre los bailarines, se decía que debían de estar allá, en algún hueco de los follajes, reunidos por ese instinto de las burlas y de las travesuras que les llevaba a buscar los rincones en cuanto se encontraban juntos en alguna parte. Pero visitó inútilmente la media luz del invernadero. Sólo vislumbró, al fondo de una glorieta a un joven alto que besaba devotamente las manos de la menuda señora Daste, murmurando:

—Ya me lo había dicho la señora De Lauwerens: ¡es usted un ángel!

Esta declaración, en su casa, en su invernadero, le chocó. ¡Realmente, la señora De Lauwerens tendría que dedicarse a su comercio en otra parte! Y a Renée le habría aliviado expulsar de su casa a toda aquella gente que gritaba tan fuerte. De pie ante el estanque, miraba el agua, se preguntaba dónde habían podido meterse Louise y Maxime. La orquesta seguía tocando aquel vals, con cuyo lento balanceo le daba un vuelco el corazón. Era insoportable, una no podía reflexionar en su propia casa. Ya no sabía. Olvidaba que los jóvenes aún no estaban casados, y se decía que era muy sencillo, se habían ido a acostar. Después pensó en el comedor, subió vivamente la escalera del invernadero. Pero, en la puerta del gran salón, la detuvo por segunda vez una figura del cotillón.

—Son los «puntos negros», señoras —decía graciosamente el señor De Saffré—. Es de mi invención, y les entrego la primicia.

Se reían mucho. Los hombres explicaban la alusión a las jóvenes. El emperador acababa de pronunciar un discurso que reconocía, en el horizonte político, la presencia de ciertos «puntos negros». Esos puntos negros, sin saber por qué, se habían puesto de moda. El ingenio de París se había apoderado de la expresión hasta tal punto que, desde hacía diez días, todo se refería a los puntos negros. El señor De Saffré colocó a los caballeros en uno de los

extremos del salón, de espaldas a las señoras, a las que dejó en el otro extremo. Después les ordenó que se levantaran los fraques, de forma que taparan la parte de atrás de la cabeza. Esta operación se realizó entre una alegría loca. Jorobados, con los hombros encogidos, con los faldones de los fraques que ya no les colgaban de la cintura, los caballeros estaban realmente horribles.

—No se rían, señoras —gritaba el señor De Saffré con una seriedad de lo más cómica—, o hago que se pongan los encajes sobre la cabeza.

La alegría se redobló. Y él usó enérgicamente su energía con algunos de aquellos señores que no querían taparse la nuca.

—Ustedes son los «puntos negros» —decía—; enmascaren sus cabezas, no muestren más que la espalda, es preciso que estas damas no vean más que negro... Y ahora, en marcha, mézclense unos con otros, para que no los reconozcan.

La hilaridad llegaba a su colmo. Los «puntos negros» iban y venían, sobre sus piernas delgaduchas, con balanceos de cuervos sin cabeza. Se vio la camisa de un caballero, con la punta de un tirante. Entonces las damas pidieron clemencia, se ahogaban, y el señor De Saffré tuvo a bien ordenarles que fueran a buscar a los «puntos negros». Salieron, como un vuelo de perdices jóvenes, con un gran rumor de faldas. Después, al final de su carrera, cada cual cogió al caballero que más a mano tenía. Fue un barullo inexpresable. Y en fila, las improvisadas parejas se apartaban, daban una vuelta al salón valsando, entre el canto más alto de la orquesta.

Renée se había apoyado en la pared. Miraba, pálida, los labios apretados. Un anciano caballero fue a preguntarle galantemente por qué no bailaba. Tuvo que sonreír, responder algo. Escapó, entró en el comedor. La estancia estaba vacía. Entre los trincheros saqueados, las botellas y los platos en desorden, Maxime y Louise cenaban tan tranquilos, en una esquina de la mesa, uno al lado de otro, sobre una servilleta que habían desplegado. Parecían a sus anchas, reían, entre aquel desorden, aquellos vasos sucios, aquellas fuentes manchadas de grasa, aquellos despojos todavía tibios de la glotonería de los comensales de guantes blancos. Se habían contentado con limpiar las migas a su alrededor. Baptiste paseaba gravemente a lo largo de la mesa, sin una mirada a la estancia, que parecía haber sido atravesada por una manada de lobos; esperaba que los sirvientes viniesen a ordenar un poco los trincheros.

Maxime había podido reunir aún una cena muy respetable. Louise adoraba el turrón de pistachos, y en lo alto de un aparador había quedado un plato lleno. Tenían delante tres botellas de champán empezadas.

—Quizás papá se haya marchado —dijo la joven.

— ¡Mejor! —respondió Maxime—, yo la acompañaré. —Y como ella reía —: Ya sabe que, decididamente, quieren que me case con usted. Ya no es en broma, va en serio... ¿Qué haremos cuando estemos casados?

— ¿Qué vamos a hacer? ¡Lo que los demás! —Esta gracia se le había escapado un poco deprisa; prosiguió vivamente, como para retirarla—: Iremos a Italia. Me sentará bien al pecho. Estoy muy enferma... ¡Ah!, pobre Maxime, ¡qué mujer tan absurda va a tener usted! Abulto menos que diez céntimos de mantequilla. —Sonreía, con una pizca de tristeza, con su traje de paje. Una tos seca subió rubores a sus mejillas—. Es el turrón —dijo—. En casa me prohíben que lo coma... Páseme el plato, voy a meterme el resto en el bolsillo.

Y vaciaba el plato cuando Renée entró. Ésta fue directa hacia Maxime, haciendo esfuerzos inauditos para no blasfemar, para no pegarle a aquella jorobada a la que encontraba allí, sentada a la mesa con su amante.

—Quiero hablar contigo —tartamudeó con voz sorda.

Él vacilaba, con miedo, temiendo un cara a cara.

—Sólo contigo, y en seguida —repetía Renée.

—Vaya, Maxime —dijo Louise con su mirada indefinible—. E intente, al mismo tiempo, encontrar a mi padre. Lo pierdo en todos los saraos.

Él se levantó, trató de detener a la joven en el centro del comedor, preguntándole qué le corría tanta prisa decirle. Pero ella replicó entre dientes:

— ¡Sígueme, o lo cuento todo delante de la gente!

Se puso muy pálido, la siguió con una obediencia de animal apaleado. Ella creyó que Baptiste la miraba; pero, en ese momento, ¡mucho le importaban las miradas claras del lacayo! En la puerta, el cotillón la retuvo por tercera vez.

—Espera —murmuró—. ¡Cuándo acabarán estos imbéciles!

Y le cogió la mano, para que no tratara de escaparse.

El señor De Saffré colocaba al duque de Rozan, de espaldas a la pared, en una esquina del salón, al lado de la puerta del comedor. Puso una dama delante de él, después un caballero de espaldas a la dama, después otra dama delante del caballero, y así en fila, pareja a pareja, en una larga serpiente. Como había bailarinas que charlaban, que se demoraban:

— ¡Vamos, señoras —gritó—, en sus puestos para las «columnas»!

Ellas acudieron, quedaron formadas las «columnas». La indecencia de encontrarse así cogida, apretada entre dos hombres, apoyada contra la espalda de uno, teniendo ante sí el pecho de otro, regocijaba mucho a las damas. Las puntas de los senos tocaban las solapas de los fraques, las piernas de los

caballeros desaparecían entre las faldas de las bailarinas y, cuando una brusca alegría hacía inclinarse una cabeza, los bigotes de enfrente se veían obligados a apartarse, para no llevar las cosas hasta el beso. Un bromista, en cierto momento, debió de dar un ligero empujón; la fila se encogió, los fraques entraron más profundamente en las faldas; y hubo grititos, y risas, risas que no acababan nunca. Se oyó a la baronesa de Meinhold decir: «Pero, caballero, ¡me está usted ahogando! ¡No me apriete tan fuerte!», lo cual pareció tan divertido, imprimió a toda la fila un acceso de hilaridad tan loco, que las «columnas», sacudidas, se tambaleaban, se entrechocaban, se apoyaban unas en otras, para no caer. El señor De Saffré, con las manos alzadas, dispuestas a aplaudir, esperaba. Después aplaudió. Ante esa señal, de repente, cada cual se dio la vuelta. Las parejas que estaban cara a cara se cogieron por el talle, y la fila desgranó por el salón su rosario de valsadores. Sólo el pobre duque de Rozan, al volverse, se encontró con la nariz contra la pared. Se burlaron de él.

—Ven —dijo Renée a Maxime.

La orquesta seguía tocando el vals. Esa música blanda, cuyo ritmo monótono resultaba soso a la larga, redoblaba la exasperación de la joven. Llegó a la salita, llevando a Maxime de la mano, y, empujándolo por la escalera que subía al tocador, le ordenó:

—Sube.

Ella lo siguió. En ese momento, Sidonie, que había rondado toda la noche en torno a su cuñada, extrañada de sus continuos paseos a través de las estancias, llegaba justamente a la escalinata del invernadero. Vio las piernas de un hombre hundirse en las tinieblas de la escalerita. Una pálida sonrisa iluminó su rostro de cera y, levantándose la falda de maga para ir más deprisa, buscó a su hermano, trastornando una figura del cotillón, dirigiéndose a los sirvientes que encontraba. Por fin, encontró a Saccard con el señor De Mareuil en una estancia contigua al comedor, que habían transformado provisionalmente en salón de fumar. Los dos hombres hablaban de dote, de capitulaciones. Pero, cuando su hermana le dijo una frase a la oreja, Saccard se levantó, se disculpó, desapareció.

Arriba, el tocador estaba en pleno desorden. Por las sillas colgaban el disfraz de la ninfa Eco, las mallas rasgadas, trozos de encaje arrugados, ropa interior tirada en revoltillo, todo lo que la prisa de una mujer a la que esperan deja tras de sí. Los pequeños utensilios de marfil y plata yacían un poco por doquier; había cepillos, limas, caídos en la alfombra; y las toallas todavía húmedas, los jabones olvidados sobre el mármol, los frascos sin tapar, desprendían, en la tienda de color carne, un olor fuerte, penetrante. La joven, para quitarse el blanco de brazos y espaldas, se había metido en la bañera de mármol rosa, después de los cuadros plásticos. Placas irisadas se redondeaban

sobre la sábana de agua enfriada.

Maxime caminó sobre un corsé, estuvo a punto de caer, intentó reírse. Pero tiritaba ante el rostro duro de Renée. Ella se le acercó, empujándolo, diciéndole en voz baja:

—Entonces, ¿vas a casarte con la jorobada?

— ¡Por nada del mundo! —murmuró él—. ¿Quién te ha dicho eso?

— ¡Eh! No mientas, es inútil...

Él tuvo un impulso de rebelión. Renée lo inquietaba, quería acabar con ella.

— ¡Bueno, pues sí! Me caso. ¿Y qué?... ¿Es que no soy muy dueño?

Renée fue hacia él, con la cabeza un poco gacha, con una risa maligna, y cogiéndole las muñecas:

— ¡Dueño tú! ¡Muy dueño!... Sabes muy bien que no. Soy yo quien soy el dueño. Te rompería los brazos, si fuera mala; no tienes más fuerza que una chica. —Y como él se debatía, le retorció los brazos, con toda la violencia nerviosa que le daba la cólera. Él lanzó un débil grito. Entonces ella lo soltó, prosiguiendo—: No nos peguemos, ya ves: sería yo la más fuerte.

Maxime se quedó pálido, con la vergüenza de aquel dolor que sentía en las muñecas. La miraba ir y venir por el tocador. Empujaba los muebles, reflexionando, estableciendo el plan que le daba vueltas en la cabeza desde que su marido la había informado de la boda.

—Voy a encerrarte aquí —dijo por fin—, y cuando amanezca nos marcharemos a Le Havre.

Él palideció aún más, inquieto y estupefacto.

—Pero ¡es una locura! —exclamó—. No podemos irnos juntos. Pierdes la cabeza...

—Es posible. En cualquier caso, sois tú y tu padre quienes me la habéis hecho perder... Te necesito y te cojo. ¡Peor para los imbéciles! —Destellos rojos brillaban en sus ojos. Continuó, aproximándose de nuevo a Maxime, quemándole el rostro con su aliento—: ¿Qué sería de mí si te casaras con la jorobada? Os burlaríais de mí, a lo mejor me vería forzada a recobrar a ese papanatas De Mussy, que ni siquiera me calentaría los pies... Cuando se ha hecho lo que nosotros hemos hecho se permanece unidos. Además, está clarísimo, me aburro cuando no estás y, como me marchó, te llevo... Puedes decirle a Céleste lo que quieres que vaya a buscar a tu casa.

El infeliz extendió las manos, suplicó:

—Vamos, mi pequeña Renée, no hagas tonterías. Vuelve en ti... Piensa en el escándalo.

— ¡Me río del escándalo! Si te niegas, bajo al salón y grito que me he acostado contigo y que eres lo bastante cobarde para querer ahora casarte con la jorobada.

Él dobló la cabeza, la escuchó, cediendo ya, aceptando esta voluntad que se le imponía tan rudamente.

—Iremos a Le Havre —prosiguió ella más bajo, acariciando su sueño—, y desde allí nos dirigiremos a Inglaterra. Nadie volverá a molestarnos. Y si no estamos lo bastante lejos, nos marcharemos a América. Yo, que siempre tengo frío, estaré bien allá. A menudo he envidiado a las criollas...

Pero, a medida que iba ampliando su proyecto, el terror invadía de nuevo a Maxime. ¡Abandonar París, irse tan lejos con una mujer que con toda seguridad estaba loca, dejar a sus espaldas una historia cuyo cariz vergonzoso lo desterraba para siempre! Era como una pesadilla atroz que lo ahogaba. Buscaba con desesperación un medio para salir de aquel tocador, de aquel reducto rosa donde doblaban las campanas del manicomio. Creyó haberlo encontrado.

—Es que no tengo dinero —dijo con dulzura, a fin de no exasperarla—. Si me encierras, no podré procurármelo.

—Yo lo tengo, yo —respondió ella con aire de triunfo—. Tengo cien mil francos. Todo se arregla muy bien...

Cogió, en el armario de luna, la escritura de cesión que su marido le había dejado, con la vaga esperanza de que cambiara de opinión. La llevó a la mesita del tocador, obligó a Maxime a darle una pluma y un tintero que se encontraban en el dormitorio y, empujando los jabones, firmó la escritura.

—Ahí tienes —dijo—, la tontería está hecha. Si me roban es porque así lo quiero... Pasaremos por casa de Larsonneau, antes de ir a la estación. Y ahora, mi pequeño Maxime, voy a encerrarte, y escaparemos por la puerta del jardín, cuando haya puesto a toda esa gente en la calle. Ni siquiera necesitamos llevar baúles.

Volvía a estar alegre. Aquella cabezonada la fascinaba. Era una excentricidad suprema, un final que, en aquella crisis de cálida fiebre, le parecía enteramente original. Superaba con mucho su deseo de viajar en globo. Fue a estrechar a Maxime entre sus brazos, murmurando:

— ¡Te he hecho daño hace un rato, pobrecito mío! Por eso te negabas... Ya verás cómo será estupendo. ¿Es que tu jorobada te amaría como yo te amo?... No es una mujer, esa morenucha...

Reía, lo atraía, lo besaba en los labios, cuando un ruido les hizo volver la cabeza. Saccard estaba de pie en el umbral de la puerta. Se hizo un terrible silencio. Lentamente, Renée desprendió sus brazos del cuello de Maxime; y no bajaba la frente, seguía mirando a su marido con sus grandes ojos fijos de muerta; mientras que el joven, aplastado, aterrado, se tambaleaba, la cabeza gacha, ahora que ya no estaba sostenido por su abrazo. Saccard, fulminado por aquel golpe supremo que hacía gritar en él, por fin, al marido y al padre, no avanzaba, lívido, abrasándolos desde lejos con el fuego de sus miradas. En el aire húmedo y oloroso de la pieza, las tres velas ardían en lo alto, recta la llama, con la inmovilidad de una lágrima ardiente. Y, única en cortar el silencio, el terrible silencio, por la estrecha escalera subía una ráfaga de música; el vals, con sus enroscamientos de culebra, se deslizaba, se anudaba, se dormía sobre la alfombra de nieve, en medio de las mallas rasgadas y de las faldas caídas al suelo.

Después el marido avanzó. Una necesidad de brutalidad amorataba su cara, apretaba los puños como para aporrear a los culpables. La cólera, en aquel hombrecillo inquieto, estallaba con ruidos de disparos. Soltó una carcajada estrangulada y, sin dejar de acercarse:

—Le estabas anunciando tu boda, ¿verdad?

Maxime retrocedió, adosado a la pared:

—Escucha —balbució—, es ella...

Iba a acusarla cobardemente, a arrojar sobre ella el crimen, a decir que quería raptarlo, a defenderse con la humildad y los temblores de un niño cogido en falta. Pero no tuvo fuerzas, las palabras se le secaban en la garganta. Renée conservaba su rigidez de estatua, su desafío mudo. Entonces Saccard, sin duda para encontrar un arma, echó una rápida ojeada a su alrededor. Y en la esquina de la mesa de tocador, entre los peines y los cepillos de uñas, vio la escritura de cesión, cuyo papel timbrado amarilleaba el mármol. Miró la escritura, miró a los culpables. Después, agachándose, vio que la escritura estaba firmada. Sus ojos fueron del tintero destapado a la pluma, todavía húmeda, que había dejado Renée al pie del candelabro. Se quedó erguido ante aquella firma, reflexionando.

El silencio parecía crecer, las llamas de las velas se alargaban, el vals se columpiaba en los cortinajes con más blandura. Saccard tuvo un imperceptible movimiento de hombros. Miró aún a su mujer y a su hijo con aire profundo, como para arrancar de sus rostros una explicación que no encontraba. Después dobló lentamente la escritura, se la metió en el bolsillo del frac. Sus mejillas se habían puesto muy pálidas.

—Hizo bien usted al firmar, mi querida amiga —dijo dulcemente a su

mujer—. Son cien mil francos que gana. Esta noche le entregaré el dinero. — Casi sonreía, y sólo sus manos conservaban un temblor. Dio unos pasos, agregando—: Uno se ahoga aquí. ¡Qué idea, venir a tramar alguna de vuestras bromas en este baño de vapor!... —Y dirigiéndose a Maxime, que había levantado la cabeza, sorprendido por la voz apaciguada de su padre—: ¡Vamos, vente! —prosiguió—. Te había visto subir, te buscaba para que te despidieras del señor De Mareuil y de su hija.

Los dos hombres bajaron, charlando juntos. Renée se quedó sola, de pie en medio del tocador, mirando el hueco negro de la escalerita, por la cual acababa de ver desaparecer los hombros del padre y del hijo. No podía apartar los ojos de aquel hueco. ¡Cómo!, se habían marchado tranquilamente, amistosamente. Aquellos dos hombres no se habían aplastado. Aguzaba la oreja, escuchaba por si una lucha atroz hacía rodar los cuerpos por los peldaños. Nada. En las tibias tinieblas, sólo un ruido de danza, un largo balanceo. Creyó oír, a lo lejos, las risas de la marquesa, la voz clara del señor De Saffré. ¿Se había acabado el drama, pues? Su crimen, los besos en la gran cama gris y rosa, las noches feroces del invernadero, todo aquel amor maldito que la había abrasado durante meses desembocaba en este final chato e innoble. Su marido lo sabía todo y ni siquiera le pegaba. Y el silencio que la rodeaba, aquel silencio en el que se arrastraba el vals sin fin, la espantaba más que el ruido de un homicidio. Tenía miedo de esa paz, miedo de ese tocador tierno y discreto, lleno de un aroma de amor.

Se vio en el alto espejo del armario. Se acercó, asombrada de verse, olvidando a su marido, olvidando a Maxime, muy preocupada por la extraña mujer que tenía delante. La locura ascendía. Su pelo amarillo, alzado sobre las sienes y sobre la nuca, le pareció una desnudez, una obscenidad. La arruga de la frente era ahora tan profunda que ponía una raya oscura sobre los ojos, la herida menuda y azulada de un latigazo. ¿Quién la había marcado así? Su marido no había levantado la mano, sin embargo. Y sus labios la asombraban por su palidez, sus ojos de miope le parecían muertos. ¡Qué vieja estaba! Inclino la frente, y cuando se vio con sus mallas, con su leve blusa de gasa, se contempló, las pestañas bajadas, con súbitos rubores. ¿Quién la había desnudado? ¿Qué hacía con aquel desaliño de mujerzuela que se descubre hasta el vientre? No lo sabía. Miraba sus muslos, que las mallas redondeaban; sus caderas, cuyas flexibles líneas seguía bajo la gasa; su busto, ampliamente escotado, y se avergonzaba de sí misma, y un desprecio por su carne la llenaba de una sorda cólera contra quienes la dejaban así, con unos simples aros de oro en los tobillos y en las muñecas para tapparle la piel.

Entonces, buscando, con la idea fija de una inteligencia que se anega, qué hacía allí, completamente desnuda, delante de aquel espejo, se remontó de un brusco salto a su infancia, se vio a los siete años, en la sombra grave del

palacete Béraud. Se acordó de un día en que la tía Elisabeth las había vestido, a ella y a Christine, con trajes de lana gris a cuadritos rojos. Era por Navidad. ¡Qué contentas estaban con aquellos dos trajes iguales! La tía las mimaba, y llevó las cosas hasta darles a cada una pulsera y un collar de coral. Las mangas eran largas, el cuerpo les subía hasta la barbilla, las joyas se extendían sobre la tela, lo cual les parecía muy bonito. Renée recordaba aún que su padre estaba allí, que sonreía con su aire triste. Ese día, su hermana y ella, en la habitación de las niñas, se habían paseado como personas mayores, sin jugar, para no mancharse. Después, en las monjas de la Visitación, sus compañeras le habían tomado el pelo por «su traje de Pierrot», que le llegaba hasta la punta de los dedos y le subía hasta las orejas. Se había echado a llorar. En el recreo, para que no se burlaran más de ella, se había remangado y se había metido el cuello del traje. Y el collar y la pulsera de coral le parecían más bonitos sobre la piel de su cuello y de su brazo. ¿Fue ese día cuando había empezado a desnudarse?

Su vida se desplegaba ante ella. Asistía a su largo azoramiento, al alboroto del oro y de la carne que se había encaramado sobre ella, que le había llegado hasta las rodillas, hasta el vientre, después hasta los labios, y cuya oleada sentía ahora pasar sobre la cabeza, golpeándole el cráneo con toques repetidos. Era como una savia mala; le había fatigado los miembros, dejado en el corazón excrecencias de vergonzosas ternuras, criado en su cerebro caprichos de enferma y de bestia. Esa savia, la planta de sus pies la había cogido en la alfombra de su calesa, en otras muchas alfombras, en toda esa seda y ese terciopelo sobre los que andaba desde su boda. Los pasos de los otros debían de haber dejado allí esos gérmenes de veneno, surgidos ahora en su sangre, y que sus venas arrastraban. Recordaba perfectamente su infancia. Cuando era pequeña, no sentía más que curiosidad. Incluso más adelante, después de aquella violación que la había arrojado al mal, no deseaba tanta vergüenza. Se habría vuelto mejor, sí, de haberse quedado haciendo calceta al lado de tía Elisabeth. Y oía el tictac regular de las agujas de la tía, mientras miraba fijamente el espejo para leer ese futuro de paz que se le había escapado. Pero no veía sino sus muslos rosa, sus caderas rosa, esa extraña mujer de seda rosa que tenía delante, y cuya piel de fina tela, de apretadas mallas, parecía hecha para amores de peles y muñecas. Había llegado a esto, a ser una gran muñeca con un pecho desgarrado del que no sale sino un hilillo de serrín. Entonces, ante las enormidades de su vida, la sangre de su padre, aquella sangre burguesa que la atormentaba en sus horas de crisis, gritó dentro de ella, se rebeló. Ella, que había temblado siempre ante la idea del infierno, tendría que haber vivido en el fondo de la severidad negra del palacete Béraud. ¿Quién la había desnudado?

Y en la sombra azulada del espejo, creyó ver levantarse las figuras de Saccard y de Maxime. Saccard, negruzco, burlón, tenía un color de hierro, una risa de tenaza, sobre sus piernas canijas. Aquel hombre era una voluntad.

Desde hacía diez años, ella lo veía en la fragua, en las chispas del metal al rojo, la carne quemada, jadeante, golpeando siempre, alzando martillos veinte veces demasiado pesados para sus brazos, a riesgo de aplastarse a sí mismo. Ahora lo comprendía, se le aparecía engrandecido por ese esfuerzo sobrehumano, por esa tunantería enorme, esa idea fija de una inmensa fortuna inmediata. Se acordaba de él saltando los obstáculos, rodando por el fango, y sin tomarse la molestia de limpiarse para llegar antes, sin detenerse siquiera a disfrutar por el camino, masticando sus piezas de oro al correr. Después, la cabeza rubia y bonita de Maxime aparecía tras el rudo hombro de su padre; tenía su clara sonrisa de chica, sus ojos vacíos de ramera que no se bajaban jamás, su raya en medio de la frente, mostrando la blancura del cráneo. Se burlaba de Saccard, lo encontraba burgués al tomarse tanto trabajo para ganar un dinero que él se comía, él, con tan adorable pereza. Era un mantenido. Sus manos largas y blandas contaban sus vicios. Su cuerpo depilado tenía una cansada actitud de mujer saciada. En todo aquel ser cobarde y blando, en quien el vicio corría con la suavidad de un agua tibia, no brillaba solamente el relámpago de la curiosidad del mal. Se sometía. Y Renée, al mirar las dos apariciones desprenderse de las sombras ligeras del espejo, retrocedió un paso, vio que Saccard la había arrojado como una puesta, como una inversión, y que Maxime se había encontrado allí, para recoger aquel luis caído del bolsillo del especulador. Ella seguía siendo un valor en la cartera de su marido; éste la empujaba a los vestidos de una noche, a los amantes de una temporada; la retorció entre las llamas de su fragua, sirviéndose de ella, como de un metal precioso, para dorar el hierro de sus manos. Poco a poco, el padre la había vuelto lo bastante loca, lo bastante miserable, para los besos del hijo. Si Maxime era la sangre empobrecida de Saccard, ella se sentía, ella, el producto, el fruto agusanado de aquellos dos hombres, la infamia que ellos habían excavado juntos, y en la cual se revolcaban uno y otro.

Ahora sabía. Era esa gente la que la había desnudado. Saccard había desabrochado el cuerpo, y Maxime había hecho caer la falda. Después, entre los dos, acababan de arrancarle la camisa. Y en ese momento se encontraba sin un jirón, con aros de oro, como una esclava. Ellos la miraban hacía un rato, no le decían: «Estás desnuda». El hijo temblaba como un cobarde, se estremecía ante la idea de llegar hasta el fin en su crimen, se negaba a seguirla en su pasión. El padre, en lugar de matarla, le había robado; aquel hombre castigaba a la gente vaciándole los bolsillos; una firma caía como un rayo de sol en medio de la brutalidad de su cólera y, en venganza, se llevaba la firma. Después Renée había visto sus hombros hundiéndose en las tinieblas. Nada de sangre en la alfombra, nada de gritos, nada de quejas. Eran unos cobardes. Ellos la habían desnudado.

Y se dijo que una sola vez había leído el futuro, el día en que, ante las sombras susurrantes del parque Monceau, la idea de que su marido la

ensuciaría y la arrojaría un día a la locura había venido a espantar sus deseos crecientes. ¡Ah! ¡Cómo sufría su pobre cabeza! ¡Cuánto sentía, en esa hora, la falsedad de aquella imaginación, que le daba la ilusión de vivir en una feliz esfera de goce e impunidad divinos! Había vivido en el país de la vergüenza, y se veía castigada con el abandono de todo su cuerpo, con la muerte de su ser que agonizaba. Lloraba por no haber escuchado las altas voces de los árboles.

Su desnudez la irritaba. Volvió la cabeza, miró a su alrededor. El tocador conservaba su pesadez almizclada, su silencio cálido a él seguían llegando las frases del vals, como los últimos círculos lánguidos en un lienzo de agua. Aquella risa debilitada de lejana voluptuosidad pasaba sobre ella con mofas intolerables. Se tapó las orejas para no oírla. Entonces vio el lujo del tocador. Alzó los ojos hasta la cortina rosa, hasta la corona de plata que dejaba vislumbrar un amor mofletudo aprestando su flecha; se detuvo en los muebles, en el mármol de la mesa de tocador, atestado de tarros y de utensilios que ya no reconocía; fue a la bañera, todavía llena: el agua dormía; empujó con el pie las telas que colgaban sobre el raso blanco de los sillones, el disfraz de la ninfa Eco, las enaguas, las toallas olvidadas. Y de todas esas cosas emanaban voces de vergüenza: el traje de la ninfa Eco le hablaba del juego que había aceptado, por la originalidad de ofrecerse a Maxime en público; la bañera exhalaba el olor de su cuerpo, el agua donde se había bañado introducía, en la pieza, su fiebre de mujer enferma; la mesa, con sus jabones y sus aceites; los muebles, con sus redondeces de lecho, le hablaban brutalmente de su carne, de sus amores, de todas esas basuras que quería olvidar. Regresó al centro del tocador, el rostro púrpura, sin saber adónde huir de aquel perfume de alcoba, de aquel lujo que se descotaba con un impudor de cortesana, que desplegab todo aquel rosa. La pieza estaba desnuda como ella; la bañera rosa, la piel rosa de las colgaduras, los mármoles rosa de las dos mesas se animaban, se desperezaban, se acurrucaban, la rodeaban de tal desenfreno de voluptuosidades vivas que cerró los ojos, bajando la frente, hundiéndose bajo los encajes del techo y de las paredes, que la aplastaban.

Pero, en la oscuridad, volvió a ver la mancha de carne del tocador, y vislumbró, amén de eso, la suavidad gris del dormitorio, el oro tierno de la salita, el verde crudo del invernadero, todas esas riquezas cómplices. Era allí donde sus pies habían cogido la savia mala. No habría dormido con Maxime en un catre, en el fondo de una buhardilla. Habría sido demasiado innoble. La seda había vuelto coqueto su crimen. Y soñaba con arrancar esos encajes, con escupir sobre esa seda, con romper su gran cama a patadas, con arrastrar su lujo a cualquier arroyo, del que saldría tan gastado y sucio como ella.

Cuando abrió los ojos, se acercó al espejo, se miró de nuevo, se examinó de cerca. Estaba acabada. Se vio muerta. Toda su cara le decía que el desmoronamiento cerebral se remataba. Maxime, esa última perversión de sus

sentidos, había terminado su obra, agotado su carne, desequilibrado su inteligencia. Ya no le quedaban alegrías por disfrutar, ninguna esperanza de despertar. Ante esta idea, una feroz cólera se encendió en su interior. Y, en una postrera crisis de deseo, soñó con recuperar su presa, con agonizar en brazos de Maxime y llevárselo consigo. Louise no podía casarse con él; Louise sabía muy bien que no era suyo, puesto que los había visto besarse en la boca. Entonces se echó sobre los hombros un abrigo de piel, para no cruzar el baile totalmente desnuda. Y bajó.

En la salita se encontró frente a frente a Sidonie. Ésta, para disfrutar del drama, se había apostado de nuevo en la escalinata del invernadero. Pero ya no supo qué pensar, cuando Saccard reapareció con Maxime, y respondió brutalmente, a sus preguntas hechas en voz baja, que estaba soñando, que no había «nada de nada». Después se olió la verdad. Su cara amarilla se demudó, la cosa la parecía demasiado fuerte. Y, despacito, fue a pegar la oreja a la puerta de la escalera, esperando que oiría a Renée llorar, arriba. Cuando la joven abrió la puerta, la hoja casi abofeteó a su cuñada.

— ¡Me estaba espiando! —le dijo con cólera.

Pero Sidonie respondió con gran desdén:

— ¡Cómo si yo me ocupara de sus porquerías! —Y, levantándose el traje de maga, retirándose con una mirada majestuosa—: Hijita mía, no tengo la culpa si le ocurren accidentes... Pero no le guardo rencor, ¿comprende? Y entérese bien de que habría encontrado y todavía encontrará en mí una segunda madre. La espero en mi casa, cuando le apetezca.

Renée no la escuchaba. Entró en el gran salón, cruzó una figura muy complicada del cotillón, sin ver siquiera la sorpresa que causaba su abrigo de pieles. Había, en el centro de la estancia, grupos de damas y caballeros que se mezclaban, agitando banderolas, y la voz aflautada del señor De Saffré decía:

—Vamos, señoras, la «Guerra de México»... Las damas, que hacen de zarzas, tienen que extender sus faldas en círculo y quedarse en el suelo... Ahora, los caballeros giran en torno a la zarza... Después, cuando bata palmas, cada uno de ellos bailará con su zarza.

Batió palmas. Los cobres sonaron, el vals desplegó una vez más a las parejas alrededor del salón. La figura había tenido poco éxito. Dos señoras se habían quedado sobre la alfombra, enredadas en sus enaguas. La señora Daste declaró que lo que le divertía, en la «Guerra de México», era sólo hacer «un queso» con su vestido, como en el internado.

Renée, al llegar al vestíbulo, encontró a Louise y a su padre, a quienes acompañaban Saccard y Maxime. El barón de Gouraud se había marchado. Sidonie se retiraba con los Mignon y Charrier, mientras que el señor Hupel de

la Noue acompañaba a la señora Michelin, a quien su marido seguía discretamente. El prefecto había empleado el resto de la velada en hacerle la corte a la linda morena. Acababa de convencerla de pasar un mes de verano en su capital, «donde se veían antigüedades realmente curiosas».

A Louise, que masticaba a hurtadillas el turrón que llevaba en el bolsillo, le dio un ataque de tos en el momento de salir.

—Tápate bien —dijo su padre.

Y Maxime se apresuró a apretar más el lazo de la capucha de su salida de baile. Ella alzaba la barbilla, se dejaba arrebuja. Pero cuando apareció la señora Saccard, el señor De Mareuil regresó, se despidió de ella. Se quedaron allí todos, charlando un instante. Renée dijo, queriendo explicar su palidez, sus temblores, que había cogido frío, que había subido a su cuarto para echarse el abrigo por los hombros. Y espiaba el instante en que podría hablar en voz baja con Louise, que la miraba con su tranquilidad curiosa. Mientras los hombres seguían estrechándose las manos, se inclinó y murmuró:

— ¡No se casará usted con él! No es posible. Sabe usted muy bien...

Pero la niña la interrumpió, se empinó, diciéndole al oído:

— ¡Oh! Puede estar tranquila, me lo llevo... No importa, ya que nos vamos a Italia.

Y sonreía con su sonrisa vaga de esfinge viciosa. Renée se quedó balbuciente. No entendía nada, se imaginó que la jorobada se burlaba de ella. Después, cuando los Mareuil se hubieron marchado, repitiendo varias veces «¡Hasta el domingo!», miró a su marido, miró a Maxime, con ojos espantados, y, viéndolos tan tranquilos, en actitud satisfecha, ocultó la cara entre las manos, huyó, se refugió en el fondo del invernadero.

Los senderos estaban tranquilos. Las grandes hojas dormían y, sobre el pesado lienzo del estanque, dos brotes de ninfeas se abrían lentamente. Renée habría querido llorar; pero este calor húmedo, este olor fuerte que reconocía, le ponía un nudo en la garganta, estrangulaba su desesperación. Miraba a sus pies, al borde del estanque, a aquel sitio de la arena amarilla, donde extendía la piel de oso el invierno pasado. Y cuando alzó los ojos, vio todavía una figura del cotillón, muy al fondo, por las dos puertas que estaban abiertas.

Era un ruido ensordecedor, una confusa barahúnda en la que sólo distinguió, al principio, faldas voladoras y piernas negras que pataleaban y giraban. La voz del señor De Saffré gritaba: «¡Cambio de damas! ¡Cambio de damas!». Y las parejas pasaban en medio de un fino polvo amarillo; cada caballero, tras haber dado tres o cuatro vueltas de vals, arrojaba a su dama en brazos del vecino, que le arrojaba la suya. La baronesa de Meinhold, con su

disfraz de Esmeralda, caía de las manos del conde de Chibray en las manos de míster Simpson; éste la agarraba a la buena de Dios, por un hombro, mientras que la punta de sus guantes se deslizaba bajo el corpiño. La condesa Vanska, roja, haciendo sonar sus colgantes de Coral, iba, de un salto, del pecho del señor De Saffré al pecho del duque de Rozan, a quien enlazaba, a quien obligaba a piruetear durante cinco compases, para colgarse a continuación de la cadera de míster Simpson, que acababa de lanzar a la Esmeralda al director del cotillón. Y la señora Teissière, la señora Daste, la señora De Lauwerens brillaban, como joyas vivientes, con la palidez rubia del Topacio, el azul tierno de la Turquesa, el azul ardiente del Zafiro, se abandonaban por un instante, se arqueaban bajo la muñeca tendida de un bailarín, después volvían a marchar, llegaban de espaldas o de frente a un nuevo abrazo, visitaban en fila todas las caricias masculinas del salón. Mientras tanto, la señora De Espanet, delante de la orquesta, había logrado atrapar a la señora Haffner al pasar y vallaba con ella, sin querer soltarla. El Oro y la Plata bailaban juntas, amorosamente.

Renée comprendió entonces aquel remolineo de las faldas, aquel pataleo de las piernas. Estaba situada más abajo, veía la furia de los pies, el revoltillo de las botas de charol y de los blancos tobillos. A veces, le parecía que una ráfaga de viento iba a llevarse los trajes. Aquellos hombros desnudos, aquellos brazos desnudos, aquellas cabelleras desnudas que volaban, que remolineaban, cogidas, arrojadas y vueltas a coger, en el fondo de aquella galería, donde el vals de la orquesta enloquecía, donde los cortinajes rojos desfallecían bajo las postreras fiebres del baile, se le aparecieron como la imagen tumultuosa de su vida, de sus desnudeces, de sus abandonos. Y experimentó tal dolor al pensar que Maxime, para tomar a la jorobada entre sus brazos, acababa de arrojarla a ella allí, a aquel lugar donde se habían amado, que soñó con arrancar un tallo de la tanguinia que le rozaba la mejilla, y masticarlo hasta la madera. Pero era cobarde, se quedó delante del arbusto tiritando bajo el abrigo que sus brazos ceñían, apretaban estrechamente, con un gran gesto de aterrada vergüenza.

Capítulo 7

Tres meses después, en una de esas tristes mañanas de primavera que devuelven a París la luz baja y la humedad sucia del invierno, Aristide Saccard bajaba del coche, en la plaza de Le Château-d'Eau, y se internaba, con otros cuatro señores, por el boquete de las demoliciones que excavaba el futuro bulevar del Príncipe Eugenio. Era una comisión investigadora que el jurado de las indemnizaciones enviaba a los lugares para tasar ciertos inmuebles cuyos propietarios no habían podido entenderse amistosamente con la Villa.

Saccard renovaba el golpe de suerte de la calle de la Pepinière. Para que el nombre de su mujer desapareciera por completo, ideó primero una venta de los terrenos y del café cantante. Larsonneau se lo cedió todo a un supuesto acreedor. La escritura de venta incluía la colosal cifra de tres millones. Esta cifra era tan exorbitante que la comisión del ayuntamiento, cuando el agente de expropiaciones, en nombre del imaginario propietario, reclamó el precio de compra como indemnización, no quiso conceder nunca más de dos millones quinientos mil francos, pese al sordo trabajo del señor Michelin y los alegatos del señor Toutin-Laroche y del barón de Gouraud. Saccard se esperaba este fracaso; rechazó la oferta, dejó que el expediente fuera al jurado, del cual justamente él formaba parte con el señor De Mareuil, por un azar al que debía de haber contribuido. Y era así como se encontraba encargado, con cuatro de sus colegas, de hacer una investigación sobre sus propios terrenos.

El señor De Mareuil lo acompañaba. De los otros tres jurados, había un médico, que fumaba un puro sin preocuparse para nada por los cascotes que saltaban, y dos industriales, uno de los cuales, fabricante de instrumentos de cirugía, había sido antes afilador ambulante.

El camino por el que se metieron aquellos caballeros era horroroso. Había llovido toda la noche. El suelo, empapado, se convertía en un río de fango, entre las casas derruidas, sobre aquella carretera trazada en plena tierra blanda, donde los volquetes de transporte se hundían hasta media rueda. A los dos lados, lienzos de muros, reventados por la piqueta, seguían en pie; altos edificios destripados, que mostraban sus entrañas macilentas, abrían en el aire sus cajas de escalera vacías, sus habitaciones colgadas, semejantes a los cajones rotos de un mueble basto y feo. Nada más lamentable que los papeles pintados de aquellas habitaciones, cuadrados amarillos o azules que caían en jirones, indicando, a una altura de cinco y seis pisos, hasta debajo del tejado, pobres gabinetitos, agujeros estrechos, donde acaso había cabido toda una existencia humana. Sobre los muros desnudos, las cintas de las chimeneas ascendían una junta a otra, con bruscos recodos de un negro lúgubre. Una veleta olvidada chirriaba en el borde de un tejado, mientras que canalones semidesgajados colgaban como harapos. Y el boquete seguía hundiéndose, en medio de aquellas ruinas, como una brecha que hubiera abierto el cañón; la calzada, todavía apenas indicada, llena de escombros, tenía jorobas de tierra, charcos de agua profundos, se extendía bajo el cielo gris, en la lividez siniestra del polvo de yeso que caía, y como bordeada con filetes de luto por las cintas negras de las chimeneas.

Aquellos señores, con sus botas bien lustradas, sus levitas y sus chisteras, ponían una nota singular en aquel paisaje fangoso, de un amarillo sucio, por donde no pasaban más que obreros descoloridos, caballos embarrados hasta el lomo, carretillas cuya madera desaparecía bajo una costra de polvo. Ellos se

seguían en fila, saltaban de piedra en piedra, evitando las charcas de barro fluido, hundiéndose a veces hasta los tobillos y jurando entonces al sacudirse los pies. Saccard había hablado de tomar por la calle Charonne, lo cual les habría evitado este paseo por aquellas tierras llenas de baches; pero, infortunadamente, tenían que visitar varios inmuebles en la larga línea del bulevar y, como les picaba la curiosidad, habían decidido pasar justo por el centro de las obras. Además, les interesaba mucho. Se detenían a veces en equilibrio sobre unos cascotes que habían rodado al fondo de una rodera, levantaban la nariz, se llamaban para mostrarse un suelo desfondado, un tubo de chimenea que había quedado al aire, una vigueta caída sobre un tejado vecino. Aquel rincón de ciudad destruida, al salir de la calle de Le Temple, les parecía de lo más divertido.

—Es realmente curioso —decía el señor De Mareuil—. Fíjese, Saccard, mire esa cocina, allá arriba; queda una vieja sartén colgada encima del fogón... La veo perfectamente.

Pero el médico, el puro entre los dientes, se había plantado delante de una casa demolida, de la que no quedaban sino las piezas de la planta baja, atestadas de los escombros de los otros pisos. Un solo lienzo de pared se alzaba entre el montón de cascotes; para derribarlo de una sola vez, lo habían rodeado con una cuerda, de la que tiraban una treintena de obreros.

—No lo conseguirán —murmuró el médico—. Tiran demasiado a la izquierda.

Los otros cuatro habían vuelto sobre sus pasos, para ver caer el muro. Y los cinco, con ojos atentos, la respiración entrecortada, aguardaban la caída con un temblor de gozo. Los obreros, aflojando, se atiesaban bruscamente después, gritaban:

— ¡Eh! ¡Tira!

—No lo conseguirán —repetía el médico.

Después, al cabo de unos segundos de ansiedad:

—Se mueve, se mueve —dijo alegremente uno de los industriales.

Y cuando el muro cedió, por fin, se derrumbó con espantoso estruendo, levantando una nube de yeso, aquellos señores se miraron con sonrisas. Estaban encantados. Sus levitas se cubrieron con un fino polvo, que les blanqueó los brazos y los hombros.

Ahora hablaban de los obreros, al reanudar su marcha prudente en medio de los charcos. No había muchos buenos. Eran todos unos haraganes, unos derrochadores y, encima, testarudos, y sólo soñaban con la ruina de sus patronos. El señor De Mareuil, que, desde hacía un instante, contemplaba con

un estremecimiento a dos pobres diablos encaramados en la esquina de un tejado, atacando un muro a golpes de piqueta, formuló la idea de que aquellos hombres tenían, no obstante, mucho valor. Los otros se detuvieron de nuevo, alzaron la vista hacia los demoledores en equilibrio, encorvados, golpeando con todas sus fuerzas; empujaban las piedras con el pie y las miraban tranquilamente aplastarse abajo; si la piqueta hubiera golpeado en falso, el mero impulso de sus brazos los habría arrojado al suelo.

— ¡Bah! Están acostumbrados —dijo el médico, llevándose el puro a los labios—. Son unos animales.

Mientras tanto, habían llegado a uno de los inmuebles que tenían que ver. Despacharon su trabajo en un cuarto de hora y reanudaron el paseo. Poco a poco, ya no les inspiraba tanto horror el fango; caminaban en medio de las charcas, abandonando la esperanza de proteger las botas. Al dejar atrás la calle Ménilmontant, uno de los industriales, el ex afilador, empezó a inquietarse. Examinaba las ruinas que le rodeaban, ya no reconocía el barrio. Decía que había vivido por allí, hacía más de treinta años, a su llegada a París, y que le gustaría mucho encontrar el sitio. Lo escudriñaba todo con la mirada, cuando la vista de una casa que la piqueta de los demoledores había ya partido en dos lo detuvo en seco, en medio del camino. Estudió la puerta, las ventanas. Después, señalando con el dedo un rincón de la demolición, exclamó muy alto:

— ¡Ahí está! ¡La reconozco!

— ¿El qué? —preguntó el médico.

—Mi habitación, ¡pardiez! ¡Es ésa!

Era, en el quinto, un cuartito que antiguamente debía de dar a un patio. Un muro abierto lo mostraba completamente desnudo, ya mermado por un lado, con su papel de grandes rameados amarillos, con un ancho desgarrón que temblaba al viento. Se veía aún el hueco de un armario, a la izquierda, revestido de papel azul. Había, al lado, el agujero de una estufa, donde se encontraba un trozo de tubo.

La emoción embargaba al ex obrero.

—Pasé ahí cinco años —murmuró—. Las cosas no iban bien en aquel tiempo, pero es igual, yo era joven... Ya ven ustedes el armario; allí es donde economicé trescientos francos, céntimo a céntimo. Y el agujero de la estufa, aún me acuerdo del día en que lo hice. El cuarto no tenía chimenea, hacía un frío de perros, tanto más cuanto que con frecuencia uno dormía solo.

—Vamos —interrumpió bromeando el médico—, nadie le pide que nos haga confidencias. Ya se habrá corrido usted sus juergas, como los demás.

—Eso es cierto —continuó ingenuamente el digno caballero—. Me acuerdo aún de una planchadora de la casa de enfrente... Miren, la cama estaba a la derecha, cerca de la ventana... ¡Ay!, mi pobre cuarto, ¡cómo me lo han dejado!

Estaba realmente muy triste.

—Ea —dijo Saccard—, no es una desgracia que tiren al suelo esas viejas pocilgas. En su lugar van a construir hermosas casas de piedra de sillería... ¿Es que viviría usted hoy en semejante cubil? En cambio, podrá alojarse perfectamente en el nuevo bulevar.

—Eso es cierto —respondió de nuevo el fabricante, que pareció muy consolado.

La comisión de investigación se detuvo aún en dos inmuebles. El médico se quedó en la puerta, fumando, mirando al cielo. Cuando llegaron a la calle de los Amandiers, las casas ralearon, ya sólo cruzaban grandes cercados, terrenos incultos, en los que aparecían unas casuchas semiderruidas. Saccard parecía regocijado por este paseo entre ruinas. Acababa de acordarse de la cena de antaño, con su primera mujer, en la Butte Montmartre, y recordaba perfectamente haber indicado, con el filo de su mano, el corte que partía París desde la plaza de Le Château-d'Eau hasta la barrera de Le Trône. La realización de esta remota predicción le encantaba. Seguía el corte, con secretas alegrías de autor, como si hubiera dado él mismo los primeros golpes de piqueta, con sus dedos de hierro. Y saltaba los charcos, pensando que tres millones le aguardaban bajo unos escombros, al final de aquel río de pringoso barro.

Entre tanto, aquellos caballeros se creían en el campo. La vía pasaba entre jardines, cuyas tapias había derribado. Había grandes macizos con capullos de lilas. La vegetación era de un verde tierno muy delicado. Cada uno de aquellos jardines se ahondaba, como un reducto cubierto por el follaje de los arbustos, con un estanque estrecho, una cascada en miniatura, rincones de tapia donde había efectos pintados, síntesis de cenadores, fondos azulados de paisaje. Las viviendas, dispersas y discretamente escondidas, parecían pabellones italianos, templos griegos; y el musgo roía el pie de las columnas de yeso, mientras que los hierbajos habían disgregado la cal de los frontones.

—Son casitas —dijo el médico con un guiño de ojos. Pero, como vio que aquellos señores no comprendían, les explicó que los marqueses, bajo Luis XV, tenían allí retiros para sus partidas de placer. Era la moda. Y prosiguió—: Les llamaban casitas. Este barrio estaba lleno... ¡Se lo pasaban en grande!

La comisión de investigación se había vuelto muy atenta. Los dos industriales tenían los ojos brillantes, sonreían, miraban con vivo interés

aquellos jardines, aquellos pabellones, a los que no echaban ni un vistazo antes de las explicaciones de su colega. Una gruta los retuvo un buen rato. Pero, cuando el médico dijo, al ver una vivienda ya tocada por la piqueta, que reconocía la casa del conde de Savigny, bien conocida por las orgías de este gentilhomme, toda la comisión abandonó el bulevar para ir a visitar la ruina. Subieron sobre los escombros, entraron por las ventanas en las piezas de la planta baja; y, como los obreros estaban almorzando, pudieron entretenerse allí, a sus anchas. Se quedaron media hora larga, examinando los rosetones de los techos, las pinturas de las sobrepuestas, las molduras retorcidas de aquellos cascotes amarilleados por la edad. El médico reconstruía la morada.

—Miren —decía—, esta pieza debe de ser la sala de los festines. Allí, en ese hueco de la pared, había seguramente un inmenso diván. Y fíjense, estoy casi seguro de que un espejo coronaba ese diván; ahí tienen los clavos del espejo... ¡Oh, eran unos tunantes, que sabían disfrutar tan ricamente de la vida!

No habrían abandonado aquellas viejas piedras que cosquilleaban su curiosidad si Aristide Saccard, impaciente, no les hubiera dicho, riendo:

—Por mucho que busquen, las damas ya no están... Sigamos a lo nuestro.

Pero, antes de alejarse, el médico subió a una chimenea, para desprender delicadamente, de un golpe de piqueta, una pintura con una cabecita de amor, que se metió en el bolsillo de la levita.

Llegaron, por fin, al término de su correría. Los antiguos terrenos de la señora Aubertot eran muy vastos; el café cantante y el jardín apenas ocupaban la mitad; el resto se encontraba sembrado de unas cuantas casas sin importancia. El nuevo bulevar cogía este gran paralelogramo al sesgo, lo cual había calmado uno de los temores de Saccard; éste se había imaginado durante mucho tiempo que sólo tocaría de refilón al café cantante. Por eso, Larsonneau tenía órdenes de chillar mucho, pues la plusvalía de los linderos debía de quintuplicar al menos su valor. Amenazaba ya a la Villa con servirse de un reciente decreto que autorizaba a los propietarios a entregar sólo el suelo necesario para las obras de utilidad pública.

Fue el agente de expropiaciones el que recibió a aquellos señores. Los paseó por el jardín, les hizo visitar el café cantante, les enseñó un legajo enorme. Pero los dos industriales habían vuelto a bajar, acompañados por el médico, y seguían preguntándole aún por la casita del conde de Savigny, que llenaba su imaginación. Lo escuchaban boquiabiertos, plantados los tres al lado de un juego de la rana. Y les hablaba de la Pompadour, les contaba los amores de Luis XV, mientras el señor De Mareuil y Saccard proseguían solos la investigación.

—Ya está listo —dijo este último al regresar al jardín—. Si lo permiten, caballeros, me encargaré de redactar el informe.

El fabricante de instrumentos quirúrgicos ni siquiera lo oyó. Estaba en plena Regencia.

— ¡Qué buenos tiempos, después de todo! —murmuró.

Después encontraron un simón, en la calle de Charonne, y se marcharon, embarrados hasta las rodillas, tan satisfechos de su paseo como de una excursión al campo. En el simón, la conversación dio un giro, hablaron de política, dijeron que el emperador hacía grandes cosas. Nunca se había visto nada parecido a lo que acababan de ver. Esta gran calle tan recta sería soberbia, cuando se hubieran edificado las casas.

Fue Saccard quien redactó el informe, y el jurado concedió los tres millones. El especulador estaba con el agua al cuello, no habría podido esperar un mes más. Este dinero lo salvaba de la ruina, y hasta en parte de los tribunales. Entregó quinientos mil francos a cuenta del millón que debía a su tapicero y a su contratista, por el palacete del parque Monceau. Tapó otros agujeros, se lanzó a sociedades nuevas, ensordeció a París con el ruido de aquellos escudos auténticos que arrojaba a paladas sobre los anaqueles de su armario de hierro. El río de oro tenía, por fin, sus fuentes. Pero no se trataba aún de una fortuna sólida, encauzada, que fluyera como un chorro igual y continuo. Saccard, salvado de una crisis, se encontraba miserable con las migajas de sus tres millones, decía ingenuamente que todavía era demasiado pobre, que no podía detenerse. Y pronto la tierra se resquebrajó de nuevo bajo sus pies.

Larsonneau se había conducido tan admirablemente en el asunto de Charonne que Saccard, tras una corta vacilación, llevó su honradez hasta darle su diez por ciento y su gratificación de treinta mil francos. El agente de expropiaciones abrió entonces una casa de banca. Cuando su cómplice, en tono desabrido, lo acusaba de ser más rico que él, el currutaco de guantes amarillos respondía riendo:

—Ya lo ve, mi querido maestro, es usted estupendo para hacer llover monedas de cinco francos, pero no sabe recogerlas.

Sidonie aprovechó el golpe de suerte de su hermano para pedirle prestados diez mil francos, con los cuales se fue a pasar dos meses a Londres. Regresó sin un céntimo. Nunca se supo dónde se habían metido los diez mil francos.

— ¡Vaya, esas cosas cuestan! —respondía cuando la interrogaban—. He rebuscado en todas las bibliotecas. Tenía tres secretarios para mis investigaciones.

Y cuando le preguntaban si tenía, por fin, datos seguros sobre los tres mil millones, sonreía primero con aire misterioso y, después, acababa por murmurar:

—Todos ustedes son unos incrédulos... No he encontrado nada, pero lo mismo da. Ya verán, ya verán un día.

Sin embargo, no había perdido todo su tiempo en Inglaterra. Su hermano el ministro aprovechó el viaje para encargarla de una comisión delicada. Cuando regresó, obtuvo grandes pedidos del Ministerio. Fue una nueva encarnación. Cerraba tratos con el gobierno, se encargaba de todos los abastecimientos imaginables. Le vendía víveres y armas para las tropas, mobiliario para las prefecturas y la administración pública, madera para la calefacción de oficinas y museos. El dinero que ganaba no fue capaz de persuadirla de cambiar sus eternos trajes negros, y conservó su cara amarilla y doliente. Saccard pensó entonces que era ella a quien había visto salir furtivamente de casa de su hermano Eugéne. Debía de haber tenido en todo momento relaciones secretas con él, para tareas que nadie conocía.

En medio de estos intereses, de estas sedes ardientes que no podían satisfacerse, Renée agonizaba. La tía Elisabeth había muerto; su hermana, casada, había dejado el palacete Béraud, donde sólo su padre seguía en pie, a la sombra grave de las grandes estancias. Se comió en una temporada la herencia de la tía. Ahora jugaba. Había encontrado un salón donde las señoras se sentaban hasta las tres de la mañana, perdiendo cientos de miles de francos cada noche. Debió de intentar beber; pero no pudo, la sublevaba un asco invencible. Desde que se había encontrado sola, entregada a la oleada mundana que la arrastraba, se abandonaba aún más, sin saber cómo matar el tiempo. Acabó de probarlo todo. Y nada la emocionaba, entre el inmenso aburrimiento que la aplastaba. Envejecía, sus ojos se cercaban de azul, su nariz se afilaba, el mohín de sus labios tenía risas bruscas, sin causa. Era el final de una mujer.

Cuando Maxime se casó con Louise y los jóvenes partieron hacia Italia, no volvió a inquietarse por su amante, e incluso pareció olvidarlo por completo. Y cuando, al cabo de seis meses, Maxime regresó solo, tras haber enterrado a «la jorobada» en el cementerio de un pueblecito de Lombardía, fue odio lo que le demostró. Se acordó de Fedra, recordó sin duda aquel amor envenenado al cual había oído prestar sus sollozos a la Ristori. Entonces, para no encontrarse en su casa con el joven, para ahondar para siempre un abismo de vergüenza entre el padre y el hijo, obligó a su marido a conocer el incesto; le contó que, el día en que la había sorprendido con Maxime, era éste quien la perseguía desde hacía mucho tiempo, quien trataba de violarla. A Saccard lo contrarió horriblemente la insistencia de ella en querer abrirle los ojos. Tuvo que enfadarse con su hijo, dejar de verlo. El joven viudo, rico con la dote de su

mujer, se marchó a vivir como un soltero, en un hotel de la avenida de la Emperatriz. Había renunciado al Consejo de Estado, tenía caballos de carreras. Renée saboreó con ello una de sus últimas satisfacciones. Se vengaba, arrojaba a la cara de aquellos dos hombres la infamia que habían puesto en su interior; se decía que, ahora, ya no los vería burlarse de ella, uno del brazo del otro, como compañeros.

En el derrumbamiento de sus afectos, llegó un momento en que Renée no tuvo más persona a quien querer que su doncella. Poco a poco le había cogido un cariño maternal a Céleste. Quizás esta chica, que era todo cuanto quedaba a su alrededor del amor de Maxime, le recordaba unas horas de placer muertas para siempre. Quizá la conmovía simplemente la fidelidad de aquella sirvienta, de aquel gran corazón cuya tranquila solicitud nada parecía quebrantar. Le daba las gracias, desde el fondo de sus remordimientos, por haber asistido a su vergüenza sin abandonarla con asco; se imaginaba abnegaciones, toda una vida de renuncia, para llegar a comprender la calma de la camarera ante el incesto, sus manos heladas, sus atenciones respetuosas y tranquilas. Y se encontraba tanto más feliz con su devoción cuanto que sabía que era honrada y ahorrativa, sin amantes, sin vicios.

A veces le decía, en sus horas tristes:

—Anda, hija mía, eres tú quien me cerrará los ojos.

Celeste no respondía, esbozaba una sonrisa singular. Una mañana, la informó tranquilamente de que se marchaba, de que regresaba a su pueblo. Renée se quedó temblorosa, como si le ocurriera una gran desgracia. Protestó, la acosó a preguntas. ¿Por qué la abandonaba, cuando se entendían tan bien juntas? Y le ofreció doblarle el sueldo.

Pero la camarera, a todas sus buenas palabras, respondía que no con un gesto, de una forma apacible y terca.

—Mire, señora —acabó por responder—, aunque me ofreciera todo el oro del Perú, no me quedaría una semana más. ¡Usted no me conoce!... Hace ocho años que estoy con usted, ¿no? ¡Bueno! Pues desde el primer día me dije: «En cuanto haya reunido cinco mil francos, regresaré allá; compraré la casa de Lagache, y viviré muy feliz». Es una promesa que me hice, compréndalo. Y tengo los cinco mil francos desde ayer, cuando me pagó usted mi sueldo.

Renée sintió frío en el corazón. Veía a Céleste pasar por detrás de ella y Maxime, mientras se besaban, y la veía con su indiferencia, su perfecto despeggo, pensando en sus cinco mil francos. Sin embargo, todavía intentó retenerla, espantada por el vacío en el que iba a vivir, soñando a pesar de todo con conservar a su lado a aquella bestia cabezona a la que había creído abnegada, y que no era sino egoísta. La otra sonreía, negaba con la cabeza,

murmurando:

—No, no, no es posible. Aunque se tratara de mi madre, me negaría... Compraré dos vacas... Quizás monte una tiendecita, una mercería... En nuestra tierra se está muy bien. ¡Ah!, desde luego, quiero que usted venga a verme. Es cerca de Caen. Le dejaré la dirección.

Entonces Renée no insistió más. Lloró a lágrima viva, pero cuando estuvo sola. Al día siguiente, por un capricho de enferma, quiso acompañar a Céleste a la estación del Oeste, en su propio cupé. Le dio una de sus mantas de viaje, le hizo un regalo en metálico, se afanó en torno a ella como una madre cuya hija emprende un largo y penoso viaje. En el cupé, la miraba con los ojos húmedos. Céleste charlaba, decía lo contenta que estaba de irse. Después, envalentonada, se desahogó, dio consejos a su ama.

—Yo, señora, no habría entendido la vida como usted. Me lo he dicho a menudo, cuando la encontraba con el señorito Maxime. «¿Es posible que una sea tan tonta con los hombres?». Eso siempre acaba mal. ¡Ah, bueno! ¡Lo que es yo, siempre he desconfiado! —Se reía, se echaba hacia atrás en el rincón del cupé—. ¡Son mis escudos los que habrían entrado en danza! —continuó—, y hoy no tendría ojos a fuerza de llorar. Por eso, en cuanto veía a un hombre, cogía el mango de la escoba... Nunca me atreví a decirle todo esto. Además, no era asunto mío. Usted era muy dueña, y yo no tenía más que ganarme honradamente mi dinero.

En la estación, Renée quiso pagar por ella y le cogió un billete de primera. Como habían llegado con anticipación, la retuvo, estrechándole las manos, repitiéndole:

— ¡Cuídese mucho, tenga mucho cuidado, mi buena Céleste!

Ésta se dejaba acariciar. Seguía tan feliz bajo los ojos anegados de su ama, el rostro fresco y risueño. Renée habló aún del pasado. Y, bruscamente, la otra exclamó:

—Se me olvidaba; no le conté la historia de Baptiste, el ayuda de cámara del señor... No habrán querido decírselo...

La joven confesó que, en efecto, no sabía nada.

— ¡Bueno! Se acordará usted de todos sus aires de dignidad, sus miradas desdeñosas, usted misma me hablaba de eso... Pues todo era pura comedia... No le gustaban las mujeres, no bajaba nunca a la cocina cuando estábamos nosotras; e incluso, puedo repetirlo ahora, pretendía que el salón era asqueroso, a causa de los trajes escotados. ¡Ya lo creo, no le gustaban las mujeres! —Y se inclinó al oído de Renée; la hizo ruborizarse, al tiempo que ella misma conservaba su honesta placidez—: Cuando el nuevo mozo de

cuadra —continuó—, se lo contó todo al señor, el señor prefirió echar a Baptiste en vez de entregarlo a la justicia. Parece que desde hacía años en las cuadras ocurrían cosas muy feas... ¡Y pensar que ese grandullón hacía como si le gustaran los caballos! Lo que le gustaba eran los palafreneros.

La campana la interrumpió. Cogió a toda prisa los ocho o diez bultos de los que no había querido separarse. Se dejó besar. Y después se marchó, sin mirar atrás.

Renée se quedó en la estación hasta que silbó la locomotora, y cuando el tren hubo partido, no supo ya qué hacer, desesperada; sus días le parecían extenderse ante ella, vacíos como esta gran sala, donde se había quedado sola. Subió a su cupé, le dijo al cochero que regresara a casa. Pero, por el camino, cambió de idea; tuvo miedo de su cuarto, del aburrimiento que la esperaba; ni siquiera se sentía con ánimos para mudarse de vestido, para su habitual vuelta al lago. Tenía necesidad de sol, necesidad de gentío.

Ordenó al cochero que se dirigiera al Bosque.

Eran las cuatro. El Bosque despertaba de la pesadez de los calores de primera hora de la tarde. A lo largo de la avenida de la Emperatriz volaban nubecillas de polvo, y se veían, a lo lejos, las alfombras de verdor desplegadas, que limitaban los collados de Saint-Cloud y de Suresnes, coronados por la mole grisácea del monte Valérien. El sol, alto en el horizonte, se derramaba, llenaba con un polvo de oro los huecos del follaje, encendía las ramas altas, mudaba aquel océano de hojas en un océano de luz. Pero, pasadas las fortificaciones, en la avenida del Bosque que conducía al lago, acababan de regar; los carruajes rodaban sobre la tierra parda, como sobre la lana de una moqueta, en medio de un frescor, de un aroma envolvente de tierra mojada. A los dos lados, los arbolitos de los planteles hundían, entre los zarzales bajos, el tropel de sus jóvenes troncos, perdiéndose en el fondo de una penumbra verdosa, en la que unos rayos de luz abrían, aquí y allá, claros amarillos; y, a medida que se acercaban al lago, las sillas de las aceras se hacían más numerosas, familias sentadas contemplaban, con rostros tranquilos y silenciosos, el interminable desfile de ruedas. Después, al llegar a la encrucijada, delante del lago, se producía un deslumbramiento; el sol oblicuo hacía de la redondez del agua un gran espejo de plata pulida, que reflejaba la faz resplandeciente del astro. Los ojos parpadeaban; no se distinguía, a la izquierda, cerca de la orilla, sino la mancha oscura de la barca de paseo. Las sombrillas de los carruajes se inclinaban, con movimiento suave y uniforme, hacia aquel esplendor, y sólo volvían a alzarse en la avenida a lo largo del lienzo de agua, que, desde lo alto de la ribera, adoptaba entonces negruras de metal rayadas por bruñidos de oro. A la derecha, los bosquecillos de coníferas alineaban sus columnatas, tallos frágiles y rectos, cuyo violeta tierno enrojecían las llamas del cielo; a la izquierda se extendían los céspedes,

anegados de claridad, semejantes a campos de esmeraldas, hasta el lejano encaje de la puerta de La Murette. Y al acercarse a la cascada, mientras volvía a iniciarse por un lado la penumbra de los planteles, las islas, más allá del lago, se alzaban en el aire azul, con los rayos de sol de sus riberas, las sombras enérgicas de sus abetos, al pie de los cuales el Chalet parecía un juguete infantil perdido en un rincón de una selva virgen. Todo el Bosque se estremecía y reía bajo el sol.

Renée se avergonzó de su cupé, de su vestido de seda parda, en aquel admirable día. Se hundió un poco más, con los cristales abiertos, mirando aquel chorro de luz sobre el agua y el verdor. En las revueltas de las avenidas veía la fila de ruedas que giraban como estrellas de oro, en una larga cola de destellos cegadores. Los paneles barnizados, los brillos de las piezas de cobre y de acero, los vivos colores de los trajes, marchaban al trote regular de los caballos, ponían sobre los fondos del Bosque una ancha franja móvil, un rayo caído del cielo, que se estiraba y seguía las curvas de la calzada. Y, en ese rayo, la joven veía a veces, guiñando los ojos, destacarse el rubio moño de una mujer, la espalda negra de un lacayo, la crin blanca de un caballo. Las redondeces tornasoladas de las sombrillas relampagueaban como lunas de metal.

Entonces, frente a la plena luz, en los anchos rayos de sol, pensó en la ceniza fina del crepúsculo que había visto caer una tarde sobre el follaje amarillento. Maxime la acompañaba. Era en la época en que el deseo de aquel niño despertaba en ella. Y volvía a ver el césped bañado por el aire de la tarde, los planteles en sombra, las avenidas desiertas. La fila de carruajes pasaba con un ruido triste, a lo largo de las sillas vacías, mientras que hoy el fragor de las ruedas, el trote de los caballos, sonaban con alegrías de charanga. Después evocó todos sus paseos por el Bosque. Había vivido allí, Maxime había crecido allí, a su lado, sobre el cojín de su carruaje. Era su jardín. La lluvia los sorprendía en él, el sol los devolvía a él, la noche no siempre los echaba. Paseaban por él en todos los tiempos, saboreaban en él los aburrimientos y las alegrías de su vida. En el vacío de su ser, en la melancolía de la marcha de Céleste, estos recuerdos le causaban una alegría amarga. Su corazón decía: ¡Nunca más! ¡Nunca más! Y se quedó helada cuando evocó este paisaje en invierno, el lago inmóvil y empañado donde habían patinado; el cielo era del color del hollín, la nieve cosía en los árboles guipures blancos, el cierzo les arrojaba a los ojos y a los labios una fina arena.

Entre tanto, a la izquierda, por la vía reservada a los jinetes, había reconocido al duque de Rozan, al señor De Mussy y al señor De Saffré. Larsonneau había matado a la madre del duque, al presentarle, a su vencimiento, los ciento cincuenta mil francos de pagarés firmados por su hijo, y el duque se comía su segundo medio millón con Blanche Muller, tras haber

dejado los primeros quinientos mil francos entre las manos de Laure de Aurigny. El señor De Mussy, que había dejado la embajada de Inglaterra por la embajada de Italia, había vuelto a ser un galán, y dirigía el cotillón con nuevas gracias. En cuanto al señor De Saffré, seguía siendo el escéptico y el vividor más amable del mundo. Renée lo vio adelantar su caballo hasta la portezuela de la condesa Vanska, de quien estaba locamente enamorado, decían, desde el día en que la había visto de Coral, en casa de los Saccard.

Todas aquellas señoras se encontraban allí, por lo demás: la duquesa de Sternich, con su eterna carretela; la señora De Lauwerens, detrás de la baronesa de Meinhold y la menuda la señora Daste, en un landó; la señora Teissière y la señora de Guende, en victoria. En medio de aquellas damas, Sylvia y Laure de Aurigny se exhibían sobre los cojines de una magnífica calesa. E incluso pasó la señora Michelin, en el fondo de un cupé; la linda morena había ido a visitar la capital del señor Hupel de la Noue, y, a su regreso, se la había visto en el Bosque en aquel cupé, al que esperaba agregar pronto un coche descubierto. Renée vislumbró también a la marquesa de Espanet y a la señora Haffner, las inseparables, ocultas tras sus sombrillas, que reían tiernamente, mirándose a los ojos, tumbadas una junto a otra.

Después pasaban los señores: el señor De Chibray, en berlina; míster Simpson, en dogcart, los señores Mignon y Charrier, más ávidos de tareas, pese a su sueño de próximo retiro, en un cupé que dejaban en la esquina de una avenida, para recorrer un trecho de camino a pie; el señor De Mareuil, todavía de luto por su hija, en busca de saludos por su primera interrupción lanzada la víspera en el Cuerpo legislativo, paseando su importancia política en el coche del señor Toutin-Laroche, que acababa una vez más de salvar al Crédito Vitícola, tras haberlo puesto a dos dedos de la ruina, y a quien el Senado adelgazaba y volvía aún más considerable.

Y para cerrar el desfile, como suprema majestad, el barón de Couraud se entorpecía al sol, sobre las almohadas dobles que guarnecían su carruaje. Renée tuvo una sorpresa; sintió asco al reconocer a Baptiste al lado del cochero, con su cara blanca, su aire solemne. El alto lacayo había entrado al servicio del barón.

Los planteles seguían huyendo, el agua del lago se irisaba bajo los rayos más oblicuos, la fila de carruajes alargaba sus resplandores danzantes. Y la joven, presa también de aquel placer y arrastrada por él, tenía una vaga conciencia de todos los apetitos que rodaban en medio del sol. No sentía indignación contra aquella jauría. Pero los odiaba, por su alegría, por el triunfo que se los mostraba en pleno polvillo de oro del cielo. Eran soberbios y sonrientes; las mujeres se exhibían, blancas y gruesas; los hombres tenían miradas vivas, aspecto encantado de amantes dichosos. Y ella, en el fondo de su corazón vacío, no encontraba sino una lasitud, una sorda envidia. ¿Era ella

mejor que los otros, por doblarse así bajo los placeres? ¿O los dignos de alabanza eran los otros, por tener las espaldas más anchas que las tuyas? No lo sabía; ansiaba nuevos deseos para dar un nuevo comienzo a la vida cuando, al volver la cabeza, vio, a su lado, en la acera que bordeaba los planteles, un espectáculo que la desgarró con un golpe supremo.

Saccard y Maxime caminaban a pasos menudos, uno del brazo del otro. El padre había debido de ir a visitar al hijo, y ambos habían bajado desde la avenida de la Emperatriz al lago, charlando.

—Entiéndeme —repetía Saccard—, eres un memo... Cuando uno tiene dinero como tú, no hay que dejarlo dormir en el fondo de un cajón. Se puede ganar un cien por cien en el negocio que te digo. Es una inversión segura. ¡Sabes perfectamente que yo no quiero darte el pego!

Pero el joven parecía aburrido de esta insistencia. Sonreía con aire gracioso, miraba los carruajes.

—Fíjate en esa mujercita de allá, la de violeta —dijo de pronto—. Es una lavandera que ese animal de Mussy ha lanzado.

Miraron a la mujer de violeta. Después, Saccard sacó un puro del bolsillo y, dirigiéndose a Maxime, que fumaba:

—Dame fuego. —Entonces se detuvieron un instante, frente a frente, acercando sus rostros. Cuando el puro estuvo encendido—: Mira —continuó el padre cogiendo a su hijo del brazo, apretándolo estrechamente—, serías un imbécil si no me hicieras caso. ¿Qué? ¿Entendido? ¿Me traerás mañana los cien mil francos?

—Sabes perfectamente que ya no voy por tu casa —respondió Maxime, frunciendo los labios.

—Bah! ¡Tonterías! ¡Eso tiene que acabar de una vez!

Y mientras daban unos pasos en silencio, en el momento en que Renée, sintiéndose desfallecer, hundía la cabeza en el acolchado del cupé, para no ser vista, un rumor creció, corrió a lo largo de la fila de carruajes. En las aceras, los peatones se paraban, se daban la vuelta, boquiabiertos, siguiendo con los ojos algo que se aproximaba. Hubo un ruido de ruedas más vivo, las carrozas se apartaron respetuosamente, y aparecieron dos batidores vestidos de verde, con gorros redondos en los que saltaban borlas de oro, con los hilos cayendo en cascada. Corrían, un poco inclinados, al trote de sus grandes bayos. Detrás de ellos dejaban un vacío. Entonces, en ese vacío, apareció el emperador.

Iba en el fondo de un landó, solo en el asiento. Vestido de negro, con su levita abotonada hasta la barbilla, llevaba una chistera muy alta, ligeramente ladeada, y cuya seda relucía. Frente a él, ocupando el otro asiento, dos

caballeros, vestidos con esa elegancia correcta que estaba bien vista en las Tullerías, iban muy serios, con las manos en las rodillas, con el aire mudo de dos invitados a una boda a quienes se pasea entre la curiosidad de la muchedumbre.

Renée encontró envejecido al emperador. Bajo los gruesos bigotes engomados, la boca se abría con mayor blandura. Los párpados eran más pesados, hasta el punto de cubrir a medias los ojos mortecinos, cuyo gris amarillento se nublabá más. Y sólo la nariz seguía conservando su seca línea en medio del rostro vago.

Mientras tanto, las damas de los coches sonreían discretamente, los peatones se señalaban al príncipe. Un hombre gordo afirmaba que el emperador era el caballero que daba la espalda al cochero, a la izquierda. Algunas manos se alzaron en un saludo. Pero Saccard, que se había quitado el sombrero antes incluso de que hubieran pasado los batidores, esperó a que el coche imperial se encontrara exactamente frente a él y, entonces, gritó con su gruesa voz provenzal:

— ¡Viva el emperador!

El emperador, sorprendido, se volvió; reconoció, sin duda, al entusiasta, le devolvió el saludo sonriente. Y todo desapareció en el sol, los carruajes volvieron a juntarse, Renée ya no vio, por encima de las crines, entre las espaldas de los lacayos, más que los gorros verdes de los batidores, que saltaban con sus borlas de oro.

Se quedó un momento con los ojos muy abiertos, llenos de esta aparición, que le recordaba otra hora de su vida. Le parecía que el emperador, al mezclarse con la fila de carruajes, acababa de poner en ella el último rayo necesario y de dar un sentido a este desfile triunfal. Ahora era la gloria. Todas aquellas ruedas, todos aquellos hombres condecorados, todas aquellas mujeres que se exhibían lánguidamente, se marchaban entre el relámpago y el fragor del landó imperial. Esta sensación resultó tan aguda y dolorosa que la joven sintió la imperiosa necesidad de escapar de aquel triunfo, de aquel grito de Saccard que resonaba aún en sus oídos, de la vista del padre y del hijo, del brazo, charlando y andando a menudos pasos. Buscó, con las manos en el pecho, como abrasada por un fuego interior; y con una repentina esperanza de alivio, de saludable frescor, se inclinó y dijo al cochero:

— ¡Al palacete Béraud!

El patio tenía su frialdad de claustro. Renée dio la vuelta bajo las arcadas, feliz con la humedad que caía sobre sus hombros. Se acercó al pilón verde de musgo, pulido en los bordes por el desgaste; miró la cabeza del león semiborrada, las fauces entreabiertas, que arrojaban un hilillo de agua por un

tubo de hierro. Cuántas veces, ella y Christine, habían cogido aquella cabeza entre sus brazos de crías, para agacharse, para llegar hasta el hilo de agua, cuyo chorro helado les gustaba sentir sobre sus manitas. Después subió la gran escalera silenciosa, vislumbró a su padre al fondo de la sucesión de inmensas estancias; enderezaba su alta talla, se hundía lentamente en las sombras de la vieja morada, de esta soledad altanera, en la que se había enclaustrado totalmente después de la muerte de su hermana; y pensó en los hombres del Bosque, en aquel otro viejo, el barón de Gouraud, que hacía rodar su carne al sol, sobre almohadas. Subió aún más, avanzó por los pasillos, por las escaleras de servicio, hizo el viaje de la habitación de las niñas. Cuando llegó arriba del todo, encontró la llave en el clavo habitual, una gruesa llave herrumbrosa, donde las arañas habían hilado su tela. La cerradura lanzó un grito quejoso. ¡Qué triste era el cuarto de las niñas! Se le puso un nudo en la garganta al encontrarlo tan vacío, tan gris, tan mudo. Cerró la puerta de la pajarera, que había quedado abierta, con la vaga idea de que por esa puerta debían de haber alzado el vuelo las alegrías de su infancia. Delante de las jardineras, llenas aún de una tierra endurecida y resquebrajada como barro seco, se detuvo, rompió con los dedos un tallo de rododendro; aquel esqueleto de planta, canijo y blanco de polvo, era cuanto quedaba de sus vivos canastillos de verdor. Y la estera, la propia estera, desteñida, comida por las ratas, se extendía con una melancolía de sudario que espera desde hace años la muerte prometida. En un rincón, en medio de aquella muda desesperación, de aquel abandono cuyo silencio lloraba, encontró una de sus viejas muñecas; todo el serrín se había escurrido por un agujero, y la cabeza de porcelana seguía sonriendo con sus labios de esmalte, encima de aquel cuerpo blando, agotado al parecer por locuras de muñeca.

Renée se ahogaba, en medio de aquel aire podrido de su primera edad. Abrió la ventana, miró el inmenso paisaje. Allí nada estaba ensuciado. Encontró las alegrías eternas, la eterna juventud del aire libre. Detrás de ella, el sol debía de estar bajando; no veía sino los rayos del astro en su puesta, que amarilleaban con suavidades infinitas aquel trozo de ciudad que ella conocía tan bien. Era como una canción postrera del día, un alegre estribillo que se dormía lentamente sobre todas las cosas. Abajo, la estacada brillaba con resplandores de llamas leonadas, mientras el puente de Constantino recortaba el negro encaje de sus cordajes de hierro sobre la blancura de sus pilares. Después, a la derecha, las umbrías del Mercado de los Vinos y del jardín Botánico formaban una gran charca, de aguas estancadas y musgosas, cuya superficie verdosa iba a anegarse en las brumas del cielo. A la izquierda, el muelle Henri IV y el muelle de La Rapée alineaban la misma hilera de casas, esas casas que las chiquillas, veinte años antes, habían visto allí, con las mismas manchas pardas de los cobertizos, las mismas chimeneas rojizas de las fábricas. Y, sobre los árboles, el tejado pizarroso de La Salpêtrière, azuleado

por el adiós del sol, se le apareció de repente como un viejo amigo. Pero lo que la calmaba, lo que ponía un frescor en su pecho, eran las largas riberas grises; era, sobre todo, el Sena, el gigante que miraba llegar desde el extremo del horizonte, derecho hacia ella, como en los dichosos tiempos en que tenía miedo de verlo crecer y subir hasta la ventana. Recordaba la ternura que les inspiraba el río, su amor a la corriente colosal, al temblor de aquel agua rugiente, que se desplegaba como un lienzo a sus pies, se abría a su alrededor, detrás de ellas, en dos brazos que no veían, y cuya grande y pura caricia sentían aún más. Eran ya coquetas, y decían, los días de cielo claro, que el Sena se había puesto su hermoso traje de seda verde moteado de llamas blancas; y las corrientes donde el agua se rizaba ponían en el traje encañonados de satén, mientras a lo lejos, más allá del cinturón de los puentes, placas de luz desplegaban paños de tela del color del sol.

Y Renée, alzando los ojos, miró el vasto panorama que se perdía, de un azul tierno, fundido poco a poco en el borroso crepúsculo. Pensaba en la ciudad cómplice, en el resplandor de las noches del bulevar, en las tardes ardientes del Bosque, en los días macilentos y crudos de los grandes palacetes nuevos. Después, cuando bajó la cabeza y volvió a ver con una mirada el apacible horizonte de su infancia, aquel rincón de ciudad burguesa y obrera donde soñaba con una vida de paz, una suprema amargura acudió a sus labios. Con las manos unidas, sollozó en la noche que caía.

El invierno siguiente, cuando Renée murió de una meningitis aguda, fue su padre quien pagó sus deudas. La cuenta de Worms ascendía a doscientos cincuenta y siete mil francos.

FIN

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es